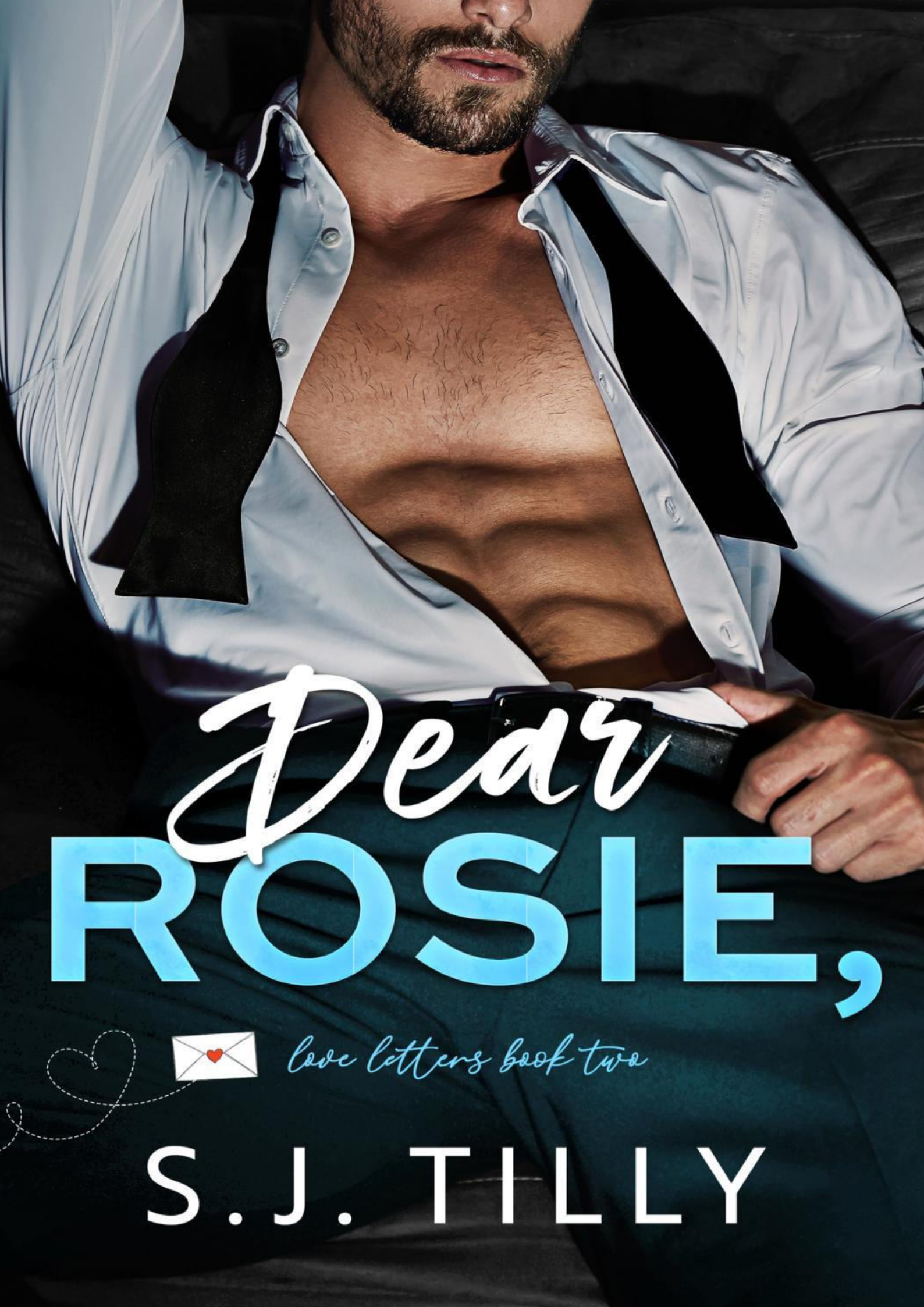

Dear
ROSIE,
love letters book two
S.J. TILLY



El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.

Sweet poison

ROSIE,

love letters , libro 2

SINOPSIS

ROSIE

Tenía ocho años cuando Nathan se mudó.

Era mi mejor amigo.

Mi único amigo.

Mi lugar seguro.

Y entonces se fue. Y mi vida se convirtió en un infierno.

Pero sobreviví.

Me liberé y me hice una vida.

Y traté de olvidar al niño que creció para ser Nate Waller, el famoso jugador de fútbol retirado.

Realmente traté de olvidar.

Pero luego abrí la puerta, mientras trabajaba en la casa de un cliente, y él estaba ahí. De pie frente a mí.

Mi viejo amigo.

Mi confidente involuntario.

Mi Nathan.

Excepto que... él no me reconoce.

S.J. TILLY

Dear

ROSIE,

love letters , libro 2

NATE

La pequeña pelirroja con curvas captó mi atención en cuanto la vi.

Y supe que necesitaba tenerla.

Necesitaba conocerla mejor.

Necesitaba ponerle las manos encima.

Pero cuando lo hice.

Cuando gimió mi nombre. *Mi nombre completo*. Todo volvió de golpe.

Habían pasado veinticinco años, pero en ese momento finalmente la reconocí.

Mi Rosie.

Mi amiga de la infancia.

Puede que me haya olvidado de ella. Pero ahora la recuerdo.

Y esta vez no la dejaré ir.

Love Letters, libro 2.

S.J. TILLY

Dear



Este libro está dedicado a los días difíciles.
Y a las personas que nos arrastran a través de ellos y hacia el otro lado.
Porque hay otro lado.

ROSIE,

love letters , libro 2

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Contiene importantes spoilers

Se trata de una novela romántica contemporánea que tiene como principales temas subyacentes el trauma y el abuso. Este libro contiene la muerte gráfica de un papá (en las páginas y fuera de ellas) y el abuso parental (verbal, emocional y físico). Uno de los personajes principales experimenta un diálogo interno negativo y tiene ideas suicidas.

Si tú o alguien que conoces tiene pensamientos suicidas, recuerda que vale la pena salvar su vida, por favor, llama a los teléfonos asignados a tu región para pedir ayuda.



















S.J. TILLY

Dear

ROSIE,

love letters , libro 2

PRÓLOGO

Rosie

Ocho años.

La superficie se siente cálida bajo mi palma mientras presiono la puerta trasera para cerrarla.

Hace clic y espero, pero no hay gritos del otro lado.

Exhalo.

Luego me doy la vuelta y corro.

Mis tenis manchados reposan silenciosamente sobre el césped. El pasto descuidado silencia mi huida.

Estoy segura de que cortar el césped se convertirá en una tarea para mí, pero aún no soy lo suficientemente grande.

Quizás el año que viene.

Pero ese es un problema del año que viene, y ya tengo suficientes problemas, así que no tiene sentido perder el tiempo pensando en uno futuro.

Disminuyo la velocidad al llegar a la valla de alambre.

La pequeña lata de grasa que robé de la gasolinera evita que la puerta cruja cuando la abro con cuidado.

Mi camisa ya tiene un desgarro, así que tengo cuidado de no engancharla en el trozo de alambre roto mientras me muevo a través de ella.

Una vez que la puerta se cierra, dejo que mis mejillas se inflen al exhalar, habiendo superado el último obstáculo.

Es un poco más tarde de lo que normalmente me encuentro con Nathan, pero él esperará.

Él siempre lo hace.

Un palo cruje bajo mi pie y doy unos pasos más de prisa hasta que el bosque me rodea.

Respiro el aire.

Es tierra y hierba y esa frescura que solo se consigue al aire libre.

Una vez que estoy a unos veinte pies, giro a la derecha.

Mi casa es la penúltima de mi calle, dos historias de… lo malo.

La casa de Nathan está al otro lado de la calle. Es un lote grande en la esquina y es muy linda.

Nunca he estado adentro, pero la he estudiado desde atrás, deseando que mi ruta de autobús pasara por ahí para poder mirar el frente sin que nadie me viera, pero algún día veré el interior.

Cuando nuestra amistad ya no sea un secreto.

Sonrío al pensarlo.

Apuesto a que huele a flores por dentro.

Apuesto a que su mamá es amable. Probablemente le sirva bocadillos.

Perdida en mi ensoñación, no me doy cuenta de que he llegado al lugar de encuentro hasta que veo la camisa blanca brillante de Nathan.

Está sentado sobre el tronco grueso -donde raspamos la corteza para que la parte donde se sienta sea más suave-, con la cabeza agachada.

Reprimo mi sonrisa cuando veo la bolsa de malvaviscos a su lado.

Se ha convertido en una tradición que él traiga el bocadillo esponjoso.

Ha aparecido con ellos cada dos semanas, desde que descubrió que eran mis favoritos.

—Hola —digo en voz baja, como siempre, mientras entro en el pequeño claro que hemos creado alrededor del tronco.

—Hola. —Nathan hunde la punta de su zapato en la tierra, sin dejar de mirar hacia abajo.

Ha crecido más en el último año.

Cuando me subo al tronco, mis tenis cuelgan varios centímetros por encima del suelo.

Comienzo a alcanzar la bolsa abierta entre nosotros, pero me detengo y noto el malvavisco aplastado en la mano de Nathan.

—¿Estás bien? —le pregunto. Nunca desperdicia comida.

Él se encoge de hombros.

Y mi estómago empieza a retorcerse.

Nathan ha sido mi mejor amigo durante dos años y nunca había sentido algo tan extraño por parte de él.

—¿Qué pasa? —Empiezo a moverme hacia él, pero entonces se pone de pie.

—Tengo que decirte algo.

Ese retorcimiento dentro de mí empieza a doler.

Él todavía no me mira, su cara apunta hacia el suelo.

Trago saliva, con la garganta repentinamente seca, y observo la forma en que la luz filtrada por los árboles incide en su cabello.

Miro los tonos de marrón, sintiendo la repentina necesidad de memorizarlos.

Mientras el silencio se prolonga, me deslizo del tronco.

Quiero estar de pie si él está de pie.

—¿Qué necesitas decirme? —susurro.

Los hombros de Nathan se levantan mientras respira profundamente.

Pero todavía no habla.

Tengo los nervios en llamas.

Sea lo que sea esto, no va a ser bueno.

—Por favor, dímelo —digo tan bajo que no estoy segura de que me escuche.

Luego levanta la cabeza y finalmente puedo ver su rostro.

Parece… triste. Como la tristeza que se siente en un funeral.

Oh, Dios, espero que su mamá no haya muerto también.

Doy un paso hacia él.

Pero luego dice:

—Nos mudaremos.

Mis pies se detienen.

Niego con la cabeza. No lo escuché bien.

—¿Qué?

—Quería decírtelo. —Nathan frunce el ceño como si le doliera—. Pero no sabía cómo.

El pánico empieza a crecer dentro de mí.

¿Mudarse?

¿Nathan se va a mudar?

—¿Fuera de nuestra calle? —pregunto.

Nathan mantiene sus labios presionados mientras asiente.

Ya no podremos encontrarnos en el bosque.

Mi corazón late más rápido.

—¿Fuera… fuera de la ciudad?

Nathan asiente nuevamente.

Mis rodillas tiemblan.

Fuera de la ciudad significa que ni siquiera lo veré en el autobús.

Aprieto los puños.

—¿Seguirás en Wisconsin?

Tal vez, si todavía está en el estado, podría verlo en partidos de fútbol o algo así. Pronto estará en la secundaria y sé que jugará en el equipo universitario.

Pero Nathan lo empeora todo:

—Nos vamos a Ohio.

La parte posterior de mis piernas choca contra el tronco.

Ni siquiera me había dado cuenta de que me estaba alejando de él.

Ohio.

No sé qué tan lejos está Ohio de Wisconsin, pero sé que está lejos. Lo suficientemente lejos como para que, si se va, no lo vuelva a ver nunca más.

Un peso me presiona el pecho.

—¿Cuándo? —me atraganto.

Tal vez… tal vez si tengo suficiente tiempo, pueda convencer a su mamá para que me lleve con ellos.

Si pudiera conocerla, dejar que ella me conozca, tal vez le agradaría.

Y luego su mamá querrá que yo vaya.

Aunque sea solo por un ratito.

—Mañana.

La respuesta de Nathan me llega directamente al corazón.

Mañana.

Ese pánico dentro de mí estalla y se convierte en un infierno.

No hay tiempo para agradarle a su mamá.

No hay tiempo.

Las lágrimas corren por mis mejillas.

—P-por favor, no me dejes. —Agarro mis manos frente a mi pecho, rogándole que se quede.

La expresión de Nathan se desmorona.

—Lo siento. No quiero irme.

Mis pulmones luchan por llenarse.

Esto es… esto es lo peor que me podría pasar.

—No puedes irte —digo con la voz entrecortada—. Mi papá...

Mis palabras se cortan, mi voz me falla.

Como sucede cada vez.

Nathan se acerca a mí.

—¿Qué pasa con tu papá?

Niego con la cabeza y cierro los ojos con fuerza.

No debería haber dicho eso.

La única vez que realmente abro la boca… la única vez que me atrevo a decir algo… es cuando Nathan se va.

Nathan me está dejando.

Mi único amigo.

Esa tristeza fúnebre me envuelve y me hace sentir calor por todas partes.

—¡Nathan! —La voz de su mamá se filtra a través del bosque y yo parpadeo en esa dirección.

Es hora de que vaya a cenar con su familia.

La noche antes de partir.

Presiono mis manos contra mi camisa, sobre mi corazón. Empujando para mantenerlo dentro.

Llegué tarde y ahora tiene que irse.

Para siempre.

—Rosie —Nathan da un paso y queda justo frente a mí.

Tan cerca.

Y tan cerca de quedar fuera de alcance.

Pone su mano sobre mi hombro.

—¿Tu papá te lastima?

¿Por qué ahora?

Por dentro, me grito a mí misma.

¿Por qué tiene que pasar esto ahora?

¿Por qué ahora, cuando está tan cerca de desaparecer de mi vida, Nathan tiene que hacerme esta pregunta ahora?

Más lágrimas brotan de mis ojos.

¿Por qué nadie más me preguntó esto antes?

Niego con la cabeza.

No tiene sentido decírselo.

Su mamá grita de nuevo.

Nathan mira por encima del hombro y luego a mí.

—Rosie, ¿te lastima?

Niego con la cabeza, más despacio esta vez, y respondo con la mejor verdad que tengo:

—No así.

Puedo escuchar la derrota en mi tono.

—¿Qué significa eso? —Aprieta su agarre en mi hombro.

Pero entonces su mamá vuelve a gritar.

Él tiene que irse.

Nathan tiene que irse.

Ambos lo sabemos.

Nathan aprieta los dientes.

Todavía estoy llorando.

No puedo parar de llorar.

Pero ahora son lágrimas silenciosas.

Del tipo que no puedes controlar.

Del tipo que apenas puedes sentir.

Las que vienen y vienen y no paran.

—Tienes que irte —mis palabras salen ásperas.

—No quiero. —El tono de Nathan es tan sincero que empeora todo.

Intento encogerme de hombros, porque quizá no quiera hacerlo, pero lo hará.

Todo el mundo se va.

Nathan da un paso atrás y su mano se libera de mi hombro.

El lugar donde estaba su palma se siente frío.

—Lo siento, Rosie.

Su mamá grita su nombre, más fuerte esta vez.

La boca de Nathan se tuerce, sus ojos color avellana están llenos de palabras, pero no dice ninguna de ellas.

Él se da la vuelta y se aleja.

Y me quedo ahí, viéndolo irse.

Él mira hacia atrás por encima del hombro, sus ojos se encuentran con los míos una última vez, luego desaparece entre los árboles.

Cuando está fuera de la vista, me apoyo en el tronco y me bajo hasta que mi trasero toca el suelo.

La tierra húmeda empapa mis jeans, pero no me importa porque mi persona favorita en el mundo entero se muda y sé lo que eso significa.

Nunca volveré a ver a Nathan Waller.

Nathan

12 años

No así.

¿Qué quiso decir?

¿Cómo podía decir eso de una manera tan… normal? Como si estuviera bien lastimarla de cualquier forma.

La pizza que me obligué a comer para cenar se revuelve en mi estómago.

Mamá sabe que me gusta jugar en el bosque, pero no sabe que he estado pasando todo el tiempo con una niña. No sé si se asustaría, pero no tiene sentido decírselo ahora.

Ella se enojó porque tardé tanto en volver para cenar, pero luego me dio un abrazo. Supongo que se dio cuenta de que estaba triste por mudarme.

Miro desde la ventana de mi dormitorio hacia el bosque que hay detrás de mi casa.

Hace casi dos años que me topé con Rosie en ese bosque.

Yo estaba caminando, aburrido, y ella estaba sentada en el suelo, construyendo una casita con ramas rotas. Me impresionó y quise intentar construir una yo mismo, así que le pregunté si podía sentarme con ella y eso fue todo. Casi todos los días desde entonces, incluso en invierno, nos encontrábamos en el bosque.

Ninguno de mis amigos de la escuela sabe de ella. Es más joven, así que no la conocerían.

Frunzo el ceño mirando el bosque.

Es como si *nadie* supiera nada de Rosie. Nunca escucho a nadie decir su nombre, y ella nunca habla de nadie más, y eso me duele en el corazón.

Porque Rosie es increíble. Es divertida, inteligente y es fácil hablar con ella.

Ella es mi mejor amiga.

Y nunca la volveré a ver.

Me paro.

No.

No puedo rendirme así como así.

No podré volver a ver a Rosie nunca más.

Necesito al menos decir adiós.

Nunca dije adiós.

Moviéndome entre las cajas apiladas en mi habitación, salgo corriendo al pasillo.

Mis pies vuelan por las escaleras y me agarro a la barandilla de la parte inferior para girar hacia la puerta principal.

—¿A dónde vas? —grita papá.

—Tengo que correr por la calle —me pongo los zapatos—. Vuelvo enseguida.

Antes de que papá pueda decirme que no lo haga, abro la puerta principal y salgo corriendo.

Estoy en la acera antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

Debería ir al bosque. Es el único lugar donde nos hemos visto.

Pero el sol se está poniendo y no hay forma de que ella siga ahí afuera.

Nunca escuché a su papá llamarla, pero ella tiene que ir a cenar en algún momento.

Su papá.

Mis manos se cierran en puños a mis costados.

Nunca lo conocí y ella no habla de él, así que ni siquiera sé cómo es.

Rosie tampoco habla de su mamá. Solo sé que murió el año antes de que yo conociera a Rosie.

Recuerdo que mi mamá fue al funeral. Dijo que la gente del barrio debía mostrar su pésame, pero no nos obligó a ir ni mí ni a mi hermano.

En ese momento me alegré. Odio los funerales, especialmente los de gente que no conozco.

Es tan extraño estar sentado ahí, sin sentir nada en particular sobre la persona muerta mientras la gente a tu alrededor está llorando.

Me alegré de no tener que ir, pero ahora desearía haberlo hecho.

Incluso si no la conocía en ese momento, podría haber estado ahí para Rosie.

¿Como si hubieras estado ahí para ella hoy?

La última imagen que tengo de Rosie está grabada en mi memoria.

Sus ojos azul claro me observaban, su color se veía aún más brillante con el brillo constante de las lágrimas.

Quería abrazarla.

Quería meter su cabello rojo oscuro detrás de sus orejas.

Quería quitarle esa mirada de la cara.

Esa mirada de un corazón roto.

El que yo puse ahí.

Empiezo a trotar.

Voy a abrazarla.

Voy a decirle adiós, y la voy a abrazar y decirle que nunca la olvidaré.

Cuando llego al camino que va desde la acera hasta el frente de la casa de Rosie, disminuyo la velocidad.

Sé cuál es su casa porque la he visto bajar del autobús y caminar hasta ahí, pero nunca he estado dentro.

El concreto bajo mis zapatos está agrietado y hay dientes de león sobresaliendo de la hierba.

El frente de la casa es normal, sencillo, con pintura descascarada en algunos lugares.

Pero no me importa cómo se ve su casa.

Un escalón me lleva hasta la puerta principal, así que subo y toco el timbre.

Tan cerca de la casa, puedo escuchar la televisión encendida adentro.

Está tan fuerte que no sé si oirán el timbre.

Vuelvo a presionar el timbre.

Un segundo después, la puerta se abre.

El movimiento es tan repentino que me tambaleo hacia atrás en el escalón.

—¿Qué quieres? —espeta el hombre que ocupa la puerta.

Está de pie en la parte alta, a dos pasos de él y de mí, así que sé que desde este ángulo parece más grande, pero desde aquí parece enorme.

Y enojado.

No hay nada de Rosie en sus rasgos.

Ella es femenina y suave, tiene ojos bonitos y cabello grueso.

Este hombre tiene mandíbula cuadrada, ojos entrecerrados y un peinado grasiento.

Y sé, simplemente *sé*, que sería una mala idea preguntar por Rosie.

¿Te lastima?

No así.

Fuerzo mi boca a esbozar una gran sonrisa.

—Hola. Estoy recaudando fondos para…

Ni siquiera tengo que terminar la mentira.

La puerta se cierra de golpe en mi cara.

La inquietud se apodera de mi piel al pensar en Rosie atrapada en una casa con ese hombre.

Retrocediendo, miro hacia las ventanas del segundo piso, pero no veo ningún movimiento detrás de las cortinas.

Ni rastro de Rosie.

El bosque está ahora lo suficientemente vacío y oscuro como para que necesitara una linterna si no hubiera recorrido este camino cientos de veces antes.

Pero cuando llego a nuestro lugar, es fácil darse cuenta de que está vacío.

Algo en mi pecho me ruega que regrese a la casa de Rosie, esperando que sea ella quien abra la puerta.

Pero no hago eso.

Levanto la bolsa de malvaviscos que todavía estaba en el tronco de antes.

Rosie la cerró, pero no la tomó.

Deslizo mi carta escrita a mano debajo de la bolsa y luego la vuelvo a dejar en el suelo.

Ojalá vuelva a buscarla mañana.

Rosie

Empujo la rama fuera de mi camino, mis pasos tambaleantes me sacan de mi ruta habitual.

Los sollozos profundos y entrecortados hacen difícil caminar en línea recta.

Estaba planeando venir aquí hoy.

Estoy planeando ver a Nathan una vez más.

Esperando que él viniera aquí también.

Pero cuando miré por la ventana, después de comer el sándwich de queso que preparé para el almuerzo, lo vi.

El camión en movimiento.

Yéndose.

Casi me hizo vomitar.

Tuve que taparme la boca con las manos para no poder pronunciar los sonidos.

Estaba planeando verlo.

Pero anoche lloré hasta quedarme dormida, y luego dormí hasta tarde.

Demasiado tarde.

Porque Nathan se fue.

Mi pie se engancha en una raíz y caigo hacia adelante, mis palmas tocan la tierra y las agujas de pino.

Haciendo una mueca, me levanto de nuevo y me paso las manos por los pantalones.

—Estúpida —me digo a mí misma.

Usando el dorso de mis manos, limpio las lágrimas de mis ojos.

Una mancha blanca llama mi atención y, por un pequeño segundo, creo que es Nathan.

No es él.

Es la bolsa de malvaviscos.

Más lágrimas caen.

Quise llevármela anoche. Normalmente me deja quedármelos, pero no me pareció bien, incluso cuando el estómago me hizo volver a casa con un gruñido.

Después de llegar a casa, comí ramen en mi habitación y luego me di una ducha. Juro que escuché el timbre mientras estaba en el baño, pero cuando salí, todo seguía igual.

Mis manos están demasiado adoloridas para poder subirme al tronco, así que agarro la bolsa con planes de sentarme en el suelo.

Pero un trozo de papel se desliza del tronco y flota en el aire.

Lo atrapo.

Y con las manos temblorosas, desdoblo el papel y lo aplano sobre el tronco.

Querida Rosie:

Lamento haber esperado tanto para decírtelo. Sabía que sería una mierda y no quería hacerte sentir triste, pero ahora los dos estamos tristes y no pude decirte adiós.

No quiero dejarte.

~~*Si tu papa.*~~

Si alguna vez no te sientes segura, llama a alguien.

Aún no sé cuál será nuestro número de teléfono, pero ¿quizás puedas escribirme?

Nuestra nueva dirección es:

323 Kendel Way

Cleveland, Ohio 44111.

Tu amigo,

Nathan.

Me agacho en lo alto de las escaleras, esperando que papá se vaya.

No sale mucho de casa, solo para ir a buscar comida y cerveza.

Se fue una vez la semana pasada, pero fue el día después de que Nathan se mudara y no sabía cuánto tiempo les tomaría llegar a Ohio, así que decidí esperar.

Pero ya han pasado dos semanas desde que se fue, y creo que es tiempo suficiente para que Nathan llegue a su nueva casa.

La puerta principal se cierra de golpe y espero unos largos segundos antes de correr escaleras abajo.

El sonido de un motor al arrancar señala el siguiente paso y engancho un dedo en el borde de las cortinas de la sala de estar para mirar hacia afuera.

La camioneta de papá está dando marcha atrás en el camino de entrada.

Esa extraña sensación de seguridad llena la casa con su ausencia.

Si no te sientes segura, llama a alguien.

Leí esa frase muchas veces.

¿A quién llamar?

Su camioneta desaparece de mi vista y me giro para mirar el reloj de la pared de la cocina.

Una vez que pasan dos minutos, abro la puerta.

Si papá me atrapara haciendo esto… no sé qué pasaría.

La carta en sí es bastante mala, pero ¿usar los sobres y las estampillas de mamá, aunque hayan estado en su mesita de noche desde que murió? De hecho, podría matarme por tocarlos.

Pero mantenerme en contacto con Nathan vale la pena el riesgo.

Con el pulso acelerado, corro por el patio y la acera hasta nuestro buzón.

Abro la puerta y deslizo el sobre dentro, luego levanto la pequeña bandera de metal en el costado de la caja.

Debería estar completamente oscuro cuando papá regrese, y lo único que puedo hacer es esperar que no note que hay correo saliente.

Contengo la respiración, cierro el buzón y me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que Nathan lo reciba y me responda.

Querido Nathan:

Yo también lo siento. Nunca te pregunté cómo te sentías al mudarte.

Y perdón por llorar tanto, y por no decir adiós.

Desearía haberte pedido un abrazo antes de irte.

Un abrazo estaría muy bien.

Espero que tu nueva casa sea bonita.

Si me envías tu nuevo número de teléfono, puedo llamarte, pero no me llames a mí. A mi papá no le va a gustar eso.

Te extraño.

Tu mejor amiga,

Rosie.

Mis dedos tiemblan cuando meto la mano en el buzón.

Lo he revisado todos los días desde que le envié mi carta a Nathan, y me siento cada vez más derrotada cada día que pasa sin recibir respuesta.

Pero esta vez, un sobre sobresale del resto.

Es del mismo tamaño que el que le envié.

Debe ser…

Arrastro el rectángulo fuera de la pila de correo.

Esta al revés.

Sosteniéndolo por ambos lados, lo giro entre mis dedos hasta que la parte superior queda hacia arriba.

Pero no está dirigido *a* mí, está dirigido *por* mí.

NO ENTREGADO.

Parpadeo ante las llamativas letras rojas estampadas en el frente del sobre.

No entregado.

No.

Algo dentro de mí se rompe.

Por favor no.

Cierro de golpe el buzón, dejo el resto del correo ahí y corro de regreso a mi casa.

No puede ser.

Entro corriendo por la puerta principal y subo las escaleras.

Papá me grita algo, pero no se levanta de la silla.

Me falta el aire cuando llego a mi habitación, pero aún así logro cerrar la puerta silenciosamente antes de apoyarme en ella.

Mis ojos saltan sobre el sobre.

Nathan Waller

323 Kendel Way

Cleveland, Ohio 44111

Lo revisé muchas veces mientras lo escribía, pero debo haberlo arruinado.

Aprieto mi oído contra la puerta para asegurarme de que papá no haya decidido subir a gritarme por entrar corriendo a la casa, pero no escucho nada.

Me dirijo a mi cama y me dejo caer de rodillas, sacando el cuaderno de entre el colchón y el somier.

Dejándolo sobre la cama, abro el cuaderno y saco la carta de Nathan, luego la abro junto al sobre que acabo de sacar del buzón.

Palabra por palabra, compruebo que lo copié bien.

Lo reviso nuevamente.

Y otra vez.

Lo sigo revisando y cada vez se me hunde más el corazón. Porque lo copié bien.

Lo copié bien, pero está mal.

Eso es lo que significa que no se puede entregar. Significa que no tengo la dirección real de Nathan.

No tengo forma de contactarlo.

Luchando por respirar, arranco otra página de mi cuaderno, la llevo a mi pequeño escritorio y tomo mi bolígrafo.

Mi mano tiembla tanto que me resulta difícil leer las palabras que escribo.

Rosie

19 años

—Y ahora estamos aquí con el favorito de los fanáticos de esta noche, el receptor abierto Nate Waller.

Levanto la mirada hacia el televisor en la pared opuesta.

El volumen no es alto, pero la sala de espera del hospital está tranquila a esta hora de la noche.

Meto mis manos debajo de mis muslos y observo como un hombre (al que conocí cuando era niño) entra en escena.

Su cabello ahora es más oscuro.

Aún más oscuro por el sudor, y se le ha pegado a la cabeza, pero sigue luciendo increíblemente guapo.

—Solo puedo atraparla si mi mariscal de campo la lanza. —Nathan le sonríe al periodista y yo cierro los ojos.

Siento que una sonrisa intenta tirar de mi boca, pero no logra formarse.

¡Qué diferentes se volvieron nuestras vidas!

¡Qué lejos flotamos!

Inhalo profundamente y trato de ignorar el tinte antiséptico en el aire.

Cerrando los ojos, escucho la voz de Nathan mientras habla de su juego de esta noche.

No es la primera vez que lo escucho desde que se mudó hace tantos años.

La primera vez que lo escuché… lloré.

Había sido un mal día, malo en todos los sentidos de la palabra, así que ya estaba de mal humor.

Estaba en una gasolinera, dejando mi barra de chocolate en el mostrador, y el chico que atendía la caja registradora tenía un pequeño televisor encendido detrás de las vitrinas de tragos energéticos.

No estaba prestando atención a la televisión. No me fijaba en lo que estaba pasando, y dejé que el audio flotara sobre mí, pero entonces el tipo de la televisión dijo el nombre de Nathan. Animado. Casual. Igual que el tipo de la televisión ahora.

Pero ese día, estando en la gasolinera, cuando lo oí, me quedé helada.

No lo sabía.

No sabía que Nathan había llegado a la liga profesional.

No tenía ni idea.

Miré la televisión y lo vi aparecer en la cámara, una década después de la última vez que lo vi, y apenas lo reconocí.

Luego empezó a hablar y su voz también era diferente.

Y fue demasiado.

Dejé mis dulces en el mostrador y salí corriendo por la puerta.

Estaba llorando incluso antes de subirme al auto.

Llorando por mí misma.

Llorando por el hecho de que no reconocí al hombre en la pantalla.

Y hasta lloré algunas lágrimas de felicidad por Nathan, porque había logrado sus sueños.

Una enfermera se aclara la garganta y yo abro los ojos.

Ella me explica los próximos pasos y me entrega el papeleo que necesitaré cuando llegue el momento de reclamar el cuerpo de mi papá.

Le agradezco y luego, lentamente, regreso a través del hospital hacia las puertas principales, donde entré después de seguir a la ambulancia.

Y mientras conduzco de regreso a casa, pienso en los dos hombres que han consumido mi vida.

Mi torturador y mi salvador.

Solo uno conoce su papel.

Es un viaje corto a casa, y cuando llego, paso por delante de la sala de estar, manteniendo la mirada apartada del sillón favorito de mi papá, y subo las escaleras hacia mi habitación.

Cierro la puerta detrás de mí, aunque no hay nadie más en la casa, y camino hacia mi escritorio.

Tiene el tamaño adecuado para un niño. Es un poco inestable, pero cabe perfectamente debajo de la ventana y mira hacia el bosque.

Me siento en mi silla.

Mi papá murió esta noche.

Y eso significa que soy libre.

Pero también necesito liberarme de Nathan.

Meto la mano en el cajón superior, saco un cuaderno y arranco una hoja de papel.

Mi mano tiembla un poco y antes de alcanzar mi bolígrafo, tomo mi bolsa de malvaviscos.

Son pequeños, más fáciles de saborear que los grandes, pero aun así solo me llevo uno a la boca.

Dejo que se disuelva en mi lengua mientras miro la hoja en blanco.

Cuando se acaba el malvavisco, tomo mi bolígrafo y comienzo a escribir mi segunda carta de la noche.

Querido Nathan:

Es hora de dejarte ir…

Una vez que firmo la carta, doblo el papel en tercios, pero no lo pongo en un sobre.

Me levanto y me dirijo a mi armario, donde me agacho.

Cuando encuentro la caja de zapatos correcta, la abro.

Papeles doblados como éste llenan la caja. Solo el primero está dentro de un sobre.

La primera carta que le escribí. La que me devolvieron.

Presiono la carta que tengo actualmente en la mano contra mi pecho y respiro.

No tengo idea de qué voy a hacer ahora.

No tengo idea de a dónde iré.

Ya no queda nadie que me diga qué hacer.

Nadie a quien le importe.

Llevo la carta a mis labios y le doy un suave beso en el papel, luego la dejo en la caja que está al final de la fila.

La última de las docenas de cartas que le escribí a Nathan.

Cartas que escribí pero nunca envié.

1

Rosalyn

Treinta y tres años

Siseando, aparto bruscamente la mano del tocino chisporroteante.

—Mierda.

Mi compañera de trabajo se ríe entre dientes:

—¿Estás bien, jefa?

Sacudo mi mano y le sonrío a Presley.

—Totalmente bien.

Ella sonríe.

—Bueno, vamos adelantados en el cronograma, así que probablemente puedas relajarte un poco.

Miro el reloj del horno de la cocina de mi cliente. Llevamos veinte minutos de ventaja, lo que significa que tenemos justo el tiempo suficiente para permitirnos meter la pata una vez.

No es que vayamos a equivocarnos.

Presley ha estado trabajando para mí durante aproximadamente seis meses y desearía haberla encontrado antes.

Durante los últimos diez años, he sido la única chef en Rosalyn's Restaurant.

El nombre es un error: tengo un negocio de catering, no un restaurante, y cocinar en las cocinas de mis clientes, en lugar de en la mía, es lo más cerca que estaré de tener un local físico.

Pero no importa, gano lo suficiente para sobrevivir y para pagarle a Presley; y con suerte, lo suficiente para que se quede.

Miro a mi alrededor y dejo que mis hombros se relajen.

Los postres están listos, los aperitivos están hechos y tenemos todos los ingredientes necesarios preparados para los platos principales.

—¿Están bien? ¿Necesitan algo? —Hannah, nuestra clienta y dueña de esta hermosa mansión, entra en la cocina.

Intento evitar que mis mejillas se pongan rojas mientras la miro, esperando que no me haya oído maldecir por haberme quemado.

—Estamos bien, gracias.

Hannah sonríe mientras contempla el caos de comida que cubre la isla y las encimeras de su cocina.

—Es impresionante cómo mantienes todo en orden.

Ahora mi propia sonrisa se siente un poco más normal.

—A veces yo también me lo pregunto.

—Bueno, si se te ocurre algo que necesites, házmelo saber. Voy a subir corriendo a ducharme en este momento. —Sus ojos se mueven hacia el reloj que acabo de mirar—. Mierda, estoy más atrasada de lo que pensaba. —Empieza a retroceder—. Alguien vendrá dentro de un rato a peinarme. Si aparecen antes de que baje, ¿los dejas entrar y los envías a la sala de estar? —Hannah junta sus manos y hace una mueca como si odiara pedir ayuda—. Mi esposo debería volver a casa pronto, pero no sé quién llegará primero.

Asiento.

—No hay problema —le digo, en serio. Si esta señora supiera la clase de cosas que me han pedido que hiciera antes, no pestañearía ante esto.

—¡Eres la mejor, Rosalyn! —Sonríe y sale corriendo de la cocina.

—Ella es realmente agradable —comenta Presley después de que Hannah desaparece.

—Lo ha sido hasta ahora.

Presley resopla.

—Eres tan pesimista.

Me encojo de hombros. No se equivoca. He tratado con demasiada gente de mierda como para no serlo.

Mi empleada se acerca a mí y baja la voz:

—Escuché que su esposo es jugador de fútbol profesional.

—Sí, yo también lo escuché, pero todavía no lo conozco.

Este trabajo fue una reservación de último momento. Al parecer, su anterior proveedor de catering canceló hace unos días, por lo que su organizadora de eventos de Meghan's Moments, con quien ya he trabajado antes, me llamó y me preguntó si podía reemplazarla, y como podía, dije que sí antes de preguntar quiénes eran los clientes.

Tan pronto como Meghan dijo que el esposo era un jugador de fútbol retirado, mis entrañas comenzaron a retorcerse.

Lo cual fue una estupidez porque Nathan no juega para Minnesota, así que literalmente no había ninguna razón para que yo pensara que él podría ser el cliente.

Pero, hayan pasado veinticinco años o no, no hay forma de que pueda encargarme de la recepción de la boda de Nathan.

Eso sería… aplastante.

Lo cual es ridículo porque no tenemos ese tipo de historia. Éramos solo niños, y éramos solo amigos, y desde entonces... bueno, ya no es como si lo conociera más.

Ni siquiera recuerdo la última vez que pensé en Nathan Waller.

Bueno, eso no es verdad. Pensé en él hace dos noches.

Me sentía sola.

Y cachonda.

Y vi su cara estúpidamente hermosa en una revista en la caja del supermercado.

Y demándame. Es un hombre jodidamente sexy. Así que... pensé en él.

—Y… —Presley se acerca—. ¿Sabes quién es?

Su pregunta me recuerda que estamos hablando de un deportista diferente.

—Maddox Lovelace —le digo, el nombre que no significa nada para mí.

Se queda boquiabierta.

—¿Esta es la casa de Mad Dog Maddox?

—¿Mad Dog? —Arrugo la nariz ante el ridículo apodo.

No lo busqué. Lo único que necesitaba saber era que su apellido no era Waller.

—Pensé que se había casado el año pasado o algo así —Presley inclina la cabeza—. Olvidé que dijiste que se trataba de una especie de recepción de boda tardía.

—¿Cómo sabes eso? —Odio caer en estereotipos, pero Presley, con su cabello trenzado a la francesa y sus tatuajes que le cubren todo el brazo, no me parece una fanática del fútbol.

Ella pone los ojos en blanco.

—Porque él es un atleta profesional muy sexy y yo no estoy muerta.

No puedo evitar reírme.

—¿Supongo que no lo ves? —pregunta.

—Nunca tuve tiempo. —Le digo la verdad.

Hubo momentos en que me sentí tentada.

A veces quería buscar a mi viejo amigo, saber cuándo eran sus partidos... pero siempre me detenía. Tenía que mantenerme concentrada.

Tuve que trabajar en dos empleos para poder mantener el tercero.

Tuve que pasar cada momento libre cocinando y horneando una vez que dejé esos otros dos trabajos.

Tuve que ponerlo todo en esta empresa porque tenía que hacerla funcionar.

Porque no quería pasar mi vida trabajando para otra persona, y no podía pasar ni un segundo más trabajando para otro hombre. Ya habían controlado mi vida durante demasiado tiempo.

Presley suspira.

—Tienes que buscarte una vida, jefa, y créeme. —Se abanica con la mano—. Después de que veas a este hombre, entenderás mi obsesión. —Abre los ojos como platos—. ¿Crees que traerá a sus compañeros de equipo aquí? ¿Ah, o a su hermano?

Presley suena muy emocionada, pero no tengo idea de quién está hablando.

Suena el timbre, salvándome de tener que responder.

Me aparto de la isla.

—Dejaré entrar a la persona del cabello si quieres empezar con las albóndigas.

—Persona del cabello —resopla Presley y luego se dirige al lavabo para lavarse las manos.

Mientras camino por la gran casa, me miro esperando no estar cubierta de salpicaduras de tocino.

Nos vestiremos de negro para el evento, pero para prepararnos, usé mis jeans cómodos habituales y una camiseta verde bosque debajo de mi delantal de lona, que parece estar libre de manchas importantes.

El timbre suena de nuevo.

Maleducado.

Me apresuro los últimos metros, sin querer que Hannah escuche el timbre constante de esa persona.

Cierro mis dedos alrededor de la manija de la puerta y la abro antes de que la persona pueda presionar el timbre nuevamente.

Y entonces todo se detiene.

Porque frente a mí, más alto de lo que imaginaba y lo suficientemente cerca como para tocarlo, está el único mejor amigo que he tenido.

Es mi Nathan.

Él está aquí.

Realmente aquí.

De pie frente a mí.

El oxígeno baila fuera de mi alcance y comienzan a aparecer manchas en mi visión mientras trato de darle sentido a lo que estoy viendo.

Nathan está aquí.

En la misma casa donde estoy.

Éste debería ser un momento hermoso.

Uno donde nos abrazamos y lloramos.

Cuando decimos cuánto nos extrañamos.

Pero no puedo hacer eso.

No con él.

No después… de todo.

El pánico brota dentro de mí.

No puedo fingir que todo ha estado bien desde que se fue.

Y no puedo decirle la verdad. No puedo poner mi carga sobre sus hombros.

Y… maldita sea, no puedo respirar.

Incluso si pudiera, no sé qué decir.

—Hola —sonríe Nathan—. Soy Nate, el mejor amigo del novio.

Su sonrisa es perfecta. Feliz.

Nathan extiende su mano.

Está extendiendo su mano porque acaba de presentarse. A mí.

Como si fuéramos extraños.

Porque lo somos.

Mis dedos se sienten como hielo cuando extiendo mi mano y la coloco en la suya.

Su palma es cálida y mucho más grande que la mía, y quiero fundirme en esa sensación.

Quiero pedirle que me abrace.

Quiero decirle cuánto lo extrañé.

Pero no lo haré.

Porque no se acuerda de mí.

Y ya no es mi Nathan.

2

Nate

Maldito infierno, esta mujer es un maldito knockout.

Su mano tiembla en la mía y tengo que contenerme para no extenderla y colocar mi otra mano sobre el dorso de la suya.

Ya he visto antes ese comportamiento deslumbrante, y he aprendido a ignorarlo, porque al no abordarlo, nadie termina avergonzado.

Así que cuando sus grandes ojos azules parpadean hacia mí, pretendo no ver el brillo de las lágrimas.

Ella debe ser una superfan.

Le doy otra sacudida a su mano antes de soltarla.

Su cabello es de un tono rojo intenso, recogido en una coleta alta, y quiero rodearlo con mi mano.

Me aclaro la garganta.

Soy un hombre de treinta y siete años. No soy un acosador.

No voy a tener una erección estando parado en la puerta de mi amigo.

La puerta de Maddox.

Si esta mujer frente a mí es una de las amigas de Hannah, Maddox me matará si intento follarla.

La mujer da un paso atrás y abre aún más la puerta.

Ella no dice nada, pero tomo la invitación silenciosa y la sigo adentro.

Cuando ella se mueve detrás de mí para cerrar la puerta, miro por encima del hombro, queriendo ver su cuerpo sin que se dé cuenta.

Mi mirada se vuelve fija.

Tengo que resistirme a levantar el puño hacia mi boca, queriendo morderme el nudillo para sofocar un gemido, porque, Dios, iré al infierno por las cosas que estoy dispuesto a hacer para poner mis manos en ese maldito trasero.

Me muerdo el interior de la mejilla.

¿Ella es el tipo de mujer a la que le gustan las cosas de trasero?

Con un cuerpo como ese, ella jodidamente debería.

Su trasero es grueso y fácil de agarrar, y apuesto a que se movería si le diera un golpe.

La mujer se da la vuelta y antes de que pueda notar nada más, veo el delantal.

Mi sonrisa crece

—¿Haces el catering? —pregunto, sin apenas ocultar mi emoción.

Si ella está con el proveedor de catering, entonces no es amiga de Hannah.

Y ella es un blanco legítimo.

La mujer asiente, mirándose también a sí misma, como si hubiera olvidado lo que llevaba puesto.

Su delantal está atado firmemente alrededor de su cintura, haciendo que se ajuste cómodamente a sus tetas, y sus tetas combinan con su trasero. Quiero tomar una maldita siesta sobre ellas.

Tal vez ella estaría dispuesta a quitarse todo... menos el delantal.

Sus mejillas están rosadas cuando me mira y yo me esfuerzo por controlar mis rasgos.

—Entonces… —Levanto las cejas—. ¿Necesitas ayuda en la cocina o debería ir a buscar a Maddox?

Ella traga y me encuentro inclinándome hacia ella, ansioso por escucharla hablar.

—Aún no está en casa. —Su voz es tranquila, un poco suave, y necesito encontrar una manera de hacerla decir mi nombre—. Puedes...

Suena el timbre y mi pequeña pelirroja se asusta tanto que suelta un chillido de sorpresa.

Me reprimo para no reírme mientras extiendo la mano y agarro suavemente su brazo.

—Mis disculpas por tocar el timbre dos veces. Eso es jodidamente fuerte.

Ella me mira y desearía poder leer su expresión.

Es alarma y algo que parece… tristeza, pero probablemente no lo es.

La pobre niña está abrumada.

—Necesito abrir —susurra, manteniendo su mirada apartada de la mía.

Mi control sobre su brazo es flojo, así que cuando ella se aleja, mi mano cae hacia mi costado.

Ella se mueve para abrirle la puerta al recién llegado.

Ella no es exactamente baja, quizá mide un metro sesenta y cinco, pero es baja comparada conmigo.

No soy el tipo más alto que conozco, pero mido 1,90 m, soy más alto que la mayoría de los receptores abiertos, y aunque mis días como jugador ya terminaron, y no puedo correr como antes, y no hago tanto ejercicio como antes, todavía me paro más derecho y echo los hombros hacia atrás antes de que la chica sin nombre se dé vuelta.

Una extraña la sigue hasta la casa y yo me hago a un lado para dejarlas pasar.

—Hannah me pidió que te hiciera esperar en la sala de estar, si te parece bien —le dice la encargada del catering a la otra mujer. Ella empieza a caminar a mi lado antes de detenerse—. Puedes, eh, venir conmigo.

Nate.

Solo di mi nombre, hermosa. Déjame escucharlo en tus labios.

Inclino la barbilla y extiendo el brazo, haciéndoles un gesto para que sigan adelante.

La extraña me sonríe, asiente y me mira de arriba abajo antes de seguir a la proveedora por el pasillo.

A continuación, me paso la mano por el cabello. Probablemente me vendría bien un corte de cabello, pero me gusta un poco el aspecto desgreñado. Y, según lo que acabo de ver, el estilo me funciona bien.

Disminuyo el paso y cuando las mujeres se giran hacia la sala de estar, yo me desvío hacia la cocina.

—Huele bien —digo mientras me detengo frente a la isla actualmente cubierta de comida.

La chica del otro lado del mostrador levanta la cabeza de golpe al oír mi voz.

—Gracias... —Entrecierra los ojos y luego los abre—. ¡Mierda! Eres Nate Waller.

Dos fans seguidos.

Sonrío.

—Hasta la última vez que lo revisé.

Ella da una palmada con la mano sobre el mostrador.

Ambos miramos hacia abajo al oír el sonido húmedo de la palmada, y ella levanta la mano, revelando una albóndiga aplastada.

Sacude la cabeza, no sé si hacia mí o hacia la albóndiga.

—El día más loco de todos.

—Y la fiesta ni siquiera ha empezado.

La chica mueve las cejas.

—¿Vienen más?

Extiendo los brazos.

—Soy único e inigualable.

Ella resopla.

—Me refiero a jugadores de fútbol.

Asiento lentamente.

—Un puñado.

Rebota sobre las puntas de los pies.

—¿Como quién?

Inclino la cabeza.

—Creo que será más divertido si esperas y lo ves.

Frunce los labios y asiente una vez.

—Tienes razón, pero parpadea si Max Lovelace estará aquí.

Mantengo los ojos abiertos durante un largo momento y luego parpadeo.

La chica levanta el puño en el aire, pero mis ojos están fijos en los ojos azul claro de la mujer que acaba de ponerse a su lado.

La pelirroja todavía parece recelosa, así que trato de romper la tensión.

—¿Les gustaría un autógrafo, señoritas?

La chica parlanchina asiente tan rápido que sus trenzas rebotan sobre sus hombros, pero la otra mujer se queda mirándome.

Bastante cerca de un sí.

Conociendo bien la casa de Maddox, cruzo la cocina a grandes zancadas hasta el armario del rincón más alejado y saco un bloc de notas.

Tomando también un bolígrafo, me doy la vuelta y me apoyo en el mostrador, ahora del mismo lado de la isla que las damas.

—¿Puedes dedicarlo para Presley? —La chica se seca las manos con una toalla, después de haber lavado los restos de albóndigas.

—Claro que sí. —Escribo mi habitual *agradecimiento por el apoyo,* luego arranco la hoja y se la doy.

—El mejor día de mi vida —dice mientras lo toma.

Vuelvo a centrar mi atención en la pelirroja.

—¿Y tu nombre?

3

Rosalyn

¿Y tu nombre?

Una daga delgada se desliza entre mis costillas.

Hay algo tan poético en este momento.

El humor y el horror.

Nathan, Nate, cree que soy su admiradora y cada vez que dice algo agradable, me pone otro alambre de púas alrededor del cuello.

Lucho contra el dolor punzante y sostengo su mirada mientras respondo:

—Mi nombre es Rosalyn.

Y espero.

El reconocimiento.

Que él lo junte todo.

Su sonrisa se suaviza.

—Un placer conocerte, Rosalyn.

Ese fragmento agudo se retuerce y se adentra más profundamente en mi pecho.

Él realmente no lo recuerda.

Hola. ¿Puedo acompañarte?

Levanto la vista hacia la voz desconocida y encuentro a un chico flacucho parado a unos cuantos metros de distancia.

Él está mirando hacia abajo, a mi mini casa de palo.

Asiento.

—Seguro.

Sé que los extraños son peligrosos, pero he visto a este chico andar en bicicleta por la calle antes.

Se sienta frente a mí.

—Soy Nathan. ¿Cómo te llamas?

Hago rodar un palito entre mis dedos.

—Rosalyn, pero… la gente me llama Rosie.

Es solo una pequeña mentira. Mi mamá era la única que me llamaba Rosie y ya no está, pero aún me gusta.

—Encantado de conocerte, Rosie.

Parpadeo mientras el recuerdo se convierte en cenizas y se aleja.

Nathan garabatea en su cuaderno y yo le ruego a mis ojos que permanezcan secos.

Le ruego a mi cuerpo que se comporte.

No puedo tener un colapso mental.

No puedo.

—Rosalyn es un nombre muy bonito. —Nathan arranca la hoja del cuaderno y me la tiende—. Asegúrate de que lo haya escrito correctamente.

Escucharlo decir mi nombre en voz alta es otro golpe de ese puñal porque sigue sin haber reconocimiento.

Tomo el trozo de papel y aprieto mis labios, conteniendo la respiración.

Rosalyn, siempre es agradable conocer a una fan.

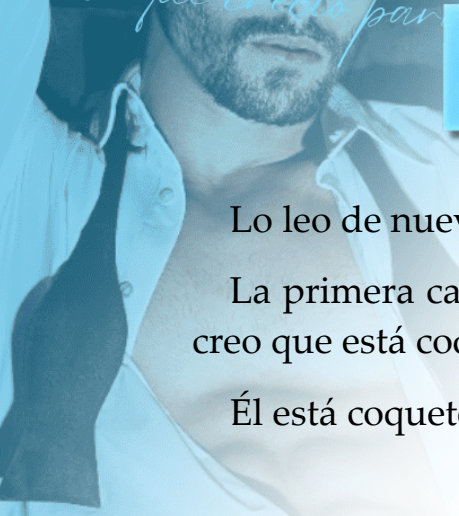
Una fan.

Y debajo de eso, abajo de su famosa firma, está su número de teléfono.

Lo leo de nuevo.

La primera carta que Nathan me escribe desde que tenía ocho años, y creo que está coqueteando conmigo.

Él está coqueteando y yo siento que me estoy muriendo.









4

Nate

Rosalyn parece estar al borde de las lágrimas otra vez.

Abro la boca para preguntarle si quiere un abrazo o algo, pero Maddox me interrumpe.

—Waller —dice en voz alta y Rosalyn salta.

Esta chica realmente la está pasando mal esta noche.

El gran cuerpo de Maddox entra a la cocina.

La boca de Presley se abre.

—Deja de acosar a nuestras chefs. —Maddox se detiene al otro lado de la isla desde donde estoy yo, al lado de Rosalyn.

Levanto las manos, una de ellas todavía sujeta el cuaderno y el bolígrafo.

—Solo estoy charlando.

Él levanta una ceja.

—Parecía que te estabas comportando como una diva, imponiéndole tu autógrafo a la gente.

Pongo los ojos en blanco.

—La única diva aquí eres tú, Señor Devuelve Su Comida.

Maddox baja los párpados, como si no pudiera estar más molesto conmigo.

—Eso fue una vez, y fue una orden totalmente equivocada.

Miro a la pelirroja Rosalyn y sacudo la cabeza.

—Él podría habérsela comido.

—Te voy a quitar tu estatus de padrino de boda —suspira Maddox.

—Lamento recordártelo, pero la boda ya se llevó a cabo, hermano de otra mamá. No puedes retractarte ahora. —Sonrío.

—Eres un fastidio, y más te vale que no te pongas eso para la fiesta.

Me paso la mano libre por el pecho, alisando el logo del equipo de California. El equipo de California para el que jugaba cuando vencimos a los Biters en el partido más importante de todos.

La camiseta me queda un poco más ajustada que antes, pero eso se debe a que corro menos y levanto más pesas, no tiene nada que ver con los tacos.

Lo saco de su miseria.

—No te preocupes, papá, traje mi ropa para la iglesia. Simplemente no quería pasarme toda la tarde sentado con una maldita pajarita.

—Lo cual nos lleva a preguntarnos: ¿por qué estás aquí *tres horas* antes de la fiesta?

—Porque no se supone que debas ver a la novia. —Camino alrededor de la isla y le doy una palmadita fuerte en la espalda—. Pensé que querrías compañía.

Maddox exhala.

—Está bien, ven a hacerme compañía y deja a estas lindas mujeres en paz. —Vuelve su atención a Rosalyn y Presley—. Y de verdad, gracias por venir hoy. Sé que fue con poca antelación y agradecemos que nos hayan salvado el pellejo. —Mira todo lo que hay sobre los mostradores—. Ya luce genial.

Observo mientras se presenta oficialmente a las dos mujeres.

Observo como se dan la mano.

Observo la forma en que Rosalyn apenas reacciona ante su encuentro con Maddox.

Diablos, casi parece que ella se relaja. Lo cual es extraño porque si eres fanático del fútbol, automáticamente deberías ser fanático de Maddox. Especialmente si vives aquí, ya que fue un jugador estrella del equipo de Minnesota. Un equipo en el que su hermano es el mariscal de campo titular ahora.

—¿Eres de aquí? —pregunto de golpe, y los tres se giran hacia mí, pero yo solo miro a Rosalyn.

Ella abre los ojos de par en par y aparta la mirada antes de responder:

—Me mudé aquí cuando tenía diecinueve años.

Levanto las cejas.

—Y eso fue… ¿hace cuánto tiempo?

Se muerde el labio. Es una pregunta muy grosera, pero aun así responde:

—Hace catorce años.

Hago los cálculos. Treinta y tres. Perfecta para mis treinta y siete.

—¿Dónde vivías antes?

Maddox me pone una mano en el hombro.

—Ya basta de interrogatorios. No alteres su agenda.

Dejo que me empuje para alejarme de la cocina.

—Te pido disculpas, Rosalyn. Por favor, perdóname.

5

Rosalyn

¿Dónde vivías antes? Por favor, perdóname… Te pido disculpas…

Este día se está convirtiendo en el mayor desastre mental.

Tan pronto como Nathan desaparece de mi vista, me doy la vuelta y corro hacia la despensa.

Presley va a pensar que estoy perdiendo el control, pero necesito un momento.

Las luces de arriba se encienden cuando cierro la puerta detrás de mí. Debo suponer que se deben al movimiento, pero agradezco no tener que buscar un interruptor de luz debido a mi creciente pánico.

Permanezco quieta, cierro los ojos y me concentro en la respiración.

Inhalo. Exhalo.

Lo hago de nuevo.

Esto no tiene por qué ser un gran problema.

¿Y qué si Nathan no me reconoce?

¿Y qué si tal vez ni siquiera me recuerda?

Incluso mientras intento decirme a mí misma que está bien, el pensamiento me hace presionar mis manos contra mi estómago.

Otra respiración.

Calmando mi corazón acelerado, me recuerdo que tampoco lo reconocí la primera vez que lo vi en la televisión, por lo que no debería ser una gran sorpresa.

Sí, mi cabello y mi color de ojos son iguales, pero la última vez que me vio tenía ocho años. Siempre fui una niña de *huesos grandes*, como dijo una de mis maestras, pero ahora soy más que eso. Soy una mujer adulta con un trasero adulto y un centro blando y unas tetas que han necesitado soporte con aros desde que tenía dieciséis años, básicamente cuando descubrí lo mucho que me gustaba cocinar.

Pero… está bien.

Porque si no se da cuenta que soy yo, entonces no me preguntará cómo fue mi vida después de que él se mudara.

Si Nathan Waller me olvidó… puedo ser Rosalyn en lugar de Rosie.

Tomo otra respiración lenta.

No he hablado con Nathan durante dos décadas y media, pero en los pocos minutos que interactuamos desde que llegó, puedo decir que es tan divertido y tranquilo como lo era cuando éramos niños.

Relajado. Confiado.

Fácil de estar cerca de él.

Mi siguiente exhalación sale en un resoplido y enderezo los hombros.

Voy a terminar de hacer la comida de esta noche con Presley.

Me aseguraré de que todo salga bien para Hannah y Maddox.

Y voy a encontrar una manera de simplemente disfrutar la cercanía de Nathan antes de no volver a verlo.

Porque no puedo volver a verlo.

Tras respirar profundamente, salgo de la despensa prolijamente provista, y la puerta, que está camuflada para parecer una sección normal de un armario, se cierra detrás de mí.

Presley me está mirando fijamente.

—Mira —suspiro, pero ella pestañea.

—No sé nada de futbolistas, no tengo tiempo —se burla mientras retuerce los puños bajo los ojos en un gesto de llanto.

Es exagerado, y precisamente lo que necesito.

Se me escapa una carcajada y sacudo la cabeza.

—Oh, cállate.

Si todos aquí quieren fingir que soy una fan en lugar de hacer lo que realmente estoy haciendo, que es andar por la delgada línea entre un ataque de nervios y un ataque de pánico, lo haré.

Mientras volvemos al trabajo, uso la elegante cafetera exprés que Hannah nos dio a voluntad. Espero que la dosis doble de cafeína me ayude a concentrarme.

Cuando Hannah pasa apresurada por la cocina, le ofrezco prepararle un latte.

Ella acepta, pero luego me pregunta si no me importaría llevarlo a la sala de estar.

Cuando la bebida está lista, odio a mi yo del pasado por hacer la oferta, porque lo único que quiero hacer es esconderme en la cocina, pero mientras llevo la taza amarilla por toda la casa, no me encuentro con ningún viejo amigo.

—Eres un salvavidas. —Hannah me quita la taza, sonriendo bajo una pila de rulos.

Le pregunto a la peluquera si quiere uno, pero la mujer solo gruñe, así que lo tomo como un no y regreso a la cocina.

La fiesta se lleva a cabo en el patio trasero, donde se instalan carpas, mesas y flores, y las cintas ondean con la brisa.

A través de las ventanas, puedo ver hileras de luces colgando entre los árboles y sé que será mágico.

Me perderé de recorrerlo ya que me ofrecí como voluntaria para ser la que se queda en la cocina, asegurándome de que todo se caliente en los momentos adecuados y a las temperaturas adecuadas.

Presley, junto con otras dos mujeres que aparecerán en dos horas, actuarán como meseras llevando las bandejas, cambiando los platos vacíos por otros nuevos y abasteciendo las mesas de comida.

Es un buen sistema y hoy me servirá para hacer realidad mi deseo de pasar desapercibida.

De vuelta a la cocina, volvemos a la rutina.

Y casi me olvido de Nathan.

Casi olvido que el castillo de naipes que construí está siendo golpeado por el dedo de un jugador de fútbol gigante.

Casi lo olvido, pero entonces aparece paseando por la cocina.

Casi se me cae la mandíbula porque, dulce y sabroso Jesús, parece que pertenece a una pasarela.

Su cuerpo de un metro noventa está envuelto en un traje azul marino, con una elegante camisa blanca debajo y… ¡ayúdame!, lleva una pajarita.

Nathan hace una pausa, con la mano en alto sobre una bandeja de tostadas cubiertas con burrata, guisantes dulces mezclados y aceite de chile.

Sus ojos están fijos en los míos, pidiendo permiso en silencio.

Bajo mi barbilla.

Nathan toma el triángulo de tostadas y me guiña un ojo.

Él jodidamente me guiña un ojo.

El calor se desliza por mi columna y aprieto mis muslos mientras recuerdo que *este Nathan* es todo un hombre.

A mi cuerpo no le importa que pueda mirarme fijamente y no saber quién soy.

A mi cuerpo no le importa si no me recuerda en absoluto.

Todo lo que mi cuerpo quiere es sus manos gigantes tocándonos.

Probándonos como él está a punto de probar ese bocado.

Nathan se gira y se adentra más en la casa, pero mis ojos lo siguen mientras se mete todo el contenido en la boca.

Contengo la respiración deseando que le guste.

Los pasos de Nathan vacilan y él inclina la cabeza hacia atrás mientras mastica.

La vista de su perfil es… devastadora.

Su mandíbula, la forma en que se mueve su garganta cuando traga, ese leve movimiento de cabeza que hace y la forma en que su cabello se mueve con el movimiento.

Él gira la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—¿Bueno? —susurro.

—Divino —susurra, y juro que sus ojos están fijos en mi boca.

Luego se va.

Y mi condición está al borde del paro cardíaco.

—Creo que acabo de quedar embarazada —se queja Presley.

Esta vez no tengo argumentos, porque creo que yo también podría.

Me abanico la cara con la toalla y tomo mi mochila del suelo.

—Voy a cambiarme.

Presley asiente, ya con su ropa para el evento.

Después de cerrar la puerta del baño más cercano, abro el grifo del agua fría y meto mis muñecas bajo el agua corriente.

Ese maldito guiño me hace desear haber empacado un puñado de ropa interior extra en esta bolsa.

Dejo caer la cabeza hacia adelante mientras continúo intentando congelar la lujuria de mi cuerpo.

Si Nathan sigue así, cederé y empezaré a coquetearle también.

Y no puedo hacer eso.

Eso sería una mala idea.

Levanto la cabeza y miro mi reflejo en el espejo.

Pero si esta noche solo soy Rosalyn… ¿sería realmente tan malo?

6

Nate

El aire de la noche de agosto es cálido, pero la brisa lo hace confortable.

Ha sido una noche divertida. Vi a muchos viejos amigos del fútbol. Pude acosar un poco al hermano menor de Maddox. También pude presentarle a la proveedora de catering, Presley, cuando ella caminó por el jardín con una bandeja de comida, pero bailé hasta quedarme sin aliento y, sin importar cuántas buenas conversaciones tenga, mi mente sigue vagando hacia la hermosa mujer de cabello rojo.

Cuando no la vi afuera con una bandeja, caminé por la casa, tomando el camino más largo posible hacia un baño, y la encontré hasta los codos en los platos.

Como no quería ser una molestia total mientras ella trabajaba, no la molesté y seguí caminando.

Pero ahora que la noche está llegando a su fin…

Una mano enorme me da una palmada en la espalda.

—¿A qué viene esa mirada tonta en tu cara?

Le doy un codazo en el costado a Tony Stoleman.

—Sigue molestándome y se lo diré a mi mamá.

Él resopla.

—Tu mamá no me gritará. Ella me ama.

No discuto porque no puedo.

Él sonríe, sabiendo que es verdad.

Intento darle un revés en el estómago porque es un creído, pero lo esquiva.

—Deja de ser tan quisquilloso. Mi mamá te ama también. —Me pasa un brazo por los hombros—. Ven a la mesa de postres conmigo.

Camino con él.

—¿Necesitas que te prepare un plato y finjas que es para mí? ¿Alguien te regañó por comerte todos los pasteles?

—Todavía no, pero prefiero evitar el drama.

Tony y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Probablemente sea mi mejor amigo, después de Maddox, y confío en él con mi vida, pero también sé que es un bastardo turbio y que su amor por los productos horneados es lo único tierno que tiene.

Tony me cuenta sobre el vuelo que tiene que tomar mañana de regreso a Arizona, pero solo lo escucho a medias mientras lleno un pequeño plato con postres.

—¿Qué es esto? —interrumpo, levantando uno de los dulces.

Tony extiende su mano, toma el postre de mi agarre y se lo mete en la boca.

—¿En serio? Hay una bandeja llena de ellos aquí mismo —me quejo mientras tomo otro.

Tony sonríe con la boca llena.

—La comida robada sabe mejor.

Pongo los ojos en blanco y le doy un mordisco civilizado a lo que debe ser una especie de malvavisco casero.

Me olvidé de lo mucho que me encantaba comerlos.

—Es como un s'more al revés —dice Tony, mientras el malvavisco pegajoso distorsiona sus palabras.

Al ver el objeto a medio comer que tengo en las manos, tengo que estar de acuerdo. El malvavisco blanco esponjoso de gran tamaño está

relleno de una especie de chocolate semiduro y los lados están cubiertos con galletas graham trituradas.

Me meto el resto en la boca.

Maldita sea, esa mujer Rosalyn sabe cómo hacer comida.

Tomo otro

Cuando estuve con Maddox hace un rato, le pregunté de manera no tan sutil sobre el servicio de catering, y así fue como me enteré de que mi pequeña y curvilínea Rosalyn es la dueña de la empresa de catering.

No es que eso haga una diferencia en lo atractiva que me parece, pero ser dueña de un negocio es atractivo y es una buena información para saber.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Tony con los ojos entrecerrados, haciéndome volver al momento.

—Nada. —Le doy un mordisco al segundo s'more al revés—. Solo me pregunto cómo voy a lograr que la proveedora me llame.

—¿Tienes una fiesta próximamente?

—No… —Me quedo callado y pienso en su pregunta—. Huh. Bueno, eso podría funcionar.

Tony levanta una ceja.

—¿Debería preguntar?

Le sonrío a mi amigo:

—Probablemente no.

7

Rosalyn

—Esto es para ti. —Hannah me ofrece una botella de champán.

—Oh, no tienes por qué… —Intento negarme. Ya nos dio una propina mayor que la de los dos últimos eventos juntos.

—Debo hacerlo. Nos queda demasiado y tu equipo lo hizo bien esta noche. —Prácticamente me pone la botella en las manos.

Acepto el champán a regañadientes.

—Bueno, gracias. Fue un evento en el que fue fácil trabajar.

Realmente lo fue. Nadie fue grosero. Hasta los borrachos fueron amables, y a todos les encantó la comida.

—Me alegra oírlo —dice Hannah sonriendo—. Ahora, discúlpame mientras voy a reunir a todos los que quedan. —Sacude la cabeza—. Juro que estarán aquí otras dos horas.

Afuera oscureció por completo, y el interior de la casa, aunque casi todos han permanecido afuera, está preparado para la fiesta: todas las luces están bajas, incluso en la cocina.

Miro la botella.

Es muy tentador, sobre todo después de la repentina aparición de un *invitado* hoy.

Presley, la única de mi equipo que todavía está aquí, toma la botella de mis manos y saca el corcho.

El pop es fuerte en la casa tranquila.

Me río.

—¿Tienes sed?

—Jefa —Presley alza las cejas—. Si no bebes esto por voluntad propia, te voy a ahogar con ella.

Hago una mueca, imaginando burbujas subiendo por mi nariz.

—Bien.

Ella asiente y saca una taza de café del armario.

Presley la llena y luego me la entrega.

—Sé que la jefa nos la dio para beber, pero de esta manera los invitados que se vayan no pensarán que te estás emborrachando en el trabajo.

—Sabía que me gustabas —le digo a mi empleada antes de tomar un sorbo.

Su expresión se vuelve petulante.

—Obviamente.

Tomo otro sorbo más grande.

—¿Quieres tomar un poco?

Presley sacude la cabeza.

—Tengo que conducir hasta casa.

—Oh, duh. —Lo sabía.

Normalmente viajamos juntas en mi furgoneta de catering, pero, dada la ubicación de esta casa, tenía sentido que Presley me recogiera en su camino y pusiera toda la comida en la parte trasera de su vehículo, y como no es necesario que estemos las dos aquí para la limpieza final, simplemente tomaré un Uber para volver a casa.

—Además —comienza Presley, colocando los restos de comida en recipientes—, el alcohol no es mi droga preferida, y tengo un brownie en casa llamándome por mi nombre.

Resoplo.

—Quizás puedas llevarte un pequeño recipiente para llevar con aperitivos en el bolso. Puede que lo necesites más adelante.

Presley se lleva una mano al pecho.

—La mejor jefa que he tenido jamás.

Levanto mi taza de champán en un simulacro de brindis.

Empacamos la comida.

Tomo otro trago

Cargamos el lavavajillas.

Presley vuelve a llenar mi taza cuando no estoy mirando.

Lavamos a mano las ollas y cacerolas.

Tomo un poco más de champán.

Descargamos y cargamos nuevamente el lavavajillas.

Mando a Presley a casa y me termino la taza.

Apoyada en el mostrador, esperando que el lavavajillas complete su ciclo, miro la botella en la isla al lado de mi taza vacía.

La botella está a medio terminar. Estoy más que medio borracha, pero...

Aprieto los labios y cierro la distancia.

Sabiendo que probablemente sea una mala idea, vierto un poco más de champán en mi taza.

No voy a conducir.

No debería tener que interactuar con nadie más esta noche.

Puedo tomar un poco más

Dejo de servir cuando mi taza está llena hasta un tercio, pero entonces un vaso se desliza por la isla.

Es un vaso bajo, vacío excepto por un solo cubito de hielo, lo que me indica que solía estar lleno con algún tipo de licor fuerte.

Alrededor del vaso hay dedos largos y masculinos.

No tengo que mirar más lejos para saber de quién es la mano.

No tengo por qué hacerlo, pero no puedo evitarlo.

Antebrazos musculosos.

Mangas blancas arremangadas.

Bíceps agrupados bajo la tela brillante.

Vuelvo a bajar la mirada hacia el vaso que tengo delante de mí.

Sus dedos se flexionan y giran el vaso sobre la isla.

—A menos que prefieras beber sola.

La voz de Nathan es baja, solo para mí.

Y maldita sea, no debería.

Realmente, de verdad no debería.

Pero tengo suficiente líquido dorado corriendo por mis venas como para no preocuparme por las consecuencias.

Así que ahora mismo, en este preciso momento, no me importa si esta es la peor idea que he tenido. En este momento nuestra historia de infancia no importa.

Esta noche podemos ser Rosalyn y Nate. Dos adultos compartiendo una bebida.

Inclino la botella.

Un rugido sale del pecho de Nathan:

—Buena chica.

Casi gimo.

¿Por qué eso es tan sexy?

¿Y así le habla a todo el mundo?

Vierto el resto del champán en su vaso.

Está demasiado lleno. Es una cantidad absurda, pero no puedo dejarme tentar con más de lo que ya tengo, y no puedo soportar que él me diga cosas como "*buena chica*" en esta cocina con poca luz.

Dejo la botella y me armo de valor para mirar hacia arriba y encontrarme con los ojos de Nathan.

Y tengo que evitar que me dé un ataque cuando finalmente lo hago.

¿Cómo es que está más sexy cada vez que lo veo?

No sé qué le pasó a su saco, pero ya no está. Además de arremangarse, se desamarró la pajarita y tiene la camisa desabrochada lo suficiente como para que se le vea la marca entre los pectorales.

¿Sabe cómo se ve?

¿Dejó su pajarita colgando así solo para tentarme a acercarlo?

8

Nate

Ella no puede quitarme los ojos de encima, y su atención me excita más de lo que lo he estado en mucho tiempo.

Lentamente, levanto mi vaso lleno hasta el borde de champán hacia mis labios.

El movimiento pasa por su línea de visión y su mirada se fija en el vaso, siguiéndolo hasta mi boca.

Tomo un trago

Ya bebí unos cuantos whiskies. No necesito más, pero sí necesito más de esta mujer tentadora.

Mi trago es deliberado.

Luego tomo otro.

Rosalyn levanta los ojos hacia los míos y sus iris azules parecen más oscuros en la penumbra.

Yo trago.

Hay algo en Rosalyn que se siente... correcto.

Y no sé qué es exactamente, pero quiero descubrirlo.

Ella envuelve sus dedos alrededor de su taza y me imita, llevándola a su boca y presionando el borde contra sus labios.

Ella toma un trago.

Luego un segundo.

Dejo mi vaso sobre la mesa.

—¿Tu equipo te abandonó?

¿Estás sola?

Ella deja la taza y asiente.

Me hago a un lado y me dirijo hacia el final de la isla.

—¿Qué te queda por hacer?

¿Cuánto tiempo tengo que esperar?

Ella mantiene sus ojos fijos en mí mientras continúo moviéndome hacia su lado de la isla.

No queda nada entre nosotros.

—Platos —su palabra sale entrecortada.

—¿Puedo ayudarte?

¿Puedo ayudarte a quitarte la ropa y pedirte que digas mi nombre como acabas de decir la palabra platos?

Ella parpadea y me dice:

—¿Ayudarme?

—Sí, hermosa. ¿Puedo ayudarte a terminar?

Dios, quiero ayudarla a terminar.

Deslizo la punta de mi lengua por la comisura de mi boca.

¿Hace calor aquí?

Creo que podría hacer demasiado calor aquí.

Probablemente deberíamos desnudarnos.

Juro que ella pronuncia las palabras *"ayúdame a terminar"* mientras sus ojos se fijan en el movimiento de mi lengua.

Ella sacude la cabeza un poco.

—No necesitas ayudarme.

Me inclino y acerco nuestros rostros más que nunca.

Su respiración se entrecorta.

Sus ojos saltan para encontrarse con los míos, luego vuelven a mirarme la boca.

Me inclino, acercándonos aún más mientras estiro mi mano sobre la mesa para tomar mi vaso.

Lentamente, me levanto de nuevo, llevándome mi bebida conmigo.

—Compartiste tu champán conmigo. —Tomo un gran trago—. Secar algunos platos es lo mínimo que te debo.

9

Rosalyn

No.

Necesito decir que no.

Pero mi cabeza asiente.

Y le entrego un paño de cocina a Nathan Waller.

10

Nate

Nuestros dedos se rozan cuando le quito la toalla a cuadros azules, y aunque nos dimos la mano cuando abrió la puerta, esto parece mucho más.

Rosalyn se da la vuelta y me da la espalda mientras se mueve para tomar otra toalla del mostrador.

Su ropa de trabajo es más sexy de lo que debería ser: el negro de pies a cabeza; los pantalones elásticos que abrazan cada centímetro de su trasero y caderas, pero que quedan sueltos en las piernas; la camiseta de cuello redondo que se adhiere... a todo; la coleta sin adornos.

Cambio mi postura y tomo otro trago de champán.

No soy un pervertido.

No voy a actuar como un pervertido.

No tendré una erección hasta el momento apropiado.

—¿Por dónde empezamos? —Intento sonar casual y no como si me estuviera ahogando la lujuria.

Ella me mira, luego se inclina y abre el lavavajillas.

Una columna de vapor llena el espacio entre nosotros y hace que Rosalyn parezca sacada de un sueño.

O un recuerdo lejano.

11

Rosalyn

Me aclaro la garganta.

—Solo necesito secarlos y luego volver a llenar la lavadora.

Nathan se acerca un paso más.

—¿Tienes que esperar a que termine esa… carga?

Hizo una pausa, como si no quisiera pronunciar la palabra *carga*, y ahora mi mente está atrapada en las connotaciones más sucias de esa palabra.

Parpadeando para alejar el pensamiento, uso mi toalla para sacar un plato caliente del lavavajillas.

—Normalmente me quedo para vaciar la última… ronda. —No me atrevo a decir carga—. Intento hacerlo de modo que no les deje ningún trabajo de limpieza a los clientes.

Nathan emite un zumbido y luego hace lo mismo, agarra un plato con su toalla y lo seca.

La música apagada y las conversaciones del patio trasero son nuestra banda sonora mientras trabajamos en silencio.

Alcanzo un recipiente en la rejilla superior y los dedos de Nathan chocan con los míos cuando él alcanza el mismo recipiente.

Echo mis manos hacia atrás y levanto los ojos.

Nathan me mira fijamente y dice:

—Ups.

Su expresión es seria y su voz baja. No creo que nuestro contacto haya sido un accidente.

El calor en sus ojos es más del que jamás he experimentado, pero no puedo apartar la mirada.

La energía entre nosotros está haciendo que mi sangre hierva debajo de mi piel.

Es oficial, a mi cuerpo no le importa en absoluto nuestra historia.

No le importa que no pueda haber futuro entre Nathan y yo.

Solo le importa que esté cerca.

Y él está interesado.

Quizás soy realmente su tipo, o quizás una parte de él reconoce nuestro vínculo anterior. Esa química natural que siempre tuvimos.

Una química que pasó de ser algo amigable a algo mucho más adulto.

Nathan mantiene el contacto visual mientras levanta el recipiente y pasa la toalla por el exterior.

Está secando un maldito cuenco y me está mojando las bragas.

Le echo la culpa al champán.

Aparto mi mirada de la suya y agarro otro plato.

Más silencio se extiende entre nosotros mientras le entrego a Nathan los platos sucios del fregadero y él los coloca en el lavavajillas recién vaciado.

Cada vez que nuestras manos se tocan, una descarga eléctrica me recorre el brazo.

Y cada vez me voy calentando más.

El último plato se desliza en su lugar y le entrego a Nathan el jabón para lavavajillas.

Mientras pone en marcha el aparato, me seco las manos y luego tiro la toalla sobre la encimera.

Cuando me doy la vuelta, mi pecho choca contra el suyo.

Extiendo automáticamente la mano para estabilizarme, pero lo único que tengo a mi alcance es a Nathan, así que agarro su camisa y amontono la tela a sus costados.

Él se acerca hasta que nuestros cuerpos están casi al mismo nivel.

—Normalmente no hago esto, hermosa —pasa sus manos por mis brazos—. Normalmente prefiero tomármelo con calma, pero dime, ¿tú también lo sientes?

No especifica.

No lo necesita.

Porque puedo sentirlo. Puedo sentir la tensión crepitando en el aire entre nosotros.

Pero miento.

—¿Sentir qué?

El lado de su boca se levanta.

Él no me cree.

12

Nate

Ella es una pequeña mentirosa muy bonita.

Envuelvo mis dedos alrededor de sus brazos y la mantengo firme mientras camino hacia ella, haciéndola caminar de espaldas.

—¿Q-qué estamos haciendo? —Hay un toque de pánico en su voz, pero está silenciado por el deseo.

Y no me pierdo la forma en que ella dijo *estamos.* Porque ella ya sabe lo que *estamos* a punto de hacer.

—Vamos a la despensa. —Me acerco a ella y abro la puerta.

Da un paso atrás y entra en la pequeña habitación.

—¿Por qué?

—Porque sí, señorita Rosalyn. —La adentro más en la habitación hasta que la puerta se cierra detrás de mí—. Necesito probarte.

13

Rosalyn

Mis labios se abren en un jadeo.

Y Nathan se mueve, reclamando probarme.

Nuestros labios se encuentran.

Mi cuerpo se inclina hacia el suyo.

Mi cuello se arquea.

Y le devuelvo el beso.

Lo beso.

A mi Nathan.

El hombre que mantuvo unidas mis piezas rotas durante tanto tiempo.

Quien fue a la vez mi mejor amigo y un producto de mi imaginación.

El hombre que no he visto en veinticinco años.

El hombre que ha vivido una vida entera desde que se alejó de mí aquel día en el bosque.

Mi corazón se aprieta dolorosamente.

Quiero esto y lo odio porque quiero que él sepa que soy yo.

Quiero que él *me desee.*

Pero quizá eso no debería suceder.

Tal vez se suponga que debo tener esta experiencia con él de esta manera. Con anonimato.

Tal vez necesito experimentar esto, con él, solo esta vez.

Porque él está aquí.

Y él me está besando.

Abro la boca.

14

Nate

Ella se abre para mí y yo introduzco mi lengua en su boca.

Deslizo mi mano por su cuello hasta la nuca, su cabello sedoso se siente tan suave contra mi palma, y no me detengo hasta que agarro la base de su cola de caballo.

Rosalyn gime y jalo su cabello lo suficiente para inclinar su cabeza hacia atrás.

Luego profundizo el beso, saboreando el champán en su lengua.

Me empujo más adentro.

Las yemas de sus dedos me arañan los costados.

Muevo mis caderas contra ella.

Y ella me presiona con la misma fuerza.

Ambos gemimos.

Rosalyn está tan preparada para esto como yo.

Y voy a mostrarle lo bien que podríamos estar juntos.

15

Rosalyn

Nathan vuelve a jalar mi cabello, inclinando mi cabeza aún más hacia atrás, y la sensación en mi cuero cabelludo viaja a través de mi cuerpo, directo a mis pezones.

Nuestras bocas se abren. Nuestras respiraciones jadeantes suenan fuertes en la pequeña habitación.

Abro los ojos, necesitando recordarme que esto es real.

La luz del techo ilumina la mirada del rostro de Nathan.

Y es la mirada de un hombre que aún no ha terminado.

Él desliza la mano que no está en mi cabello desde mi hombro hasta el frente de mi garganta.

Luego, hacia abajo, hasta que queda completamente presionado contra mi pecho. La base de su palma cubre mi escote.

—Voy a tocarte ahora. —Desliza su mano unos centímetros más abajo—. Dime si no quieres esto. —Mueve su mano de nuevo hasta que está sobre mi pecho por encima de mi camisa—. Puedes decirme que no, pero deberías hacerlo ahora.

Mi corazón late tan fuerte que apenas escucho mi respuesta.

Pero le digo lo único que puedo.

La verdad.

Arrastro mis manos por sus costados hasta que agarro su cinturón.

—Quiero esto.

Sus párpados bajan y deja escapar un sonido profundo en su garganta.

Luego me empuja hacia los estantes.

16

Nate

Mi boca se estrella contra la suya de nuevo, solo que esta vez ella lucha conmigo por el control.

Es frenética.

Hambrienta.

Apasionada.

Exactamente lo que esperaba de esta pequeña preciosidad.

Su cuerpo es cálido y suave, y quiero desnudarla por completo.

Quiero inspeccionar cada centímetro de ella.

Pero todavía no. No en esta despensa.

Pero más tarde.

Necesito sacarle al menos un orgasmo. Después estará más relajada.

Luego podremos ir a otro lugar para el round dos y tres.

17

Rosalyn

La gran mano de Nathan aprieta mi pecho y gimo contra sus labios.

Mi cabeza está dando vueltas de la mejor manera y dejo que mi nueva audacia tome el control.

Recorro con mis dedos la parte superior de sus pantalones hasta que mis manos están sobre la hebilla de su cinturón.

Lo sentí antes. La dureza presionándome mientras me empujaba hacia aquí.

Y quiero sentir más.

Enrosco mis dedos en la parte superior de sus pantalones.

Sus caderas saltan.

Y raspo su lengua con mis dientes.

Él gime.

Meto la mano aún más adentro, mis dedos están entre la tela de sus pantalones y su camisa metida por dentro.

Y entonces lo siento.

La base de su polla.

Una polla muy gruesa.

Extiendo mis dedos índice y medio, tratando de tener una idea de su tamaño.

Ambos gemimos ante el contacto, y nos separamos al mismo tiempo, mirando hacia abajo.

Mi mano empuja hacia abajo los pantalones de Nathan.

Su mano cubre la mitad de mi pecho.

Solo he estado con hombres más pequeños que yo.

De mi misma estatura o menos. Hombres que pesaban menos que yo. Extremidades delgadas.

Hombres con los que me sentía más segura simplemente por su tamaño.

Pero Nathan... es el hombre más grande del que he estado tan cerca.

El más grande…en todas partes.

Y, sin embargo, incluso mientras aprieta su mano en mi cabello, incluso mientras me mantiene cautiva, nunca me he sentido más segura.

Una nueva calidez que se parece mucho a la gratitud llena mi cuerpo.

La mano sobre mi pecho se aleja y Nathan la usa para agarrar mi muñeca.

Mantiene su mano ahí un momento y su pene se mueve entre mis dedos, pero luego saca mi mano de sus pantalones.

—Yo primero.

No estoy segura de lo que quiere decir, pero levanta mi mano hacia su pecho y yo instintivamente me aferro a él.

—Ahora sé buena chica y quédate callada. —Usa mi cola de caballo para acercar mi cara a la suya—. ¿Puedes hacer eso?

Aprieto mis dedos contra los músculos de su pecho.

—Lo intentaré.

Sus labios rozan los míos.

—Si solo vas a intentarlo, entonces deberíamos apresurarnos.

El comentario me recuerda que estamos en la despensa de mi clienta, detrás de una puerta que no cierra.

Pero entonces Nathan desliza su mano por la parte delantera de mis pantalones y no puedo pensar más.

18

Nate

Sus pantalones están lo suficientemente sueltos alrededor de la cintura para que mi mano quepa, y la linda pelirroja se aferra a mí mientras muevo mis dedos más allá de la banda de su ropa interior.

Es tan jodidamente receptiva.

Gimo en la boca de Rosalyn cuando mis dedos llegan a su centro.

Está jodidamente empapada.

Mis dedos se deslizan entre sus pliegues y deseo poder abrazar su pierna mientras la toco, necesitando el contacto.

Pero quiero alargar esto. Quiero que este sea el primero de muchos orgasmos para ella, y no quiero correrme en mis pantalones.

Las inhalaciones de Rosalyn son entrecortadas contra mi boca.

Su cuerpo se arquea ante mi toque.

Empujo mi mano hacia abajo, con la palma hacia su cuerpo, y presiono mis dedos en su entrada.

—¿Todo esto es por mí? —gruño contra sus labios—. ¿Estás tan mojada solo por mí?

Ella gime en respuesta y mi polla salta.

19

Rosalyn

Agarro su camisa, manteniéndolo lo más cerca de mí posible.

La sensación de su mano... de sus dedos... es abrumadora.

Nathan mueve su palma contra mi clítoris.

Desliza sus dedos dentro y fuera de mí.

Deja escapar gemidos bajos cada vez que mi núcleo se aprieta a su alrededor.

Y apenas puedo mantenerme en pie.

Dejo caer mi frente sobre su pecho y él suelta mi cola de caballo para palmear mi nuca.

Su agarre es posesivo.

Lo es todo.

Es todo lo que siempre he querido.

Aprieto los ojos.

Me concentro en permanecer despierta.

Me concentro en disfrutar el momento.

Él mantiene su atención entre nosotros.

Sus dedos no se detienen.

No disminuye la velocidad.

Y tan pronto como mueve su mano y su pulgar frota mi clítoris, sé que estoy casi ahí.

Su pulgar se desliza de nuevo.

Mi cuerpo empieza a tensarse, preparándose para lo que viene a continuación.

—¿Estás cerca, hermosa? —Nathan presiona su boca contra la parte superior de mi cabeza.

Asiento y mi frente choca contra su pecho.

—¿Vas a hacer que ese coño se corra sobre mis dedos?

Asiento de nuevo.

Mueve el pulgar con mayor propósito.

—Dime —exige.

—Estoy cerca —jadeo.

El primer destello de un orgasmo baila por mi columna y una lágrima corre por mi mejilla.

Mete los dedos más profundamente que nunca.

—Dime qué tan cerca estás.

—Estoy ahí. —Mi voz se quiebra—. No pares. Por favor, Nathan. No pares.

Entonces su pulgar me presiona en el punto justo y me convulsiono alrededor de sus dedos.

20

Nate

La inhalo, sosteniendo su cuerpo contra el mío mientras ella tiembla durante su orgasmo.

Es tan perfecta.

Tan reactiva.

Entonces…

Ella me llamó Nathan.

Parpadeo.

Nadie me llama así.

Ya no.

No desde que era un niño.

Algo me pica en el fondo de la mente.

Algo que me he perdido.

Con mi boca todavía presionada contra el cabello de Rosalyn, estudio el color.

El rojo intenso. La forma en que casi parece negro bajo mi sombra y cómo brillaba bajo la luz del sol cuando abrió la puerta principal.

El cuerpo contra el mío comienza a relajarse y con cuidado deslizo mi mano fuera de sus pantalones.

Ella me llamó Nathan.

La mujer, Rosalyn, levanta la cabeza de mi pecho y me mira.

Ella me mira con brillantes ojos azules y lágrimas en sus pestañas.

Y el mundo cambia a mi alrededor.

Porque *ella* me llamó Nathan.

La niña del bosque.

La niña que era mi mejor amiga.

La niña que me miró, con esos mismos ojos azules, llenos de las mismas lágrimas brillantes… la última vez que la vi.

Hace una vida.

Hace un momento.

Y así, sin más, lo recuerdo.

—¿Rosie?

21

Rosalyn

Mi felicidad se desvanece.

Mi cuerpo se tensa.

Él me llamó Rosie.

Él lo sabe.

Y antes de que pueda tener una conversación con mi cerebro con champán sobre cómo manejar esto, mi respuesta de huida decide por mí.

Paso corriendo junto a Nathan.

Él jodidamente lo sabe.

Mis manos golpean la puerta de la despensa y la empujo para abrirla.

—Espera —grita Nathan, pero no me detengo.

La puerta se cierra detrás de mí, silenciando todo lo que pudiera haber dicho a continuación.

Tengo que irme.

Tengo que irme en este momento.

Además de mis razones personales para tener que huir, acabo de dejar que un invitado a una fiesta me toqueteara en la despensa de un cliente.

Si tuviera tiempo para reprenderme a mí misma, lo haría.

No puedo dejar que los Lovelace se enteren. Si esto se sabe, podría arruinar mi negocio.

Agarro mi mochila del suelo de la cocina y miro el lavavajillas que todavía está funcionando mientras paso apresuradamente, sabiendo que no puedo quedarme para vaciarlo.

Genial, añade un trabajo de limpieza incompleto a mi lista de fracasos de esta noche.

Al menos todo lo demás que trajimos se fue a casa con Presley en su vehículo, así que solo somos mi bolso y yo los que tenemos que desaparecer.

Sin detenerme a comprobar si está despejado el camino, corro directo a la puerta principal y la abro.

Afortunadamente no hay nadie que me vea bajar corriendo las escaleras de la entrada.

Mientras me apresuro por el camino de entrada, saco el teléfono y solicito un auto para que me lleve a casa, pero pongo la dirección de recogida en una casa más abajo en la calle.

No estoy segura de si Nathan realmente me perseguiría fuera de la casa, pero prefiero no quedarme y descubrirlo.

Perseguirme.

Porque él recuerda quién soy.

22

Nate

Me quedo mirando la parte trasera de la puerta cerrada de la despensa.

No puede ser…

Mis ojos caen hacia mi mano, todavía medio levantada en el aire.

Pero lo fue.

Esa *era* ella.

Sé que lo era

Yo recuerdo…

Trago saliva para aliviar la creciente opresión en mi garganta.

Yo la recuerdo.

La recuerdo ahora.

Pero… la había olvidado.

Levanto mi mano más alto.

Me olvidé de Rosie.

¿Cómo pude olvidarme de Rosie?

Mi corazón late fuerte dentro de mi pecho.

Lo recuerdo ahora.

Y ella me recuerda también.

Mi corazón late fuerte detrás de mis costillas.

Yo sé que ella lo sabe.

Aunque no me reconoció cuando me vio por primera vez, me presenté…

Ella también lo hizo.

Pero ella se hizo llamar Rosalyn.

Yo me llamé Nate.

Pero puedo sentirlo. Ese conocimiento. Esa conciencia.

Puedo verlo ahora.

Supo que era yo toda la noche.

Y no dijo nada.

Mi Rosie no dijo nada, y cuando me di cuenta, salió corriendo.

Y no entiendo por qué.

Éramos amigos.

Han pasado… veinticinco años, pero éramos amigos.

Pienso en la última vez que la vi.

Cómo le dije que nos mudaríamos al día siguiente.

Cómo lloró.

Hace mucho que no pienso en Rosie.

Esa opresión baja por mi garganta hasta mi pecho.

Ella fue mi mejor amiga durante los pocos años que nos conocimos.

Y luego tuve que mudarme.

Y…

Recuerdo haberle dejado esa carta en el bosque.

Recuerdo guardarla debajo de la bolsa de malvaviscos.

Malditos malvaviscos.

Me olvidé de ellos también.

Hace mucho que no como un malvavisco.

Hasta esta noche.

Pienso en eso. En el postre que hizo Rosie.

¿Los hizo porque todavía los ama?

¿Pensó en mí mientras los hacía?

Algo se retuerce dentro de mí al pensar que tal vez ella pensó en mí todos estos años, cuando yo la olvidé.

Miro hacia atrás a mis dedos, todavía brillantes por su humedad.

¡Qué giro ha tomado la noche!

Toqué a Rosie Edwards sin siquiera darme cuenta.

Miro hacia la puerta cerrada y luego, recordando cómo reaccionó su cuerpo a mi toque, meto mis dos dedos en mi boca.

Su sabor se asienta en mi lengua.

Mi pequeña Rose, con sabor a hogar.

Quizás no sabía quién era esta vez, pero la próxima vez que tenga mi mano dentro de los pantalones de Rosie, ella gritará mi nombre.

Usando mi mano libre, me acomodo y luego sigo la ruta de Rosie para salir de la despensa.

Con las manos lavadas y la ropa acomodada, apoyo mi cadera sobre la isla frente al lavavajillas.

Ya tenía planeado pasar la noche en el sofá de la biblioteca de Maddox, así que sin nada más que hacer, saco la tarjeta de visita de mi bolsillo y espero a que termine el lavavajillas.

Hannah me dio esta tarjeta.

Paso mi pulgar sobre las letras en relieve.

Letras que forman las palabras *Rosalyn's Restaurant*.

23

Rosalyn

—¡Oh, mierda! —Corro el resto del camino que va desde mi habitación hasta la cocina.

El temporizador del horno está emitiendo pitidos y estoy segura de que lleva sonando varios minutos.

La toalla que rodea mi cabello se inclina hacia un lado cuando me agacho y tengo que sujetarla con una mano mientras abro la puerta del horno con la otra.

Salen columnas de humo que me pican los ojos.

—Mierda. —Cierro de golpe la puerta del horno, corro hacia la pared opuesta de mi apartamento y abro la puerta corrediza del patio.

El pequeño balcón solo sirve para tomar aire fresco, y aunque estoy sacrificando el aire acondicionado, dejo la puerta abierta de par en par.

Tomo mi toalla de cabello, la arranco de la parte superior de mi cabeza y la arrojo hacia el pasillo.

Mi cabello mojado golpea mis hombros empapando mi bata, pero lo ignoro y regreso al horno.

Suspirando, apago el horno y tomo mis guantes calientes, luego abro la puerta de golpe y uso los guantes para abanicar el humo restante.

Intento no hacer pucheros mientras saco la bandeja con las tartas quemadas, pero como todavía despiden humo, llevo la bandeja al balcón y coloco todo el conjunto humeante sobre la mesita auxiliar de hierro.

Originalmente compré esta mesa para tener una planta, tal vez dos, pero he matado todas las plantas verdes que he puesto ahí, así que ahora se ha convertido en mi mesa de *mierda, lo quemé.*

De pie en mi balcón con mi bata, dejo caer mi cabeza hacia adelante en señal de derrota.

Entonces suena mi alarma de humo.

—Por supuesto.

Con las manos todavía dentro de los guantes, agarro la bandeja, tiro las tartas quemadas sobre la mesa y luego me apresuro a volver adentro.

Supongo que no probaré esta receta de prueba.

Usando la bandeja como un ventilador gigante, la muevo hacia adelante y hacia atrás debajo del detector de humo, enviando migas por todos lados, pero me importa una mierda.

Finalmente, después de un largo minuto, el pitido estridente cesa.

No estoy segura de si debería agradecer que el detector de humo no llame a la estación de bomberos, pero en este caso lo hago.

Aunque un bombero sexy y musculoso podría ser justo lo que necesito para dejar de pensar en Nathan.

No Nathan, sino Nate. Llamarlo Nathan es exactamente lo que hizo que te atrapara.

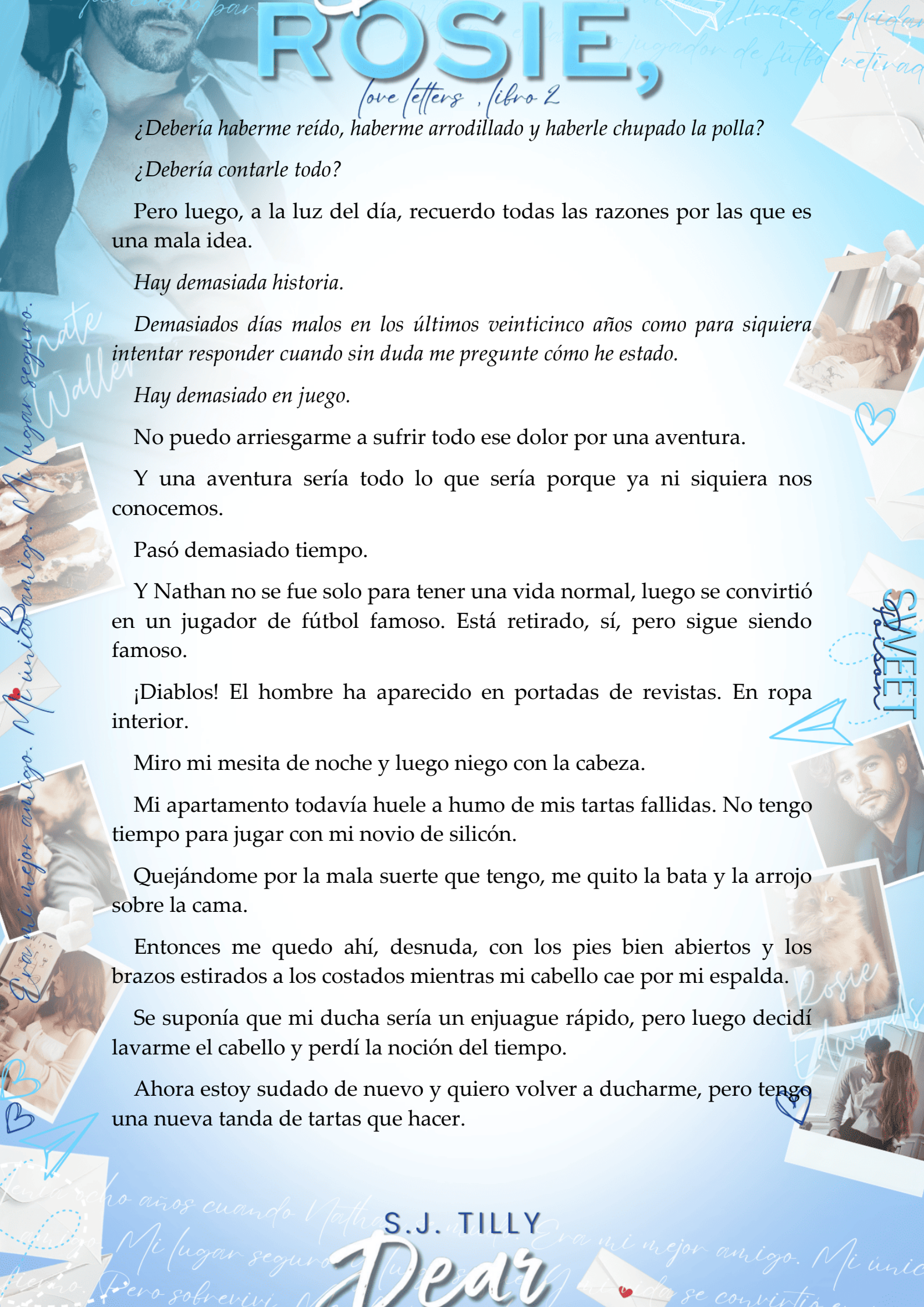
Dejo caer la bandeja en el fregadero y vuelvo arrastrando los pies por el pasillo hasta mi dormitorio.

Ya casi pasó una semana desde esa noche en la despensa. Desde que huí de mi amigo de la infancia como la gallina gigante que soy, y no importa lo que haga, no puedo sacarlo de mi mente.

Cada noche, tarde en la noche, cuando no puedo dejar de pensar en nuestro encuentro, me cuestiono.

¿Debería haberme quedado?

¿Debería haberle dicho quién era antes de que pusiera sus manos dentro de mis pantalones?



¿Debería haberme reído, haberme arrodillado y haberle chupado la polla?

¿Debería contarle todo?

Pero luego, a la luz del día, recuerdo todas las razones por las que es una mala idea.

Hay demasiada historia.

Demasiados días malos en los últimos veinticinco años como para siquiera intentar responder cuando sin duda me pregunte cómo he estado.

Hay demasiado en juego.

No puedo arriesgarme a sufrir todo ese dolor por una aventura.

Y una aventura sería todo lo que sería porque ya ni siquiera nos conocemos.

Pasó demasiado tiempo.

Y Nathan no se fue solo para tener una vida normal, luego se convirtió en un jugador de fútbol famoso. Está retirado, sí, pero sigue siendo famoso.

¡Diablos! El hombre ha aparecido en portadas de revistas. En ropa interior.

Miro mi mesita de noche y luego niego con la cabeza.

Mi apartamento todavía huele a humo de mis tartas fallidas. No tengo tiempo para jugar con mi novio de silicón.

Quejándome por la mala suerte que tengo, me quito la bata y la arrojo sobre la cama.

Entonces me quedo ahí, desnuda, con los pies bien abiertos y los brazos estirados a los costados mientras mi cabello cae por mi espalda.

Se suponía que mi ducha sería un enjuague rápido, pero luego decidí lavarme el cabello y perdí la noción del tiempo.

Ahora estoy sudado de nuevo y quiero volver a ducharme, pero tengo una nueva tanda de tartas que hacer.

Afortunadamente, mi ventilador de techo está girando al máximo y la brisa me ayuda a refrescarme.

Solo otro día glorioso en mi vida.

Y es entonces, mientras estoy ahí de pie, como una estrella de mar regordeta y desnuda, que mi teléfono comienza a sonar.

En la cocina.

Rechino los dientes.

Me encantaría ignorarlo, pero como dueña de un negocio, no puedo hacerlo. Siempre es más fácil contestar el teléfono que intentar devolver la llamada y hablar con alguien.

Así que, sin nada más que mi piel, regreso rápidamente a mi cocina.

Mi teléfono está en la pequeña isla y me lanzo hacia él.

Cuando lo levanto hacia mi cara, recuerdo que mi patio está abierto de par en par y que el edificio de apartamentos del otro lado de la calle está ocupado.

Al darle contestar, me agacho detrás de la isla.

El movimiento separa mis partes y mi vagina es bombardeada con aire frío proveniente del respiradero del piso debajo de mí.

Fuerzo una sonrisa en mi voz.

—Habla Rosalyn.

—Eh, hola —responde un hombre desconocido—. Tú eres la proveedora de catering, ¿verdad?

—Sí. —Me muevo para juntar las rodillas y me siento rara hablando con ese extraño mientras estoy completamente desnuda.

—Genial. —La voz es definitivamente joven—. Soy, eh, Blake, y estoy a cargo del picnic de nuestra empresa, y quería ver si podrías encargarte del catering.

Si el chico no sonara tan incómodo, me preguntaría si se trata de una broma, pero no estoy en condiciones de rechazar trabajos, sobre todo después de ponerle frenos nuevos a mi camioneta el mes pasado.

—Si puedo, me encantaría —le digo—. ¿Cuál es la fecha del evento?

—El jueves próximo.

Levanto las cejas.

—¿Dentro de una semana?

—Sé que es de último momento, pero... voy a ser sincero, mi jefe me envió un correo electrónico hace una hora preguntándome si había terminado de planificar el picnic, pero ni siquiera sabía que había un picnic. —El pánico hace que su voz se eleve.

—Está bien —trato de calmarlo mientras pongo el altavoz del teléfono y miro mi calendario—. Dependiendo de cuántas personas esperes, probablemente pueda hacer que el jueves funcione.

—¿En serio?

—En serio. —Sonrío al oír su alivio. *Pobre chico.*

Paso unos minutos más hablando con Blake. Consiguiendo la ubicación (un patio de un edificio de oficinas en St. Paul). El número de personas (cree que unas treinta) y el tipo de comida que buscaban (comida clásica de verano).

Me arriesgo y agrego un recargo del cinco por ciento a mi tarifa habitual, ya que tendré que hacer un hueco entre una fiesta de cumpleaños la noche anterior y una fiesta de jubilación al día siguiente, pero Blake no duda en pagar el costo.

Las corporaciones generalmente tienen dinero de sobra, y su jefe merece un costo más alto por hacerle pasar a Blake por todo este estrés.

—Te enviaré un correo electrónico con el contrato y luego podremos ultimar el menú.

—Perfecto. Muchas gracias —me dice y luego finaliza la llamada.

Extendiendo la mano, dejo mi teléfono sobre la isla, luego me agarro a la encimera y trato de no gemir mientras me levanto.

De repente, sintiéndome más positiva que en mucho tiempo, me apresuro a regresar desnuda al pasillo para buscar ropa.


ROSIE,
love letters , libro 2
Tengo un menú en el que trabajar.
Mi lugar seguro.
Era mi mejor amigo. Mi único amigo.
Sweet Poison
Rosie Edwards
S.J. TILLY
Dear

24

Nate

Apoyado contra la pared al lado de la puerta de mi oficina, sonrío.

Sé que debería sentirme mal por hacerle pasar a Blake el estrés de pensar que está atrasado en un proyecto, pero el chico necesita aprender a relajarse. Fue mi pasante durante casi un año antes de contratarlo como mi asistente, pero todavía camina con cautela a mi alrededor.

Quizás he sido demasiado indulgente con él.

Superar esta difícil situación será bueno para él.

En realidad, es un beneficio para todos.

Blake gana confianza.

Rosie consigue un trabajo.

Y yo puedo ver a Rosie.

Y como Blake estaba demasiado nervioso por todo el asunto del picnic de la empresa, no cuestionó el hecho de que la tarjeta de presentación de Rosie estaba engrapada al papel con todos los detalles sobre la hora y el lugar.

Me empujo contra la pared y regreso a mi escritorio.

Existe la posibilidad de que Rosie busque Catch Tech, el nombre de la empresa, y si lo hace, puede hacer clic en la sección *Quiénes somos* del sitio web, que podrían llevarla a leer el nombre del dueño y director ejecutivo.

Mi nombre.

Me dejo caer pesadamente en mi silla y tengo que agarrarme del borde de mi escritorio para evitar rodar hacia atrás.

Comencé esta empresa hace un par de años después de retirar mis tacos de americano y mudarme a Minnesota.

La tecnología siempre ha sido lo mío.

Estuve jugando con ella en la universidad, me licencié en informática mientras jugaba con Maddox en la Universidad HOP y seguí de cerca a empresas tecnológicas populares durante mis días como jugador.

Ahora soy dueño de Catch Tech, donde mi equipo ayuda a otras empresas a desarrollar aplicaciones que imitan e interactúan con sus sitios web.

Entre otras cosas.

Esas otras cosas me metieron en problemas algunas veces cuando tenía veinte años, pero hoy en día mantengo esas actividades al mínimo.

Sonrío, pensando en Tony.

Fue bueno verlo en la fiesta de Maddox, aunque fue él quien me introdujo al lado menos legal de la World Wide Web.

¿Pero qué es un pequeño hackeo entre amigos?

—¿Por qué sonríes así? —se oye una voz femenina desde la puerta de mi oficina.

—Estoy pensando en Tony Stoleman —le digo a Hannah.

Ella resopla mientras entra a mi oficina.

Hannah, la esposa de mi mejor amigo, es la persona que dirige mi departamento de contabilidad, y su presencia me recuerda que tengo trabajo real que hacer.

Inclinándome hacia adelante en mi silla, apoyo mis codos en el escritorio y concentro mi mente en el presente.

25

Nate

Desde la sala de conferencias, miro hacia el patio de abajo.

Dónde se realizará el picnic de mi empresa en menos de una hora.

Una docena de pisos más abajo, observo la cabeza de cabello rojo moverse entre mesas y sombrillas, organizando la comida que tanto le ha costado preparar.

Han pasado casi dos semanas desde que vi a Rosie. Desde que la tuve en mis manos, pero ahora que sé que es *ella*, puedo reconocerla desde esta distancia.

Cómo no la reconocí…

Como olvidé…

Deslizo mis manos en los bolsillos de mis pantalones.

He estado pensando mucho desde que ella salió corriendo de esa despensa.

Mucho pensar y mucho recordar, y cada recuerdo que desbloqueo me hace sentir un poco peor.

Recuerdo aquel último día en el bosque.

Me sentí enfermo toda la mañana.

Estuve temiendo decirle que me mudaba.

Éramos solo unos niños, pero sabía que me dolería decirle adiós.

Y así fue. Fue horrible. Fue difícil para mí cuando tenía doce años enfrentarlo.

Pero su reacción fue… mala.

Me olvidé de eso. De alguna manera lo saqué de mi mente, pero recuerdo que ella lloraba.

Sollozaba.

Y recuerdo que ella dijo algo sobre su papá que me hizo creer que él podría estar lastimándola.

Se me revuelve el estómago.

Por favor, que eso no sea cierto.

Él estaba ahí cuando intenté verla por última vez, incluso en mi memoria lejana, recuerdo que me dio miedo.

Pienso en las personas *menos legales* que conozco y me pregunto si tenemos que ir a joderle la vida. Un poco de justicia tardía por asustar a la joven Rosie.

Inhalo profundamente.

Esa misma noche le escribí una carta a Rosie. La dejé en nuestro lugar en el bosque, debajo de esa bolsa de malvaviscos, pero nunca recibí respuesta de ella, y me pregunto si recibió la carta.

Es posible que la recibiera y decidiera no escribir, pero es igualmente posible que una ardilla se llevara la bolsa de malvaviscos y que la carta desapareciera en el bosque.

Inclinándome más cerca del cristal, observo a Rosie inclinar su cara hacia atrás, como si estuviera tomando el sol.

Desde la despensa, he pensado en ese primer momento cuando Rosie abrió la puerta.

Lo he reproducido una y otra vez.

Su nerviosismo.

Lo quieta que ella estaba.

Ese brillo constante de lágrimas.

Cómo le ofrecí un maldito autógrafo porque pensé que era una fan abrumada.

Me balanceo hacia atrás sobre mis talones.

Diría que le debo una disculpa por eso, pero teniendo en cuenta que Rosie me dejó tocarla sin decirme quién era en realidad... creo que estamos a mano.

Con esto en mente, me alejo de las ventanas.

Es hora de ir a ver a mi proveedora de catering antes de que comience el picnic.

26

Rosalyn

—Se ve bien —le digo a Presley.

—Gracias —dice, y arroja un cubito de hielo suelto a la bandeja de enfriamiento—. Creo que solo faltan los postres para sacarlos de la camioneta. Los traeré si tú organizas los rollitos primavera.

—Trato hecho. —Asiento.

Después de discutir el menú con Blake, acordamos que la comida fría era la más fácil para la logística y la más refrescante con el cálido clima de verano.

E incluso con el calor, transportar hielo en nuestro auto es más fácil que instalar parrillas y ollas para calentar.

Así que tenemos ensaladas y pastas frías, mini sándwiches y brochetas de pollo refrigeradas.

Afortunadamente, el patio ya tiene mesas y sillas, con sombrillas rojas brillantes que sobresalen del centro de cada mesa, y Blake dispuso una fila de mesas con comida, también bajo sombrillas para que nadie se queme con el sol esta tarde, incluido mi pálido trasero, y la sombra significa que el hielo debería durar hasta que termine el evento de noventa minutos.

Sinceramente me encanta trabajar en eventos corporativos. Son breves y por lo general sin dramas.

Presley se aleja un paso de la mesa para buscar los postres, pero antes de dar el segundo paso, se queda paralizada.

—¿Qué? —Mi corazón salta—. ¿Olvidamos algo?

Presley sacude la cabeza, pero no me está mirando. Sus ojos muy abiertos miran *más allá* de mí.

Tengo la urgencia irracional de preguntarle si ve una serpiente, pero su expresión podría ser más de sorpresa que de miedo.

—¿Debería quedarme quieta o darme la vuelta? —pregunto con mi mejor voz *cautelosa.*

—Um… probablemente quedarte quieta —responde en voz baja.

—¿Qué? —susurro—. ¿Es una maldita serpiente?

Ella parpadea y mueve su mirada hacia mi cara.

—¿Qué?

—No importa —sacudo la cabeza.

Su expresión atónita se transforma en una sonrisa, y no confío en ella.

—Iré a buscar esos postres. —Presley sigue sonriendo mientras pasa corriendo a mi lado.

Apenas puedo contenerme para no gritarle, todavía no estoy del todo convencida de que no sea una serpiente.

Lentamente, para evitar movimientos bruscos, me doy la vuelta.

Y luego me toca a mí congelarme.

Porque cruzando el césped hay un hombre.

Un hombre alto, de cabello castaño alborotado, fascinantes ojos color avellana y un cuerpo hecho para escalar.

Un cuerpo envuelto en unos pantalones ajustados y una camisa negra ajustada.

Sus labios perfectos forman una línea plana y sé que su barba recortada se sentiría áspera contra mi boca.

Doy un paso atrás.

Ni siquiera es mi intención, simplemente lo hago.

Nathan niega con la cabeza una vez y me detengo.

Mi corazón ya late salvajemente, y solo empeora a medida que cierra la distancia entre nosotros.

Me recuerdo a mí misma que debo respirar.

Nathan se detiene delante de mí.

—Hola, Rosie.

27

Nate

Rosie me mira con sus grandes ojos azules.

Ella es tan jodidamente hermosa.

Tan jodidamente impresionante.

Y al verme, su primer instinto fue retroceder.

Huir.

Mi mandíbula se tensa.

Quiero agarrarla por los hombros y preguntarle por qué huyó de mí.

Y quiero sacudirla por intentar hacerlo de nuevo en este momento.

Quiero estrellar mi boca contra la suya.

Tomo una inhalación lenta por la nariz.

Y mantengo mis manos en los bolsillos.

—¿N-Nate? —susurra, mirando a su alrededor—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Le doy otro pequeño movimiento con la cabeza.

—Llámame Nathan.

Ella se clava los dientes en el labio inferior.

No planeaba decir eso, pero no quiero que me llame Nate. No quiero que pretenda que no tenemos ninguna historia.

—Nathan —susurra mi nombre y el suave sonido me llega directo a las pelotas—. ¿Qué haces aquí?

Mi boca se curva hacia arriba.

—Pensé que sería mejor asegurarme de que todo iba bien antes de que vinieran mis empleados.

—Tus… —Frunce el ceño—. ¿Tus empleados? —Mira hacia el edificio que está a nuestro lado.

Asiento.

—¿Catch Tech es tu empresa? —pregunta como si no pudiera creerlo.

Saco las manos de los bolsillos y hago como si atrapara un balón de fútbol.

—Receptor abierto, ¿recuerdas?

Ella junta los labios.

—Recuerdo que me impusiste tu autógrafo.

Mis labios se aplanan.

Quiero decirle que es su culpa por no decirme quién era realmente.

Quiero decir que ella era la que actuaba nerviosa y rara.

Quiero decirle que las mujeres actúan así a mi alrededor todo el tiempo.

Quiero que sea su culpa.

Porque todo eso es verdad.

Pero no es toda la verdad.

—Me enoja que no me hayas dicho quién eras. —Me acerco un paso más—. Pero me enoja más no haberte reconocido. —Aprieto los puños, la ira hacia mí mismo todavía está muy fresca—. Debería haberte reconocido, y no lo hice.

28

Rosalyn

Ese punto bajo en mi vientre se retuerce.

Debería haberte reconocido.

No debería doler.

No es que esto sea una noticia nueva.

Pero al oírlo admitirlo en voz alta…

—Lo siento mucho, Rosie. —El tono de Nathan no es nada más que sincero.

Sé que lo dice en serio.

Y si él va a ser sincero, yo también lo seré.

—Pasó mucho tiempo, Nathan.

Sacude la cabeza.

—Debería haber…

—Te vi en la tele —le digo de golpe.

Su boca se cierra de golpe.

Todo esto es tan… complicado.

Intento frenar mi corazón acelerado.

No puedo creer que Nathan esté aquí, y no puedo creer que este sea el picnic de su empresa.

Pero no me propuse engañarlo la noche de esa fiesta solo para que terminara sintiéndose culpable.

Entrecierra los ojos.

—¿Viste mis partidos?

—No —me sonrojo, sin saber si sería mejor o peor si lo hubiera hecho—. Siempre estuve demasiado ocupada.

Nathan señala con la cabeza la mesa de comida que hay detrás de mí.

—Construyendo tu propio negocio.

Múltiples trabajos. Comenzar una nueva vida. Huir de mi pasado.

—Algo así —respondo.

—Pero ¿me viste en televisión? —Sus ojos todavía están entrecerrados, como si estuviera tratando de entender por qué esto es relevante.

Respiro profundamente.

—Estaba en una gasolinera y había un televisor encendido detrás del mostrador. Estaban pasando una entrevista después del partido y... dijeron tu nombre, así fue como me enteré de que jugabas. No lo sabía. —Lo miro con seriedad—. Yo tampoco te reconocí. Fue...

Los recuerdos de cómo me sentí en ese momento me suben por la garganta y me impiden decir más.

Fue una sensación horrible darme cuenta de que ya no conocía a mi amigo de la infancia, sobre todo después de todas las cartas...

Me trago el nudo de tristeza que se forma en mi garganta.

Pero ese amigo está aquí, de pie frente a ti, después de todo este tiempo.

Nathan da otro paso adelante, acercándonos más de lo profesionalmente aceptable.

Intento parpadear para disipar la tensión que crece en mis ojos, pero una lágrima traidora se desliza entre mis pestañas.

—Oh, mierda. —Nathan se acerca y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Por favor, no llores, hermosa.

Él se acerca un poco más arrastrando los pies.

Su aroma me envuelve. La misma colonia cara que se me pegó después de que me aferré a él en esa despensa.

—¿Por qué estoy aquí? —susurro. Me preocupa que todo esto sea una broma.

Sé que no podría manejarlo si así fuera.

—Porque quería volver a verte —susurra, sin rodeos ni pretensiones—. Y porque tus albóndigas están deliciosas.

Una bocanada de humor sale de mis pulmones mientras otra lágrima se me escapa.

—Deberías haberle dicho a Blake. No hay albóndigas en el menú.

Nathan vuelve a pasar el pulgar por mi mejilla.

—La próxima vez.

Dejo que esas palabras se hundan en mi pecho.

La próxima vez.

Nathan se acerca más.

—Tengo una pregunta.

—¿Solo una? —Seguimos susurrando.

—Por ahora. —Está tan cerca que puedo sentir su exhalación en mis labios—. ¿Pensaste en mí cuando preparaste esos malvaviscos?

Los malvaviscos de la fiesta.

El postre que preparo para cada evento.

Abro la boca, pero no respondo.

Porque no quiero.

No quiero decirle que me recuerdan a él cada vez.

No quiero admitir que aprendí a hacerlos cuando tenía dieciséis años solo para poder fingir que los estaba haciendo para él. Para poder sentirme cerca de él.

No puedo contarle mucho de mí.

No así.

No cuando siento que mi corazón se va a salir entre mis costillas.

Hace un zumbido mientras se endereza, su mano se desliza fuera de mi mejilla.

—Interesante.

Junto mis labios.

Puede que no conozca los detalles, pero aparentemente la verdad todavía estaba escrita en mi cara.

El ruido de un auto traqueteando me hace dar un paso atrás.

—Tengo que terminar de preparar todo.

Nathan también da un paso atrás.

—Una cosa más, Rosie.

Cada vez que usa mi antiguo apodo, un pedazo del muro que construí a mi alrededor se agrieta.

Exhalo.

—¿Qué pasa, Nathan?

Juro que sus ojos se oscurecen mientras se pasa la lengua por el labio inferior.

—Dime qué hay de postre.

Sé lo que realmente me está preguntando y no tiene sentido evitarlo. Lo sabrá ahora o cuando regrese para comer.

Presley acerca el auto a mi lado.

Sin dar explicaciones y fingiendo que no tengo las mejillas sonrojadas, saco de la pila el recipiente que quiero.

Levantando la tapa, tomo uno de los cuadrados de dos tonos, rosa y verde.

Debería usar pinzas, pero es para Nathan, y después de la despensa ya no somos tan profesionales.

Ignoro la sonrisa gigante en el rostro de Presley mientras me giro hacia Nathan.

—Es cereza limón —le explico los colores mientras lo sostengo.

Nathan desliza sus dedos contra los míos mientras toma el malvavisco de mi mano.

Muerde la mitad y, mientras mastica, observa el postre a medio comer y la inspecciona antes de llevarse el resto a la boca.

Mis ojos se deslizan hacia abajo para observar su garganta mientras traga.

No puedo creer que él lo haya juntado todo solo con los malvaviscos de la fiesta de Lovelace, pero tiene razón. Pensé en él mientras lo hacía.

Siempre pienso en él cuando hago malvaviscos. ¿Cómo no hacerlo?

Y realmente no tenía intención de que se convirtieran en mi plato estrella, pero lo han hecho.

Nathan extiende la mano.

—¿Uno para el camino?

También siempre me he preguntado si le gustarían o si le quedarían pequeños, y ahora tengo la respuesta.

Presley coloca el recipiente frente a mí.

Saco otro malvavisco y lo coloco en la palma expuesta de Nathan.

—No arruines tu apetito.

Sus ojos bajan hasta mi boca.

—Imposible.

El calor llena mis venas y Nathan baja la mirada hacia mi pecho antes de darse la vuelta y alejarse.

Cuando Nathan desaparece en el interior del edificio, Presley finge desplomarse sobre el auto.

—Dios. Maldita sea. ¿Cómo hacen ustedes dos para que los malvaviscos sean sexys? —Todavía desplomada, levanta la cabeza para

mirarme—. Dime que estamos aquí porque él quiere hacerte el amor dulcemente.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Eres ridícula.

Ignorando su respuesta, vuelvo a la mesa de comida y me distraigo con el trabajo.

29

Nate

—Lo hiciste bien. —Le doy una palmadita a Blake en la espalda.

El chico, que en realidad es un hombre de unos veinte años, se tambalea hacia adelante y deja caer su brownie en el pasto.

—Oh, uh...

Se agacha para recogerlo y no puedo evitar poner los ojos en blanco. Apenas lo toqué.

Suspiro para mí mismo cuando mi mirada se posa en el patio y encuentro a Rosie mirándome.

Ella mira hacia otro lado rápidamente, pero la veo luchar contra una sonrisa.

—Gracias, señor Waller. Me alegro de que todo haya salido bien. —Sacude su brownie y le da un mordisco.

He renunciado a corregirlo. Está claro que nunca va a dejar de decir la mierda de *Señor*.

—Mañana puedes tener el día libre, con el día pagado —le digo.

Las cejas de Blake se alzan.

—¿En serio?

— En serio.

—Oye, Blake. —Una de mis empleadas se detiene a mi lado—. Buen trabajo con el servicio de catering.

—Gracias —responde Blake alegremente.

—¿Dónde escuchaste sobre ella? —le pregunta a mi asistente.

Lentamente giro la cabeza para mirar a Hannah.

—¿Rosalyn? —Blake hace un sonido como si estuviera pensando, pero yo mantengo la vista fija en Hannah—. Creo que su tarjeta solo estaba en la planificación.

—Eso es útil —le responde Hannah a Blake, pero lentamente gira la cabeza para mirarme.

Fue útil.

Más fácil que culpar a un bebé.

Y después de que Blake reservó la compañía de Rosie, me aseguré de ser el último en salir de la oficina, y al pasar por su escritorio, tomé la tarjeta de vuelta.

Actualmente está en mi billetera.

Y si la saco para pasar el pulgar sobre las letras en relieve todas las noches, eso no es asunto de nadie más que mío.

—Blake, ¿te importa si hablo con Waller un momento? —Hannah se inclina hacia mí para preguntarle.

—No hay problema. —Blake ya está retrocediendo mientras responde.

Soy un buen jefe.

Justo. Considerado, y aun así, Blake no parece poder alejarse de mí lo suficientemente rápido.

—Intimidas al pobre chico —dice Hannah como si estuviera leyendo mi mente.

Mi cara se arruga.

—Eso es una tontería.

Hannah se ríe.

—Es verdad.

—Si esto va a ser un sermón, solo debes saber que la única forma en que podría ser más indulgente con él sería si hiciera su trabajo yo mismo.

Ella resopla.

—En primer lugar, esto no es un sermón. Es una investigación.

—¿Investigación? —Me giro para mirar a mi contadora principal.

Hannah mantiene la mirada al frente, en dirección a Rosie.

—En segundo lugar, Blake se adaptará a su papel, incluso si le hubieras dejado todo este asunto del picnic.

Me doy la vuelta y vuelvo a quedar mirando hacia adelante, hombro con hombro con la esposa de mi mejor amigo.

—No tengo idea de qué estás hablando.

Hannah tararea.

—Es gracioso —sé *que esto no va a ser gracioso*—. Le conté a Maddox sobre el picnic *anual*, y dijo que era la primera vez que escuchaba hablar de eso. —*Maldito Maddox. ¿No entiende el código de hermanos?*—. Lo que significa que fue una idea reciente. Lo cual es genial, pero luego me pregunté si anual sería el término correcto para el evento. —Hace una pausa, y estoy seguro de que es para dar un efecto dramático—. Técnicamente, no importa si es inexacto, pero tuve que detallar los gastos, así que tuve que mirar el nombre del evento una y otra vez. —Me cuesta todas mis fuerzas no pellizcarme el puente de la nariz. Deja que Maddox se case con una maldita nerd—. Entonces vi el nombre de la proveedora del catering. —Otra pausa—. Y qué afortunada coincidencia que te di su tarjeta hace no más de dos semanas. Buena sincronización.

Yo tarareo.

—Excepto que hay otra cosa más.

Por supuesto que la hay.

—¿Y eso sería? —Le sigo el juego.

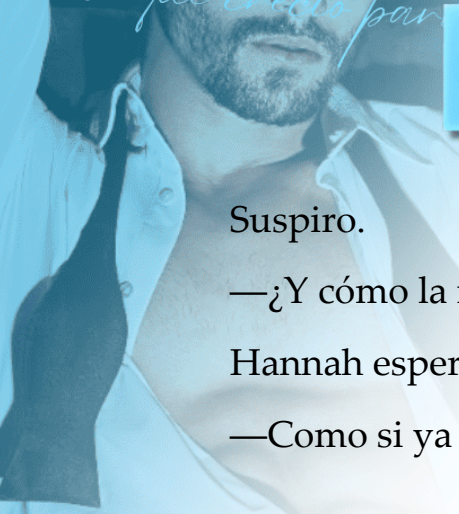
—La forma en que la miras.

Suspiro.

—¿Y cómo la miro?

Hannah espera un momento.

—Como si ya la amaras.










30

Rosalyn

No puedo dejar de mirarlo.

Él es tan… magnético.

Guapo. Tentador. Fornido.

El tipo de hombre que te hace querer romper las reglas, sin importar lo peligrosas que puedan ser las consecuencias.

Sus ojos se encuentran con los míos y yo miro hacia otro lado.

No puedo creer que lloré cuando hablé con él.

Llorar es literalmente lo último que quiero que me vean hacer, pero mis emociones me dominaron.

Esa noche, cuando lo vi por primera vez en la televisión, se rompió una parte de mí.

Y hablar de eso, delante del propio hombre…

Cuando *él* me secó las lágrimas…

Fue suave. Íntimo.

Y sanó una parte de mí.

Luego preguntó por el malvavisco…

Que Nathan se diera cuenta de mi obsesión por los pequeños postres debería haber sido mortificante.

Pero él lo hizo sexy.

Y me miró como si quisiera devorarme después.

Y no sé qué hacer con eso.

No sé qué hacer con Nathan, punto.

Mis ojos se levantan solos y vuelven a *él*. Excepto que ya no está parado al otro lado del patio.

Él se está alejando.

31

Nate

No me doy la vuelta.

Quiero hacerlo.

Puedo sentir la mirada de Rosie sobre mí.

Puedo sentir su atención.

Pero este no es el momento ni el lugar para resolver lo que es tan obvio entre nosotros.

Meto mis manos en mis bolsillos, donde tengo tres malvaviscos en cada uno, y sigo caminando.

32

Rosalyn

La puesta de sol se refleja en mi parabrisas mientras me estaciono en mi lugar asignado frente a mi edificio de apartamentos.

Nathan nunca regresó después de irse, y todavía me lamento por lo decepcionada que me sentí al respecto.

Saco mi mochila de trabajo del asiento del copiloto y la pongo sobre mi hombro.

Cerrando la puerta de golpe detrás de mí, miro la puerta corrediza al costado de la camioneta y gruño.

Quiero dejar todos los recipientes y contenedores para mañana, pero también sé que me odiaré a mí misma si lo hago. Así que, con un suspiro, abro la puerta y tomo un montón de contenedores.

Me cuesta un poco atravesar la puerta principal del edificio y sudo bastante mientras subo todo por los dos tramos de escaleras hasta la puerta, pero finalmente entro y dejo la pila de contenedores en la mesa del comedor.

La desventaja de las empresas es que no suelen hacer un plan para guardar las sobras, pero conozco a una chica en Marie's House, un lugar que alberga a familias y mujeres necesitadas, que siempre está dispuesta a llevarse cualquier comida extra para sus residentes. Entonces, después de dejar a Presley en su casa, me detuve ahí, lo que significa que llegué a casa más tarde de lo normal.

Miro el reloj, queriendo cenar yo también, pero dejo mi bolso en la mesa y regreso a mi camioneta.

33

Nate

Dudo, con mi dedo flotando sobre la pantalla.

Podría simplemente llamarla.

Tengo su número de teléfono de su tarjeta.

Pero quiero que *ella* me llame a mí.

Quiero que sea ella la que me extienda la mano.

Y podría mentirme a mí mismo sobre todas las razones del por qué.

Pero es simple.

Solo lo quiero.

Quiero que ella supere cualquier resistencia que la esté frenando.

Quiero su atención.

Inhalo y luego presiono el botón de enviar.

34

Rosalyn

El vino permanece en mi lengua y cierro los ojos mientras me sumerjo en su rico sabor.

Me duele la espalda baja de tanto manipular todos los recipientes grandes y tapas en mi estrecho fregadero, pero logré lavar todo.

Podría haber dejado algo para mañana, pero ahora puedo dormir hasta tarde.

Es una tarde suave y la brisa que entra por la puerta abierta del balcón se siente agradable después de un día esquivando el sol, moviéndonos de sombrilla en sombrilla.

Acomodo mis pies en mi pequeña mesa de café y levanto la copa de vino hacia mis labios.

Pero antes de poder volver a beber mi copa, mi teléfono vibra con una notificación.

Lo levanto del brazo del sofá.

Es un nuevo correo electrónico de mi cuenta comercial.

Al abrirlo, veo que es la confirmación del pago final del evento de hoy.

Luego dejo mi vino y acerco el teléfono a mi cara.

¿Eso es…?

Él no lo hizo.

Cierro el correo electrónico y luego lo vuelvo a abrir.

—¿Qué demonios? —susurro en la habitación que se oscurece.

Abro mi cuenta bancaria.

Mi pulso se acelera.

No sé cómo sentirme ante esto.

Actualizo mi aplicación bancaria y, efectivamente, los ocho mil dólares adicionales todavía están ahí.

Una propina de ocho mil dólares.

Planto mis pies en el suelo y me inclino hacia adelante.

¿Qué está haciendo?

He recibido propinas muy importantes antes. Una vez incluso de unos cuantos miles de dólares.

Pero nada tan grande, y ciertamente no por un trabajo tan pequeño.

Ocho. Mil.

Mi cabeza da vueltas y, probablemente en contra de mi mejor criterio, tomo mi vino y le doy otro sorbo.

Luego otro.

No puedo aceptar esto.

No puedo…

Ocho.

Una imagen de mí misma, sentada en el suelo del bosque, llorando a mares cuando tenía ocho años, aparece en mi mente.

¿Es por eso que eligió ese número?

¿Porque la última vez que nos vimos fue cuando yo tenía ocho años?

Esta vez trago el vino.

El dinero estaría bien, y si viniera de otra persona, literalmente de cualquier otra persona, lo aceptaría.

Miro mi nuevo saldo bancario y gimo, porque sé que no puedo conservarlo.

Aunque no vuelva a ver a Nathan, con nuestra historia, con lo que pasó en la despensa… tengo que devolverlo.

Tragándome el resto del vino, me levanto.

Dejo la copa al lado del lavabo, apago las pocas luces que hay encendidas y me dirijo a mi dormitorio.

Dentro de mi mesita de noche, junto a la bolsa de terciopelo que contiene a mi novio de silicón, hay un pequeño trozo de papel con el autógrafo de Nathan.

Y su número de teléfono.

35

Nate

Solo se necesitan unos minutos para que esto suceda.

Mi teléfono me avisa de un mensaje de texto.

Rosie: *Nate, soy Rosalyn Edwards. Aunque generosa, no puedo aceptar tu propina.*

Sonrío al teléfono.

¿Se da cuenta de cómo suena eso?

¿Y de verdad cree que necesito su apellido para saber quién es?

Puede que alguna vez me haya olvidado de Rosie, pero ahora la recuerdo.

Rosie: *Es demasiado grande.*

Esta vez, mi mueca se convierte en una sonrisa.

Rosie: *En serio, no puedo tomarla.*

Niego con la cabeza y escribo mi respuesta.

Yo: *Rosie, me estás matando.*

Yo: *Y es Nathan.*

Mientras espero que se dé cuenta de lo que dijo y cómo sonó, bajo mi mano izquierda y acaricio a Charles.

Él retumba bajo mi toque, y cuando me detengo, colocando mi mano sobre su caja torácica, tuerce el cuello para poder golpear su pequeña cabeza naranja contra mi palma.

—Qué niño tan necesitado —pretendo quejarme.

Él maúlla en respuesta.

Miro de nuevo la pantalla del teléfono y me pregunto si Rosie está acostada en la cama como yo.

Me pregunto si ella está en ropa interior, como yo.

Me pregunto si ella se siente cálida.

Me pregunto si ha leído sus mensajes y ahora está pensando en mi polla.

Me pregunto si recuerda la forma en que extendió sus dedos alrededor de la base cuando metió la mano dentro de mis pantalones en la despensa.

Y me pregunto si se tocará esta noche.

36

Rosalyn

Me arrastro hasta la cama, me caigo de bruces sobre la almohada y gimo en voz alta.

¿Qué me pasa?

Es demasiado grande.

No puedo tomarla.

Gimo de nuevo.

Y ni siquiera puedo actuar indignada por su respuesta poco profesional.

Puede que haya sido mi cliente esta noche, pero antes era mi amigo, y en algún punto entre amistad y cliente, logré meter mi mano dentro de sus pantalones y poner mis dedos en su enorme polla, así que el profesionalismo quedó en el olvido.

Me doy la vuelta y miro la pantalla del teléfono, deseando tener a alguien que me diga cómo responder.

Me decido por la evasión.

Yo: *Nathan, gracias por la oferta de $8,000, pero no puedo permitirte que lo hagas.*

Nathan: *Rosie, no fue una oferta. Ya está terminado, y es por un trabajo muy bien hecho.*

Junto mis labios.

Nathan: *Y si intentas rechazar el pago, simplemente lo enviaré nuevamente.*

Me preguntaba si había alguna manera de devolver un pago, pero creo en Nathan. Creo que simplemente lo volvería a enviar.

Simplemente no entiendo por qué.

¿Por qué hace esto?

¿Él sabe que estoy… luchando?

Y no es que esté luchando para comprarme comida. No estoy ahí. Ya no.

Pero necesito actualizaciones.

Necesito un lugar más grande. Una cocina más grande. Más espacio de almacenamiento.

Necesito un garaje para estacionar y un ascensor en lugar de solo escaleras para poder cargar alimentos para los eventos sin tener que bajar dos tramos de escaleras y soportar el clima para cargar mi camioneta.

Tengo suficientes *necesidades* como para no utilizar este dinero extra en *deseos*.

Pero nada de eso cambia el hecho de que no se siente bien.

Suelto un suspiro.

Yo: *¿Por qué?*

Nathan: *Porque te lo ganaste. No pienso retractarme de eso, Rosie.*

Nathan: *Pasando a cosas más importantes…*

Nathan: *¿Te unirás a mí para tomar una copa mañana por la noche?*

Parpadeo mirando mi teléfono.

Luego parpadeo nuevamente.

¿Te unirás a tomar una copa con el famoso Nate Waller? ¿En público?

Esto plantea la misma pregunta.

Yo: *¿Por qué?*

37

Nate

—Me está preguntando *por qué,* Charles. —Niego con la cabeza.

Mi compañero de soltería me mira con incredulidad.

¿Por qué?

¿Por qué quiero tomar una copa con una mujer hermosa?

¿Por qué quiero volver a ver a Rosie?

Escribo mi respuesta.

Yo: *Porque hablar contigo cinco minutos hoy no fue suficiente.*

Yo: *Porque quiero volver a conocerte.*

38

Rosalyn

Presiono una mano sobre mi pecho.

Porque quiero volver a conocerte.

A este paso, tener a Nathan de vuelta en mi vida me va a provocar un infarto.

Igual que a mi querido papá.

Nathan: *Di que sí.*

Cierro los ojos.

Esta es una mala idea

No debería.

Yo: *Tengo que trabajar el sábado por la mañana.*

Tan pronto como presiono enviar, me doy cuenta de que podría interpretarse de manera incorrecta.

Yo: *Lo que significa que no puedo quedarme fuera hasta tarde mañana.*

39

Nate

—Esta maldita chica.

Charles ronronea más fuerte.

Yo: *8pm en el Booze Hooch*

Envío la dirección de St. Paul.

Yo: *A menos que esté muy lejos. No sé qué tan cerca vives.*

40

Rosalyn

Levanto la cabeza para mirar por la ventana de mi dormitorio, hacia el horizonte de St. Paul.

Yo: *Eso no está muy lejos.*

Nathan: *Entonces vendrás.*

Dejo caer mi cabeza nuevamente hacia abajo.

Yo: *Lo intentaré.*

Nathan: *Prométemelo.*

Mis dedos vacilan sobre la pantalla.

Yo: *Mañana tengo trabajo. Si algo sale mal, podría seguir trabajando a las 8.*

En gran parte es cierto, aunque dudo que haya algo que me haga quedarme tan tarde.

Nathan: *Puedo esperar toda la noche.*

Él no va a dejar pasar esto.

Y si soy sincera conmigo misma, no quiero que lo haga.

Yo: *Está bien. Si voy a llegar tarde, te lo haré saber.*

Bajo mi teléfono hasta mi pecho y giro el cuello para mirar fijamente la puerta cerrada de mi armario.

Mi teléfono vibra.

Y sigue vibrando. Con una llamada.

Mi pobre pulso se salta otra vez.

Nathan me está llamando.

Nathan me está llamando.

Me siento.

Nos estábamos enviando mensajes de texto. No necesita llamar.

El teléfono continúa vibrando.

Respiro profundamente y presiono el botón para aceptar.

—Hola, Rosie.

Mis ojos se ponen en blanco.

Decir *hola* no debería sonar tan erótico.

Sostengo el teléfono a unos centímetros de mi oído para que, con suerte, no pueda oír lo sin aliento que me siento.

—Hola, Nathan.

Deja escapar un breve zumbido de agradecimiento que siento en mis pezones.

—Solo necesito oírte decirlo.

—¿Tu nombre? —pregunto en voz baja.

Otro murmullo, con un toque de humor.

—No, como sea, eso fue un buen regalo. Necesito que me prometas que vendrás mañana por la noche.

Trago saliva mientras su voz vibra a través del teléfono contra mi palma.

—Lo prometo —susurro. Lo digo en serio.

—Buena chica —sus palabras se arrastran por la línea—. Dulces sueños, linda Rosie.

Luego cuelga.

Y meto la mano en mi cajón.

41

Rosalyn

Respiro profundamente en un intento de calmar mis nervios y luego abro la puerta.

El aire fresco fluye a mi alrededor cuando entro en Booze Hooch y obligo a mis hombros a relajarse mientras paso la entrada.

Mi Uber me trajo aquí justo a tiempo, pero tengo la sensación de que Nathan ya está aquí.

Excepto que el bar está tan lleno que no tengo idea de cómo lo encontraré.

Maldito Nathan.

¿Cómo le permití convencerme de hacer esto?

Doy unos pasos más entre la multitud y tengo que evitar morderme el labio para no estropear el brillo que me apliqué en el auto.

Intenté no exagerar con mi apariencia, pero aún así me maquillé y peiné como si fuera una cita y no solo una reunión de viejos amigos.

Viejos amigos que se tocan el uno al otro.

Doy otro paso arrastrando los pies, luego me estiro hacia atrás y me levanto el cabello de la nuca, dejando que el aire frío fluya sobre mi piel caliente.

Durante todo el viaje hasta aquí no hice nada más que estresarme.

Estrés por llevar mi cabello grueso y liso suelto.

Estrés por la blusa sin mangas escotada que elegí usar. Por los pantalones sueltos que antes parecían casuales pero que ahora se sienten demasiado elegantes.

Mis sandalias son silenciosas en medio del ruido mientras arrastro los pies y miro a mi alrededor.

En mi mano, mi teléfono vibra.

Nathan: *Esquina trasera izquierda, hermosa.*

Viejos amigos que se llaman hermosos.

Levanto lentamente la mirada.

La iluminación es tenue.

Mesas altas llenan el centro de la sala, cabinas bordean el perímetro y hay gente de pie por todas partes, pero al fondo, de pie, con una capucha sobre el cabello, está el hombre que estoy buscando.

Guardo mi teléfono en mi bolso.

Tengo todo el largo de la habitación para recomponerme.

Son solo unos tragos.

Solo un poco de ponernos al día.

Sin expectativas.

42

Nate

La observo agacharse y esquivar la multitud y pienso en lo que dijo Hannah.

No he dejado de pensar en lo que dijo Hannah.

¿Cómo la miro?

Como si ya la amaras.

Apoyo mis manos sobre la mesa para evitar presionar la palma sobre mi corazón.

Es imposible.

Es imposible amar a alguien que ni siquiera conozco.

Pero… es Rosie.

Su cabello rojo intenso brilla cuando pasa bajo una luz en el techo.

Es *mi* Rosie.

Y probablemente no la amo. No sé si alguna vez amé de verdad a una mujer. No de esa manera, pero hay algo ahí.

Algo que nunca había sentido antes.

Algo que se parece un poco al destino.

Ella emerge de la multitud ante mí.

El destino envuelto en un pequeño paquete con curvas.

43

Rosalyn

Me detengo frente a Nathan, la mesa alta y redonda se interpone entre nosotros.

Sus ojos están fijos en los míos, sus iris se oscurecen en las sombras bajo su capucha.

Lleva una camiseta gris debajo de una sudadera negra con capucha desabrochada, y las mangas de la sudadera están subidas y se amontonan alrededor de sus antebrazos. Hace un poco de calor para la sudadera, pero es discreta de todos modos.

Y puede que eso impida que la gente se dé cuenta de quién es, pero todo el atuendo… simplemente lo hace lucir increíblemente atractivo.

Cuando finalmente vuelvo a levantar mis ojos, descubro que los suyos me están observando, recorriendo mi cuerpo.

Me ha tocado, me ha besado, me ha visto, pero en este momento siento como si me estuviera desnudando.

Y finalmente acepto que esto nunca iba a ser solo una bebida.

44

Nate

Ella es una maldita diosa.

Eso ya lo sé.

Pero verla esta noche con ese atuendo… nunca tuve una maldita oportunidad.

Y si me salgo con la mía, esta noche terminará con mis huellas en su trasero y ella corriéndose sobre mi polla.

Alguien choca contra ella y ella da un paso vacilante para acercarse.

Entrecierro los ojos al ver la espalda del hombre que la hizo tropezar y cambio mi peso mientras me preparo para ir tras él.

Pero entonces una mano cubre la mía, sobre la mesa.

Vuelvo rápidamente mi mirada hacia Rosie.

Ella está a mi lado.

Tocándome.

Calmándome.

Me giro para mirarla.

No soy un hombre violento. Jamás se me ocurrió golpear a un hombre por una razón tan insignificante, pero mientras estoy aquí, mirando fijamente a los brillantes ojos azules de mi pasado, siento una necesidad imposible de destruir a cualquiera que haya lastimado a Rosie.

—Nathan —dice mientras empieza a apartar la mano.

Y solo hay una cosa que puedo hacer.

45

Rosalyn

Más rápido de lo que puedo procesarlo, Nathan engancha su mano alrededor de mi nuca y me arrastra hacia él.

Presiono mis manos contra su pecho para sostenerme, pero no hago nada para detenerlo.

No quiero detenerlo.

Dejo que él me guíe.

Dejo que presione sus labios contra los míos.

Un gemido sale de mi garganta mientras hago más que *dejarlo* que me bese.

46

Nate

Los labios de Rosie se separan y su lengua se desliza contra la mía.

Gimiendo en su boca, aprieto mi agarre.

Su cabello es sedoso contra mi palma.

Su cuerpo es suave contra el mío.

Visiones de desnudarla bailan detrás de mis párpados, y me veo obligado a apartar mi boca de la suya.

—Maldita sea, Rosie —jadeo, presionando mi frente contra la suya—. Esto no es lo que había planeado.

Siento un soplo de aire en la boca.

—Es una pena.

Mis labios se curvan en una sonrisa y abro los ojos.

—Seré sincero, esperaba hacer esto más tarde, pero no tenía pensado empezar con mi boca sobre la tuya. —Mi voz es ronca, pero la hago lo suficientemente fuerte para que Rosie la oiga.

—¿Con qué planeabas empezar?

Presiono mi pulgar contra el costado de su cuello mientras ella habla, absorbiendo su pulso acelerado.

—Bueno —inclino la cabeza hacia atrás lo suficiente para poder mirarla a los ojos—. Estaba pensando en pedirnos algo de beber, preguntarte cómo te fue en la cocina y tal vez dejar que mis rodillas chocaran con las tuyas debajo de la mesa.

Una suave sonrisa se dibuja en su boca.

—Suena muy respetable.

Resoplo.

—Lo habría sido.

—Aún podríamos intentarlo. —Rosie intenta dar un paso atrás, pero no la suelto.

—No —sonrío—. Me gusta más esta versión.

Mientras me inclino, su sonrisa crece y siento que esas malditas palabras se expanden dentro de mi caja torácica.

Como si ya la amaras.

47

Rosalyn

Los sonidos del bar parecen una barrera entre nosotros y la realidad, como si el ruido hiciera imposible que la gente nos viera.

Como si nadie se diera cuenta de que nos estamos besando como si nuestras vidas dependieran de eso.

Su mano se siente cálida en mi cuello.

Sus labios exigen los míos.

Su otra mano se desliza hacia abajo para agarrar mi costado.

Me inclino hacia adelante.

Y me acuerdo de la despensa.

La forma en que me fundí con él ahí también.

La forma en que dejé que me tocara.

La forma en que ardía alrededor de sus dedos.

Cómo hizo que me desmoronara sin siquiera saber quién era yo.

Esta vez soy yo quien rompe el beso.

El agarre de Nathan se afloja cuando doy un paso atrás.

—¿Dijiste algo sobre una bebida? —pregunto, percibiendo el suspiro en mi voz.

Él asiente una vez.

—Lo que quieras.

Mi mirada se dirige a su boca, luego más abajo.

Nathan se aclara la garganta.

Atrapada y sin importarme, no me apresuro a mirarlo de nuevo.

—Algo fuerte.

—Entonces… ¿no champán? —Su expresión es neutra, pero percibo el tono burlón en él.

Niego con la cabeza.

—No champán.

Nathan baja la barbilla y saca una de las sillas de la mesa junto a la que estamos.

—Quédate aquí. Encontraré algo bueno para nosotros. —Comienza a dar un paso atrás, pero se detiene—. ¿Has venido en auto?

Aprieto mis labios y luego niego con la cabeza.

Mis ojos se sienten atraídos por su garganta mientras traga.

—Bien. —Inclina la cabeza hacia la silla alta y luego desaparece entre la multitud.

Bien.

Me obligo a respirar lentamente.

No esperaba que nos besáramos en el momento en que estuvimos lo suficientemente cerca como para tocarnos, pero curiosamente funcionó para romper la tensión que me atormentó todo el día. Por supuesto, la tensión del estrés fue reemplazada por tensión sexual, pero eso se puede superar.

Dejo mi bolso sobre la mesa y aprovecho este momento a solas para subirme a la silla. Siempre es incómodo subirme a ellas, así que agradezco el hecho de que Nathan no esté aquí para verme moverme de un lado a otro en el asiento, ajustándome la ropa.

Acomodada, encuentro la parte de atrás de la cabeza de Nathan y observo mientras espera su pedido.

La capucha lo hace destacar en el mar de camisetas y atuendos ligeros, pero entiendo que lo hace para ocultar su identidad.

Porque es famoso.

Todavía es difícil creer que el chico flacucho del bosque creció hasta convertirse en un conocido jugador de fútbol profesional.

Mi corazón se hincha.

Por todo lo que pasó.

Por todas las formas en que nuestras vidas tomaron direcciones diferentes.

Me alegro por él.

Me alegro de que él haya podido ser feliz.

Se lo merece.

48

Nate

Con una jarra en una mano y dos vasos en la otra, me doy la vuelta y de inmediato capto la mirada de Rosie sobre mí.

Su expresión es suave.

Cálida.

Y creo que es lo más tranquila que la he visto nunca.

Alargo mi paso y corto la distancia entre nosotros.

—¿Qué es esa mirada? —le pregunto, dejando todo sobre la mesa.

Sus mejillas se sonrojan y duda, luego, levanta un hombro.

—Solo pienso en lo orgullosa que estoy de ti.

Abro la boca para responder, pero no me salen palabras.

Lo orgullosa que estoy de ti.

Se me cierra la garganta.

Maldita Rosie Edwards, volviendo a mi vida después de veinticinco años, apareciendo de la nada, diciendo mierdas como esta y despellejándome.

Claro, las mujeres me han hecho cumplidos antes.

Me tocan los brazos o el estómago, diciéndome lo bien que me veo o felicitándome por una victoria.

Hago fuerza para tragar.

Pero nadie fuera de mi familia me ha dicho nunca que está orgulloso de mí.

Y mierda si no se siente bien oír eso.

Me inclino hacia la chica con orgullo en sus ojos y presiono mis labios contra su sien.

Es todo lo que puedo hacer en este momento sin avergonzarme.

Dando un paso atrás, agarro el respaldo de la otra silla de la mesa y la arrastro hasta que queda al lado de la de Rosie.

Mantengo la mirada apartada mientras me siento.

Mantengo la mirada apartada mientras sirvo para cada uno un vaso de mojito de sandía.

Mantengo la mirada apartada hasta que me doy la vuelta en el asiento. Hasta que mis rodillas chocan con las suyas.

Luego las levanto.

Y lo siento.

Jodidamente lo siento.

Y no sé cómo es posible.

No sé si durará.

Pero lo siento.

Siento la forma en que la miro.

Como si jodidamente ya la amara.

49

Rosalyn

Nathan fija su mirada en la mía mientras me entrega una de las bebidas.

El cristal frío pesa en mi agarre.

Él levanta la suya.

—Por los malvaviscos.

Un pequeño sonido sale de mi garganta y aprieto mis labios.

Luego golpeo mi vaso con el suyo.

—Por los malvaviscos.

Juntos levantamos nuestros tragos y bebemos.

El sabor fresco de la sandía salpica mi lengua, seguido por la menta y el calor suave del alcohol caro.

Es peligrosamente buena.

Tomo otro sorbo.

Nathan baja su vaso a la mesa y se gira aún más hacia mí, colocando su mano en el respaldo de mi silla.

Me muevo para quedar frente a él también, sentándome de lado en mi silla, igual que él, poniendo mis rodillas entre las suyas.

—Entonces, señorita Rosie Edwards, ¿cuándo empezó a cocinar? ¿Y cuándo empezó a llamarse Rosalyn?

Tomo otro trago, retrasando mi respuesta, preguntándome cuánta verdad debo decirle y decido mi propia pregunta.

—¿Cuándo empezaste a llamarte Nate?

Sonríe, pero aun así responde:

—En la secundaria. Nos mudamos justo al pueblo de al lado, y pensé que sonaba mejor.

Mi corazón se estremece al pensar otra vez en él mudándose.

—Suena genial —digo con seriedad.

Nathan sacude la cabeza.

—Fue un impulso adolescente que me acompañó durante el resto de mi vida, pero ahora la mayoría de la gente me llama Waller.

—¿Debería …?

—Tú llámame Nathan —responde antes de que termine mi pregunta—. Igual que yo te seguiré llamando Rosie. Ahora te toca a ti.

Sin ningún otro lugar donde ponerlas, apoyo mis manos en mi regazo.

—Cuando me mudé a las Twin Cities, decidí usar mi nombre completo. Sonaba más adulto y me pareció una buena manera de comenzar el siguiente capítulo de mi vida.

—¿Cuándo dijiste que te mudaste aquí? ¿Cuando tenías diecinueve años?

—Sí. —Recuerdo que me preguntó eso antes de saber quién era yo, y aunque sabía que saldría a relucir, no quiero hablar de eso.

Me concentro en relajar mis puños y cambio de tema para responder a su otra pregunta.

—Trabajé en diferentes restaurantes desde que tenía dieciséis años. Así que encontré un trabajo aquí como cocinera y comencé a trabajar en mi plan para mi empresa.

Las yemas de sus dedos recorren las puntas de mi cabello y siento que inclino la cabeza hacia su mano, queriendo más.

—¿Fuiste a la escuela para aprender a cocinar? —Se acerca más a mí para que pueda escucharlo mejor.

—Solo autodidacta.

—Impresionante. —Sus ojos se mueven hacia donde sus dedos todavía están jugando con mi cabello.

—No realmente —levanto un hombro—. Simplemente no podía pagar la universidad.

Su mirada se dirige de nuevo a la mía.

—No dejaste que eso te detuviera, y he probado tu comida, Rosie. Es jodidamente deliciosa.

—Gracias —digo en voz baja.

—¿Terminaste trabajando en restaurantes porque ya te gustaba cocinar? ¿O fue trabajar en ellos lo que hizo que te gustara?

—Empecé a cocinar en casa cuando era más joven. —Tomo mi vaso—. Encontré un viejo libro de cocina en esa tienda de segunda mano que hay junto a la biblioteca. —Hago una pausa y bebo un trago para disimular. La familia de Nathan no era del tipo que iba a tiendas de segunda mano, y me siento un poco rara por haber sacado el tema—. Era un grueso libro de cocina de Betty Crocker, un poco golpeado y muy viejo, pero el dueño anterior escribió todo tipo de notas en los bordes de las páginas.

—¿Qué tipo de notas? —Nathan parece genuinamente curioso.

—Cosas al azar. Ella, supongo que era una ella, tachaba los tiempos de cocción y escribía lo que creía que era mejor. Había notas sobre los ingredientes que había que añadir si querías que fuera más dulce o menos salado. Sustituciones que usó si se quedaba sin algo. Las notas no eran profundas ni nada por el estilo, pero me llamaron la atención. Nunca pensé tanto en la comida, ya que no había mucha... —Me doy cuenta—. Ya que no teníamos tanta variedad en casa.

En general no teníamos mucha comida, o al menos yo no la tenía.

Me quedé estancada con paquetes de sopa instantánea y sándwiches de mantequilla de maní la mayoría de las veces, pero realmente no quiero hablar de eso.

Aunque creo que Nathan lo sabía, estoy bastante segura de que por eso empezó a llevarme malvaviscos.

El agradecimiento llena mi pecho.

Él fue un buen amigo para mí.

Y quiero decírselo.

Nunca fui una niña flacucha, incluso cuando elegía pasar hambre la mayoría de las noches y prefería quedarme en mi habitación en lugar de estar cerca de mi papá, mi cuerpo siempre fue… más grueso.

Pero Nathan aún sabía que me vendrían bien las golosinas.

Por supuesto, una vez que descubrí cómo cocinar, finalmente pude comer hasta saciarme y rellené mis curvas aún más.

Por supuesto, papá, el típico pedazo de mierda que era, nunca perdió la oportunidad de llamarme gorda, de decirme que debería salir a correr o que nunca conseguiría un novio si no empezaba a reducir las calorías.

Como si hubiera querido un novio.

Yo hubiera querido menos hombres en mi vida, no más.

Una mano cálida se desliza sobre mi hombro.

—¿Qué era lo que más te gustaba hacer?

—Sopa —le digo, y luego tomo un largo trago de mi mojito.

Nathan arquea las cejas.

—Y, sin embargo, no hiciste nada de eso para la fiesta de Lovelace ni para mi picnic.

Mentalmente, aparto los recuerdos empalagosos que amenazan con hundirme y sonrío.

—La sopa no es exactamente un bocadillo de verano.

Nathan frunce los labios.

—Está bien, pero quiero probar un poco de todos modos. Nunca he probado una sopa que no me guste.

—Te haré sopa algún día, Nathan Waller —digo, aunque estoy segura de que es mentira.

Dudo que nos veamos después de lo que pase esta noche.

Él toma el vaso de mi mano derecha y lo pone en mi izquierda, luego extiende su mano entre nosotros.

Levanto una ceja.

—¿Qué estás haciendo?

—Las estamos estrechando. —Nathan acerca su mano hacia mí.

Pongo los ojos en blanco, pero coloco mi palma sobre la suya.

—¿Es vinculante si no escupimos en nuestras manos primero?

Nathan levanta nuestras manos unidas hacia su boca.

—Si quieres que escupa, Rosie, solo dilo.

Su mirada es ardiente y aprieto mis rodillas con más fuerza y susurro:

—No en este momento.

Nathan deja caer nuestras manos unidas sobre su muslo y echa la cabeza hacia atrás con un gruñido.

—Maldita sea, Rosie. —Se le cae la capucha de la cabeza mientras la sacude—. Vas a ser mi muerte.

Su dramatismo me hace reír un poco.

—Tú empezaste.

Se endereza de nuevo para poder mirarme.

—Y tú lo empeoraste. Lo mejoraste. Elige tu veneno.

Hago una mueca ante la palabra veneno mientras trago más alcohol.

Dejo mi vaso en la mesa y deslizo mi mano para liberarla.

—Has perdido tu disfraz.

Sintiéndome más audaz ahora que mi vaso está casi vacío, me inclino hacia él y levanto la mano, mis dedos se enganchan en la tela de su capucha.

Nathan encorva los hombros y baja su cuerpo lo suficiente para que pueda volver a colocar la tela sobre su cabello.

La capucha negra se detiene en la parte superior de su frente, pero al jalarla hacia adelante hace que parte de su cabello le cuelgue sobre los ojos.

Manteniendo mi atención en mis manos, coloco suavemente su cabello debajo de su capucha, los mechones se sienten suaves contra mis dedos.

50

Nate

Mis ojos se cierran.

La sensación de los dedos de Rosie recorriendo mi cabello es casi demasiado.

Aprieto mis rodillas una contra la otra, apretando las de Rosie entre las mías.

—Tengo ganas de despeinarme solo para que vuelvas a hacerlo.

Rosie suelta una pequeña risa y me hace sonreír.

—No puedes permitir que todos aquí sepan tu verdadera identidad.

Abro los ojos de golpe.

—Claro que no.

Ella se sienta y baja las manos hasta el regazo.

—¿Cómo fue?

Abro los ojos por completo.

—¿Cómo fue qué?

Ambos tomamos nuestras bebidas.

—¿Jugar frente a toda esa gente? —Rosie hace un gesto con la mano vacía, como si estuviéramos en un estadio—. Ser famoso. Ser reconocido. —Deja caer la mano sobre su regazo—. Sabes que es una locura, ¿verdad? Que el chico que yo conocí haya crecido y se haya convertido en un maldito jugador de fútbol profesional.

Sonrío mientras tomo un trago.

—No lo podía creer —murmura.

Recuerdo lo que dijo ayer:

—¿La televisión de la gasolinera?

Ella asiente.

—Puedo ver que eso sería un shock. —Intento imaginar qué habría pasado si nuestros papeles se hubieran invertido, pero no sé qué habría hecho.

—Dejé mis cosas en el mostrador y salí corriendo llorando. —Rosie resopla y sacude la cabeza antes de tomar otro trago largo de su mojito.

—Yo…

Ella levanta su mano para detenerme.

Dejo de hablar, pero levanto la mano y agarro su muñeca, luego bajo su mano a mi rodilla.

—Me molestó no haberte reconocido. No quiero que pienses que te acosé, pero pensé en ti a menudo cuando aún vivía en esa calle. Era difícil no hacerlo cuando veía tu antigua casa todos los días. Así que cuando te vi en la televisión y me di cuenta de que no te había reconocido si hubieras pasado a mi lado... me puse muy triste, y me hizo darme cuenta de cuánto tiempo había pasado. —Aprieta los dedos sobre mi muslo—. No te digo esto para hacerte sentir mal, sino más bien para explicarte por qué no puedo reprocharte que no me hayas reconocido, y cuando te diste cuenta, lo manejaste mucho mejor que yo.

Aprieto más su muñeca.

—¿Cómo sabes cómo lo manejé, linda Rosie? —Me inclino más cerca—. Saliste corriendo de esa despensa antes de que pudiera reaccionar.

Ella se muerde el labio.

—Lo siento por eso.

Me inclino un poco más cerca.

—¿Por qué corriste? ¿Y por qué no me dijiste quién eras antes de que…? —Recorro su cuerpo con la mirada.

Su pecho se contrae en su siguiente inhalación.

—No tengo una buena respuesta que darte —susurra—. Pasó tanto tiempo. No sabía si siquiera me recordarías, y eras coqueto, pero no pensé que yo fuera realmente tu tipo. No esperaba... lo que pasó.

—¿Mi tipo? —Entrecerré los ojos—. ¿Cocineras guapas?

—Sí, eso es lo que quería decir. —Rosie pone los ojos en blanco—. Estoy hablando de *chicas con curvas*, idiota.

Mi boca se queda atascada, medio torcida hacia arriba, medio torcida hacia abajo.

Ella dice "chicas con curvas" como si quisiera decir otra cosa, y luego, en el mismo aliento, me llama tonto.

No sé si gruñir o reír.

—Primero, receptor, ¿recuerdas? —Suelto su muñeca para levantar mi mano, con los dedos separados—. Manos grandes. Necesito caderas grandes para llenarlas. Grandes... —Bajo la mirada hacia su escote—. Caderas —repito, sin querer sonar como un completo pervertido—. Y segundo. —Tomo la bebida de Rosie y coloco ambos vasos sobre la mesa, luego tomo la jarra y los vuelvo a llenar—. Tú eres la que haría tareas de matemáticas de crédito extra por diversión. Así que *tú eres* la tonta.

Rosie se ríe y me doy cuenta de que es la primera risa completa que le escucho.

Es fascinante.

Quiero escucharla más a menudo.

—Gracias —digo antes de pensarlo demasiado—. Por lo que dijiste antes, sobre estar orgullosa de mí.

Su sonrisa es tan suave que rompe un pedazo de mi corazón.

—No tienes que agradecerme por eso. Es verdad.

—Te lo agradeceré de todos modos. Significa mucho para mí —le entrego su copa recién llena—. Y por si sirve de algo, creo que es realmente fantástico que tú también tengas tu propia empresa.

Rosie levanta su copa para brindar de nuevo.

—Por un par de idiotas orgullosos.

Y choco mi bebida con la suya.

51

Rosalyn

Nathan me cuenta sobre su primer juego.

Me cuenta cómo fue jugar frente a decenas de miles de personas. Su respuesta fue: *"Increíble"*.

Nathan habla sobre los lugares donde vivió.

Terminamos otra ronda.

Le hago preguntas sobre cómo llegó a vivir aquí y me dice que se mudó para estar cerca de su mejor amigo, Maddox, pero que Maddox cree que se mudó aquí solo porque le gustaba el estado.

Sigo haciendo preguntas, aprendiendo más sobre su vida y él sigue respondiendo.

Y es fácil. Porque hablar con él es fácil.

Tal como solía ser.

Empezamos otra ronda.

Me pregunta por mi empresa.

Me pregunta por el nombre y le digo que es un guiño a mi lejano sueño de tener un restaurante.

Me pregunta cómo decoraría el restaurante y le digo.

Sobre los candelabros de mimbre. Las paredes de color melocotón claro. Las sillas cómodas. Los postres de malvaviscos...

Él toma un gran trago de su bebida y pregunta:

—¿Tienes novio?

Niego con la cabeza lentamente.

—¿Ves a alguien casualmente? —pregunta.

Niego con la cabeza otra vez.

—Yo tampoco. —Nathan me sostiene la mirada.

Esta noche ha sido divertida, cómoda y tranquila.

Pero no hemos dejado de tocarnos.

Sus rodillas presionando contra las mías.

Sus dedos en mi cabello.

Mi pulso salta constantemente.

Me llevo la bebida a los labios. No sé qué más decir.

Nathan deja su vaso vacío junto a la jarra vacía.

—Rosie.

Me trago el resto de mi coraje y luego dejo mi vaso vacío junto al suyo.

—¿Sí, Nathan?

Sus fosas nasales se dilatan como si estuviera conteniéndose.

—Voy a pedir que me lleven a casa. —Sus ojos se posan en mi boca—. ¿Irás conmigo?

Dejo que mi mirada baje hasta su boca.

—Sí, Nathan.

Sus labios se tuercen hacia un lado y un sonido bajo sale de su garganta.

Esperaba que dijera algo más, pero no lo hace. En lugar de eso, se sienta derecho y saca su teléfono del bolsillo.

Esta va a ser la mejor peor idea de mi vida.

Y mientras me deslizo de la silla, me prometo que aprovecharé al máximo.

Luego seguiré adelante.

52

Nate

Rosie se balancea mientras se pone de pie y yo extiendo la mano para agarrar la parte superior de su brazo.

—Tranquila, hermosa.

Su piel es tan suave y cálida bajo mi tacto que no puedo evitar frotar mi pulgar hacia arriba y hacia abajo.

Sus mejillas bonitas se ponen rosadas ante mí.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Rosie asiente y deja escapar una de sus sonrisas genuinas.

La capto en mi mente y la guardo en mi bolsillo para usarla más tarde. Para uno de esos momentos en que esa tristeza brilla detrás de sus ojos. No puedo explicar por qué, pero cada vez que veo esa emoción más oscura acechando detrás de su mirada, me siento responsable de eso, y siento que mi nueva obsesión será hacer sonreír a Rosie.

Ella extiende la mano y apoya las yemas de sus dedos en mi pecho.

—Voy a ir corriendo al baño de mujeres. Puedo encontrarme contigo en la entrada.

Niego con la cabeza y deslizo mi agarre por su brazo hasta que tomo su mano.

—Caminaré contigo y nos encontraremos afuera de la puerta del baño.

Parece que va a discutir, pero Rosie simplemente baja la barbilla en señal de aceptación.

Agarrando sus dedos con una mano, uso la otra para ordenar un auto a casa.

Nos separamos cuando llegamos a su puerta y entro al baño de hombres.

Mi visión es un poco inestable y, mientras miro la pared del baño, admito que me emborraché un poco más de lo que pretendía, pero Rosie parece estar en la misma situación y ya hemos estado tonteando, así que creo que está bien llevarla a casa.

Voy a llevar a Rosie a casa.

Recuerdo tanto ahora

Mientras me lavo las manos, recuerdo que me sentía muy triste a medida que pasaban las semanas y no sabía nada de ella.

Recuerdo las tardes sentado en mi habitación, mirando por la ventana hacia nuestro nuevo patio trasero que daba a otro patio trasero.

La falta de bosque.

La falta de Rosie.

Recuerdo que la extrañaba.

Y luego crecí, y la olvidé.

Me olvidé por completo de Rosie. Hasta que gimió mi nombre en la despensa de Maddox.

Y ahora que lo recuerdo todo, quiero saber aún más.

Nuestra conversación de esta noche fue un buen comienzo, pero fue solo un comienzo.

Salgo y me apoyo en el pasillo, esperando a mi chica.

Y cuando la puerta se abre, extiendo mi mano y ella la toma.

53

Rosalyn

Nathan me toma la mano con fuerza mientras nos guía a través de la multitud hacia la puerta principal.

Me siento sobrecalentada.

Sobreestimulada.

Alguien que mira hacia abajo camina directamente hacia nosotros, y Nathan extiende su mano libre para agarrar al tipo por el frente de su camisa.

El hombre mira hacia arriba y su rostro se endurece instantáneamente al ser maltratado.

—Cuidado —espeta Nathan—. Casi atropellas a mi chica.

No sé si es el tono o el tamaño de Nathan, pero el otro hombre levanta las manos y se disculpa.

Nathan lo suelta y me jala hacia adelante.

Cuando pasamos junto al hombre, me muerdo el labio y mantengo la mirada fija en la espalda de Nathan. Me parece muy inapropiado sonreír por el incidente, así que hago todo lo posible por no hacerlo.

Unos pasos más adelante, salimos a la noche.

La acera está casi en silencio y respiro profundamente.

Estar juntos en el bar era seguro.

Puede que nos hayamos besado unas cuantas veces, pero tenía que terminar ahí.

Ahora nos dirigimos a la casa de Nathan y no habrá nada que nos detenga.

¿Cuál es el punto?

Pero aunque quiero esto, siento que podría hiperventilar.

Nathan vuelve a sacar el teléfono y solo mira la pantalla antes de guardarlo en el bolsillo.

—Es la nuestra —dice mientras una camioneta negra se detiene frente a nosotros.

Lo sigo hasta la puerta trasera del pasajero.

—¿Este es tu chofer?

Nathan me sonríe.

—Es un Uber. —Luego me abre la puerta.

Pronunciamos la palabra *"oh"* y luego subimos.

Anoche, después de todo el asunto de la *propina de ocho mil dólares*, hice una búsqueda en Internet del patrimonio neto de Nate Waller.

Es de mala educación, lo sé, pero necesitaba sentirme bien por quedarme con la propina, aunque ya le había transferido la mitad a Presley.

En realidad no obtuve una respuesta sobre su patrimonio neto. Solo vi el monto en dólares de su último contrato. Era de más de treinta millones. Por un año.

Eso era todo lo que necesitaba ver porque ni siquiera puedo imaginarme esa cantidad de dinero, y mucho menos una docena de años jugando y ganando dinero de esa manera.

Presley aún no ha visto el nuevo depósito en su cuenta, pero cuando intente devolverlo, le mencionaré todos esos ceros. Eso debería hacer que lo conserve. Junto con el hecho de que se lo ha ganado con creces.

La puerta trasera opuesta se abre y Nathan se sube al asiento a mi lado.

Aparte de querer sentirme menos culpable por la propina, no me importa cuánto dinero tenga Nathan. Su riqueza no me afecta, aunque hay algo en saber que es súper rico pero que aun así toma un Uber como todos los demás que me hace sonreír, incluso si es uno de los grandes y lujosos Ubers.

Me sorprende sonriendo.

—¿A qué viene esa mirada?

Niego con la cabeza.

—Nada.

—¿El edificio BCH? —El conductor nos mira por el espejo retrovisor.

—Ese —responde Nathan.

El conductor asiente y luego se aleja de la acera.

Nathan se desliza más cerca de mí en el asiento.

Él se gira y trata de alcanzarme, y yo cierro los ojos, esperando un beso.

Entonces oigo el sonido del nailon contra el plástico.

Abro los ojos mientras Nathan me coloca el cinturón de seguridad sobre el cuerpo.

Él usa una mano para mantener el cinturón alejado de mi cuerpo, pero cuando el metal choca con el metal y abrocha la hebilla, baja la correa y sus dedos rozan mi pecho.

—La seguridad es lo primero. —Su voz es baja y tengo que concentrarme en sostenerle la mirada.

Mis ojos quieren caer a su regazo.

Quiero buscar el bulto de lo que sé que está escondido debajo de sus pantalones. Porque cuando dijo seguridad, pensé en condón.

Y le echaré la culpa al alcohol de mi imprudencia porque no quiero que use uno.

No quiero poner la seguridad por delante. Ya estoy tomando la píldora y, si vamos a pasar una noche juntos, no quiero que haya nada entre nosotros.

Pierdo la pelea y mi mirada cae.

Nathan hace un sonido con la lengua.

—Chica sucia. —Lo dice como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

Luego se desliza hacia atrás en el asiento y se abrocha el cinturón.

Levanto la mano y dirijo la salida de aire del techo hacia mi cara.

Nathan se ríe, pero luego hace lo mismo.

54

Nate

Miro la pantalla del teléfono del conductor que está montado en el tablero.

Siete minutos.

Cinco minutos.

Cuatro.

Rosie está en silencio a mi lado, mirando la ciudad pasar a través de su ventana mientras nos dirigimos al centro de St. Paul.

Faltan tres minutos para que Rosie llegue a mi edificio.

Dos.

La forma en que me miró cuando dije seguridad…

La forma en que sus ojos bajaron hasta mi regazo...

Estoy pensando lo mismo que tú, Rosie Bebé.

Quiero follarte sin protección.

Un minuto.

Y soy un hombre que consigue lo que quiere.

El vehículo disminuye la velocidad.

Y mi espera ha terminado.

55

Rosalyn

El vehículo se detiene y me quedo sin aliento.

Estamos aquí.

Y realmente estoy haciendo esto.

Mientras Nathan le agradece al conductor, salgo por la puerta y tomo aire.

Cuando oigo pasos acercándose desde la parte trasera de la camioneta, exhalo lentamente, tratando de parecer tranquila.

Aparece Nathan y se detiene frente a mí.

Él extiende su mano.

—¿Lista?

Deslizo mi palma sobre la suya.

—Lista.

Nathan me aprieta los dedos y luego comienza a caminar por la acera hacia el enorme edificio que tenemos frente a nosotros.

Cuando cruzamos la puerta principal hacia el vestíbulo mal iluminado, Nathan levanta la mano y se quita la capucha.

Tiene el cabello desordenado y me dan ganas de tocarlo. Me dan ganas de pasárselo por detrás de las orejas otra vez.

—Buenas noches. —Nos saluda un hombre que está detrás de un escritorio a un lado.

Le sonrío mientras Nathan lo saluda.

Miro la polo negra del hombre con la palabra *Seguridad* bordada en un lado de su pecho.

—Qué elegante —le susurro a Nathan mientras nos detenemos en el ascensor.

Hace un sonido divertido mientras presiona el botón de subir.

—Es un poco demasiado, pero está cerca de mi trabajo. —Las puertas del ascensor se abren—. Y me gusta la vista.

Entramos.

Nathan elige el número treinta y tres, el piso más alto.

Los nervios bailan por mi columna vertebral.

Eso es alto.

Las puertas se cierran y nos dejan adentro.

Mi mano todavía está en la de Nathan y él aprieta su agarre.

—Rosie —dice en voz baja, y yo lo miro—. No tenemos por qué hacer nada que tú no quieras.

Mi boca se abre, pero él vuelve a apretar su mano alrededor de la mía y me doy cuenta de que mis dedos tiemblan.

—Eso no es… —Me detengo y me obligo a calmarme—. Quiero hacerlo. Es solo que… las alturas me asustan un poco. —Miro hacia otro lado y luego vuelvo a mirar a Nathan—. Y… pasó un tiempo. Desde que…

El pecho de Nathan se expande mientras se gira para mirarme.

—¿Pasó un tiempo desde qué, Rosie?

Concentro mi mirada en su pecho. Como una cobarde.

—Desde que estuve con un hombre.

Se acerca un paso más y su cuerpo casi toca el mío.

—¿Cuánto tiempo?

Retrocedo por instinto y choco contra la pared.

—Años —admito en voz baja—. Han pasado años.

Seis años, para ser exactos, pero la vergüenza ya ilumina mis mejillas, así que no le cuento los detalles.

Levanto la mirada y me encuentro con la de Nathan.

Pero no parece divertido ni sorprendido como esperaba.

No. Parece hambriento.

Nathan se acerca y se aprieta contra mí.

Presiona su dureza contra mi cuerpo.

—Mierda —gruñe y me suelta la mano. Sus cálidas palmas me ahuecan el rostro y me echa la cabeza hacia atrás—. ¿Cuántos años, Rosie? ¿Cuántos años han pasado desde que un hombre se metió dentro de ti?

Abro la boca para tomar aire.

Nadie me había hablado así nunca, y por mucho que no quisiera decírselo, no puedo resistirme.

No puedo decirle que no a Nathan Waller.

—Seis.

Sus párpados se cierran y se inclina aún más hacia mí.

—Seis años.

La lujuria se acumula en mi vientre ante su tono, y me arqueo hacia él.

Algo crece contra mí.

Se está volviendo más duro.

Desliza sus manos hacia los costados de mi cuello, sus pulgares se juntan en la parte delantera de mi garganta, sus dedos se superponen en la parte posterior.

—Voy a estirarte, pequeña Rose. Tu pobre coño descuidado estará muy adolorido mañana.

Mis rodillas se tambalean y me estiro para agarrar sus antebrazos.

Las puertas del ascensor se abren.

Los dedos alrededor de mi cuello se aprietan un poco mientras Nathan mueve sus caderas contra mí.

Ambos gemimos.

Le clavo las uñas en el antebrazo.

Puede que haya estado nerviosa cuando entramos en el ascensor, pero las sucias palabras de este hombre dejaron toda mi preocupación a un lado.

Ahora lo único que siento es *necesidad*.

56

Nate

Arrastro mis manos hacia abajo desde el cuello de Rosie, deslizando mis palmas sobre sus pechos, antes de agarrar su codo y sacarla del ascensor.

Los dos metros desde aquí hasta mi puerta parecen una milla.

La abro rápidamente y la empujo, y Rosie me sigue adentro.

La puerta se cierra de golpe detrás de nosotros y tengo la tentación de arrancarle la ropa y follármela aquí mismo.

Seis años.

La parte cavernícola de mi cerebro grita que deberían haber pasado treinta y tres años. Que ella debería haberme esperado.

Pero aceptaré los seis.

Mantengo agarrado el brazo de Rosie mientras nos quitamos los zapatos y ella deja caer su bolso al suelo.

Un fuerte maullido rompe el silencio del condominio y Rosie se sobresalta a mi lado.

—Mi compañero de casa, Charles —le explico mientras la enorme bola de pelo se para en la isla de la cocina y me grita por haberme quedado fuera hasta tarde.

—Es tan lindo.

—Y él lo sabe. —Comienzo a cruzar la gran sala, llevando a Rosie conmigo—. Te lo presentaré más tarde.

Levanta el brazo libre y saluda a mi gato con la mano cuando pasamos junto a él. Y mierda si eso no hace que me guste aún más.

Ni siquiera nos hemos besado desde el bar, pero todo lo que puedo oír es nuestra respiración agitada mientras atravieso rápidamente el comedor, el pasillo, paso por mi oficina, paso por el gimnasio y el cuarto de lavado, paso por la habitación de invitados, paso por los baños.

No me detengo.

No le doy un recorrido ni le digo dónde está nada.

Simplemente llevo a Rosie directamente a mi habitación.

57

Rosalyn

Mi cabeza gira a medida que avanzamos.

El ático, o penthouse, o como sea que se llame este enorme apartamento, tiene algunas luces encendidas, pero la mayor parte de la luz entra por la pared de ventanas que recorre toda la casa de Nathan. Tenía razón en cuanto a la vista, y la luz ambiental de la ciudad es suficiente para ver.

Quiero explorar

Quiero ver cómo vive.

Quiero conocer a su gato.

Pero lo quiero a él más.

Quiero sentir sus manos sobre mí más que cualquier otra cosa.

Nathan cruza una puerta y me lleva hacia su dormitorio.

Está compuesto de tonos neutros, tostados y verdes, y muebles de madera auténtica.

Es relajante y elegante, y tan Nathan que me duele el corazón.

La puerta se cierra de golpe detrás de nosotros, seguida un segundo después por otro fuerte maullido.

—Él me mirará si lo dejo entrar.

Me toma un segundo comprender su significado.

Está hablando del gato.

Pero no tengo tiempo para reír porque Nathan está aquí.

Delante de mí.

Frente a mí.

Y sus ojos están llenos de fuego.

—Te quiero desnuda, Rosie. —Alarga la mano para tomar el botón de mis pantalones—. Quiero quitarte hasta la última prenda de ropa.

El dormitorio tiene la misma luz tenue filtrándose a través de las ventanas que el resto de la casa, así que me trago mis inseguridades y agarro el dobladillo de mi blusa.

La levanto y la paso por encima de mi cabeza mientras Nathan me baja la cremallera de los pantalones.

Los empuja hacia abajo sobre la curva de mis caderas y caen al suelo, acumulándose alrededor de mis pies.

En sujetador y tanga, me acerco a Nathan.

—Yo también quiero verte.

Él está mirando mi pecho.

—Nathan...

Agarra mis caderas para mantener el equilibrio y luego se pone de rodillas.

Él gruñe, y no sé si es por estar arrodillado en el piso de madera o por la forma en que se abultan sus jeans, lo cual no puede ser cómodo.

—No sé por dónde empezar —murmura.

Pero miente, porque un instante después, tiene su cara presionada contra mi escote.

Sus labios se abren y siento su boca caliente sobre mi piel.

Las manos en mis caderas ejercen presión mientras se mueven hacia mis costados y alrededor de mi espalda.

Sus dedos expertos desabrochan mi sujetador y arrancan la tela de mi cuerpo.

Y entonces sus labios cálidos se cierran alrededor de uno de mis pezones.

Su gemido vibra a través de mi cuerpo y agarro su cabello para estabilizarme.

Luego chupa. Fuerte.

Y la humedad cubre el interior de mis bragas.

Sus grandes manos se mueven por todas partes.

Pellizcando mi otro pezón.

Ahuecando mis pechos.

Apretando mi trasero.

Todo es demasiado.

Esos seis años podrían ser toda una vida, porque nadie me había tocado nunca así.

Nadie me ha tocado jamás como si pudieran morir si no me tocan por completo.

Sus dedos se enroscan alrededor de la banda de mi tanga y comienzan a jalarla hacia abajo.

Me muevo, ayudándolo a quitármelas, y sé el momento en que ve la evidencia de mi excitación.

—Jesús, eres jodidamente perfecta —gruñe mientras aplica presión en mi tobillo.

Levanto el pie, dejando que la pernera del pantalón y la tanga queden libres.

Luego repito el proceso hasta que estoy completamente desnuda frente a Nathan arrodillado.

Se recuesta sobre sus talones con mis bragas húmedas apretadas en su puño.

—Jodidos rizos rojos —gime.

Aprieto mis muslos juntos.

No pensé en preocuparme por mi estado de afeitado, pero parece que él lo aprueba.

Él levanta la mirada para encontrarse con la mía.

—¿Estás tomando anticonceptivos?

Me humedezco los labios y asiento.

No puedo formar palabras. No mientras Nathan acerca mi tanga a su cara e inhala.

Sus ojos se cierran y gime.

—Me estás convirtiendo en un maldito bicho raro, Rosie. —Se mete la prenda en el bolsillo y abre los ojos—. Y ni siquiera me importa.

Mi boca está abierta.

Él simplemente olió mi ropa interior.

Y… y Cristo, ¿por qué eso fue tan jodidamente caliente?

Nathan agarra mis caderas nuevamente, y mientras se inclina hacia adelante para dejar un beso en mi estómago, desliza sus manos por mis nalgas y hacia abajo hasta la unión entre mis muslos.

Sus dedos se sienten resbaladizos y me sobresalto al sentirlo.

Pero él no se relaja.

Él no retira los dedos ni los mantiene quietos.

Los desliza más profundamente entre mis piernas, provocando mi entrada.

—Seis putos años —murmura contra mi piel—. Lo primero que vas a sentir en esta apretada abertura será mi polla. No mi dedo.

Su lengua se desliza sobre mi pezón y abro los ojos de golpe, sin recordar haberlos cerrado.

No mi dedo.

Él me dice que no me va a preparar.

Que va a meterme esa gran polla suya dentro y nada más.

Los dedos mojados vuelven a deslizarse por donde vinieron.

Nathan me abre mientras usa la punta de un dedo para recorrer mi entrada trasera.

Agarro sus hombros mientras un nuevo calor recorre mi cuerpo.

—¿Alguien ha estado aquí alguna vez, Rosie? —Me recorre el pecho con los dientes—. ¿Alguna vez te han follado aquí?

Niego con la cabeza.

Lo agito de nuevo.

—Nunca —gimo.

Aplica presión con el dedo.

—Mi buena chica. —Mueve las manos y me agarra justo donde mi trasero se junta con mis muslos—. Pero no esta noche.

No esta noche.

No puedo seguirle el ritmo.

Sus palabras.

Sus manos.

Sus dedos y sus preguntas.

Estoy entrando en espiral.

Nathan se levanta para ponerse de pie, pero no me suelta el trasero. Entonces, cuando se endereza, me levanta del suelo.

Luego literalmente me arroja sobre la cama.

Aterrizo de espaldas, hundiéndome en el suave colchón, mi cuerpo rebota con el movimiento.

Nathan está parado al pie de la cama con los ojos entrecerrados, observando.

Se quita la sudadera, luego extiende una mano hacia atrás y se quita la camiseta que llevaba debajo.

—No han pasado seis años para mí, pero sí un poco. —Se abre el botón de los jeans—. Y usaré un condón si quieres, pero quiero follarte sin nada, Rosie. —Se baja la cremallera—. Me saldré y me correré sobre esas bonitas tetas, solo para estar seguro, pero quiero sentirte. Sin nada entre nosotros. —Se baja los pantalones y agarra su longitud a través de sus bóxers—. Ahora dime qué quieres.

Mis ojos están fijos en sus manos mientras baja la banda de sus bóxers y deja libre su polla.

Mi coño palpita.

—Quiero eso —le digo mientras se acaricia—. Quiero lo que tú quieres.

Sabía que era grande.

Él es un tipo grande.

Sentí su dureza contra mí.

Tenía mis dedos tocando la base de su polla en la despensa.

Pero él es… grande.

Y nunca he ansiado ese tipo de dolor placentero, pero estoy lista para probarlo.

Estoy dispuesta a probar cualquier cosa con este hombre.

Envalentonada por la polla dura que sujeta en su mano, abro mis piernas.

—Quiero que me folles sin protección.

58

Nate

Agarro mi polla con más fuerza.

Quiero que me folles sin protección.

Al escuchar su voz baja diciendo esas palabras…

El líquido preseminal gotea de mi punta.

Después de soltar mi polla, planto mis manos sobre el colchón y me arrastro por la cama entre los muslos abiertos de Rosie.

Ella me alcanza y la sensación de sus manos sobre mi pecho desnudo envía una descarga eléctrica a través de mi cuerpo.

—Mi Rosie. —Apoyo mi peso en una mano, junto a su cabeza.

Ella desliza sus manos hacia arriba y sobre mis hombros.

Sus uñas se clavan en mi piel, como si estuviera preparándose.

Uso mis muslos para empujar sus piernas más anchas.

—Dime si es demasiado —introduzco mi mano libre entre nosotros—. Dime si necesitas que pare. —Deslizo mi mano hacia arriba hasta que la punta se presiona contra su entrada y puedo alcanzar su clítoris con mi pulgar.

Empiezo a frotar.

Los ojos de Rosie se abren y clava sus dedos con más fuerza en mis hombros.

Ella está jodidamente lista para mí.

Tan madura para mi toque.

Arrastro mi polla hasta su abertura y froto la cabeza contra su clítoris, reemplazando mi pulgar.

—Nathan —jadea.

Me inclino más cerca y pongo mis labios justo contra los suyos.

—Déjate ir, hermosa. No voy a follarte hasta que te sueltes.

Vuelvo a colocar mi pulgar, haciendo círculos rápidos alrededor de su brote.

Solo pasa un minuto.

Solo un jodido momento.

Pero ella está ahí.

Puedo sentirlo.

Bajo mi boca hacia su oído.

—Córrete para mí, pequeña Rose. Córrete y te daré lo que quieres.

Le muerdo el lóbulo de la oreja y presiono mi pulgar sobre su clítoris mientras muevo mi polla hacia su entrada, y ella arquea la espalda.

Rosie echa la cabeza hacia atrás sobre el colchón y deja escapar un gemido gutural mientras su coño empieza a convulsionar.

Entonces empujo mis caderas hacia adelante, hundiendo cada centímetro de mi polla dentro de ella.

Y ahí es cuando ella grita.

59

Rosalyn

Presionando mis rodillas contra los costados de Nathan, aprieto mis brazos alrededor de su cuello, abrazándolo hacia mí.

Un grito resuena en mi cabeza, y no es hasta que respiro en busca de aire que me doy cuenta de que viene de mí.

—Mierda —gruñe contra mi oído mientras se aleja solo un centímetro y luego se vuelve a empujar.

Otro grito sale de mi boca, pero no es de dolor.

No hay dolor, solo placer.

Increíble, inmenso placer.

Mi coño todavía late por la liberación.

Estaba a mitad de un orgasmo cuando me partió en dos con su polla.

Le araño la nuca.

—Nathan.

—Eso es, hermosa. —Se aleja más y luego vuelve a entrar—. Soy yo dentro de ti. —Lo hace de nuevo—. Y me estás tomando tan bien.

Él intenta apartarse, pero lo sostengo más fuerte.

Nathan se ríe, pero suena tenso.

Sus labios se presionan contra mi sien.

—¿Estás bien?

Su tono es dulce, pero mueve las caderas mientras pregunta, hundiéndose aún más.

Le paso las uñas por la nuca y le agarro el cabello.

—Está bien.

Siento que sus labios dibujan una sonrisa contra mi mejilla.

—¿Crees que puedes darme otro?

Inclino mis caderas, siguiendo sus embestidas.

—¿Otro?

Sus dedos se mueven entre nosotros, su mano vuelve al lugar donde nuestros cuerpos se encuentran.

—Puedes darme otro.

Esta vez no lo pregunta.

Él simplemente comienza a jugar con mi clítoris.

Cierro los ojos con fuerza. Mi carne hipersensible responde de inmediato.

Su cuerpo se mueve sobre el mío.

Sus caderas suben y bajan.

Su polla entra y sale.

Estirándome. Empalándome.

Sus labios se mueven contra los míos.

Los labios cálidos y exigentes que empiezo a conocer reclaman los míos.

La presión aumenta en mi interior y en mis ojos.

Está demasiado dulce.

Los besos de Nathan son demasiado dulces.

Prometen demasiado.

Una lágrima cae por un lado de mi rostro mientras abro la boca y paso mi lengua por sus labios.

Nathan gime.

Sus caderas se mueven más rápido.

Su lengua se empuja dentro de mi boca.

Y él es todo lo que puedo sentir.

Él es todo lo que conozco.

—Di mi nombre. —Interrumpe el beso para gruñir su exigencia—. Di mi nombre cuando te corras.

Sus dedos acarician mi clítoris.

El vello de su pecho se frota contra mis pezones duros.

Su polla se arrastra contra ese punto dentro de mí.

Y estoy ahí de nuevo.

Las sensaciones y emociones me invaden.

Y mi cuerpo implosiona.

60

Nate

El coño de Rosie se cierra alrededor de mi longitud.

—¡Nathan! —su grito es ronco.

Su voz se quiebra al pronunciar mi nombre.

Y siento el primer pulso de mi propia liberación dispararse profundamente dentro de su canal.

Aparto mi mano de su clítoris y agarro mi polla mientras me retiro de su calor y me sigo corriendo.

Sus manos se deslizan de mi cabello y me empujo hacia arriba con mi mano libre para poder masturbarme sobre su dulce cuerpo como prometí.

Una cuerda de liberación salpica su vientre.

Otra sobre sus tetas.

Pero luego vuelvo a apuntar hacia su pequeño y perfecto coño.

Pintando sus rizos y presionando mi punta contra su clítoris.

El cuerpo de Rosie se estremece, pero ella no me aparta.

Arrastro mi mano hacia arriba y hacia abajo por mi polla una última vez, luego me siento y observo a la mujer debajo de mí.

Rosie es un desastre.

Con mi semen por todas partes, su propio placer cubriendo sus muslos y el maquillaje corrido.

Y una sonrisa en su cara.


ROSIE,
love letters , libro 2
Ella parece mía.
Mi lugar seguro.
Era mi mejor amigo.
Mi único amigo.
Sweet Poison
Rosie Edwards
S.J. TILLY
Dear

61

Rosalyn

El colchón se mueve mientras Nathan se desploma de lado a mi lado.

—Mierda. —Está jadeando tan fuerte como yo.

Sus ojos parecen vidriosos. Su cuerpo está cubierto de una capa de sudor. Su cabello sobresale en todas direcciones.

Parece la perfección.

Nos quedamos acostados uno al lado del otro durante un largo momento, recuperando el aliento.

No puedo creer que acabamos de tener sexo.

No puedo creer que haya roto mi mala racha con el famoso jugador de fútbol Nate Waller.

Giro la cabeza hacia un lado para mirarlo nuevamente.

No puedo creer que mi mejor amigo de hace veinticinco años haya crecido y se haya convertido en un jugador de fútbol famoso. Que tiene un físico *fuerte* y sabe cómo usarlo.

Otra sonrisa se dibuja en mis labios.

Él realmente es algo.

Una brisa del ventilador del techo acaricia mi piel y me hace temblar.

Hasta este momento, el aire frío me había resultado agradable, y ahora, a medida que mi cuerpo se enfría, me doy cada vez más cuenta de la pegajosidad. En todas partes.

Nathan nota mi reacción al frío y se levanta apoyándose en su codo.

Y, por Dios, hay una razón por la que ponen a los deportistas en las portadas de las revistas. Nathan, que lleva retirado un par de años, sigue estando increíblemente musculoso.

No puedo apartar la mirada de sus bíceps.

Mueve el brazo y extiende el dedo para pasarlo por mi estómago. Con la punta del dedo traza una línea pegajosa y vuelvo a temblar.

—Vamos —gruñe mientras se sienta.

Miro fijamente los músculos de su espalda mientras paso un brazo sobre mis pechos desnudos.

—¿A dónde vas?

Nathan me mira por encima del hombro con una sonrisa.

Pongo los ojos en blanco.

—Oh, Dios, todavía tienes doce años.

Él suelta una carcajada y se levanta de la cama.

—A veces lo parece, a menos que estés hablando de mis caderas, en cuyo caso tengo ochenta años. —Frunzo el ceño. Él sonríe más ampliamente—. Solo estoy bromeando. Son solo setenta y cinco.

Él me tiende una mano y yo la tomo.

No creo que me esté echando, ni que vaya a pasar la noche aquí, pero no tengo idea de lo que está pensando.

Nathan me ayuda a sentarme, luego agarra mi otro brazo, apartándolo de mi pecho, y usa ambos brazos para arrastrarme hasta la orilla de la cama.

Cuando mis pies tocan el suelo, me levanto.

—Ahora sígueme. —Se da la vuelta y se dirige a una puerta oscura—. Una ducha será la forma más fácil de limpiar el desastre que has causado.

—¿El desastre que *yo* causé? —Doy un paso para seguirlo, con una mano cruzando mi pecho, básicamente sosteniendo mis pechos en su lugar, y la otra mano bajando para cubrir mi vagina.

Puede que Nathan se sienta cómodo caminando con el trasero al aire, pero yo no estoy del todo cómoda.

Entra al baño y enciende las luces del techo.

La habitación se vuelve increíblemente luminosa.

Apresuro los pocos pasos que debo seguir y, una vez que paso el marco de la puerta, apago la luz.

Nathan suelta una risita.

—¿Qué estás haciendo?

Me quedo de espaldas a la pared.

—Había demasiada luz.

Él tararea en respuesta y escucho sus pasos cruzando la habitación.

Luego se oye el suave sonido de un fósforo al encenderse.

La llama parpadea y la imagen de Nathan encendiendo una vela se refleja en mí a través del espejo.

Deja caer el fósforo en el fregadero y luego repite el proceso dos veces más hasta que tiene un trío de velas encendidas entre los dos lavabos del largo tocador.

El brillo es perfecto. Lo suficiente para ver, pero no lo suficiente para iluminar cada centímetro de todo.

Nathan se acerca a la ducha y desliza la puerta de vidrio esmerilado a un lado para poder alcanzar y abrir el agua.

Luego abre un armario y saca una toalla limpia antes de colgarla en el gancho junto a la ducha.

—El agua caliente sale casi al instante, así que puedes meterte. —Nathan hace un gesto y luego sonríe mientras recorre mi cuerpo con la mirada—. Recuerdas que hace poco te vi desnuda, ¿verdad?

Resoplo.

—Lo recuerdo, solo no me siento tan cómoda como tú caminando desnuda.

—Deberías estarlo —da un paso hacia mí—. Ahora, mete el trasero en la ducha y date prisa. Si tardas demasiado, me uniré a ti, y no estoy seguro de que estés preparada para eso.

El dolor entre mis muslos palpita, recordándome que no importa cuánto lo haya disfrutado, mañana estaré adolorida.

Y probablemente el día después de eso.

Paso rápido junto a Nathan y entro en la ducha.

—El gel de baño está en la botella negra, ya que es difícil leer las etiquetas en la oscuridad. —Nathan se mete en la ducha y me da una palmada en el trasero.

Le doy un manotazo en la mano y cierro la puerta de la ducha.

Está bastante oscuro aquí con la puerta cerrada, así que agradezco su consejo sobre las botellas.

Vierto un poco del gel de baño en mis palmas y luego las enjabono juntas.

El aroma es masculino y caro, y al frotarme la espuma por todo el cuerpo siento como si Nathan me estuviera dando un abrazo oloroso.

Me doy una pasada y enjuago, luego tomo la esponja vegetal que cuelga del mango del grifo y le aprieto más jabón.

No quería que se manchara la esponja de Nathan con un montón de cosas, pero esta ronda es para mí, porque esta ducha es realmente agradable y quiero disfrutarla.

Lamentablemente no traje una liga para el cabello conmigo y no me atrevo a pedirle una a Nathan porque no quiero saber si tiene cosas de otras mujeres por aquí, así que tengo cuidado de mantener mi cabello detrás de mis hombros y no mojarlo.

Nathan se mueve por el baño, pero yo me tomo mi tiempo para restregarme, incluso quitando la mayor parte de mi maquillaje.

Una vez que me enjuago nuevamente, cierro el agua.

Abre la puerta de la ducha antes de que yo pueda hacerlo y me entrega la toalla que colgó.

La tomo sin palabras y la envuelvo a mi alrededor.

Luego miro hacia abajo.

Esta es la toalla más grande y esponjosa que he usado.

Me envuelve casi dos veces, todo lo contrario de una experiencia hotelera.

Me aprieto con ella.

—Gracias.

Nathan asiente.

—Tengo algo de ropa para ti también. —Levanta una pequeña pila y cruza la habitación para colocarla sobre el tocador.

—Um, tengo ropa —digo lentamente, sin decir *nada* que obviamente no dije.

Aunque recuerdo que Nathan se guardó mi ropa interior en el bolsillo... así que no creo que pueda recuperarla.

Nathan sacude la cabeza.

—No puedes dormir con eso.

Parpadeo y le digo:

—No necesito dormir con eso. Necesito dormir en casa.

Él vuelve a negar con la cabeza.

—Todavía no. Ya estoy casi sobrio, pero necesito echarme una siesta antes de llevarte a casa.

—Nathan —digo exasperada, aunque honestamente me olvidé de que estuvimos bebiendo. La euforia de lo que acabábamos de hacer superó mi euforia—. No necesito que me lleves a casa.

—Sí, claro. Ahora ponte la pijama y ven a la cama.

—Nathan.

Bosteza fuerte, ahogando cualquier otra cosa que quiera decir.

Dejo escapar un suspiro mientras cierra la puerta del baño.

Si realmente quisiera, podría salir de su lujoso ático y pedir mi propio viaje.

Pero… un gemido me abandona, porque sé que no voy a hacer eso.

Uso la toalla extra grande de Nathan para secarme rápidamente, luego me pongo los pantalones de dormir demasiado largos y la camiseta negra lisa.

No es exactamente un look sexy, pero afortunadamente la cintura es elástica y todo es cómodo.

Y estar cómoda es bueno, porque supongo que tomaré una siesta con Nathan.

62

Nate

Doblo la ropa de Rosie (menos las bragas) y la pongo en la silla en la esquina de la habitación.

Puedo verla en este momento.

Todavía está ahí.

Pero todavía espero que salga de mi baño completamente vestida (con la ropa que puedo ver) y declare que encontrará su propio camino a casa.

La puerta se abre con un clic y trato de mantenerme relajado.

Estoy acostado en la cama, con un brazo doblado detrás de mi cabeza contra la almohada y el otro apoyado en mi pecho, vistiendo un par de pantalones de pijama grises, iguales a los que le di a Rosie.

Ella entra en el dormitorio.

No encendí ninguna luz, pero tampoco cerré las cortinas, así que todavía puedo verla.

Y verla con mi ropa hace que algo se mueva dentro de mí.

—Ven aquí —mi voz suena ronca.

Ella duda, pero es solo por un momento.

Rosie se dirige al lado vacío de la cama, el más cercano al baño, y retira las mantas.

Seis años.

Yo trago.

Si no ha tenido sexo con un hombre en seis años, entonces no se ha *acostado* con un hombre en seis años. Porque no hay forma de que un hombre de sangre caliente pueda compartir la cama con Rosie y no follar con ella.

Rosie me está dando mucho al quedarse, aunque crea que no la entiendo.

Pero la entiendo, incluso sin que ella me lo diga. Sé que su permanencia es un gran logro.

Después de otro segundo de vacilación, sube.

Espero, pero ella se acomoda contra la almohada, mirándome.

—Te dije que vinieras aquí. —Me doy una palmadita en el pecho desnudo.

Ella resopla, pero levanto el brazo más cercano a ella, haciéndole espacio.

Lentamente, Rosie se acerca más hasta que su cuerpo está contra mi costado.

Bajo mi brazo hasta rodear sus hombros y luego la acerco aún más.

Su exhalación es cálida sobre mi piel desnuda.

Muevo mi otro brazo detrás de mi cabeza para poder alcanzar y palmear la parte posterior de Rosie.

Aplico una pequeña cantidad de presión y ella finalmente relaja sus músculos y apoya su cabeza contra mi pecho.

Un gemido de satisfacción retumba en mi pecho y deslizo mi mano por su cabello, por su hombro y su brazo, deteniéndome cuando mis dedos encuentran los suyos.

La abrazo aún más fuerte contra mí con el brazo alrededor de su espalda mientras envuelvo mis dedos alrededor de los suyos, sosteniendo nuestras manos juntas sobre mi estómago.

Este momento parece surrealista.

Más surrealista que cuando la tuve debajo de mí.


ROSIE,
love letters , libro 2
Que cuando estaba dentro de ella.
Esto se siente más… personal.
Íntimo.
Siento como si Rosie me perteneciera.
Sweet Poison
S.J. TILLY
Dear

63

Rosalyn

Cierro los ojos con fuerza.

Soy yo la que está abrazada a Nathan, pero es él el que me sostiene como si fuera a desaparecer.

Como si no pudiera dejarme ir.

Inhalo profundamente, dejando que su aroma llene mis pulmones.

Está actuando como si esto fuera el comienzo de algo.

Pero soy yo quien sabe que esto no durará.

No puede.

Las vibraciones me despiertan.

Abro un ojo.

La habitación ya no está tan oscura como antes, pero tampoco hay luz. Es la hora antes del amanecer, antes de que el mundo despierte.

Las vibraciones continúan y parpadeo cuando me doy cuenta de que hay algo pesado y cálido en mi espalda.

Durante la noche, pasé mi pierna sobre el muslo de Nathan y me envolví aún más sobre su pecho, con mi brazo cruzando todo su cuerpo.

Sus brazos me envuelven en un abrazo más fuerte de lo que creía posible para una persona dormida, pero sus brazos no vibran.

Levanto la cabeza del pecho de Nathan y arqueo el cuello para mirar detrás de mí.

Un par de ojos me miran.

Chillo y luego trato de mantenerme muy quieta.

La cara del gato está a centímetros de la mía. Es una carita naranja muy bonita, pero no nos han presentado como es debido y no quiero que me rasguñe con sus garras asustadas.

—Buen gatito —susurro, tratando de recordar el nombre del gato.

Nathan gruñe algo y los brazos que me rodean se aprietan. Entonces el gato empieza a ronronear de nuevo y las vibraciones finalmente tienen sentido.

No es una mala manera de despertarse.

Me doy una sacudida mental.

Necesito llegar a casa para poder pasar el día cocinando, y necesito irme antes de acostumbrarme a esta pequeña y acogedora escena del despertar.

Nathan fue muy amable al permitirme -a.k.a. obligarme-, a quedarme aquí para poder llevarme a casa sana y salva, pero no le daré demasiada importancia. Es solo un buen tipo que hace cosas de buen tipo.

Y admito que la tensión sexual entre nosotros ha sido real desde el momento en que nos volvimos a ver, pero hicimos lo que estaba en nuestras manos. Rompimos el hechizo.

Es hora de volver a la vida.

Miro al gato otra vez.

Él me mira.

—Disculpa —susurro—. Pero tengo que levantarme.

El gato simplemente parpadea hacia mí.

—Por favor. —Levanto el hombro y lo empujo un poco.

Baja la cabeza y se lame la pata.

—Pequeño animal testarudo. —*Igualito que su dueño.*

Nathan hace otro sonido y luego comienza a moverse.

Todavía dormido, se gira hacia mí y me hace girar sobre mi espalda.

—¡El gato! —grito, sin querer aplastarlo.

Nathan se sobresalta ante mi arrebato, pero ya está encima de mí.

Y el gato, como debería haberlo sabido, saltó del camino.

—¿Qué? —La voz de Nathan está llena de sueño y es estúpidamente atractiva.

—El gato estaba sobre mí —explico, pero mis palabras quedan amortiguadas porque el gran peso de Nathan presiona mi pecho.

Levanta la cabeza para mirarme, luego apoya una mano en el colchón y quita parte de su peso de mi caja torácica.

—Gato... —Mira más allá de mí, hacia donde supongo que está el felino en el suelo—. Oh, lo siento por eso.

—¿Qué? No, no me molestaba el gato, solo no quería que lo aplastaras. —Pongo una mano sobre el pecho de Nathan—. Como me estás aplastando a mí.

Nathan inclina su cuerpo hacia atrás contra el mío, atrapando mi mano.

—No puedo aplastarte. —Luego presiona sus labios contra mi frente.

Algo se aprieta alrededor de mis pulmones, y no tiene nada que ver con el cuerpo que está encima del mío.

Los besos en la frente son una jugada sucia.

El gato maúlla fuerte.

Nathan gruñe y se da la vuelta para dejarse caer boca arriba.

—Amigo, faltan literalmente horas para tu hora de desayunar.

El gato maúlla de nuevo.

Es diferente al primero y tengo la sensación de que no está de acuerdo con su humano.

Me levanto para sentarme y mirar al hermoso animal.

—¿Cómo se llama?

—Charles —bosteza Nathan—. El refugio de animales le puso un nombre como Caramel, pero me di cuenta de que no le gustaba.

Reprimo una sonrisa mientras observo al gato y descubro que tengo que estar de acuerdo. Charles es demasiado sofisticado para ser un Caramel.

Como si supiera lo que estoy pensando, Charles se sienta más erguido en lo que solo puede llamarse una postura *regia.*

Suspiro.

Necesito irme antes de no querer irme nunca más.

—Siempre he querido tener un gato —admito antes de que pueda evitarlo—. Desde que tengo memoria.

Nathan gira la cabeza hacia mí.

—¿Sí?

Asiento.

—¿Por qué no compraste uno? —Nathan hace la pregunta obvia.

Porque mi mamá era alérgica.

Porque después de que mi mamá murió, mi papá me gritaba cada vez que mencionaba que quería comprarme uno.

Porque incluso después de que mi papá murió, no estaba segura de estar presente para cuidarlo.

Porque a veces todavía me preocupa que mi pasado me alcance.

Porque una parte de mí no siente que merezca el amor incondicional de una mascota.

—Porque trabajo demasiado. —La tristeza se desborda de mis palabras y me aclaro la garganta—. Hablando de eso... —Empiezo a levantarme de la cama—. Debería irme.

Sinceramente, podría dormir un par de horas más y terminar todo a tiempo, pero prefiero irme antes de que amanezca.

Será mejor así.

Nathan bosteza de nuevo.

—Está bien. Me levantaré.

Charles se levanta y se acerca para esquivar mis pies.

—Voy a pedir un auto. No hace falta que me lleves. Vuelve a dormir. —Me agacho y paso los dedos por la espalda de Charles. Su pelaje es muy suave bajo mi tacto.

—Ni hablar —dice Nathan estirándose mientras se para frente a mí, frente al colchón—. No vas a ir en auto con un desconocido a las... —Mira el reloj—. A las cinco de la mañana.

Hago todo lo posible por no mirar la erección matutina que le cubre los pantalones.

—Nathan

—No voy a ceder en esto, Rosie —su tono es serio.

—Está bien —lo miro con los ojos muy abiertos—. Sé irracional y empieza el día estúpidamente temprano.

Sonríe burlonamente.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. —Inclina la cabeza de un lado a otro, tronándose el cuello—. Déjame cepillarme los dientes y luego prepararé un café.

Casi le digo que no necesito café, pero eso sería una gran mentira.

Siempre necesito café. Ahora más que nunca.

Charles lanza otro fuerte grito de gato y trota detrás de Nathan, que está cruzando la habitación a grandes zancadas.

Tienen un comportamiento similar y, cuando desaparecen en el baño, no recuerdo haber visto nada más lindo.

Tengo toda la intención de usar un poco de la pasta de dientes de Nathan cuando termine, pero mientras está ocupado, voy a buscar mi ropa interior.

Excepto que cuando doy vueltas alrededor de la cama, no puedo encontrar sus pantalones por ningún lado. Ni ninguna de sus prendas.

Sé que las tiró al suelo, igual que hice yo cuando llegamos aquí, pero mientras mi ropa está bien doblada en la cómoda, la suya no está a la vista, lo que significa que mis bragas desaparecieron con ellas.

Me agacharía para mirar debajo de la cama, pero estoy segura de que no están ahí, y el dolor entre mis piernas ha palpitado con cada movimiento que he hecho, recordándome exactamente lo que hicimos anoche, y arrastrarme por el suelo no va a ayudar en eso.

Aceptando mi destino, recojo mi ropa con el ceño fruncido. Realmente no tengo ganas de ponerme estos pantalones sin ropa interior, pero no estoy dispuesta a preguntarle a Nathan si puedo usar su ropa para ir a casa.

No solo no quiero que mis vecinos me vean así, sino que tampoco quiero que Nathan se sienta obligado a volver a verme, y llevarme su ropa a casa tendría ese mismo efecto.

Con el paquete en la mano, entro por la puerta abierta del baño justo cuando Nathan apaga su cepillo de dientes eléctrico.

Él hace contacto visual conmigo a través del espejo mientras escupe en el lavabo.

El dolor entre mis piernas se intensifica.

Eso no debería ser sexy.

Aparto la mirada y corro por el suelo de baldosas hacia el pequeño baño, cerrando la puerta detrás de mí.

64

Nate

Estoy sirviendo café en dos tazas de viaje cuando Rosie emerge del pasillo.

Ella ya no lleva mi ropa, y aunque se ve muy bien con su atuendo de anoche, en cierto modo lo odio.

Charles golpea su cabeza contra mi codo y yo miro hacia abajo, viendo que estoy a segundos de desbordar mi taza.

Dejo la jarra nuevamente sobre el calentador y le doy una palmadita a Charles en la cabeza.

A algunas personas les parece desagradable tener un gato en la encimera, pero Charles es más que un gato, y yo no limito su libertad.

Le rasco detrás de las orejas y ambos observamos a Rosie mientras ella recorre mi departamento, asimilándolo.

Anoche, cuando llegamos, estaba bastante oscuro y no me detuve a mostrarle el lugar, pero ahora, con las luces de la cocina encendidas y el cielo comenzando a aclararse más allá de la pared de vidrio, puede ver el lugar con claridad.

Maddox me dio mucha mierda cuando contraté a un decorador de interiores, pero no me arrepiento en absoluto. Todo es exactamente como lo quiero.

Los pisos de madera clara.

Las suaves paredes blancas llenas de cuadros en tonos verde y beige.

Veo cuando sus ojos se fijan en el espacio de Charles.

Aprieto mis labios, preguntándome cuál será su reacción.

Charles es mi mejor amigo y no me avergüenza haberle hecho construir un árbol para gatos personalizado con ramas reales de dos metros de alto y media docena de perchas acolchadas para que duerma.

Está contra la pared de ventanas, y algunos podrían decir que bloquea parte de mi vista de un millón de dólares, pero yo diría que Charles merece la luz del sol más que yo.

La boca de Rosie se dibuja en una amplia sonrisa y dejo escapar un suspiro de alivio.

No sé qué haría si a ella no le gustara Charles, pero ahora no tengo que preocuparme por eso.

—Es bastante impresionante —dice ella, todavía mirando el árbol para gatos.

Charles ronronea bajo mi mano.

—Gracias. Charles quería uno más grande, pero le dije que empezaríamos con uno pequeño.

Ella niega con la cabeza, con la sonrisa todavía en su rostro.

—Es bueno que hayan llegado a un acuerdo. —Vuelve su atención hacia mí y la cocina.

—¿Cómo tomas el café? —pregunto, pero ya perdí su atención.

Sus labios están separados y sus ojos muy abiertos.

No soy un buen cocinero, ni mucho menos aceptable, pero sí quería que mi casa tuviera la cocina de ensueño de un chef, y por la expresión de Rosie, creo que lo logré.

La isla es… grande. Tiene capacidad para ocho personas cómodamente en los taburetes blancos y dorados que hay sobre la superficie de mármol blanco desde donde estoy parado.

La base de la isla y los gabinetes son todos de color azul oscuro, y todos los herrajes son dorados.

Detrás de la enorme estufa, el mármol sube por toda la pared hasta el techo en el salpicadero más exagerado de la historia.

—¿Está aprobado por Rosalyn's Restaurant? —pregunto, rompiendo su trance.

Charles se desliza fuera de mi mano y camina pavoneándose por el mostrador hacia Rosie.

Rosie se detiene en mi lado de la isla y se gira hacia mí.

—Es fantástico.

Su tono es tan serio que me hace reír.

—¿En serio?

Ella asiente y, distraídamente, extiende la mano para acariciar a Charles.

—Es como si hubieras sacado de mi mente la cocina de mis sueños. —Rosie mira a Charles—. Con gato y todo. —Charles ronronea más fuerte—. ¿Puedo cargarlo?

Su pregunta es tranquila, vacilante, y me toma un momento responder:

—¿Charles? Sí, le encanta que lo carguen en brazos.

Rosie le tiende las manos.

—¿Es cierto, grandote? ¿Puedo darte un pequeño abrazo?

Charles se coloca entre sus manos extendidas y Rosie lo levanta.

Mi gato sin lealtad se desmaya en sus brazos, y Rosie lo abraza contra su pecho.

No puedo oír lo que le dice mientras lo mece de un lado a otro, murmurando algo mientras presiona su cara contra su pelaje, pero mi corazón aún se derrite en un charco viscoso dentro de mi caja torácica.

Mi gato y mi chica.

Me aclaro la garganta.

—¿Cómo tomas el café?

Rosie me mira, con la mejilla todavía apoyada contra la de Charles.

—Negro está bien, pero ¿podrías añadirle un cubito de hielo para poder beberlo de inmediato?

—Por supuesto. —Me dirijo al congelador y saco dos cubitos de hielo, uno para cada uno—. Debería hacer algunos de esos cubitos de hielo para café que veo que la gente hace en Internet.

Rosie tararea:

—Una vez los hice para un brunch de verano. Querían esos grandes dispensadores de bebidas llenos de limonada y café frío. Funcionó para que nada se diluyera.

Levanto las cejas mientras dejo caer suavemente los cubitos en el café.

—Genial.

Rosie pone los ojos en blanco.

—No es que se me haya ocurrido a mí.

—No me importa —giro las tapas de los vasos de viaje—. Aun así lo hiciste.

—Congelé algunos líquidos —dice con seriedad.

Me acerco más, sosteniendo nuestros cafés.

—No aceptas bien los cumplidos, ¿verdad?

Se encoge de hombros y luego acaricia su nariz contra la de mi gato una vez más.

Ella lo vuelve a dejar sobre la isla.

—Adiós, Charles.

Suena tan jodidamente triste cuando lo dice.

Mis cejas bajan.

¿Cree que nunca lo volverá a ver?

¿Puede realmente creer que esto es cosa de una noche?

65

Rosalyn

Apretando el café contra mi pecho, me alejo de Nathan y doy la vuelta alrededor de su isla gigante.

Dejar a ese maldito gato me deja demasiado cerca del llanto.

Me llevo el vaso a los labios y trato de disimular mi inhalación con un sorbo.

Tal vez podría tener un gato. Siempre me sentí muy culpable por dejarlos solos en casa durante mis largos días, pero tal vez estarían bien, y podría compensar mi ausencia con todos los días que me quedo en casa cocinando.

Nathan se une a mí en la puerta principal y nos ponemos los zapatos en silencio. Finalmente, me doy cuenta de que también está vestido igual que anoche, menos la sudadera.

Él me entrega mi bolso de donde lo dejé caer al suelo, y trato de no sonrojarme al recordar nuestra prisa por llegar al dormitorio.

El silencio continúa en el ascensor y mientras caminamos por la rampa de estacionamiento subterráneo.

Nathan me lleva a un todoterreno mediano totalmente negro.

Es bonito. Realmente bonito, pero de alguna manera me lo imaginé en algún elegante auto deportivo, no en algo tan… práctico.

Me rodea y me abre la puerta del copiloto.

—No te olvides de abrocharte el cinturón.

Hago un zumbido y evito el contacto visual mientras paso junto a él.

Él me cierra la puerta y aprovecho el tiempo que le toma rodear la parte trasera del vehículo para abrocharme rápidamente el cinturón de seguridad, colocar mi bolso en mi regazo y apoyar mi café encima.

Lo estoy haciendo raro.

Lo sé, y no es mi intención, pero me siento tan… melancólica.

Todo se ha sentido tan fácil entre nosotros.

Las bebidas. Los besos. Las conversaciones.

Y ese maldito gato.

Más de esa tristeza se retuerce en mi corazón.

Anoche fue el recordatorio perfecto de por qué éramos tan buenos amigos hace veinticinco años. Incluso cuando éramos niños, nuestras personalidades simplemente... hacían clic.

Nathan abre la puerta del conductor y obligo a mi cuerpo a relajarse. No quiero terminar nuestro tiempo juntos con un silencio incómodo.

Giro la cabeza para mirarlo y levanto mi café.

—Gracias por esto.

La comisura de su boca se curva hacia arriba en una sonrisa parcial.

—De nada.

Deja su bebida en uno de los portavasos vacíos entre nosotros, se abrocha el cinturón y enciende el motor.

Nathan hace una pausa con la mano en la palanca de cambios.

—¿Quieres poner tu dirección en el GPS?

Mis dedos se aprietan alrededor de la taza en mis manos.

En realidad no quiero hacer eso. Darle mi dirección me parece un poco… demasiado esperanzador.

Pero mi trasero cachondo accedió a dejar que me llevara a casa, así que literalmente no hay forma de evitarlo.

Extiendo la mano hacia la pantalla de su tablero y comienzo a escribir mi dirección.

Antes de poder terminar, la radio se enciende y las voces llenan el auto.

—Ups. —Nathan levanta las caderas del asiento y mete la mano en el bolsillo.

No sé si son los mismos jeans de anoche, pero en lugar de sacar mis bragas, saca su teléfono.

Un segundo después, las voces cesan.

—Podcast —explica.

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad mientras escribo el resto de mi dirección.

Cuando termino, Nathan se estira y se frota la nuca.

—Uh, es el podcast de *Pretty Cat*.

Junto los labios.

—Oh.

Me mira mientras empieza a dar marcha atrás.

—Se trata de gatos.

Asiento, intentando no reírme.

—Me lo imagino.

Al salir del estacionamiento, Nathan pone en marcha su vehículo.

—Es realmente interesante, y no se trata solo de gatos domésticos. También hablan de grandes felinos. Como tigres y esas cosas.

Finalmente se me escapa una risa y me lanza una mirada mientras sube por la rampa hacia la calle.

—No me estoy riendo de ti —le digo—. Solo de cómo hablas. Suenas muy serio.

Su mejilla se contrae.

—Los gatos son un asunto serio.

—Por supuesto —digo en tono serio—. Tigres y demás.

Nathan sonríe burlonamente.

—Eres una pequeña tarada.

Suelto una carcajada y eso es todo lo que se necesita para salir de ese estado de mal humor.

Mientras Nathan sale a una calle casi vacía, estiro el brazo y presiono el ícono de reproducción en la pantalla.

El podcast comienza de nuevo.

Tengo curiosidad por saber de qué están hablando, y si además es una forma de evitar seguir conversando durante los próximos dieciocho minutos, que así sea.

Me relajo en mi asiento y bebo un sorbo de café.

Luego, diez minutos después, estoy escuchando absorta por qué los linces no tienen cola.

66

Nate

Sigo mirando a Rosie, observándola reaccionar al podcast con distintas expresiones faciales.

—¿Ves? —Me doy la vuelta para mirarla cuando me veo obligado a detenerme en un semáforo en rojo.

Ella me sonríe.

—Tenías razón. Un asunto serio, de hecho.

Asiento.

—Charles es un depredador supremo.

Rosie resopla:

—¿Esa es tu conclusión?

La luz se pone verde y quito el pie del freno.

—Normalmente lo es.

—Sí, claro —Rosie toma otro sorbo de café y lo deja en el portavasos vacío que está junto al mío—. Pero menos mal que tiene cola, con esa cosa de gato del tamaño de una montaña que tienes.

—Que yo sepa, aún no se ha caído.

—Bueno, si alguna vez lo hace, no le hagas pasar un mal rato por eso.

—Quizás le muestre algunos videos de YouTube de tigres siberianos cazando. Así podrá aprender algunos trucos. —Mi tono pierde el humor mientras hablo porque me distraigo con el vecindario.

No está mal, pero tampoco es genial.

Y por muy capaz que sea la mujer sentada a mi lado, no me gusta que viva aquí sola.

—Apuesto a que le gustaría eso. —Rosie continúa con la charla sobre gatos.

Tomo el último desvío hacia la calle de Rosie.

Las farolas de la calle siguen encendidas, pero no parecen lo suficientemente brillantes, porque incluso con el amanecer asomándose en el horizonte, los edificios siguen cubiertos de sombras.

Ella se sienta más erguida.

—Está a la izquierda. El segundo edificio de apartamentos.

Su tono también ha cambiado y me hace sentir como un idiota. No quiero que piense que menosprecio el lugar donde vive. No se trata de lujo ni riqueza, se trata de seguridad.

Ella señala:

—Puedes estacionarte ahí.

Giro el volante y entro en el pequeño estacionamiento frente a su edificio.

Al ver una furgoneta con el logotipo de su empresa, agarro con más fuerza el volante.

Ella vive sola y su camioneta anuncia exactamente dónde encontrarla.

Hay un lugar vacío a dos pasos de su camioneta y me estaciono ahí.

—Gracias por traerme. —Rosie se desabrocha el cinturón—. Me alegré de verte.

Pongo el vehículo en parking y me giro para mirarla.

Ella tiene una mano sosteniendo su bolso con fuerza, y la otra mano está en la manija de la puerta, como si estuviera lista para saltar.

—También fue agradable verte —le digo la verdad.

Me da una suave sonrisa, luego abre la puerta y sale.

Rosie hace una pausa, con una mano en la puerta.

—Adiós, Nathan.

Las palabras se sienten como dagas.

Como si se estuviera despidiendo para siempre, eliminándome de su vida.

Quiero gritar. Quiero preguntarle por qué actúa así.

¿Por qué ha estado actuando así desde que la vi por primera vez?

Preguntarle cómo puede actuar como si la noche más sexy de mi vida no hubiera significado nada.

Quiero preguntarle por qué sus ojos están llenos de secretos.

Pero sobre todo quiero decirle que quiero volver a verla.

Que quiero verla todos los días.

Que nunca sentí ese tipo de conexión con nadie. Solo con ella.

Pero luego cierra la puerta del copiloto y se aleja.

Aprieto la mandíbula, pero no salgo y la sigo.

Le daré algo de tiempo para pensar. Está claro que lo necesita por alguna razón.

Entonces la veo extender la mano y girar la manija, abriendo la puerta principal de su edificio.

Sin llave, sin cerradura, simplemente se abre.

Maldita sea, Rosie. Me necesitas tanto como yo a ti.

Y no me detendré hasta que te des cuenta.

67

Rosalyn

Respiro más agitada de lo normal cuando termino de subir los dos tramos de escaleras para llegar a mi apartamento, y mientras abro la puerta de entrada, pretendo que es porque es temprano, o porque necesito trabajar mi cardio, o que simplemente estoy cansada por la falta de sueño.

No reconozco que tenga algo que ver con el hecho de que Nathan no se despidiera.

El hecho de que no dijera nada en absoluto.

Cierro la puerta detrás de mí y giro el cerrojo.

Ayer por la noche supuse firmemente que sería algo de una sola noche, así que no sé por qué tengo esta sensación aplastante de decepción por el hecho de que esa suposición sea cierta.

Todo salió exactamente como pensé que sería.

Mentirosa.

Ni siquiera puedo pensar en eso sin que mi subconsciente me lo diga.

Pensé que las bebidas podrían llevar al sexo, considerando lo que pasó en esa despensa y la tensión sexual que sentí en el picnic.

Pero no conté con la conversación.

No conté con que me sentiría tan cómoda a su alrededor.

Lo bien que nos sentiríamos sentados en la barra con las piernas juntas.

Y nunca imaginé que nuestro sexo sería… así.

Mis muslos se aprietan mientras dejo caer mi bolso en la encimera de la cocina.

Continúo hacia mi dormitorio y pienso en todo lo que vino después del sexo.

La ducha. La ropa prestada. Los abrazos. El gato. El café.

Tan pronto como llego a mi habitación, comienzo a desnudarme.

No se suponía que fuera así.

Se suponía que nuestra noche juntos no iba a sentirse tan… predestinada.

Con mi ropa en el suelo, entro al baño y abro la ducha.

No quiero nada más que meterme en la cama y dormir durante mi pequeña fiesta personal de autocompasión.

Pero no puedo.

Porque tengo trabajo que hacer.

Y porque Nathan ahora está de nuevo donde pertenece.

En el pasado.

68

Nate

Charles me saluda en la puerta, y tan pronto como me quito los zapatos, me agacho y lo levanto.

Él maúlla.

—Lo sé, a mí también me gusta.

Él golpea su barbilla contra mi pecho.

—Le enviaré un mensaje de texto, pero todavía no.

Charles deja escapar un maullido áspero.

Suspiro.

—No estoy jugando. Si alguien está jugando, es Rosie. —Muevo a Charles en mis brazos y camino a grandes zancadas hacia mi habitación—. Es como si no pudiera ser feliz a mi lado. Tengo estos momentos. Estos destellos de su sonrisa, dos segundos de risa, pero luego vuelve a estar cerrada.

El cuerpo peludo en mis brazos retumba con un ronroneo.

—No sé cuál es el problema.

Charles ronronea más fuerte.

—Amigo, dije que le enviaría un mensaje de texto.

Él amasa sus patas delanteras contra mi pecho y yo cambio mi agarre para sostenerlo con el brazo extendido.

—Bien. Tú ganas.

Dejo a Charles en la cama y saco mi teléfono del bolsillo.

69

Rosalyn

Miro fijamente mi teléfono.

Nathan: *Bebidas, misma hora, mismo lugar. ¿Viernes?*

Acabo de terminar de prepararme otra taza de café después de mi ducha rápida y Nathan me está enviando un mensaje de texto para ver si quiero salir de nuevo el próximo fin de semana, después de no haber dicho nada en absoluto cuando salí de su auto.

Yo: *Trabajaré el viernes por la noche.*

Él responde inmediatamente.

Nathan: *El sábado por la noche entonces.*

Yo: *También trabajo el sábado por la noche.*

Nathan: *Nos vemos después.*

Me paso los dientes por el labio inferior.

Yo: *¿Podré ver a Charles?*

Mi pregunta implica que terminaremos en su casa, pero supongo que eso es un hecho, así que no me siento mal por ser tan atrevida.

Nathan: *Déjame preguntarle si estará en casa.*

Me imagino a Nathan girándose hacia su gato y haciéndole la pregunta en voz alta, y sé que estoy en problemas.

Voy a decir que sí a las bebidas. Pasaremos otra noche alucinante en su cama, y luego, cuando esto entre nosotros se acabe, solo yo tendré la culpa de mi corazón roto.

Nathan: *Tiene planes de almorzar, pero dijo que llegaría a casa por la noche.*

En lugar de reírme, su respuesta me hace querer llorar. Porque al final de esto, voy a estar igual de apegada a su maldito gato.

Cierro los ojos y respiro profundamente antes de responder. Me condeno a sufrir, pero no puedo detenerme.

Yo: *Te veré ahí.*

70

Cuatro horas después

Nathan: *¿Ya terminaste de cocinar?*

Rosie: *Ni siquiera es mediodía.*

Nathan: *¿Eso es un no?*

Rosie: *Soy una profesional, no una maga.*

Nathan: *¿Vas a hacer albóndigas hoy?*

Rosie: *No, si me siguen interrumpiendo.*

Nathan: **Emoji de cerrar los labios*.*

Domingo - El día siguiente

Nathan: *¿Cómo estuvo tu evento ayer?*

Rosie: *No hay quejas. No hay ambulancias. Lo considero una victoria.*

Nathan: *¿Qué sabor de malvavisco hiciste?*

Rosie: *Crema de plátano.*

Nathan: *¿Plátano? Rosie, ¿cómo pudiste?*

Rosie: *¿Qué tienen de malo los plátanos?*

Nathan: *Nada. Cuando se quedan en su carril.*

Rosie: *¿Hay un carril de plátanos?*

Nathan: *Obviamente, y no incluye estropear malvaviscos.*

Rosie: *Estoy poniendo los ojos en blanco.*

Nathan: *Fotos o no sucedió.*

Rosie: *Eres ridículo.*

Nathan: *Tus malvaviscos de plátano son ridículos.*

Rosie: *Eran de crema de plátano y encima tenía corteza de migas, así que básicamente era una tarta de crema de plátano en forma de malvavisco.*

Nathan: **se ríe del pastel de crema**

Rosie: *Poniendo los ojos en blanco aún más fuerte.*

Nathan: *¿Te queda algo?*

Rosie: *¿Paciencia? No.*

Nathan: *Lindo, pero ya sabes que te estoy preguntando por los malvaviscos.*

Rosie: *Me los comí hasta el último. Porque están buenísimos.*

Nathan: *Mmm... ¿Qué tan difíciles son de hacer?*

Rosie: *Mis recetas están clasificadas.*

Nathan: *Mujer, me cuesta mucho hacer arroz. No te estaba sugiriendo que yo intentara hacerlos. Quiero que los hagas tú, pero me pregunto si es algo que podemos hacer después del bar o si es necesaria la sobriedad.*

Rosie: *La sobriedad no es necesaria.*

Nathan: *Bien.*

Rosie: *PERO*

Nathan: **gime en malvavisco de plátano**

Rosie: *Necesitan horas para descansar antes de comer.*

Nathan: *Entonces… malvaviscos para desayunar.*

Rosie: *Eres imposible.*

Lunes

Nathan: *Busqué una receta estándar de malvaviscos y pedí todas las cosas.*

Rosie: *Son las 7 am*

Nathan: *Pero no sé si usas plátanos reales o saborizantes artificiales, y tengo crema, pero no sé si esa es la crema de plátano.*

Rosie: *SIETE.*

Nathan: *Y la receta incluía spray antiadherente, lo cual es una tontería porque hay como un millón de opciones. Así que elegí el tipo normal, con aguacate y semillas de uva, porque las uvas combinan con los plátanos.*

Rosie: *¿Nathan?*

Nathan: *Sí, ¿hermosa?*

Rosie: *Si no me dejas volver a dormir, te voy a asfixiar con una capa de malvaviscos.*

Martes

Rosie: **envía foto del spray antiadherente**

Rosie: *Yo llevo el plátano.*

Nathan: *Siento que esa es mi línea.*

Rosie: *¿Aún tienes 12 años?*

71

Nate

Sonrío a mi teléfono.

Esta es la primera vez desde nuestra noche juntos que Rosie se acerca primero.

Me recuesto en mi silla de oficina y respondo.

Yo: *Perpetuamente*.

72

Miércoles

Nathan: *¿Sabías que se cree que los gatos son los únicos mamíferos que no pueden percibir el sabor dulce?*

Rosie: *No me digas.*

Nathan: *¿Qué es ese el tono que estoy captando? ¿Estás tratando de decir que ya lo sabías?*

Rosie: *Puede que haya aprendido ese dato hoy temprano.*

Nathan: **Jadeando* ¿Escuchaste el podcast Pretty Cat?*

Rosie: *Estuve horneando pasteles todo el día. Necesitaba algo que me entretuviera.*

Nathan: *Rosie, sabes lo que esto significa, ¿verdad?*

Rosie: *¿Me gustan los podcasts ahora?*

Nathan: *Significa que eres una amante de los gatos, igual que yo.*

Jueves

Nathan: *¿Estás en casa?*

Nathan: *¿O en un evento?*

Nathan: *Solo dime que no estás en ese choque en la 494.*

Nathan: *Rosie, respóndeme.*

Nathan: *No me hagas rastrear tu teléfono.*

73

Rosalyn

Abro el grifo con el codo y meto las manos bajo el agua.

He estado untando y ensartando pollo durante los últimos treinta minutos, pero finalmente terminé.

El televisor estaba reproduciendo algunas repeticiones de fondo mientras trabajaba, pero estoy bastante segura de que mi teléfono vibró con varios mensajes de texto.

Con las manos limpias, cierro el agua y agarro una toalla de mano.

Tengo la sensación de que es Nathan enviando un mensaje de texto.

No es que el grupo de candidatos sea grande, pero he intercambiado mensajes con Nathan todos los días de esta semana.

Ha sido… inesperado, pero al mismo tiempo, muy Nathan.

Me aparto los mechones de cabello que se han escapado de mi cola de caballo y tomo el teléfono.

Mi pulso se acelera ante su primer mensaje de texto, preguntándome si estoy en casa, pensando que podría estar en camino hacia aquí.

Luego sigo leyendo y mi ritmo cardíaco cambia por una razón diferente.

Él está preocupado.

Yo: *Estoy en casa.*

Yo: *Estaba hundida hasta los codos en pollo crudo.*

Leo su último texto dos veces.

Yo: *¿Y a qué te refieres con rastrear mi teléfono?*

Realmente no puede hacer eso ¿verdad?

Nathan: *Bien.*

Yo: *Nathan, ¿puedes rastrear mi teléfono? ¿Eso es lo que hace Catch Tech?*

Nathan: *Estoy atravesando un túnel. Te estás cortando.*

Yo resoplo.

Yo: *Eres absurdo.*

Nathan: *Perdí la señal. Te enviaré un mensaje más tarde.*

74

Nate

Envío el texto y luego bajo mi frente hasta que descansa sobre mi escritorio.

Mi corazón ha estado acelerado durante los últimos cuarenta minutos, esperando que Rosie responda.

Yo no soy esa persona

Nunca me sentí tan irracionalmente preocupado en mi vida.

Inhalo lentamente.

Estaba en la sala de descanso preparando mi café cuando uno de mis empleados mencionó un gran accidente en la carretera.

No conocían a nadie que estuviera en el accidente. Ni siquiera habían oído hablar de que alguien hubiera resultado herido. Simplemente estaban compartiendo la noticia.

Pero eso no importó.

Mi cerebro inmediatamente se dirigió a Rosie.

Intenté olvidarme de eso mientras caminaba de regreso a mi oficina. No tenía ninguna razón para pensar que ella estaría en ese tramo de la carretera, pero con cada segundo que pasaba, mi nerviosismo aumentó y terminé enviando una serie de mensajes sin pensar en cómo sonaba.

Alguien golpea el marco de mi puerta.

—Pase —digo, con la frente todavía pegada al escritorio.

—Eh, señor Waller. —Blake parece no haber visto nunca a un hombre sufriendo un colapso mental.

Suspiro, manteniendo mi rostro donde está.

—¿Qué necesitas, Blake?

—No necesita nada —la voz de mi mejor amigo resuena en la habitación. Pongo los ojos en blanco, aunque nadie puede verme. Maddox está tan callado como una estampida—. Excepto, tal vez, una bebida.

Levanto la cabeza para mirarlo, pero mi visión está bloqueada por un trozo de papel suelto pegado a mi frente.

Lo aplasto.

—No tengo ni idea de por qué piensas eso. —Me siento derecho en mi silla—. Y esto no es un programa de televisión. No tengo alcohol en mi oficina. Si quiero beber, me voy a casa.

Maddox gruñe mientras se deja caer en la silla frente a mi escritorio, Blake ya fuera de la vista.

—Es agradable estar a cargo.

Meto la mano en el cajón de mi escritorio y saco una botella de bourbon en miniatura.

—Un brindis por eso.

Maddox sacude la cabeza y mira hacia el techo mientras yo bebo un trago de la botella.

—Si *quiero beber, me voy a casa* —se burla.

Intento no toser mientras trago.

—¿Quieres un poco? —Dejo la botella sobre el escritorio.

Maddox se inclina hacia adelante y agarra la botella.

—Por supuesto que sí. No voy a dejar que bebas solo en tu miseria.

Maddox, dueño de su propia marca de whisky, ni siquiera se aclara la garganta después de darle un trago.

Le quito la botella.

—¿Qué te hace pensar que estoy pasando un mal momento?

—Bueno, Hannah me dijo que estabas enamorado de una chica. Entonces entro aquí y te encuentro tratando de someter a ósmosis tu cara en tu escritorio. —Arquea una ceja—. No es muy divertido.

—Quiero que sepas que este próximo trago se debe a que tu mujer tiene una boca enorme, y como no tengo ningún recurso contra ella, me veo obligado a beber. —Inclino la botella.

Maddox sonríe.

—Su boca tiene el tamaño perfecto.

Aparto la botella de mis labios de un tirón y siento otra tos.

Maddox me quita el bourbon de la mano y se sienta.

—No acabas de decir eso. —Me golpeo el pecho con el puño para sacarme el alcohol de los pulmones—. No quiero oír esa mierda sobre mi hermana.

Hannah no es mi hermana, pero Maddox es más cercano a mí que mi propio hermano, así que bien podría serlo.

Maddox vuelve a colocar la tapa en la botella, interrumpiéndome.

—Si no quieres hablar de mi esposa, hablemos de la tuya.

Solo está intentando hacerme enojar diciendo la palabra *E*.

Pero está bien. Puede ser un idiota. Porque mientras él sonríe, yo estoy pensando en el hecho de que le metí el dedo a mi chica en su despensa, al lado de sus salsas picantes favoritas, y él no tiene idea.

Algo debe notarse en mi cara porque Maddox entrecierra los ojos.

Me recuesto en mi silla, fingiendo que mi garganta ya no se tensa por el alcohol puro.

—¿Hay una razón real para tu visita?

—Almuerzo. —Maddox levanta un hombro. Como su esposa trabaja para mí (es una larga historia), Maddox pasa la mitad de sus almuerzos

aquí en mi empresa—. Y… me dijeron que averiguara la historia de fondo entre tú y la proveedora de catering.

Dejo caer mis hombros.

—¿No pueden encontrar algo de qué hablar aparte de mí?

—Lo siento, pero es porque te amamos —dice Maddox con cara completamente seria.

Le tiro el trozo de papel.

Pero sigue siendo una hoja plana, por lo que avanza unos diez centímetros antes de volver a mi escritorio.

—Eso debería costarte al menos uno de tus anillos. —Maddox sacude la cabeza como si realmente lo creyera.

—Yo era un receptor abierto, no un maldito mariscal de campo. —Me empujo para ponerme de pie.—. Y si aceptas esperar hasta la semana que viene para preguntarme por la proveedora de catering, pagaré el almuerzo de hoy.

Maddox también se pone de pie.

—No dije que estuvieras invitado.

Pongo los ojos en blanco.

—Siempre estoy invitado.



75

Viernes

Nathan: *¿En qué tipo de evento estás trabajando esta noche?*

Rosie: *Una fiesta de tercer cumpleaños para trillizos.*

Nathan: *¿En serio?*

Rosie: *En serio.*

Nathan: *Entonces… ¿qué tipo de comida tienen?*

Rosie: *Todo tiene un tema de tres.*

Nathan: *¿Cómo funciona eso?*

Rosie: **envía foto de la mesa de comida**

Nathan: *¿Esas son bolas de melón?*

Rosie: *Sí. Sandía, melón, melón dulce, y como no es bueno tener palillos de dientes cerca de un grupo de niños, tuve que hacer los míos propios con cáscara de sandía.*

Nathan: *Incluso Charles está impresionado.*

Rosie: *Me estoy sonrojando.*

Nathan: *¿Qué sabor de malvavisco hiciste?*

Rosie: *Tarta de cumpleaños. No es lo más original, pero usé un cortador de galletas número 3 para estamparlos y los cubrí con chispitas. A los niños parece que les encantaron.*

Nathan: *Mi cumpleaños es en febrero, por si lo habías olvidado.*

Rosie: *No lo olvidé.*

Sábado

Nathan: *¿Quieres venir aquí y saltarte el bar esta noche, ya que tenemos que hacer esos malvaviscos de plátano?*

Rosie: *Todavía no puedo creer que hayas comprado todas esas cosas.*

Nathan: *Créelo, hermosa.*

Nathan: *Y no respondiste la pregunta. Podemos pedir comida a domicilio... Me ofrecería a cocinar para ti, pero mi especialidad es cocinar comidas congeladas en el microondas.*

76

Rosalyn

—Tierra a Rosalyn —canta Presley.

Me meto el teléfono en el bolsillo.

—Lo siento.

Estamos paradas en la parte trasera de mi camioneta, entre las dos puertas traseras abiertas, guardando los contenedores de comida vacíos.

El evento de hoy fue una reunión familiar, y se llevó a cabo en una zona agradable con mucho espacio para estacionar en la calle, por lo que encontramos una sección vacía en la cuadra, lo que nos dio mucho espacio para cargar y descargar nuestro auto.

Presley apoya las manos en las caderas.

—En lugar de disculparte, ¿qué tal si me dices si la persona del otro lado del teléfono es Nate Waller?

Mis mejillas comienzan a calentarse, dándole a Presley la respuesta que quiere.

—¡Lo sabía! —Ella levanta el puño.

Niego con la cabeza.

—Es…

—Déjame detenerte en este momento. —Presley levanta una mano y cuenta con los dedos mientras avanza—. Es complicado. Estás ocupada. Tienen una historia.

—¿Cómo supiste que teníamos historia? —pregunto, queriendo saber qué lo delató.

Ella sonríe.

—Solo estaba adivinando, pero gracias por confirmarlo. —Pongo los ojos en blanco—. Pero en serio, por la forma en que ustedes dos estaban, perdón por mi francés, follándose con los ojos en ese picnic, es obvio que hay algo ahí. Sin mencionar la absurda cantidad de dinero que dejó de propina.

Cuando Presley vio el dinero que le envié, le dije que Nathan insistió en que lo dividiera con ella. Si hubiera sabido que era simplemente mi mala conciencia, lo habría rechazado.

Saco un contenedor del auto y me preparo para girar y meterlo en la camioneta, pero me quedo paralizada.

Hay un auto conduciendo hacia nosotras.

El límite de velocidad aquí es bajo. No van rápido.

Pero… el auto empieza a salirse de su carril.

Hacia nosotras.

Ya lo corregirán.

El auto sigue llegando.

Disminuirán la velocidad.

No disminuyen la velocidad.

Se están acercando.

No se detienen.

Entonces veo al conductor, desplomado sobre el volante.

—¡Presley! —Dejo caer el recipiente.

—¿Qué…?

Sin tiempo para explicarme, me giro y la empujo tan fuerte como puedo.

Presley grita algo mientras se tambalea hacia atrás y cae a la acera.

Me siento un poco mal, pero ella ya no está en el camino.

Está a salvo.

Intento seguirla.

Intento salir del camino.

Pero entonces el sonido del metal chocando con el metal llena el aire, y sé que se me acabó el tiempo.

Tengo un momento para sentir miedo.

Entonces todo lo que siento es dolor.

77

Nathan: *¿Qué te parece comida griega?*

Nathan: *Puedo hacer el pedido con anticipación si me avisas cuándo creas que ya terminaste.*

Nathan: *O puedo ser paciente y esperar a que me digas qué quieres,*

Nathan: *Está bien, te dejaré sola para que termines de trabajar, pero Charles ya sabe su orden.*

78

Nate

Tamborileo con los dedos contra el apoyabrazos del sofá.

Aún es temprano. No es exactamente la hora a la que acordamos encontrarnos, pero es lo suficientemente tarde como para que Rosie ya terminara con su evento.

Tamborileo con los dedos otra vez.

Quizás debería simplemente pedir comida.

Otro momento pasa.

Tomo el control remoto y apago el televisor. De todos modos, no lo estoy viendo.

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro.

Ya puse los tazones para mezclar y todo lo que necesitaremos para hacer malvaviscos en la mesa, pero ahora que lo pienso, tal vez sea una idea estúpida. Rosie literalmente se pasa todo el día cocinando, y luego le pido que venga a mi casa y haga más cosas...

Soy un idiota.

Mis pies cambian de dirección y me dirijo a la cocina.

Lo guardaré todo y, si ella realmente quiere hacerlo, entonces puedo sacarlo todo de nuevo.

Mis dedos se envuelven alrededor del borde de un tazón mientras mi teléfono vibra con una llamada.

Pensando que es Rosie, dejo caer el recipiente y saco mi teléfono.

No es un número que tenga guardado en mi teléfono.

Normalmente no respondería, pero…

Presiono aceptar.

—¿Hola?

—Hola, ¿eres Nate Waller? —pregunta una mujer.

—¿Quién llama? —pregunto en lugar de responder. La voz de quien llama me suena vagamente familiar, pero no logro identificarla.

—Habla Presley, la que trabaja con Rosalyn. —La frialdad me retuerce el corazón—. Me diste tu tarjeta en ese picnic y me dijiste que llamara si Rosalyn alguna vez necesitaba algo.

Apoyo mi mano libre en la isla.

—¿Qué pasó? —Tengo un nudo en la garganta.

—Um —la voz de Presley tiembla y me apoyo más contra la isla—. Nosotras... Alguien... ella va a estar bien. —Se detiene para tomar una bocanada de aire ruidosa.

—Presley. —Intento decir su nombre, pero me sale como un susurro.

—Lo siento, lo siento. Ella está bien, pero… está herida.

Esa frialdad crepita en mis venas.

—¿Dónde está?

—En el hospital.

—¿Cuál? —Me aparto de la isla, obligando a mis piernas a mantenerse de pie.

Mi Rosie está herida.

—Solo espera, ¿de acuerdo?

—¿Dónde está Rosie? —Mi voz ahora es más fuerte.

Camino a grandes zancadas hacia la puerta principal.

—Déjame explicarte.

—¿Explicar qué?

—Va a necesitar tu ayuda —la voz de Presley se vuelve a quebrar—. Dijiste que te avisara si necesitaba ayuda.

Sus palabras me cortan.

Mi chica está herida y necesita mi ayuda, y yo solo estoy aquí parado.

—Haría lo que fuera por ella, solo dime dónde está —digo entre dientes.

Presley exhala con dificultad.

—En un momento la llevarán de regreso para hacerle una tomografía computarizada o algo así. Así que, incluso si corrieras hasta aquí, no la verías.

Dejo de caminar y cierro los ojos, obligándome a respirar lentamente.

—Dime qué pasó.

—Te prometo que estará bien, pero soy una llorona. Así que voy a llorar mientras te digo esto, pero no significa nada malo —concluye con un hilo de voz.

—Okey —mantengo los ojos cerrados—. Mi mamá también es una llorona.

Ella sorbe por la nariz.

—Estábamos cargando la camioneta y un tipo que conducía por la calle tuvo, como, una emergencia médica o algo así detrás del volante. —Mi ritmo cardíaco se acelera con cada palabra que sale de su boca—. Rosalyn, ella… ella lo vio y me empujó fuera del camino. —La voz de Presley se quiebra.

Abro los ojos mientras la escucho tomar otra respiración entrecortada.

Necesito que ella siga hablando.

Necesito que me diga qué pasó.

Pero aunque entiendo a los llorones, no puedo ignorar la emoción en su voz.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí. Lo siento. Ella solo... Rosalyn vio el auto y me empujó. Me raspé el codo con la acera cuando caí, pero... pero ella no tuvo tiempo. —Presley toma aire—. El auto la golpeó.

Un sonido de angustia que no reconozco sale de mi garganta.

—Ella está bien —dice nuevamente—. Pero se golpeó la cabeza muy fuerte y tiene algunos raspones… y su tobillo… no saben si está roto o solo tiene un esguince.

—Pero ¿está bien? —susurro.

Presley ya lo dijo, pero necesito que lo vuelva a decir.

—Se pondrá bien. Los médicos dijeron que todo es tratable y que estará bien una vez que sane, pero... necesita un lugar donde quedarse. Su apartamento no tiene ascensor. No sé si lo has visto, pero no puede ir ahí, incluso si alguien pudiera ayudarla a subir la primera vez, no es seguro que se quede varada en el tercer piso si...

—Ella se quedará aquí. —No necesito escuchar más razonamientos.

—Me gustaría que se quedara conmigo, pero ya tengo dos compañeras de cuarto y no hay espacio extra.

—Ella se quedará conmigo —repito.

Presley exhala.

—Estoy segura de que ella se opondrá a eso. Nunca quiere aceptar ayuda, pero tú eres la única persona a la que se me ocurre llamar. No tiene un contacto de emergencia.

Otro golpe en mi pecho.

Rosie no tiene un contacto de emergencia.

Recuerdo que su mamá murió cuando ella era pequeña.

Recuerdo que era hija única.

Recuerdo que su papá daba miedo.

Sé que ella trabaja demasiado.

Y ahora sé que ni siquiera tiene un maldito contacto de emergencia.

Agarro el teléfono con más fuerza.

—Me tiene a mí.

—Bien. Bien, bien. —La respiración de Presley se normaliza—. Estamos en el Health Place, en St. Paul.

—Sé dónde está. —Continúo hacia la puerta.

—Primero tienes que ir a casa de Rosalyn.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ella tendrá que ir desde el hospital directamente a tu casa. Si la llevas a su apartamento para recoger sus cosas, insistirá en quedarse. Así que ve ahí primero y consigue ropa y… lo que sea.

—Buen punto —acepto.

Odio la idea de ir a cualquier lado que no sea directamente al lado de Rosie, pero Presley tiene razón.

—¿Sabes dónde está su apartamento?

—Sí.

—Está bien. Ah, y no tendrá que subir escaleras en tu casa, ¿verdad? Ni siquiera pensé…

—No hay escaleras, y hay un ascensor hasta mi apartamento.

—Jodidamente gracias. —El alivio de Presley se percibe en toda su extensión, pero incluso si mi casa estuviera hecha solo de escaleras, alquilaría un lugar que no las tuviera—. Te enviaré un mensaje de texto con el número de su habitación. Dijeron que solo la familia podía visitarla, así que mentí y dije que era mi hermana, pero probablemente te dejen entrar ya que eres... tú.

—Entraré —digo con seguridad.

—Oh, mierda, necesitarás las llaves de su apartamento.

—Entraré —repito, todavía sintiendo lo que digo.

—Cómo…?

—Conozco a un chico.

—Okey. Solo asegúrate de que el cerrajero no rompa nada. No quiero que Rosie tenga problemas con su edificio.

Pienso en mi amigo Tony Stoleman.

No es cerrajero.

Luego me dirijo hacia la puerta.

—No dejaremos huella.

79

Nate

Mantengo abierta la puerta principal del edificio de Rosie y Tony entra.

—Buena seguridad —arquea una ceja.

—Lo sé.

Pero no puedo pensar en esa maldita puerta abierta en este momento. Ese es un problema para más adelante.

Tony sube corriendo las escaleras y yo lo sigo.

Tan pronto como colgué con Presley, llamé a mi amigo.

Nos conocimos hace una década a través de unas relaciones mutuas al azar en la Costa Oeste, pero en realidad él es de por aquí. Tony está en proceso de encontrar una casa para comprar en Arizona, pero por suerte para mí, él está aquí cuidando la casa de sus papás mientras viajan.

Tony llega a la parte superior de las escaleras y comienza a subir el siguiente tramo.

Él es un buen chico.

El mejor tipo de amigo.

Pero también es muy sospechoso.

No hago preguntas más allá de las que él ofrece, pero sé que puede hacerme entrar al apartamento de Rosie más rápido de lo que yo podría encontrar sus llaves.

—Entonces —Tony mira de un lado a otro del corto pasillo—. ¿Cuál es el de ella?

—Mierda. —Aprieto la mandíbula. Hay dos apartamentos en el tercer piso y no pregunté cuál.

Tony levanta la mano y las pequeñas herramientas de metal brillan bajo la luz del techo.

—Puedo abrir ambas.

Pongo los ojos en blanco.

Un buen tipo pero que no siempre piensa en las consecuencias.

—No puedes abrirle la puerta a alguien así como así. ¿Qué pasa si está en casa?

Se encoge de hombros.

—Les diré que me equivoqué de número.

—Eres un idiota. —Miro de un lado a otro entre las puertas.

—¿Tienes una idea mejor? —Tony apoya su hombro contra la pared.

—Lo haré. —Me bajo al suelo y me arrastro hasta la puerta más cercana.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta Tony como si estuviera intentando no reírse.

Lo ignoro, pongo mi nariz en la parte inferior de la puerta y huelo.

—Necesito que aprecies mi moderación en este momento —dice Tony seriamente—. Si fuera cualquier otra situación, estaría grabando esto.

—Sí, sí —digo distraídamente.

No sé si esperaba oler el aroma de su comida o de su champú, pero el olor a incienso es una respuesta aún mejor. Si ella viviera aquí, lo habría olido en ella.

Señalo la otra puerta mientras me apoyo sobre mis talones.

—Esa.

Tony se empuja de la pared, y cuando me levanto y cruzo el pasillo, él está abriendo la puerta, que ahora está desbloqueada.

Él se hace a un lado y yo entro al apartamento de Rosie.

Tengo la tentación de mirar a mi alrededor, de tocarlo todo, pero necesito recoger sus cosas y llegar al hospital.

El puto hospital.

El apartamento es pequeño y puedo ver justo enfrente la puerta que debe conducir a su dormitorio.

Camino hacia la puerta.

—Esperaré aquí —grita Tony mientras oigo los muebles crujir bajo su peso.

No respondo y, solo, entro en el dormitorio de Rosie.

Enciendo la luz, me paro en su habitación y tomo un latido para calmarme.

De camino, pensé en qué tipo de ropa necesitará Rosie. Solo tengo que concentrarme y encontrar cosas cómodas.

Empiezo por la cómoda que hay debajo de la ventana.

Abro el cajón superior. Ropa interior.

Al extender la mano, agarro un puñado, luego las dejo caer porque necesito algo para llevar todo.

Maldiciéndome por no haber traído una maleta, me dirijo al armario de Rosie.

Las puertas se abren hacia ambos lados, revelando un armario estándar con un estante en la parte superior y una barra para colgar la ropa.

Camisas y vestidos cuelgan de una única barra y en el suelo hay contenedores de plástico apilados en tres filas.

Dejo escapar un suspiro y luego veo la gran bolsa de lona en el estante superior.

Es suficiente.

Agarro el costado de la bolsa y la saco del estante.

Dejándola sobre la cama, abro la cremallera de la bolsa y encuentro otra similar adentro.

Saco la segunda bolsa y la coloco en la cama junto a la primera.

Ya sea por una fractura o un esguince, Rosie tendrá que dejar de usar el tobillo durante semanas, así que probablemente debería llevarme todas las cosas que pueda.

Abro la segunda bolsa y encuentro una caja de zapatos dentro.

Es sencilla, con una tapa rectangular que se quita por completo y tiene impreso una marca que ya no está en el mercado.

La inquietud se apodera de mí mientras levanto la caja de la bolsa.

Debería dejarla de lado.

Debería volver a ponerla en el estante.

Estaba escondida dentro de dos bolsas por alguna razón.

Es vieja.

No es asunto mío.

Pero hay algo en eso que parece imposible de ignorar.

Con cuidado, como si el contenido pudiera ser frágil, la dejo en la mesita de noche.

—Perdóname —susurro, luego levanto la tapa.

Papel.

Cartas dobladas.

La caja entera está llena de cartas dobladas, colocadas unas sobre otras en posición vertical con el borde largo apoyado en el fondo de la caja.

Las hojas dobladas llenan la caja de extremo a extremo.

Lentamente, arrastro mis dedos por la superficie, los bordes superiores bailan bajo mi toque.

Hay docenas.

Pero no todas son iguales.

Las hojas tienen distintos tonos de blanco. Algunas tienen rayas y otras no, pero todas están dobladas de la misma manera, en el tríptico perfecto de una carta.

Excepto la primera.

La que está en el otro extremo de la caja es diferente.

Dudo y luego tomo el único sobre.

Mientras lo levanto, lo giro para que la parte frontal quede hacia mí.

Y nada en el mundo podría haberme preparado para lo que estaba escrito ahí.

Mi boca se abre y cada molécula de aire se escapa de mis pulmones.

Es la letra de un niño.

Y sé que es de ella.

Nathan Waller

323 Kendel Way

Cleveland, Ohio 44111

Pero no es la escritura lo que hace que mi mano tiemble, sino la tinta roja brillante.

Es lo *NO ENTREGADO* lo que hace imposible respirar.

Miro fijamente el sobre en mi mano.

Ella me escribió.

Ella recibió mi carta y me escribió.

Pero la dirección es incorrecta.

Terror.

Un terror como nunca había conocido me deja los pies pegados al suelo.

Rosie es meticulosa, incluso en aquel entonces, incluso hace veinticinco años, Rosie no habría cometido un error.

Tuve que haber sido yo.

Debo haberla escrito mal.

La dejé, me mudé y cuando Rosie me escribió, se la regresaron.

Trago saliva y siento que voy a vomitar.

Le doy la vuelta al sobre y levanto el sello roto.

Hay dos hojas de papel dentro.

Las saco ambas.

La primera hoja está medio desdoblada, y reconozco mi letra. La carta que le dejé a Rosie la noche antes de mudarme.

Y aunque no quiero mirar, lo hago.

Querida Rosie:

Lo siento por haber esperado tanto para decírtelo…

Obligo a mis ojos a bajar hasta la dirección.

La dirección es incorrecta. Me confundí con los números.

Mi corazón se rompe un poco por mí mismo.

Pensé que ella no había recibido la carta o que la había ignorado.

Me entristeció que ella nunca me escribiera.

Paso la punta de mi dedo por el borde de la página.

Está desgastada, suave, como si la hubieran tocado muchas veces.

Como si alguien hubiera pasado los dedos sobre el papel una y otra vez.

—Mierda. —Mi maldición sale entrecortada—. Mierda.

Doblo nuevamente la carta y la deslizo dentro del sobre.

Luego miro la que aún queda en mi mano.

Esta es *mi* carta.

La que ella me escribió.

Así que no me sentiré mal por leerla.

Pero tan pronto como empiezo, deseo no haberlo hecho.

Querido Nathan:

Yo también lo siento. Nunca te pregunté cómo te sentías al mudarte.

Y perdón por llorar tanto, y por no decir adiós.

Desearía haberte pedido un abrazo antes de irte.

Un abrazo estaría muy bien.

Espero que tu nueva casa sea bonita.

Si me envías tu nuevo número de teléfono, puedo llamarte, pero no me llames a mí. A mi papá no le va a gustar eso.

Te extraño.

Tu mejor amiga,

Rosie.

El calor aumenta en mis ojos mientras doblo la carta y la vuelvo a poner en el sobre.

A mi papá no le gustará eso.

No me olvidé de él.

No olvidé el frenesí que se reflejó en los sollozos de Rosie cuando le dije que me iba a mudar.

No olvidé su respuesta cuando le pregunté si la había lastimado.

No así.

—Rosie —digo su nombre como si fuera una oración.

Deslizo el sobre nuevamente en su lugar al final de la fila dentro de la caja.

¿Es por eso que veo esa tristeza en sus ojos?

¿Porque ella intentó escribirme, pero lo arruiné todo?

Porque Rosie, de ocho años, quería pedirme un abrazo a mí, de doce años.

Tomo una respiración profunda

Mi mejor amiga me escribió porque quería un puto abrazo.

Pero yo no estaba ahí.

Mis ojos recorren el resto de las cartas dobladas.

Tienen que ser algo más.

Una colección de cartas de otra cosa.

Pero cuanto más lo miro, peor me siento.

Y necesito saber.

Saco el siguiente trozo de papel doblado.

Y cuando lo abro, siento su peso en el esternón.

Es para mí.

Miro la caja y lo sé.

Todas estas cartas son para mí.

Querido Nathan:

Sé que no puedo enviarte esta carta, pero no puedo evitar escribirla.

Te extraño mucho.

Como, mucho.

Y sigo preguntándome si tú también me extrañas.

Con amor,

Rosie.

Tomo aire profundamente.

Yo también la extrañé.

La extrañé jodidamente demasiado y no podía decírselo.

No se lo dije.

Ese maldito día.

Ese maldito día le dije que me iba a mudar. Esperé tanto porque fui un cobarde, si se lo hubiera dicho antes, tal vez podríamos haberlo hablado y haberle dado la dirección correcta.

Qué diferente sería todo esto si hubiera recibido esa primera maldita carta.

Dejo la carta de nuevo en la caja y tomo la siguiente.

Y la siguiente.

Y la siguiente.

Son todas para mí.

Y todas son tristes.

Solo una carta no ha sido triste.

Solo una.

Querido Nathan:

Hoy vi un conejo. Estaba sentado en el bosque en nuestro lugar y me quedé quieta tanto tiempo que saltó hacia mí.

Quería darle un malvavisco, pero no creo que deba comérselo, así que supongo que tendré que terminar la bolsa yo misma.

PD: Es una bolsa nueva que me compré con un billete de cinco que encontré en el suelo del parque. Me terminé la bolsa que dejaste hace tiempo.

Con amor,

Rosie

Me la imagino sentada tranquilamente en el bosque.

Doblo la carta y la vuelvo a colocar.

Hay tantas cartas.

Y las leo.

Porque son mías.

Saco otra.

Después de las primeras, empezó a fecharlas, y la fecha que aparece en la parte superior de la carta que tengo es cuatro años después de que me mudé.

Y justo ese día.

Querido Nathan:

Él me golpeó hoy.

Mis rodillas ceden y caigo sobre la cama de Rosie.

—No. —La carta tiembla en mi mano.

Él nunca me había lastimado tanto antes.

Siempre fueron solo palabras.

¿Te acuerdas cuando te fuiste? ¿Te acuerdas de cuando me preguntaste si me había lastimado?

Ojalá te lo hubiera dicho entonces. Ojalá te hubiera dicho lo malo que era.

Pero siempre fueron solo palabras.

Las marcas de lágrimas manchan la hoja y siento que voy a vomitar.

No siempre fue así, pero desde que murió mamá…

Ha sido malo, Nathan.

Ojalá te lo hubiera dicho.

Ojalá hubiera podido irme contigo.

Pero mi vida no funciona así.

Te extraño.

Rosie.

Dejo caer mi cabeza hacia adelante.

El bastardo la golpeó.

Tenía doce años, la misma edad que yo cuando me mudé, y su papá la golpeó.

Ni siquiera puedo imaginarlo.

Los recuerdos de mi propia familia recorren mi mente.

Risas. Cenas en la mesa. Tareas. Películas.

Yo vivía con comodidad mientras mi Rosie vivía en el infierno.

Mientras deslizo la carta de nuevo dentro de la caja y saco la siguiente, una parte de mí comprende que yo también era solo un niño. No soy responsable de su papá, pero si hubiera sabido... si hubiera visto las señales o hecho más preguntas, podría haberle contado a alguien.

Mis papás habrían hecho algo.

Esa inutilidad que sentí al entrar en esta habitación no tiene nada que ver con lo que siento ahora.

Puede que fuera un niño, pero todavía me odio por lo que dejé que sucediera sin darme cuenta.

Abro la siguiente carta.

Hoy me quedé dormida en el bosque. No tenía ganas de volver a casa.

Y la siguiente.

Me rompí el brazo y tuve que decirle al médico que me había caído.

Otra y otra.

Las leo hasta que mi visión se vuelve borrosa.

Hasta que mis lágrimas caen sobre las hojas, mezclándose con las de Rosie.

Y no puedo parar.

Necesito saber.

Necesito leerlas.

Le debo mucho a ella.

Le debo al amigo que perdió.

Siento que han pasado años cuando saco la última carta. La última de la caja.

Tenía diecinueve años cuando la escribió.

Querido Nathan:

DEAR ROSIE,

love letters , libro 2

Es hora de dejarte ir.

No lo sabes, pero me has estado salvando durante años.

Imagino que lees estas cartas.

Yo invento tus respuestas en mi cabeza.

Imagino que lo entiendes.

Imagino que piensas en mí cuando yo pienso en ti.

Imagino muchas cosas…

Pero hoy es diferente, porque hoy murió mi papá.

Ha sido un proceso largo y ahora siento que por fin puedo respirar por primera vez en mi vida.

Mientras estaba en la sala de espera del hospital, te vi.

Te entrevistaron después de un partido por atrapar el touchdown ganador.

Tus ojos son iguales ¿sabes?

En algún lugar dentro del cuerpo de ese atleta, todavía está ese dulce chico de la calle de al lado.

El que se hizo mi amigo cuando nadie más lo hizo.

Estoy muy orgullosa de ti, y todavía te extraño, pero finalmente soy libre.

Y necesito liberarme de ti también.

Porque no lees estas cartas.

Porque no las mando.

Porque aunque pudiera, probablemente no te acuerdes de mí.

Quizás te hayas olvidado por completo de mí.

Y eso está bien.

Pero necesito dejar de fingir ahora.

Adiós, Nathan.

Siempre amaré lo que fuiste para mí, pero esta será mi última carta.

S.J. TILLY

Tu amiga,

La niña del bosque.

Algo se parte dentro de mí.

Dejo caer la carta encima de la caja y presiono mis palmas sobre mis ojos.

Siento como si mi sangre estuviera en llamas.

Siento como si esta sensación de fracaso me fuera a tirar al suelo.

Porque ella tiene razón.

No leí sus gritos de ayuda.

Y yo no pensé en ella cuando ella pensaba en mí.

Porque la olvidé.

Como decía su última carta, me olvidé por completo de mi Rosie.

Ella estaba sola y yo estaba viviendo mis sueños.

No la ayudé.

Mis pulmones luchan por inhalar.

No la ayudé.

Nadie lo hizo.

—¿Tenemos que ocuparnos de alguien? —La voz baja de Tony llega desde la puerta.

Nunca había sonado tan serio, y es como si estuviera escuchándolo realmente por primera vez.

Porque sé exactamente lo que quiere decir, y en cierto modo lo amo por eso.

Niego con la cabeza.

—Ya está muerto.

Tony gruñe.


DEAR ROSIE,
love letters , libro 2
—Ojalá no fuera así —susurro—. Sea cual sea el fin que haya tenido… no fue suficiente.
Era mi mejor amigo. Mi lugar seguro.
Nate Walker
Mi único amigo. Mi lugar seguro.
SWEET poison
Rosie Edwards
S.J. TILLY
Dear

80

Rosalyn

Todo me duele cuando abro los ojos y deseo seguir durmiendo.

Al menos la habitación está oscura.

Acostada en la cama de hospital parcialmente inclinada, giro la cabeza hacia la puerta.

Está cerrada, pero la mitad superior de vidrio de la puerta deja entrar la luz del pasillo. Lo suficiente para ver, pero no tanta como para que mi cerebro conmocionado le grite.

Muevo los dedos de los pies y gimo.

Los médicos dijeron que era un milagro que no me hubiera roto nada, y me alegro de eso. Lo hago, pero un milagro sería que no me atropellara ningún auto en primer lugar.

Pero los milagros no son lo mío.

Tontamente intento flexionar mis tobillos.

Mi pierna izquierda protesta ante el intento, el aparato de plástico está frío sobre mi piel mientras el dolor se irradia por mi pierna.

Quiero otra manta.

Quiero ir a casa.

Lentamente aparto la cabeza de la puerta para poder mirar el techo.

Una lágrima rueda por mi sien.

Este…

Cierro los ojos de nuevo.

Este día no se suponía que fuera así.

No se suponía que terminara así.

Herida.

Sola.

Sin nadie que me ayude. Sin nadie en quien confiar.

Otra lágrima se escapa.

No me dejan salir sola.

Dijeron que no pueden darme el alta del hospital a menos que tenga a alguien que me recoja.

Pero no tengo a nadie que me recoja.

Solo necesito un Uber, o Presley puede llevarme cuando regrese de buscar su auto.

Subiré las escaleras arrastrándome si es necesario.

No es como si pudiera permitirme quedarme en un hotel durante semanas hasta que mi esguince de tobillo mejore.

Y tampoco puedo permitirme el lujo de perder semanas de trabajo.

Otra lágrima.

Ojalá Nathan estuviera aquí.

No me gustan los hospitales.

Se oye un crujido en la habitación y vuelvo a abrir los ojos.

Quizás Presley se quedó dormida en la silla.

Giro la cabeza hacia las ventanas cubiertas, donde están el par de sillas para las visitas.

Y una de ellas está ocupada.

Intento entrecerrar los ojos para ver mejor a la persona.

Está inclinado hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

—¿Nathan? —pregunto en voz baja, como si estuviera viendo cosas.

Levanta bruscamente la cabeza para mirarme. Está lo suficientemente cerca como para que pueda ver sus ojos.

Tienen el borde rojo y están llenos de dolor.

Su garganta se mueve como si intentara hablar, pero termina moviendo la cabeza.

Quiero preguntarle cuánto tiempo lleva aquí.

Quiero preguntarle si está bien.

Si esa mirada en su cara es por mí.

Pero entonces alguien pasa por delante de la puerta y la luz de la habitación se desplaza y mi atención se dirige a la otra silla.

A la caja de zapatos que está al lado de Nathan.

Es como un espejismo.

Un terrible espejismo.

Porque conozco esa caja.

Mi corazón se aprieta.

No.

No, no, no.

Él no puede tenerlas.

—Esas… esas no son para ti —susurro.

Nathan sacude la cabeza.

—Son para mí. Las escribiste para mí.

Siento como si mi corazón estuviera a punto de detenerse.

Él…

Pienso en todo lo que escribí en esas cartas.

Pienso en todos los horribles secretos que he guardado durante tanto tiempo.

La vergüenza.

Quizás no las leyó todas.

Pero sé que lo hizo.

Por supuesto que lo hizo.

—Lo siento —la voz de Nathan se quiebra—. Ojalá hubiera sabido... la dirección.

Suena destrozado.

Y odio eso.

Todos mis miedos.

Todas las razones por las que intenté mantener la distancia.

Todo se derrumban a mi alrededor.

Su voz se entrecorta y es todo lo que no quería.

No quería que él asumiera mi oscuridad.

Nunca quise poner esto sobre él.

—No se suponía que leyeras eso —no puedo levantar la voz más allá de un susurro—. No son nada.

—No —espeta, y se oye un ruido fuerte en la habitación silenciosa.

Hago una mueca, el ruido es demasiado fuerte contra mi cráneo palpitante.

—Mierda. —Nathan baja la voz hasta convertirla en un susurro—. Mierda, lo siento, pero no finjas que no son nada.

Nathan se desliza de la silla y sus rodillas caen al duro suelo.

—Cuidado. —Intento levantar el brazo para detenerlo, pero mis extremidades están demasiado pesadas.

Nathan avanza arrastrando los pies, poniéndonos cara a cara.

—No voy a tener cuidado, Rosalyn Kay Edwards. Sé que nos acabamos de reencontrar, pero ahora estoy aquí y no voy a tener ningún maldito cuidado. —Se agarra al borde de la cama y se inclina hacia mí,

con nuestras caras a centímetros de distancia—. Estoy aquí y no quiero que sigas fingiendo. Por favor, no sigas fingiendo.

Pienso en ese primer momento cuando abrí la puerta y vi que era él.

Cómo fingí no conocerlo.

Cómo fingí que verlo no era exactamente lo que necesitaba.

Cómo fingí que mi pasado no era terrible.

Cómo fingí estar bien con lo casual.

Cómo fingí que solo estar cerca de él no curaba algo dentro de mí.

—Lo siento —digo con la voz entrecortada, fuerte para mis propios oídos, mientras mis palabras se convierten en sollozos.

Mi cabeza palpita con cada latido de mi corazón, pero finalmente logro mover mis brazos y me cubro la cara con mis manos.

—No, hermosa. No te disculpes. —Sus cálidos dedos envuelven suavemente mis muñecas—. No tienes nada de qué disculparte.

Su bondad solo hace que las lágrimas caigan más rápido.

Él nunca cambió.

En todo este tiempo, a pesar de todo su éxito, nunca cambió.

Nathan me quita lentamente las manos de la cara.

—Por favor, deja de llorar. Te debe doler la cabeza.

Lo hace.

Intento sacudir la cabeza, negarlo, pero me duele demasiado como para moverme.

—Shhh —dice, guiando mis manos hacia abajo hasta que descansan sobre mi estómago—. He tenido suficientes conmociones cerebrales como para saber cómo se siente tu cabeza en este momento. Cierra los ojos.

Hago lo que me dice, luego siento que sus dedos recorren mis sienes y me secan las lágrimas con suavidad.

81

Nate

Solo se necesita un minuto para que su respiración se normalice y sus rasgos se relajen.

Coloco suavemente mi mano sobre su corazón, sintiéndolo latir bajo mi palma mientras inclino mi frente sobre la cama a su lado.

82

Rosalyn

El bajo murmullo de las voces masculinas me saca del sueño.

Hay una lámpara encendida en la esquina y, sin girar la cabeza, puedo decir que está oscuro más allá de las cortinas.

No sé qué hora es, pero es tarde.

Concentrándome en las voces, veo a Nathan hablando con el médico cuando mis ojos se adaptan.

Están parados justo dentro de la puerta, con sus cuerpos orientados hacia mí, pero ambos miran el portapapeles que sostiene el doctor.

Nathan se inclina hacia mí, con una mirada de concentración en su rostro, y me imagino que el médico está repasando mi diagnóstico o mi medicamento con él.

Parece que eso es romper alguna clase de regla. Como, el médico no debiera compartir mi información con un hombre desconocido en mi habitación.

Un hombre cualquiera.

Si no me doliera tanto burlarme lo haría.

El hombre que está en mi habitación es más que un amigo de la infancia al que hace mucho tiempo perdí. Es literalmente un jugador de fútbol famoso.

El médico seguramente lo reconoció.

Mientras los veo hablar, pienso en Nathan, que está aquí y que solo hay una forma de que él viniera.

Presley.

No sé cómo consiguió contactarlo, pero ella es la única que sabe sobre el accidente.

Ella también fue la que viajó conmigo en la ambulancia, agarrándome la mano y llorando todo el tiempo, diciendo que me debía la vida.

No me debe nada, pero es la mejor amiga, muy exagerada, y aprecio que esté conmigo.

Mis ojos recorren el cuerpo de Nathan hasta la caja de zapatos que lleva debajo del brazo.

Mi corazón late de nuevo al verla.

Estaba demasiado aturdida cuando la vi por primera vez como para siquiera pensar en *cómo* la encontró, y las veces que me desperté y me volví a quedar dormida desde que encontré a Nathan en mi habitación, estaba demasiado fuera de mí para tratar de averiguar qué sucedió, pero aquí acostada, viendo a este hombre que conozco hablar con mi médico como si fuera su trabajo, puedo imaginarlo todo perfectamente.

Presley lo llama. Le cuenta sobre el accidente. Le dice que pase por mi casa y traiga algo de ropa, ya que estoy bastante segura de que me cortaron los pantalones...

Y si hubiera ido a mi apartamento y hubiera abierto mi armario, habría pensado que sería una buena idea usar una de mis bolsas de lona, y así de fácil... una caja de zapatos.

No debería haber abierto la caja.

Obviamente es personal.

Pero si soy sincera, si nuestros roles estuvieran invertidos, yo la habría abierto.

Presley debe haberle dado las llaves de mi casa, pero todavía pienso en ese comentario que hizo Nathan el otro día sobre rastrear mi teléfono, y me pregunto si su empresa de tecnología puede entrar en las casas.

Aparto la mirada de la caja y vuelvo a mirar hacia las sillas.

Debajo de la segunda está la bolsa de lona que espero ver.

Pero parece terriblemente llena para un solo cambio de ropa.

—Señorita Edwards —la voz del médico atrae mi atención hacia los hombres.

Levanto mi mano.

—Estoy despierta.

Nathan cruza hacia mí en cuatro pasos y se queda parado en el mismo lugar en el que estaba arrodillado cuando me quedé dormida.

Deja la caja en la silla que está detrás de él y luego envuelve mis dedos con los suyos.

—¿Cómo te sientes?

—Esa es mi línea —dice el doctor riéndose mientras se acerca al otro lado de mi cama.

—Me duele —les digo a ambos—. Pero me gustaría volver a casa.

Mis experiencias con los hospitales no han sido muy buenas y, por muy amable que sea este médico, no quiero quedarme aquí más tiempo del necesario.

El médico asiente.

—Estaba hablando de eso con el señor Waller. Él supuso que querrías irte cuando despertaras. Ahora estamos completando los papeles del alta, luego podrás irte bajo su cuidado.

Bajo su cuidado.

Abro la boca para preguntar qué significa eso pero luego asumo que me liberarán porque ahora tengo transporte a casa.

—Gracias, doctor. —Nathan me frota la muñeca con el pulgar.

—¿Quieres que una enfermera te ayude a vestirte? —me pregunta el médico.

Empiezo a sacudir la cabeza, pero me detengo cuando recuerdo mi terrible dolor de cabeza.

—No, gracias. —Miro a Nathan y le pregunto en silencio...

—Yo la ayudaré.

El médico asiente.

—Haré que la farmacia entregue los medicamentos en aproximadamente diez minutos, entonces estarás lista para irte.

Espero hasta que la puerta se cierra detrás del doctor.

—Nathan…

Él niega con la cabeza.

—Hablaremos en casa. —Nathan me suelta la mano y se da la vuelta para tomar la bolsa de lona—. Te vestiremos primero.

—Gracias por traerla —le digo.

Quiero decirle que no tiene por qué hacerlo, pero sería mentira. Necesito que alguien me ayude.

Pensé que tal vez Presley volvería para llevarme a casa, pero tuvo que tomar un Uber desde aquí para volver a casa (donde está su auto) y debe haberse quedado dormida.

Afortunadamente no hay restricciones de estacionamiento en el lugar donde la camioneta aún está estacionada, por lo que mi bebé maltratado estará bien por un día o dos hasta que pueda descubrir cómo llevarla de regreso a mi casa.

Mientras tanto, aceptaré el aventón.

Nathan deja la bolsa de lona abierta en la orilla de mi cama.

—¿Quieres pijama ya que es tarde?

Me quedo mirando la bolsa.

Está llena.

Como, completamente llena de mi ropa.

—¿Por qué… por qué hay tanto? —pregunto sin poder creer lo que veo.

—Así no tendrás que lavar la ropa todos los días. —Saca un par de pantalones de dormir azul marino—. ¿Qué te parecen estos?

—Están bien, pero ¿qué quieres decir con lavar la ropa?

Nathan saca una de mis camisetas sin mangas para dormir.

—También tengo un suéter aquí si tienes frío, pero creo que la camiseta sin mangas sería lo mejor para evitar los raspones en los brazos.

Miro hacia abajo a mi brazo derecho.

Tenía miedo de necesitar puntos de sutura, pero los cortes eran lo suficientemente pequeños como para que pudieran usar esas vendas de mariposa.

Cuando el auto me chocó, me arrojó contra la parte trasera de mi camioneta.

El choque simultáneo con la esquina del parachoques de mi furgoneta impidió que el auto me aplastara, pero mi zapato se enganchó en una grieta de la calle y el empujón fue suficiente para torcerme el tobillo. Es un esguince de grado tres, lo que aparentemente significa mucho dolor, una tobillera y muletas.

Intenté agarrarme, pero terminé raspándome el brazo con mi propia camioneta y el pavimento, y luego me golpeé el costado de la cabeza contra la acera.

En definitiva, no fue un milagro, pero aun así tuve suerte de que no fuera peor.

Y las instrucciones para la recuperación parecen bastante simples.

Durante los próximos días haré lo mínimo posible por mi conmoción cerebral, luego seguiré tomándomelo con calma durante las próximas semanas.

Mantener mis vendajes secos durante tres días.

Puedo seguir usando muletas hasta por tres semanas.

Los dolores corporales y los moretones deberían empezar a desaparecer en unos días.

Y entonces estaré como nueva.

El estrés llena mi cuerpo.

Las instrucciones pueden ser fáciles, pero necesito trabajar. No puedo tomarme tres semanas de descanso y no puedo correr eventos con muletas.

—¿Necesitas ayuda para sentarte? —Las palabras de Nathan son suaves.

—Sí, por favor.

—¿Cómo está tu espalda?

Me tomo un momento para pensar en la respuesta, frunciendo el ceño mientras me concentro en cómo se siente mi espalda.

—Creo que está bien.

—Está bien. —Nathan se inclina y desliza una mano por debajo de mi espalda—. Lentamente, ahora.

Con su ayuda, me siento y luego, con más ayuda, logro poner mis piernas sobre la orilla de la cama.

Me duele el tobillo, y como está colgando, el flujo sanguíneo adicional lo hace palpitar.

—Primero la camiseta —me dice Nathan, luego me rodea con un abrazo suave y desabrocha la parte de atrás de la bata de hospital que llevo puesta.

Deslizo mis brazos hacia afuera pero sostengo la parte delantera de la bata hacia arriba.

Sé que ya ha visto mis pechos, pero me siento más vulnerable que nunca, así que me mantengo cubierta.

Los dedos de Nathan rozan mi codo.

—Brazo.

Él pasa un brazo y luego el otro por los tirantes, dejándome sostener la bata en cada ocasión, luego, cuando me pasa la camiseta con cuidado por la cabeza, dejo caer la bata.

Nathan me quita la bata y se arrodilla frente a mí.

Los pantalones para dormir tienen piernas anchas, por lo que puede ponérmelos por encima de mi nueva tobillera de plástico.

Él me ayuda a subir los pantalones por mis caderas mientras me muevo de un lado a otro.

Cuando me pongo los pantalones, estoy exhausta.

Todavía arrodillado en el suelo, Nathan se estira y cierra la cremallera de la bolsa de viaje.

—¿Por qué trajiste tanto? —pregunto mirando la bolsa.

—¿Por qué no me lo dijiste? —ambos susurramos.

Cuando levanto la mirada para encontrarme con la suya, sé que está hablando de las cartas.

Una especie de pesadez cansada se instala a mi alrededor.

—No tenía sentido.

—¿No tenía sentido? —Se echa hacia atrás—. ¿Crees que no querría saberlo?

—Sabía que lo harías, pero todo eso... —Levanto una mano para señalar la caja—. Fue hace mucho tiempo.

Nathan me sostiene la mirada.

—Fue hace horas.

El dolor y la rabia en su expresión presionan contra mi pecho.

—Por eso no te lo dije. —Levanto la mano hasta su rostro y trazo el borde de su boca—. Nunca quise hacerte sentir así...

83

Nate

Nunca quise hacerte sentir así.

Cierro los ojos y me inclino hacia su suave tacto.

—Rosie —su nombre suena ronco.

—No quería decírtelo porque ya pasó todo. —Retira la mano y la deja sobre su regazo—. Y aunque nunca te hubieras mudado, mi vida familiar no habría cambiado. Nada de eso fue culpa tuya.

—¡Habría cambiado! —lo digo como si lo creyera—. Yo habría... Rosie, si hubiera sabido que él... —Tengo que tragar saliva—. Yo habría hecho algo. Si hubiera sabido que él te estaba lastimando, habría hecho algo.

Su respiración se entrecorta ante mis palabras y las lágrimas caen por sus mejillas.

—Nunca fui tu problema. Por favor, no te hagas cargo de esto.

Nunca fui tu problema.

Y eso me golpea.

La verdad de todo.

Rosie nunca tuvo a nadie en quien confiar.

Puede que su mamá la haya tratado bien, pero murió cuando Rosie era pequeña.

Murió y la dejó con un monstruo.

Luego me fui, y por las cartas que escribió, eso la dejó sin nadie.

Ese espeso sabor de culpa cubre mi lengua.

Regresé.

La encontré de nuevo.

Pero he estado actuando como si nada hubiera cambiado entre nosotros. Excepto que todo cambió.

Ya no soy un niño, y Rosie dejó de ser una niña mucho antes que yo.

Ella nunca tuvo una oportunidad.

—¿Es por eso que siempre me miras como si fuera la última vez que me ves? —Finalmente hago la pregunta en voz alta. Porque finalmente entiendo lo que he visto en sus ojos.

Aceptación en la derrota.

Sus manos se mueven para presionarse el estómago.

—Se suponía que nunca lo sabrías.

—Me alegra saberlo. —Retiro sus manos de su cuerpo y las sostengo entre las mías—. Ya no estás sola, Rosie. No me voy a ir.

84

Rosalyn

Un sollozo irrumpe y veo que las facciones de Nathan se desmoronan.

Está diciendo todo lo que siempre quise oír.

Nunca quise estar sola.

Nunca quise tener miedo.

Nunca quise hacer lo que hice.

—Lo siento —me suelta las manos para sujetarme suavemente los costados—. Por favor, deja de llorar. No puedo verte llorar. Especialmente cuando estás sufriendo.

—Estoy bien —grazno.

No estoy bien.

—No sigas fingiendo, recuerda —murmura Nathan—. Prométemelo.

Asiento con la cabeza una vez, lentamente.

—Lo prometo.

Nathan desliza sus manos fuera de mi cuerpo y las presiona contra el colchón, levantándose con un gemido.

Levanto el borde de la manta y me limpio la humedad de las mejillas.

—No deberías arrodillarte en el suelo de esa manera.

—Estoy bien. —Nathan desvía su mirada para encontrarse con la mía—. ¿Ves? Yo también puedo mentir.

Dejo caer la manta.

—Excepto que no eres bueno en eso.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Bueno, tendrás mucho tiempo para enseñarme tus costumbres durante las próximas tres semanas.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Nathan da una palmadita con la mano en la parte superior de la bolsa de lona.

—Empaqué todo esto, más otra bolsa en mi vehículo, porque irás a casa conmigo.

La camioneta de Nathan se detiene en la acera y la enfermera que empujó mi silla de ruedas desde la habitación me guía a través de las puertas automáticas de entrada.

Está oscuro afuera. He perdido la noción del tiempo, pero descubro que ya no me importa si está cerca el anochecer o el amanecer. Lo único que quiero hacer ahora es volver a dormir.

Nathan rodea la parte delantera de su vehículo cuando llegamos y abre la puerta del copiloto.

La silla de ruedas me pareció innecesaria, pero puedo aceptar que hubiera sido un largo camino para usar muletas por primera vez.

Sobre todo porque todavía me siento como si me hubiera atropellado un auto.

Resoplo ante mi propio chiste silencioso, luego me estremezco porque resoplar hace que me duela la cabeza.

—Vamos a meterte en el auto antes de que te asalte el delirio total. —Hay una sonrisa en la voz de Nathan.

Levanto la mirada y veo que su sonrisa es suave, pero su rostro muestra cansancio.

Frunzo el ceño.

—No tienes por qué hacer esto.

Su sonrisa desaparece.

—Mujer, vas a empezar a herir mis sentimientos si sigues diciendo eso. Ahora quita el peso de tu pie izquierdo y déjame ayudarte a subir al maldito auto.

Suspirando, quito los pies de los pequeños reposapiés de la silla de ruedas y dejo que Nathan me ayude a subir a su vehículo.

Nathan agarra mi cinturón de seguridad y se estira por encima de mí para abrocharlo.

—Cuidado con tu brazo —me dice, y luego cierra la puerta.

Cierro los ojos y, mientras mi cuerpo palpita suavemente, dejo que la inconsciencia me arrastre de nuevo hacia abajo.

85

Rosalyn

—Pequeña Rose —la voz profunda retumba en mi cuerpo.

—¿Mmm?

—Rosie, necesito que te despiertes un momento.

Abro los párpados.

—¿Qué?

La boca de Nathan se curva hacia un lado.

—Tienes que salir del auto.

Giro la cabeza y miro más allá de Nathan, hacia la silla de ruedas que espera a su lado.

—¿Robaste eso?

Él se burla.

—La tomé *prestada.*

Pongo los ojos en blanco.

—Más bien parece que convenciste a la enfermera para que lo hiciera.

El otro lado de su boca se levanta para formar una sonrisa amplia.

—No tengo idea de lo que estás hablando. Ahora ayúdame a ayudarte o sino dormiremos en el auto, y eso hará que Charles se enoje mucho.

Charles, el recuerdo de su gato esperándome arriba es la motivación que necesito.

Me desabrocho el cinturón y Nathan usa sus manos en mis caderas para ayudarme a girar para que mis pies queden fuera del vehículo.

—Te voy a guiar —me dice mientras me lleva hacia el final del asiento—. Solo recuerda mantener el pie en alto.

Agarro sus hombros y hago lo que él dice.

Cuando mi pie derecho toca el suelo, extiende la mano hacia atrás y gira la silla de ruedas para que quede justo a mi lado.

Cuando mi trasero toca el asiento, vuelvo a sentirme adolorida y cansada.

Nathan cierra mi puerta y luego desaparece detrás de mí.

Lo oigo abrir y cerrar otra puerta antes de reaparecer.

Lleva una bolsa de lona repleta de cosas en cada hombro, la caja de zapatos bajo un brazo y las muletas debajo del otro.

Extiendo las manos y digo:

—Dame algo. Te ves ridículo.

Mira la caja de zapatos pero no hace ningún movimiento para dármela.

—¿Puedes llevar las muletas?

Extiendo la mano, las tomo y las coloco entre mis rodillas y sobre mi hombro para que no se enganchen en las puertas.

—Puedes poner todo en mi regazo.

—No va a pasar. —Nathan se mueve detrás de mí, pero es obvio para todos los involucrados que va a ser difícil empujar mi silla con esa caja de zapatos debajo del brazo.

—Dame la… caja. Es ligera.

Él duda.

—No intentarás hacerles nada, ¿verdad?

Suspiro.

—Nathan, aunque esas cartas son mías y puedo hacer lo que quiera con ellas, no voy a prenderles fuego mágicamente mientras están en mi regazo.

Él no hace ningún movimiento para renunciar a ellas.

Me llevo una mano al pecho.

—Juro por mi amor por Charles que no haré nada que pueda dañarlas.

—Bien —resopla y coloca la caja en mi regazo.

Pasando mi brazo sobre la caja, asiento hacia Nathan.

El estacionamiento está vacío de gente mientras me empuja hacia el final de la fila.

Y en silencio pienso que quedarme aquí es demasiado pedir.

Puede que hayamos sido cercanos hace muchos años, pero como adultos, la realidad es que nos conocimos hace apenas unas semanas.

Siento el peso de la caja en mi regazo.

Y ahora que Nathan ha leído las cartas, es como si nos hubiéramos reencontrado.

Las puertas del ascensor se abren y cuando me empuja hacia adentro, miro su reflejo borroso en la pared del fondo.

Se veía tan jodidamente triste cuando me desperté y lo encontré con las cartas.

Nunca quise entristecer a Nathan. Él solo trajo felicidad a mi vida.

Dejo que mis ojos se cierren mientras el ascensor nos lleva hacia arriba.

Ya es casi media noche. Nathan probablemente esté tan cansado como yo.

Discutiré con él sobre volver a casa mañana.

86

Nate

Rosie ya está dormida cuando logro taparla con las mantas.

Charles salta a la cama -después de haber maullado y chocado contra mis piernas durante todo el camino por el apartamento-, y se mueve para pararse al lado de Rosie.

—Lo sé, amigo. —Le paso la palma de la mano por la espalda y aplico presión cuando se arquea hacia mi mano—. Estará bien.

Intento creer en mis palabras mientras hago los movimientos necesarios para prepararme para ir a la cama.

Físicamente se recuperará.

Pero las cosas por las que pasó…

Dejo un rastro de ropa por todo el armario y tomo el primer par de pantalones para dormir que encuentro.

Por la forma en que expresó las cosas en esas cartas... no creo que se lo haya dicho a nadie.

No creo que nadie sepa cuánto sufrió.

Mis puños se aprietan.

Me rompí el brazo y tuve que decirle al médico que me había caído.

Su papá la empujó al suelo y ella tuvo que mentir al respecto.

No puedo imaginarme cómo se debe haber sentido. Sentir dolor, estar rodeada de un hospital lleno de gente, pero aún así estar sola.

Esos médicos le fallaron.

La sociedad le falló.

Apago las luces y me dirijo a la cama.

Yo le fallé.

Me meto en la cama lo más lentamente posible para no despertarla.

Bajo las mantas, me doy la vuelta y quedo de lado, mirando a Rosie.

Ella está de espaldas, con la cara hacia el otro lado y las manos cruzadas sobre el pecho.

Me acerco más.

Necesito tocarla.

Cuando me dejó ayudarla a cambiarse, tuve que apretar los dientes al ver todos los moretones y raspones que cubrían su cuerpo.

El lado de su muslo.

Sus rodillas.

Sus brazos.

Su tobillo.

Quería gritar por la injusticia de todo esto.

¿No pasó ya por suficiente?

Deslizo mi mano por los centímetros que nos separan y luego la apoyo suavemente sobre su estómago, el único lugar que sé que es seguro tocar.

Y con mi vergüenza escondida en la oscuridad, lloro.

Lo hice antes.

No pude detenerme mientras leía esas malditas cartas.

Pero aún así seguía intentando contenerme.

Todavía tenía cosas que hacer.

Pero ahora, con ella en mi cama, con sus heridas visibles curadas, dejo salir la rabia contenida.

El pánico.

El dolor.

La puta culpa.

Charles golpea su duro cráneo contra el mío.

Yo gruño.

Lo hace de nuevo.

Levanto una mano hacia él.

—Cinco minutos más.

Los dientes se cierran suavemente alrededor de mi dedo índice.

Abro los ojos.

—¿Qué demo…?

Pero luego dejo de regañar a mi gato porque *la veo.*

Rosie está acurrucada sobre mí.

Su cabello está esparcido sobre mi pecho. Los mechones de color rojo intenso se ven perfectos contra mi piel desnuda.

Su rodilla izquierda está enganchada sobre mi muslo y puedo sentir los bordes de su nuevo soporte de tobillo contra mi espinilla.

Tiene una mano encajada entre su cuerpo y mi costado, y solo puedo esperar que sea cómodo para ella.

No sé cuándo cambiamos de posición, pero mi brazo está envuelto alrededor de su espalda. La parte subconsciente de mí también es consciente de que la necesito cerca.

Flexiono mi brazo, solo un poco, para abrazarla más cerca.

Su espalda se levanta con una inhalación lenta.

Levanto la cabeza y le doy un beso en la parte superior del cabello, y Charles suelta mi dedo antes de subirse a mi estómago.

Ya está ronroneando cuando se acurruca sobre mi cuerpo, justo encima de la rodilla de Rosie.

Sin rodear a Rosie con el brazo, me agacho y le rasco a Charles detrás de las orejas.

Este maldito gato se está encariñando con Rosie tanto como yo.

Abro los ojos.

El zumbido continúa y mi cerebro finalmente se activa.

Extiendo mi mano para tomar mi teléfono de la mesita de noche y toco la pantalla para enviar la llamada al correo de voz.

El teléfono deja de vibrar y miro a la mujer que todavía está tendida sobre mí para asegurarme de que no se ha despertado.

Una vez que confirmo que su respiración sigue siendo constante, me relajo.

Charles, sin embargo, me mira con un ojo.

Lo siento, articulo en voz baja.

En respuesta, estira sus patas delanteras, flexiona sus patas y me pincha con sus pequeñas garras.

Deslizo mi teléfono bajo sus patas, deteniendo el intento de apuñalamiento.

Perra, articulo otra vez.

Mi teléfono vibra una vez y lo alejo de mi cuerpo, sin querer que la vibración se transfiera de alguna manera a través de mi cuerpo y despierte a Rosie.

Miro la pantalla.

Hannah: *Sé que hoy no estás trabajando, pero tenemos esa llamada con la gente que está potencialmente interesada en la fusión en diez minutos.*

Yo: *Estaré ahí.*

Hannah: *Te envié por correo electrónico un desglose de todos los números.*

Yo: *Te lo agradezco.*

Mierda, me olvidé por completo de esa maldita llamada.

Miro hacia atrás y veo a mi chica dormida.

Ninguna parte de mí quiere levantarse, pero si cancelo la llamada, tendré que reprogramarla, probablemente dentro de las próximas semanas, mientras ella todavía esté aquí. Así que, si puedo hacerlo mientras Rosie está durmiendo, entonces esa es probablemente la mejor opción.

Usando el borde superior de mi teléfono, le doy un empujoncito a Charles.

Él no reacciona.

Le doy otro empujoncito y él gira la cabeza hacia otro lado.

Le doy un golpe más fuerte.

—Levántate, idiota peludo —susurro lo más bajo que puedo.

Charles bosteza.

Saco las armas grandes.

—¿Hambriento?

Su cabeza se detiene de repente.

Eso es lo que pensé.

Le hago un gesto con la barbilla para que se levante y finalmente me escucha.

Se para sobre sus pequeñas patas naranjas, gira lentamente y mueve su cola frente a mi cara antes de saltar de la cama.

La actitud de este felino.

Con un obstáculo superado, empiezo a alejarme de mi cálida pequeña Rose.

Hace un pequeño ruido pero no se despierta mientras reemplazo mi cuerpo por almohadas. Coloco una debajo de su mejilla y otra debajo de su rodilla, dejándola en la misma posición.

Charles golpea su frente contra mi pierna, recordándome que le prometí comida, luego, con mi teléfono en la mano, salgo de la habitación, con el gato hambriento a cuestas.

87

Rosalyn

La voz de Nathan viene de algún lugar del apartamento, así que hago mi mejor esfuerzo para permanecer en silencio.

Él ayudaría.

Él insistiría en eso.

Pero tengo muchas ganas de orinar y no quiero ayuda para hacerlo.

Además el baño está *ahí mismo.*

Me duele cada centímetro del cuerpo cuando me siento y balanceo los pies al borde de la cama.

Las muletas están apoyadas contra la mesita de noche, así que puedo alcanzarlas.

Me cuesta un poco ponerme de pie, manteniendo el equilibrio solo sobre mi pierna sana, pero lo logro.

El primer paso con muletas es inseguro.

Lo mismo ocurre con el segundo y el tercero, pero finalmente lo consigo y llego al baño.

No quiero encender las luces, pero tampoco quiero tropezarme con nada, así que entrecierro los ojos y enciendo la luz.

Por supuesto que no hay nada que estorbe. Debería haber recordado que el suelo de aquí está impecable, como el resto de la casa de Nathan, por lo que sé.

Cuando llego al pequeño baño, retrete o como se llame, me duele la cabeza, pero cuando cierro la puerta detrás de mí, me siento orgullosa de haber llegado sola.

Hay otro interruptor de luz dentro de esta habitación, lo enciendo, luego noto el regulador y lo deslizo a su configuración más baja.

El brillo es suficiente para ver y es perfecto para mi dolor de cabeza.

Después de apoyar mis muletas contra la puerta cerrada, bajo mis pantalones de dormir por mis caderas, de modo que caen al suelo, luego me siento en el inodoro.

Me duelen las rodillas y me duelen los muslos, pero nada puede quitarme el alivio de ir cuando realmente hay que ir.

Terminando, estoy alcanzando el papel higiénico cuando escucho un ruido.

Me quedo paralizada, intentando escuchar, y es entonces cuando la manija de la puerta se mueve.

Como todas las manijas de las puertas de este lugar, es una palanca, no una perilla redonda, y comienza a bajar.

No cerré la manija con llave. No pensé que fuera necesario hacerlo, porque nadie más usaría el baño.

—Um, estoy aquí. —Me siento como una idiota al decirlo en voz alta, pero en serio, ¿qué está haciendo Nathan?

En lugar de una respuesta, la manija se mueve bruscamente hacia abajo, abriendo la puerta.

—¡Nathan! —grito enojada porque invadió mi privacidad de esa manera.

Entonces suceden varias cosas a la vez.

El peso de mis muletas cae de la puerta al abrirla.

Hacen ruido al chocar contra el suelo de baldosas.

Charles deja escapar un maullido mientras salta del camino.

Y mi propio grito se mezcla con el del gato.

Pero no existe Nathan.

No hay ningún ser humano al otro lado de la puerta.

Solo Charles.

El gato en cuestión se abre paso entre las muletas caídas y entra en mi pequeña habitación con un ronroneo ruidoso.

—Dios, Charles. —Intento soltar una carcajada, pero todos esos ruidos fuertes han aumentado mi dolor de cabeza.

Mi pizca de humor se ve rápidamente interrumpida por el sonido de pies corriendo.

—¡Rosie! —La voz de Nathan resuena en el apartamento.

Oh, Dios.

—¡Rosie! —Ahora está más cerca.

—¡Estoy bien! —Intento gritar, pero me duele más la cabeza.

—Rosie, ¿dónde estás? —Su voz entra en el dormitorio.

—Estoy bien. Por favor, vete —digo con voz normal, sabiendo que ahora puede oírme.

Pero él no escucha.

Es un hombre. Por supuesto que no escucha.

—Rosie. —Nathan aparece en la puerta, vistiendo pantalones de dormir y una camiseta blanca.

Golpeo mis manos sobre mi regazo y golpeo mis rodillas juntas, provocando que el dolor suba y baje por mis extremidades.

—Nathan, sal de aquí.

—¿Estás bien? —Sus ojos saltan de Charles a las muletas, luego a mí y luego a mis manos—. ¿Qué pasó?

—Tu gato abrió la puerta. —Aprieto mis piernas con más fuerza.

—Pero ¿estás bien? —Sus ojos me recorren—. ¿Necesitas ayuda con…? —Hace un gesto hacia el papel higiénico.

—Dios —intento hablar con calma—. Aprecio tu preocupación, pero necesito que te vayas.

Suspira, como si yo fuera el que está siendo absurda.

—Rosie, odio tener que recordártelo, pero ya he visto esos lindos rizos entre tus piernas. —Baja la mirada hacia mi regazo y luego la regresa hacia arriba—. Y cuando te sientas mejor, voy a poner mi boca sobre ellos, así que no hay necesidad de que te cubras.

Lo miro parpadeando una vez.

La idea de que Nathan me haga sexo oral es atractiva.

Muy atractiva.

Pero no ahora que estoy sentada en el inodoro, con los pantalones de la pijama amontonados alrededor de mis pies.

—Nathan, si alguna vez quieres volver a tener sexo conmigo, sal del baño en este momento.

Sus ojos me recorren una vez más y su expresión se vuelve más seria.

—Ven a la sala cuando hayas terminado.

Agachándose, recoge mis muletas y las apoya contra la pared del baño donde puedo alcanzarlas.

Da un paso atrás.

—Vamos, amigo. —Nathan se da una palmadita en el muslo y Charles emite un sonido de asentimiento, luego sigue a su humano fuera del baño.

Cerrando los ojos con fuerza, no me muevo hasta que oigo cerrarse la puerta principal de la habitación.

88

Nate

Solo pasan unos minutos antes de que Rosie camine con muletas por el pasillo hasta llegar a la gran sala.

Ella mira la pared de ventanas.

Cuando el sol empezó a salir y la luz empezó a llenar el apartamento, me di cuenta de que sería demasiado brillante para mi chica conmocionada, así que bajé las persianas ocultas para filtrar la luz.

—En el sofá —le ordeno.

Quiero ayudarla. Quiero levantarla en mis brazos y cargarla.

Pero no lo haré.

Porque todavía no está lista para la cantidad de atención que planeo brindarle.

Permaneciendo en mi lado de la isla, la observo moverse y trato de no pensar en sus rodillas lastimadas.

Cuando la escuché gritar desde el baño, casi me da un maldito infarto.

Y luego, cuando vi los cortes y moretones en sus piernas... me enojé con el mundo otra vez.

—¿No deberías estar trabajando? —pregunta Rosie mientras se deja caer en el extremo del sofá.

—Llamé —respondo mientras ella acomoda las almohadas adicionales que apilé para ella.

Rosie emite un zumbido pero no hace más comentarios.

Cuando Charles salta sobre el cojín que está a su lado, ella inmediatamente se acerca para acariciarlo.

—¿Cuándo aprendiste a abrir puertas, eh? —le dice al gato.

—Ha estado haciendo eso desde que lo tengo —le digo mientras le llevo una bandeja con un tazón de cereal azucarado, un plato pequeño de huevos revueltos y un vaso de jugo de naranja—. Creo que podría ser un fugitivo de la prisión.

Es una broma, pero mi tono no sale bien.

Rosie me mira mientras coloco la bandeja en la mesa auxiliar, junto a su apoyabrazos. No es la mejor combinación de comida, pero quería darle opciones.

—Come, luego vuelve a la cama —le exijo.

Ella acaba de levantarse, pero parece agotada.

Rosie no responde, pero tampoco discute.

Vuelvo a la cocina y tomo mis propios huevos y una taza de café en lugar de jugo.

Su mirada está fija en mí mientras estoy sentado en el extremo opuesto del sofá.

Ella me mira y luego mira mi taza.

—¿Puedo tomar un café?

Dejo la taza en la mesa de café y sacudo la cabeza.

—No. No por unos días.

Ella se clava los dientes en el labio inferior.

Dejo mi plato al lado de mi taza.

—No hagas eso.

—¿Hacer qué? —Charles se sube a su regazo y ella lo rodea con sus brazos.

—Morderte el labio —le digo—. No lo hagas.

Baja la cara hacia el pelaje de Charles, pero me mira por encima de su espalda.

—¿Estás... enojado conmigo?

—¿Qué? —Me muevo hacia adelante hasta sentarme en el borde del sofá y me doy la vuelta para mirarla—. No. Rosie, no estoy enojado contigo. —Fuerzo mi mandíbula a relajarse—. Solo estoy... estoy enojado por todo esto. Y... —Inhalo profundamente—. Me siento como una mierda. Cada vez que pienso en lo que escribiste en esas malditas cartas... me siento como una mierda.

Rosie levanta la cabeza del lado de Charles y esa maldita tristeza regresa a sus ojos.

Ahora lo odio más que nunca, porque ahora sé qué provocó la tristeza.

—Lo siento —dice con voz suave—. Nunca quise molestarte.

—No te disculpes —la ira bulle en mi interior—. Pasaste por un infierno. Nada de eso es tu culpa. No tienes nada de qué disculparte.

—Nunca debí haber escrito esas cartas. Fue una estupidez y lamento que te hayan parecido raras. No estaba obsesionada contigo. Solo…

—No tienes que darme explicaciones. Lo entiendo. —De verdad lo entiendo. Ella no tenía a nadie.

Yo era su mejor amigo y luego me fui.

Y las cosas empeoraron.

Ella sacude la cabeza, sin escucharme.

—No. No debería haber dejado que me trajeras aquí.

—No lo hagas —gruño, sabiendo a dónde va esto y odiándolo ya.

Ella levanta a Charles de su regazo y lo sienta a su lado.

—Sé que tenemos una historia, y siempre serás importante para mí, Nathan. —*No.* Ese nudo ahora familiar en mi garganta comienza a formarse—. Pero nada de eso significa que seas responsable de una... aventura.

—¿Una aventura? —Me levanto de un empujón y camino a zancadas los pocos metros que me separan de ella—. Esto no es una aventura para mí, Rosie. Tú significas algo para mí.

Caigo de rodillas ante ella.

Rosie se acerca y jala mi camiseta.

—Deja de hacer eso.

—No puedo dejar de preocuparme por ti.

Ella jala más mi camisa.

—Quiero decir, deja de arrodillarte en pisos duros, tonto.

Me inclino hacia ella.

—Siempre me arrodillaré ante ti. —Agarro suavemente sus muñecas—. Y tú solo estás demostrando que también te preocupas por mí, incluso si no quieres admitirlo.

—¡Por supuesto que me preocupo por ti! —prácticamente grita mientras levanta sus manos y se libera de mi agarre.

Entonces ella hace una mueca.

La ira burbujeante dentro de mí estalla y se transforma en culpa.

—Mierda. —Le acaricio las mejillas con suavidad—. Quédate quieta y déjame decirte algo.

—¿Decirme qué?

Le paso los pulgares por las mejillas.

—Estamos saliendo.

89

Rosalyn

—Estamos… ¿qué? —Lo miro fijamente a los ojos, segura de haberlo oído mal.

—Estamos saliendo. Esto no es una aventura. No es algo casual. Eres mi novia.

Abro la boca y luego la cierro.

—¿Quieres que salgamos en una cita?

Él sacude la cabeza.

—No quiero. Lo hacemos, y vamos a salir en serio.

—Pero tú...

—Juro por Dios que si dices algo sobre mi obligación o sobre mi fama, voy a perder el control. —Respira lentamente—. Dime que lo entiendes.

Niego con la cabeza levemente.

—Ya nadie dice que sale en serio.

La comisura de su boca se levanta. Solo un poquito.

Luego cae.

Vuelve a pasar el pulgar por mi mejilla.

—Quiero besarte.

—Puedes. —Apoyo mis manos en sus antebrazos—. Puede que esté un poco golpeada, pero no estoy rota.

Me niego a estar rota.

—No quiero lastimarte —susurra.

Me inclino hacia adelante.

—No lo harás.

—Dime que te quedarás. —Nathan se acerca más, dejando solo centímetros entre nosotros.

—Me quedaré —le digo. Aunque sea solo por unos días.

Sus dedos se aprietan, como si supiera lo que estoy pensando.

—Durante las tres semanas que estarás con muletas.

—Nathan —suspiro.

—Rosie.

—Tres semanas es mucho tiempo —trato de decirle.

—Es un abrir y cerrar de ojos —responde—. Ahora acepta que te quedarás.

Es ridículo, y…

—¿De verdad quieres que salgamos?

Nathan gime.

—Linda Rosie, sé que eres una chica inteligente, y sé que me escuchaste la primera vez.

—¿No es raro que tu novia, con la que llevas saliendo como una semana, esté viviendo contigo?

Él niega con la cabeza.

—En primer lugar, tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. No eres solo *una novia...* y en segundo lugar, el comienzo de una relación siempre es el más sexual. —Arqueo las cejas—. Sé que necesito darte algo de tiempo antes de follarte de nuevo en el colchón. —Desliza una de sus manos desde mi mejilla hasta el costado de mi cuello—. Pero en cuanto estés lista, aprovecharé el hecho de que estamos bajo el mismo techo, y en la misma cama.

Pongo los ojos en blanco, como si mi cuerpo no vibrara ante la idea.

—¿Prometes no irrumpir cuando estoy en el baño?

Él asiente solemnemente.

—A menos que vuelvas a gritar mi nombre.

Le lanzo una mirada inexpresiva.

—Lo siento, no pensé que fuera *el gato* el que abría la puerta.

—Nunca subestimes al gato.

Aprieto mis labios y observo al hombre que tengo delante.

Él es tan guapo.

Y tiene una boca así.

Es amable y generoso y un buen papá de gatos.

Y prácticamente me está rogando que esté con él.

Una parte de mí sabe que nunca podremos estar juntos. No para siempre. Mi equipaje es demasiado pesado.

Pero puedo tenerlo por ahora.

Puedo tenerlo por al menos tres semanas.

—Okey. —Asiento con la cabeza ante su agarre sobre mí.

—¿Okey? —Sus ojos buscan los míos.

— Okey, me quedaré. Okey, seré tu novia. —Mi boca se curva en una sonrisa al ver su expresión. Levanto la barbilla—. Y creo que dijiste que me besarías.

Nathan sonríe.

—Esa es mi chica. —Luego sus labios están sobre los míos.

Son cálidos y él los presiona firmemente contra los míos.

Mi cuerpo se relaja y músculos que no sabía que estaban tensos se liberan.

Me inclino hacia el beso.

Pero Nathan se aleja.

—Come tu comida.

Abro los ojos y parpadeo.

—Eres un provocador.

Él resopla y luego se agacha para acomodarse.

—No estoy libre de castigo.

Reprimo la risa, sabiendo que solo hará que me duela más la cabeza.

Nathan coloca sus manos a ambos lados de mí.

—Te traeré tus analgésicos, pero tienes que comer algo.

Miro el plato de cereal y observo las pequeñas formas que flotan en una especie de leche.

—¿Malvaviscos?

—No son de Rosalyn's Restaurant, pero ayudan a alimentar mi recién redescubierta obsesión por los malvaviscos. —Me sostiene la mirada—. Porque parece que me he obsesionado.

Mis ojos permanecen fijos en él mientras se levanta y se aleja.

Porque yo también me he obsesionado un poco.

90

Rosalyn

Irme a la cama con Nathan a mi lado.

Despertar tendida sobre él.

Comer.

Tomar la siesta.

Repetir.

Por dos días.

Quizás tres.

El tiempo ha comenzado a desdibujarse.

Otra siesta.

Otra comida.

Alguien llama a la puerta principal de Nathan y él se levanta del extremo del sofá para abrir.

Ha mantenido la distancia física. No me ha tocado, salvo cuando duermo, pero no ha salido del apartamento desde que llegamos.

Siempre cerca para ofrecer ayuda.

Siempre diciéndome que descanse y alimentándome.

Y siempre manteniendo nuestros temas de conversación ligeros.

Ha sido… perfecto.

Sonrío ante mi plato de sopa enlatada. Me alegra saber que hay al menos una cosa en la que no es bueno.

Cuando se disculpó por que fuera enlatada, hice un comentario casual sobre que tenía un montón de sopas y guisos caseros en el congelador de mi casa, y no fue hasta que Nathan se animó que me di cuenta de que probablemente no debería haber dicho eso. No salió bien la última vez que estuvo husmeando en mi apartamento, pero me alegro de poder aportar algo a esta *relación*, incluso si solo son mis habilidades culinarias.

Pero mientras mis ojos recorren el apartamento, reconozco que no es un mal trato.

Vivir en un ático.

Tener un hombre súper sexy esperándome las 24 horas del día.

Dejo mi cuenco en la mesa auxiliar mientras Nathan abre la puerta principal.

No necesito mirarme para saber que estoy un poco mal.

Mi cabello está grasoso y está recogido en una cola suelta porque lo quiero fuera de mi cara, pero un moño apretado todavía hace que me duela la cabeza.

Llevo el mismo conjunto de chándal y camiseta con el que me acosté anoche, y las toallitas húmedas que me dio Nathan no han servido de mucho.

En general, me siento y me veo repugnante, y solo puedo esperar que este visitante no me juzgue.

—Gracias —la voz de Nathan se escucha por todo el apartamento y luego cierra la puerta.

Bueno, no es un visitante.

Cuando se da la vuelta, sostiene en una mano tres bolsas de papel de compras y en la otra un taburete con tapa de plástico y patas de metal.

Levanta el taburete y lo muestra.

—¿Quieres una ducha?

Me quedo con la boca abierta mientras miro el artículo de nuevo.

—¿Me compraste un taburete para la ducha?

—Técnicamente, sí —dice sonriendo mientras lleva las bolsas a la isla—. Pero no puedo prometer que no me sentaré ahí la próxima vez que esté cansado en la ducha.

Un taburete de ducha no debería hacerme querer llorar.

No tengo idea de cuánto cuestan y, con la cuenta bancaria de Nathan, estoy segura de que no se sorprendió al ver el precio, pero pensarlo…

Levanto el cuello de mi camiseta y trato de limpiarme discretamente las esquinas de los ojos.

El taburete es práctico.

Una herramienta para usar en la gestión de mi higiene.

Y, sin embargo, es el regalo más considerado que alguien me haya comprado jamás.

Cuando me vaya, me lo llevaré a casa. No me importa si ocupará la mitad de la bañera de mi baño.

—¿Quieres usarlo ahora? —Nathan todavía está en la cocina, pero su tono ha cambiado y sospecho que me atrapó secándome los ojos.

Asiento y me deslizo hacia adelante en el sofá, agarrando mis muletas de donde las dejé apoyadas contra la mesa de café.

No me molesto en intentar agarrar mis platos sucios (Nathan me ha regañado suficiente por eso), simplemente me dirijo hacia el dormitorio.

91

Nate

Me siento estúpido por no haberle comprado antes a Rosie el taburete de ducha.

Y, sinceramente, fue Maddox quien me sugirió que comprara uno, pero no lo diré, porque en cuanto lo dijo, me dieron ganas de darme un golpe en la cara. Me he lesionado lo suficiente a lo largo de los años como para saber que ducharse con una pierna lesionada es difícil. Siempre viví en lugares que tienen el asiento de ducha incorporado, así que nunca tuve que comprar nada especial.

Algo especial. Es un maldito taburete de ducha.

Y la hizo llorar.

—¿Necesitas algo más? —pregunto, de pie en la puerta del baño.

Rosie mira la silla del comedor que puse afuera de la ducha.

—Por favor, dime que no planeas quedarte ahí sentado mirándome.

Miro la silla y luego el cristal opaco del cubículo.

—Si el cristal fuera transparente…

Rosie resopla.

—Nathan, te agradezco, pero me gustaría hacer esto sola.

Levanto las palmas de las manos y digo:

—Tú eres la que lo sacó a relucir. Y, señorita pervertida, esa silla es para que la uses mientras te pones y te quitas la ropa. A menos que prefieras que te ayude...

Frunce los labios, probablemente por su nuevo apodo.

—Gracias, pero no. —Luego me mira—. Esta vez no.

Eso despierta mi interés.

Doy un paso hacia el baño.

—¿Pero en otra ocasión?

Ella levanta el hombro en un encogimiento casual, y los días de negarme el contacto físico se acumulan como un peso alrededor de mis pelotas.

Doy otro paso más cerca.

—Puedo ser gentil.

Un destello de humor se dibuja en su rostro.

—Seguro que puedes, pero estoy asquerosa.

—No estás asquerosa —le contesto inmediatamente.

—Nathan, hace días que no me ducho. Me siento sucia y asquerosa, y puedo olerme a mí misma. —Hace una mueca mientras dice la última parte.

Cuando parece que va a dar un paso atrás con sus muletas, dejo de avanzar.

—Bien —le digo—, pero voy a dejar la puerta del baño abierta. Si necesitas algo, solo tienes que gritar.

La mirada que me da Rosie me dice que no gritará pidiendo ayuda, pero mientras retrocedo hacia la puerta, decido quedarme cerca.

92

Rosalyn

Sintiéndome relajada y absolutamente limpia, después de tres tandas de gel de baño, decido ponerme la suave bata rosa que apareció mágicamente detrás de la puerta del baño ayer.

No pregunté por ella, seguro que la compró para mí y me incomodó el hecho, pero ahora que la tengo puesta, definitivamente la llevaré a casa conmigo, junto con ese taburete de ducha y posiblemente una botella de champú de Nathan.

Nathan dejó la puerta del baño abierta como dijo que haría, pero no mencionó que estaría esperándome en el dormitorio.

En la cama.

Reclinado sobre las almohadas.

Leyendo un libro.

Me detengo justo dentro de la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

Él me mira y recorre con la mirada mi cuerpo vestido con la bata.

—Te estoy esperando.

Su camiseta negra se pega a su cuerpo y sus pantalones deportivos deberían ser ilegales.

Lleva toda la semana con ropa de estar en casa, y no sé si es por solidaridad o si realmente se viste así en casa, pero de todas formas se lo agradezco.

Y lo aprecio aún más ahora porque *maldita sea.*

Nathan baja una mano a su regazo.

—¿Qué estás esperando exactamente? —pregunto mientras doy un paso más cerca de la cama.

En lugar de responder a mi pregunta, se sienta y da unas palmaditas a su lado en la cama.

—Necesitas descansar.

—¿Un descanso?

Se pone de pie y da vueltas alrededor de la cama, sin detenerse hasta que está justo frente a mí.

—Un descanso.

Nathan toma mis muletas y las apoya contra la pared, luego me rodea con sus brazos y me levanta hasta el borde de la cama.

Me pone de pie y yo mantengo solo la punta de mi pie malo en el suelo para mantener el equilibrio.

Me suelta, se acerca y baja la voz.

—Y si me escuchas como una buena chica... te trataré como a una buena chica.

Algo caliente recorre mi columna y se instala entre mis muslos.

Hemos estado tan cerca el uno del otro. Nos hemos despertado abrazados, pero sin tocarnos más allá de eso... y a la mierda si no estoy lista para más.

—¿Vas a hacer eso por mí, Rosie? —susurra—. ¿Vas a darme ese control al que te aferras con tanta fuerza?

Yo trago.

Nunca quise ser como soy.

Rígida. Paranoica. Asustada.

Y cuando miro al hombre frente a mí, lo entiendo.

No tengo por qué ser así.

No con él.

Mis dedos se mueven hacia la cinta en mi cintura y la libero.

La bata se abre y deja al descubierto mi desnudez. Me la quito y la dejo caer al suelo.

Un ruido retumba en el pecho de Nathan, pero en lugar de chocar contra mí, da un paso atrás.

Para mirarme completa.

Todavía tengo raspones.

Todavía tengo moretones.

Todavía tengo un aparato ortopédico de plástico en el tobillo y cabello mojado sobre los hombros.

Todavía tengo el mismo cuerpo suave que tenía hace un mes.

Tetas pesadas y estrías y partes que nunca quise que un hombre viera a la luz.

Pero todo eso desaparece cuando Nathan me mira.

Porque no me mira como si viera mis inseguridades, me mira como si me estuviera memorizando.

—En la cama. De espaldas —exige.

Me bajo hasta sentarme en el borde del colchón y luego me muevo para quedar completamente acostada sobre la cama.

Nathan se acerca al pie de la cama, se inclina y recoge la gran almohada en forma de cuña del suelo.

Lo miro mientras la lleva de vuelta a mi lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Se supone que debes elevarte. —Mueve la almohada hacia un brazo y luego engancha el otro brazo debajo de mis rodillas.

Sin ningún esfuerzo aparente, Nathan me levanta por las rodillas, levantando mi trasero del colchón para poder empujar la almohada de cuña debajo, dejándolo varios centímetros en el aire por encima del colchón.

Esta almohada sirve para mantener mi pierna elevada, pero como solo he estado poniendo mi tobillo sobre Nathan por la noche, al menos la estamos usando.

Me baja y luego retrocede nuevamente.

Mantengo mis rodillas levantadas, y aunque están presionadas juntas, gran parte de mí todavía está expuesta.

Él gime y se lleva la palma de la mano a la parte delantera de sus pantalones, que ahora están separados de su cuerpo.

Dejándolo a él al mando, no digo nada.

Solo miro mientras aprieta su polla una vez más antes de soltarla y bajarse los pantalones.

Tan pronto como su polla queda liberada, se balancea en el aire.

Espero que se quite la camiseta y se suba a la cama, pero en lugar de agarrarse el dobladillo, envuelve su cuerpo con la mano.

Y comienza a acariciarse.

Mi sangre chisporrotea al verlo.

Con los ojos en mi cuerpo, con su mano en su polla, Nathan es la cosa más divina que he visto jamás.

Él no me ha tocado.

Ni siquiera me ha besado.

Pero estoy tan lista para él.

Estoy tan lista que tengo que hacer *algo.*

Necesitando algún tipo de contacto, extiendo la mano y agarro mis pechos.

—Eso es —gime Nathan.

Él agarra su polla tan fuerte que no sé cómo no le duele.

Giro la cabeza hacia un lado para poder mirarle la polla.

No tiene sentido fingir que no lo estoy viendo masturbarse.

Con la mano que no está en su polla, agarra el dobladillo de su camiseta y jala la tela hacia arriba.

Los músculos de su abdomen se tensan y un escalofrío de emoción recorre mi cuerpo mientras admiro su fuerza.

Muevo mis dedos hasta que me pellizco los pezones.

—*Eso* es ser una buena chica. —Hace un sonido con la garganta y luego se quita la camiseta por completo.

Él sigue acariciándose y yo sigo mirando mientras su punta empieza a brillar.

—Piernas abiertas —exige.

Separo mis rodillas.

—Pie en mi hombro.

Levanto mi mirada de su polla a su cara.

—¿Qué? —pregunto, pero él ya está subiéndose a la cama.

Entre mis muslos.

Está de rodillas y creo que va a arrastrarse hacia adelante para poder alinearse con mi entrada expuesta, pero no se arrastra, se inclina.

Una mano presiona el colchón al lado de la almohada, lo que eleva mi centro hasta el nivel de la boca, y la otra mano se engancha alrededor de mi rodilla, guiándome hasta que mi tobillera descansa sobre su espalda.

—Nathan… —Empiezo a protestar porque ese plástico duro no se siente bien en su piel desnuda.

—Levantada. ¿Recuerdas? —afirma, y luego baja su boca abierta hacia mi carne.

Cierro los ojos de golpe y arqueo el cuello.

Nathan aplana su lengua y la pasa a lo largo de mi cuerpo.

Luego llega a mi clítoris y lo devora.

Lo chupa mientras presiona simultáneamente la punta de su lengua contra mi manojo de nervios, y es todo lo que mi cuerpo preparado necesita.

Vergonzosamente rápido, mi núcleo se contrae.

Se me escapa un gemido y enredo mis manos en el cabello de Nathan.

Sus labios se separan y me da un beso con la boca abierta en el coño mientras me sigo corriendo.

—Santa mierda … —jadeo.

Se mueve más abajo y mete la lengua dentro. Su nariz choca contra mi clítoris, lo que provoca un escalofrío en todo mi cuerpo y hace que mis rodillas se junten automáticamente, atrapando su cabeza.

—Nathan —jadeo.

Levanta los ojos para mirarme y abre la boca lo suficiente para poder hablar.

—Ese es uno. Necesito al menos uno más.

Luego baja la boca.

93

Nate

Su sabor me hace cerrar los ojos.

Es su esencia. Su humedad. La prueba de que está disfrutando de esto tanto como yo.

Sus uñas raspan mi cuero cabelludo y gimo en su coño.

Enrosco mi lengua en ella y la follo con mi boca.

Ella se retuerce, se mueve y gime, y necesito hacerla correrse otra vez para poder dejarla sin fuerzas y descansando.

Pero sabiendo que ella está sensible, le doy un descanso a su clítoris.

Solo por el momento.

Lamiendo su abertura, levanto una mano y paso mi dedo sobre su entrada.

Rosie reacciona apretando más fuerte mi cabeza entre sus muslos.

Siento que el líquido preseminal gotea desde mi punta.

Quiero tener cada parte de ella.

Paso mi dedo hacia abajo.

Quiero tener todos sus agujeros.

Rodeo su apretada entrada trasera.

Quiero consumir a esta mujer.

Rosie levanta sus caderas hacia mi boca.

Quiero poseerla.

Porque ella ya es dueña de mí.

—Nathan.

Escucharla jadear mi nombre es como una inyección de adrenalina en mis pelotas.

Presiono mi dedo un poquito más y luego lo retiro.

Rosie maldice y yo la callo apretando mis labios contra su clítoris.

Su maldición se convierte en un gemido.

Y bajo mi mano nuevamente hacia mi adolorido pene.

94

Rosalyn

Es demasiado bueno en eso.

La provocación.

El toque.

Todos mis músculos se tensan y flexionan.

Mientras me lame, giro la cabeza de un lado a otro.

Nunca había tenido un hombre que me hiciera sexo oral de esta manera, y nunca había tenido uno que intentara hacerme correrme dos veces seguidas con su boca.

Su exhalación es caliente contra mi piel ardiente.

Él pasa su lengua por toda mi longitud otra vez, hasta *ese punto*, y mis ojos se abren de golpe.

Nadie le había prestado nunca tanta atención a mi trasero. Ni siquiera se me ocurrió permitir que alguien lo hiciera, pero todas estas provocaciones...

El movimiento me llama la atención y es entonces cuando lo veo.

Nuestro reflejo.

Abro más los ojos para empaparme de los detalles.

Y se me corta la respiración.

Ver a Nathan masturbándose de pie junto a la cama era una cosa, pero esto.

Mi boca se abre para poder tomar más aire.

El espejo alto en la esquina de la habitación está orientado hacia nosotros y la vista…

Suelto el cabello de Nathan para agarrar nuevamente mis pechos.

Nathan está arrodillado en la cama, inclinado con un brazo apoyando su peso, con su boca en mi coño y su otra mano acariciando su polla.

El hombre más sexy que he conocido se masturba mientras me come.

Quiero que me folle.

Quiero sentirlo estirándome.

Pero más que nada, quiero verlo desmoronarse.

Manteniendo mis pies sobre su espalda, dejo de apretar su cabeza con mis rodillas y las separo.

En el reflejo, puedo ver a Nathan moverse para poder mirarme.

Sigo mirándome al espejo.

—Quiero que te corras sobre mí.

La lengua de Nathan se detiene contra mí y veo que su mano también se detiene.

Niego con la cabeza.

—Sigue. Por favor. Sigue.

95

Nate

Gimo en su dulce coño.

—Quiero sentir que te corres sobre mí otra vez. —Su voz está ronca por la lujuria—. Fue una sensación tan agradable.

Aprieto mis dedos con más fuerza alrededor de mi polla mientras comienzo a acariciarme de nuevo.

La charla sucia de Rosie es tan jodidamente caliente que estoy listo para explotar.

—Fue tan caliente —gime—. Me gusta que me marques.

Ya estaba planeando correrme, sin follarla. Ella necesita recuperarse más antes de que lo haga, pero oírla pedirlo... desearlo...

Mueve sus caderas debajo de mi boca.

—Estoy muy cerca, Nathan.

Me empieza a doler la mandíbula y tengo la lengua cansada, lo que demuestra que estoy fuera de práctica, pero ninguna fuerza del mundo podría hacerme parar ahora.

Presiono mi lengua contra su clítoris.

Está empezando a tensarse, clavando los talones en mi espalda, y estoy seguro de que está ejerciendo demasiada presión sobre su tobillo lesionado.

Podría apartar mi boca de su dulce coñito para decirle que pare.

O simplemente podría hacerla correrse.

Yo tarareo.

Y mi pequeña Rose explota.

El sonido que sale de ella me llena de orgullo y la humedad en mi barbilla me lleva al límite.

Me levanto y avanzo arrastrando los pies.

Sin que mi mano sostenga más mi peso, bajo y froto mi pulgar sobre su clítoris justo cuando Rosie junta sus tetas.

—¿Estás lista para mi semen? —gruño, acariciándome.

Rosie asiente y gemidos de placer llenan la habitación que nos rodea.

—Dilo —exijo.

—Estoy lista. —Abre los ojos de golpe—. Córrete sobre mí, Nathan.

Mi cuerpo obedece.

Y mi liberación salpica su piel.

96

Rosalyn

Todavía estoy respirando con dificultad cuando Nathan me tapa con las mantas después de limpiarme con un paño tibio y sacar la almohada de debajo de mí.

Meto la manta debajo de mi barbilla mientras me doy la vuelta para quedar de cara al lado de la cama de Nathan.

Se sube al colchón, igualmente desnudo, y se coloca en mi posición.

Hay una mirada en su rostro, como si quisiera decir algo, así que me quedo callada.

—¿Cómo pudiste pasar seis años sin sexo?

Resoplo, sin esperar que esa sea su pregunta.

—Es bastante fácil, de hecho. Simplemente no salí con nadie.

Él tararea:

—¿Antes de eso?

—¿De verdad quieres saber de mis ex novios? Porque te lo digo en este momento, señor Waller, no quiero saber nada de ninguna de tus ex.

Nathan sonríe burlonamente.

—Señor Waller, creo que me gusta eso.

Pongo los ojos en blanco, pero no me molesta la idea de llamarlo así. En la situación adecuada...

—¿Cuánto duró tu relación antes de la pausa de media docena de años? —pregunta.

—¿Cómo sabes que tuve una relación antes de eso? Podría haber sido una aventura de una noche.

Sacude la cabeza.

—Era una relación.

Espero un segundo y luego suspiro.

—Estuve con él durante tres años.

—Eso es mucho tiempo.

Me encojo de hombros.

Nathan aprieta los labios y luego decide preguntar:

—¿Qué pasó?

Me encojo de hombros otra vez.

—Aceptó un trabajo en otro estado. No me pidió que fuera. Yo no le pedí que me llevara.

—Así que él es jodidamente estúpido.

Su tono es tan serio que me hace reír.

—Ese es el consenso.

—¿Y después de eso decidiste dejar de salir?

—Estaba un poco harta de los hombres, ¿sabes?

—Lo sé —asiente con seriedad—. Por eso tengo a Charles como compañero de casa.

Sonrío.

—Es un buen compañero de casa.

—El mejor —coincide.

Sé que no debería preguntar, acabo de decir que no quería saberlo, pero...

—¿Cuál fue tu relación más larga?

Cierra un ojo.

—¿El nombre o el tiempo?

—El tiempo. —Extiendo la mano bajo la manta y empujo su pecho—. No necesito saber su nombre.

Sonríe y toma mi mano bajo las sábanas, sosteniéndola contra su piel desnuda.

—Lo más largo fue alrededor de un año y medio, creo.

—¿Qué pasó? —Le hago la misma pregunta que él.

Me frota el dorso de la mano con el pulgar.

—Ella quería casarse.

—¿Y tú no? —Me cuesta mantener la voz tranquila. La idea de que alguna zorra quisiera casarse con Nathan hace que me duela el estómago.

—No se sentía bien.

—¿El momento o la chica? —No puedo evitarlo.

—Ambas cosas. —Se encoge de hombros—. Quiero decir, éramos exclusivos, pero yo lo veía como algo casual. Entonces un día ella me dijo que me amaba y me preguntó cuándo creía que nos casaríamos...

Intento no sonreír.

—Supongo que no respondiste como ella quería.

Él se ríe.

—Sí, aparentemente unos ojos muy abiertos y un silencio sepulcral no eran lo que ella buscaba.

—No puedo imaginar por qué.

Nathan sonríe burlonamente.

—Nunca había escuchado a alguien decirme que me amaba. O, bueno, ya sabes, alguien que no fuera de las personas normales.

Arrugo la nariz.

—¿Quiénes son las personas normales?

—Familia, amigos, así —dice Nathan con naturalidad.

Normal.

Porque es normal que tus papás te digan que te aman.

Es normal tener hermanos o amigos o primos que te amen.

Mi tiempo con Nathan me ha hecho olvidar.

Lucho por mantener mis rasgos neutrales mientras su comentario abre la cortina que he estado corriendo sobre mi pasado, revelando el agujero en el centro de mi ser.

El que debe estar lleno de buenos recuerdos.

Lleno de felicidad.

Lleno de amor.

Pero está vacío.

Intento liberar mi mano de su agarre, pero él me agarra con más fuerza.

97

Nate

Lo veo en su cara.

Lo que yo di por sentado toda mi vida, Rosie nunca lo tuvo.

Ninguna familia amorosa.

Nadie que le diga que la ama.

Y me duele el maldito corazón.

Le sostengo la mano con fuerza.

Está ahí, sentado en mi lengua, para decirle que la amo.

Que seré su normalidad.

Pero necesito que me crea cuando lo digo, y aún no es el momento.

Inhalo lentamente.

Y como ya arruiné el ambiente, saco otro mal tema.

—¿Cómo murió tu papá?

Baja la mirada a mi barbilla y aprieta los labios antes de responder:

—El diagnóstico final fue insuficiencia cardíaca.

—¿Como un ataque al corazón?

Ella asiente.

—¿Fue en casa?

—Sí.

—¿Estabas ahí?

Ella asiente de nuevo.

Aprieto su mano un poco más.

Tenía diecinueve años cuando me escribió el día que murió su papá.

Diecinueve.

No puedo imaginarme perder a tu único papá a esa edad.

Y no puedo imaginar la jodida mente de esa persona siendo también tu abusador.

El alivio de que se haya ido pero lo desconocido de estar solo.

—Lo siento. —Me acerco un poco más a ella—. No lamento que esté muerto, pero lamento lo de... él.

—Gracias, Nathan. —Acerca su cuerpo un poco más al mío.

A la mierda.

Le suelto la mano y la agarro por los costados, arrastrándola hacia mí.

Nuestros cuerpos desnudos chocan, pero sigo jalándola hasta que queda medio envuelta sobre mí, como cuando nos despertamos.

La envuelvo con mis brazos firmemente y beso la parte superior de su cabeza; su cabello ahora está casi seco.

—¿Nathan?

—Hmm. —Le acaricio el cabello con la nariz.

—Necesito usar tu cocina.

—Lo que necesites. —Cierro los ojos y me relajo con el cambio de tema—. ¿Qué quieres hacer?

—No es para mí. Necesito cocinar para un evento.

Abro los ojos y digo:

—Rosie, todavía no puedes trabajar.

—Nathan. —Intenta levantar la cabeza de mi pecho, pero presiono mi barbilla hacia abajo, sujetándola en su lugar.

—Podemos discutir así —la abrazo con más fuerza—. Pero tampoco vas a ganar esta discusión. No puedes trabajar en un evento si estás con muletas.

—Uno —dice, dándome golpecitos con un dedo en el costado—. Literalmente me convertí en mi propia jefa, así nadie podía decirme qué hacer, y dos —esta vez, hace bailar las yemas de los dedos por mi costado, haciéndome saltar.

Pongo mi mano sobre la suya.

Rosie se ríe entre dientes.

—Dos, puedo dejar que Presley se encargue de todo.

—No me importa si tienes ayuda. Tus piernas, tus brazos y todo lo que tienes te matarán al final de la noche. —Me imagino sosteniendo mi peso sobre mis axilas durante horas y hago una mueca.

—Necesito trabajar, Nathan.

—Te daré todo el dinero que necesites.

Ella gime.

—Lo aprecio, pero voy a fingir que no me ofreciste dinero.

—¿Por qué? —pregunto realmente perplejo.

—Porque no necesito dinero —resopla—. Puedo no hacer la mayoría de los trabajos que tengo durante las próximas tres semanas y aun así pagar el alquiler, pero necesito quedarme con algunos. Presley puede cocinar para la mayoría de ellos, pero hay uno en dos días y tengo que hacerlo yo misma.

—¿Por qué?

—Pagan bien, lo cual es parte de la razón por la que no necesito que me ofrezcas dinero, y la artista que organiza el evento es la cuñada de una mujer que organiza muchos eventos para recaudar fondos cada año, y me gustaría causar una buena primera impresión.

Odio que ella tenga buenas razones y odio no poder atarla a la cama para evitar que trabaje.

—¿Qué tipo de artista?

—Es pintora y subastará una colección especial para recaudar fondos. —Rosie inhala profundamente—. Su trabajo es asombroso y, para ser honesta, he sido fan de ella desde siempre, así que realmente solo quiero conocerla.

Cualquier impulso que tenía de discutir se desvanece con la confesión de Rosie. No puedo impedirle que conozca a alguien a quien admira.

En lugar de mostrar mi derrota, hago una última pregunta:

—¿Cómo se llama?

98

Rosalyn

—Eres un salvavidas —le digo a Meghan.

—Tú me salvaste el pellejo la semana pasada —señala, refiriéndose a la noche en que Nathan volvió a mi vida—. Te debo una.

—Un evento contra ocho. No es exactamente lo mismo.

Ella hace un ruido con los labios.

—Sí, voy a llorar todo el camino hasta el banco por la discrepancia.

Me río.

—Bueno, te lo agradezco. Ahora les enviaré un correo electrónico a mis clientes con copia a tu correo.

Cuando cuelgo, me acerco a la mesita de noche y agarro mi computadora portátil.

Después de que Nathan y yo tuvimos nuestra charla de abrazos posterior al sexo, nos pusimos la pijama.

Decidí quedarme en la cama para mi llamada a Meghan's Moments para ver si ella podía quitarme de encima los eventos, y Nathan dijo que tenía algo de trabajo que hacer antes de acostarse y que lo haría en su oficina para darme espacio para mi llamada.

Ha sido una gran compañía, pero realmente debería encontrar una manera de ir a su oficina. Estoy segura de que se está perdiendo muchas cosas, y es por mi culpa.

99

Nate

—¿Hola? —Un desconocido contesta el teléfono.

—¿Orlando? —le pregunto.

—¿Sí?

—Genial. ¿Eres el dueño del estudio que va a organizar la recaudación de fondos para Savannah Vass en un par de días?

Esta vez, cuando dice que sí, lo alarga hasta convertirlo en una pregunta.

—¿Puedo hablar con ella? —pregunto.

—Uh, ella no está… aquí.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Me das su número?

—No, eh, no puedo hacer eso.

—¿Algo así como una cuestión de privacidad? —debería haberme imaginado.

—Más bien una cuestión de esposo aterrador.

Eso me hace reír.

—Okey, ¿puedo hablar con su cuñada o con quien esté a cargo de la planificación?

—Eso lo convierte en el hermano más aterrador —resopla.

—Okey, ¿puedo pasarte mi número?

—¿Y por qué quieres hablar con ella? —pregunta Orlando.

—Solo necesito hablar con alguien sobre la configuración. —Probablemente podría decirle a este tipo que Rosie necesita una silla para sentarse, pero no quiero correr el riesgo de que los clientes que pagan aparezcan y exijan que la quiten.

Le doy mi número.

—¿Y tu nombre?

—Nate Waller.

Hay una pausa.

Entonces Orlando se aclara la garganta.

—¿Como… *el* Nate Waller?

Sonrío.

—El único e inigualable. —Definitivamente le pasará mi número.

Cinco minutos después, suena mi teléfono.

—Habla Nate —respondo.

—¿Podrías decirme por qué un famoso receptor abierto está intentando contactar a mi esposa? —responde una voz profunda desde el otro extremo de la línea.

El esposo aterrador.

Me trago la risa.

—¿Habla el señor Savannah?

El hombre resopla.

—Sí. Ahora explícate.

Arqueo las cejas ante su franqueza, pero yo jugué futbol profesional, así que estoy acostumbrado a estar rodeado de tipos intensos.

—Me pongo en contacto contigo porque mi esposa va a encargarse del catering del evento que tu esposa va a organizar en un par de días. —Mi

esposa es suficientemente cerca de la verdad—. Pero mi chica está en mal estado.

—¿Enferma? —pregunta.

—No. La atropelló un auto.

—¿Qué demonios? —La sorpresa llena la voz del hombre.

—Mi reacción fue la misma, y aun así, ella insiste en trabajar.

El hombre suspira de una manera que me dice que su mujer también es testaruda.

—Dios, hombre, podemos contratar a otra persona.

—Sí, no puedo dejar que hagas eso. Ella está emocionada. Es fanática del trabajo de tu esposa, y es obstinada.

—Conozco ese tipo —juro que puedo oírlo poner los ojos en blanco—. Pero si no quieres que contratemos a otra persona, ¿qué necesitas?

—Tengo que asegurarme de que nadie la moleste por sentarse o que nadie le quite la silla que voy a insistir en que use toda la noche, y tengo que asegurarme de que nadie intente echarme, ya que tengo pensado ayudarla. Lo más probable es que sea en contra de su voluntad.

—Nadie te va a decir nada —dice con seguridad, y creo que dice la verdad—. Solo asegúrate de gastar algo de ese dinero del juego mientras estés ahí.

—Trato.

Y después de colgar, hago una llamada más.

100

Rosalyn

—Nathan, ¿cuál es la dirección de aquí? —grito hacia la cocina.

—¿Para qué?

Levanto la vista desde mi lugar en el sofá.

—¿Así o más secuestrada?

Él sonríe mientras sirve dos tazas de café en la isla y yo agradezco que hayamos dejado atrás los días en los que Nathan me decía que no podía tomar cafeína.

—Estoy pidiendo comida —le explico.

—Hermosa, te dije que te conseguiría todo lo que quisieras.

Ahí va. Usando ese maldito apodo.

—No es para mí —me concentro en la conversación—. Hoy tengo que hacer un montón de preparativos para la recaudación de fondos que se realizará mañana por la noche. —Le recuerdo la conversación que tuvimos anoche.

Tararea.

—¿Estaba todo lo que necesitabas en esa hoja de cálculo del menú?

Mi boca se abre y se cierra.

—Lo siento, ¿qué?

Nathan deja la cafetera en la mesa y me mira.

—Envié a las chicas a la tienda con la lista. —Mira el reloj de uno de sus hornos—. Deberían llegar en cualquier momento.

Miro mi portátil, que está sobre el cojín a mi lado.

—Esa hoja de cálculo está en mi portátil. Está protegida con contraseña. —Me lo digo a mí misma porque el portátil también está protegido con contraseña.

—Si necesitas algo más, podemos pedirlo. —Ignora el asunto de *haber entrado en mi portátil*—, y ambas son buenas en la cocina, así que pueden ayudarte, ya que Presley está fuera de la ciudad visitando a su mamá.

—Nathan Waller. —Usar su nombre completo le llama la atención—. ¿Quiénes son esas chicas de las que estás hablando? ¿Y por qué estás hablando con *mi* Presley?

—Rosie Posie —reprime una sonrisa mientras lleva los dos cafés hacia la sala de estar—. Presley me llamó para ver cómo estabas porque no confía en que le digas la verdad. —Me mira levantando una ceja y no me molesto en responder—. Y las chicas —se oye un golpe en la puerta—, están aquí.

Él se da la vuelta y deposita las tazas en la isla.

—Nathan —susurro mientras me levanto—. No estoy vestida para recibir visitas.

—Te ves perfecta —dice sin siquiera mirarme.

—Parezco un troll —murmuro entre dientes, y Nathan reprime la risa.

Llevo un par de leggins negros debajo de mi tobillera, lo cual está bien, pero mi bralette suave sin relleno y mi camiseta sin mangas gris con tiras no son apropiados para tener compañía. Mis niñas necesitan mucho más soporte si van a estar cerca de otras personas.

Sin mencionar que no he tenido ninguna rutina de belleza más allá de usar el desodorante de Nathan desde que llegué aquí.

Observo el trasero de Nathan mientras camina hacia la puerta con otro par de pantalones deportivos, y tengo que pensar que esos tampoco son para tener compañía.

Malditamente perfecto Nathan.

DEAR ROSIE,

love letters , libro 2

Nunca en mi vida me había sentido más cómoda con alguien, pero tampoco nunca me había sentido más posesiva.

Levanto la mano y ajusto mi cola de caballo, agradecida de al menos haberme duchado en las últimas veinticuatro horas.

Nathan abre la puerta y yo aprieto los mangos de mis muletas, preparada para enfrentarme a hermosas mujeres con trajes de negocios o vestidos o algo así, pero no es eso lo que entra.

—Mamá Ruth. Smidge. —Nathan extiende los brazos—. Ustedes dos son literalmente las mejores.

Una mujer de unos sesenta años, vestida con unos jeans holgados y una camiseta de Biters, entra primero en el apartamento. La sigue una chica de cabello castaño oscuro, pantalones cortos verdes y una camiseta sin mangas con efecto tie-dye, que debe ser entre una preadolescente y una adolescente.

La mayor de las dos se adelanta para aceptar el abrazo de Nathan.

—Oh, Nate. Siempre eres tan dulce.

La chica que está a su lado pone los ojos en blanco.

—No debemos dejarnos llevar por los encantos de los hombres. Recuérdalo, abuela.

La mujer/abuela/Mamá Ruth da un paso atrás riéndose.

—Esa regla es para gente joven.

Nathan levanta el puño.

—Por no enamorarte nunca de los hombres.

La chica choca su puño contra el de él.

—Trato hecho. —Luego, la chica se estira hacia atrás—. Ahora, apártate. Tenemos cosas frías aquí afuera.

Nathan retrocede, manteniendo la puerta abierta, y la chica arrastra un carrito hasta que queda a la vista.

Está repleto de bolsas de supermercado y debe pesar el doble que ella, pero en lugar de la irritabilidad adolescente que uno podría esperar, esta chica está sonriendo.

Quiero decir algo, quizás presentarme, pero me siento tan incómoda que me quedo quieta, congelada frente al sofá.

Hasta que Nathan cierra la puerta detrás de *las chicas* y me hace un gesto:

—Señoritas, permítanme presentarles a mi novia, Rosie.

El jadeo que sale de la mujer mayor me haría reír si mi cuerpo no estuviera demasiado ocupado reaccionando cuando Nathan me llama su novia.

Me dijo que estábamos saliendo.

Estuve de acuerdo.

Pero al oír decirlo…

Junto los labios y luego trabajo en formar una sonrisa con la boca.

—Hola.

—Oh, Dios.

Esa es toda la advertencia que recibo antes de que la mujer mayor se apresure a cruzar la gran sala hacia mí.

—Eres tan bonita. —Se le entrecorta la voz y creo que está llorando.

Me quedo paralizada sin saber muy bien cómo reaccionar, pero la mujer no se deja intimidar.

Sus brazos fuertes me envuelven, atrapando mis brazos a mis costados, donde todavía sostengo mis muletas.

—¡No sabía que nuestro Natey boy tenía novia!

Miro a Nathan por encima del hombro y articulo *"Natey Boy"*.

Él pone los ojos en blanco, pero el efecto se pierde porque está sonriendo.

—Rosie, ella es Ruth, la mamá de Hannah. —Nathan camina hacia nosotras—. Y el pequeño duendecillo que se está instalando en tu cocina es Chelsea, la sobrina de Hannah.

Todavía abrazadas, miro hacia donde la joven adolescente está colocando las compras en la isla. Ahora que Nathan las presentó, recuerdo haberlas visto a ambas durante la fiesta en la casa de los Lovelace.

Y entonces mis mejillas se ponen rosadas por cómo terminé la noche en la casa de los Lovelace.

—Es un placer conocerlas oficialmente a ambas. —Repito sus nombres en mi cabeza para no olvidarlos.

—Es un placer. —Ruth da un paso atrás y me aprieta los brazos antes de soltarme y secarse los ojos.

Nathan chasquea la lengua mientras se acerca a Ruth y le pone el brazo sobre los hombros.

—Ya, ya, deja de actuar como si nunca fuera a encontrar una mujer.

Ruth le da un manotazo con un sollozo.

—Hay una diferencia entre encontrar y conservar —señala Chelsea desde la cocina.

Me muerdo el labio para no reírme.

Nathan me guiña el ojo, se da la vuelta y mira a la chica, dándose una palmada en el pecho.

—¿Dudas de mí, pequeña?

Chelsea levanta un hombro.

—Solo digo.

—Sí, sí. Solo digo mi trasero.

—Nathan —lo regaño, sin estar segura de si debería estar maldiciendo delante de esta chica.

Él me sonríe.

—Pongo cien en su frasco de palabrotas a principios de cada mes.

Miro a la chica.

—¿Eso es cierto?

Ella asiente.

—Bueno, jodida mierda en un palo. —Me giro hacia Nathan—. Dale otros cien.

La chica suelta un grito.

—Ella me gusta —dice Ruth mientras me mira.

Es el cumplido más simple. Ella ni siquiera me conoce, pero Ruth irradia una especie de calidez maternal en la que quiero acurrucarme.

Quiero dejar que ella me quiera.

—Gracias —susurro.

La expresión de Nathan se suaviza y acorta la distancia entre nosotras, colocando su palma sobre mi columna.

—Vamos, novia. Vamos a prepararte.

101

Nate

—¿Ya es hora? —le pregunto a Rosie.

Se muerde el labio, como si intentara no sonreír, y asiente.

—Creo que sí.

Me agarro al respaldo de su silla y la acerco a la mesa del comedor.

Después de las presentaciones iniciales, las tres damas se reunieron alrededor de la isla para clasificar los alimentos y repasar las recetas.

Sé que Rosie se sintió incómoda al principio, pero nunca cuestionó el hecho de que una de sus ayudantes era una niña de trece años.

No es que deba hacerlo. Chelsea podría cocinar mejor que la mayoría de los adultos que conozco.

En cuestión de una hora, todas estaban charlando y cortando productos, condimentando carne, clasificando ingredientes...

Ruth dirigió su propio negocio de flores durante mucho tiempo, por lo que es buena en la gestión de tareas, y Chelsea pasa la mayor parte de su tiempo en la cocina cuando no está en la escuela, y a pesar de sus grandes reveses, en realidad es muy buena en seguir instrucciones.

Y según las preguntas que escuché que Chelsea le hizo a Rosie, Smidge está impresionada con el negocio de catering de mi chica.

Detengo la silla una vez que Rosie está acomodada en la mesa.

Ella luchó conmigo por la silla de la oficina, por supuesto que lo hizo, pero insistí, y me alegro de haberlo hecho, porque no había forma de que pudiera haber estado de pie tanto tiempo.

—Okey, Sensei, enséñame tus técnicas de malvaviscos.

Rosie niega con la cabeza, pero su sonrisa es sincera.

—No puedo creer que hayas comprado una hornilla para esto.

Miro mi instalación en la mesa de la cocina y me siento extrañamente orgulloso.

Pasé el cable de extensión desde el otro lado de la mesa para que nadie tropezara con él.

Preparé la batidora, la olla, el termómetro para dulces, el azúcar... Todo lo que compré la semana pasada para los malvaviscos de plátano. Solo la placa calefactora es nueva.

No puedo evitar pensar en la noche que se suponía que íbamos a tener pero no lo hicimos, porque mi Rosie fue atropellada por un maldito auto.

Me inclino sobre el respaldo de su silla y la envuelvo con mis brazos en un abrazo.

Ella hace un pequeño sonido de sorpresa pero se relaja cuando la aprieto.

—Estás muy emocionado por estos malvaviscos. —Su murmullo es solo para mí.

—Estoy realmente emocionado de que ese auto no te haya matado.

Rosie se ríe, y es un sonido suave y entrecortado.

—A mí también me emociona eso. —Me da una palmadita en el brazo—. Un poco más flojo, Catcher.

Sonrío radiante por el nuevo apodo que me puso antes de darme cuenta de lo que dijo.

—Oh, lo siento. —Aflojo mi agarre para no estrangularla más.

Entonces, como puedo, le doy un beso ruidoso en la parte superior de la cabeza.

—Qué asco. —La voz de Chelsea llega detrás de nosotros en la cocina, y eso me hace sonreír aún más.

Este no es momento para sentir una tristeza sensiblera, sino para sentir una alegría dulce.

Tomo asiento en la mesa y Rosie me guía paso a paso.

Ella es paciente y tolerante, y primero hacemos nuestra tanda personal de malvaviscos con crema de plátano, para que yo pueda practicar con los que no son para el cliente, y luego Chelsea se une a nosotros para la segunda tanda, que tiene sabor a bellini de durazno.

—Estoy impresionado con nosotros —digo con la boca llena de azúcar sabor a plátano.

—A mí también me impresionas. —Rosie se recuesta en su silla y mira alrededor de la cocina.

Ya se preparó todo lo que era necesario.

Se han limpiado y puesto en orden todas las superficies y se ha guardado toda la comida.

Los electrodomésticos están repletos al máximo, pero funciona, y me pregunto cómo lo ha logrado en una cocina mucho más pequeña.

Rosie es una jodida maravilla.

—No puedo agradecerles lo suficiente —dice Rosie, dirigiendo su atención a las dos que hicieron esto posible—. Por supuesto, les pagaré por...

—Absolutamente no —la interrumpe Ruth—. Nate es familia, y la familia no se paga entre sí por ayudarse. —La mujer solo se detiene el tiempo suficiente para sentarse en una silla frente a nosotros en la mesa—. Y mañana tampoco quiero saber nada sobre el pago.

—¿Mañana? —repite Rosie.

Ruth asiente.

—Vas a necesitar ayuda para cocinar todo y yo no tengo nada mejor que hacer.

Rosie me mira, pero yo solo levanto un hombro.

—No tiene sentido discutir con ella.


ROSIE,
love letters , libro 2
Las emociones luchan en los ojos de Rosie.
Ella no quiere aceptar ayuda.
Está abrumada por la oferta de ayuda.
Y está aceptando que tengo razón, que ya no hay forma de evitarlo.
Mi chica suspira.
—Ya han hecho demasiado. —Cuando Ruth abre la boca, Rosie levanta una mano—. Pero tienes razón. Agradecería mucho su ayuda mañana otra vez.
—Lo que necesites, cariño —Ruth apoya la mano sobre la mesa.
—¿Lo que sea? —repite Rosie.
Me dejo caer en una silla al lado de Rosie, con las cejas levantadas porque parece que va a pedir algo más.
Ruth también se anima:
—De repente estoy intrigada.
Rosie se ríe.
—No es nada demasiado emocionante, me temo. Solo necesito un vestido y algo de maquillaje de mi apartamento.
—Por supuesto —responde Ruth sin siquiera preguntar dónde está el apartamento.
—Yo puedo hacerlo —intervengo. Me alegro de que Rosie esté dispuesta a pedírselo a Ruth, pero tengo tiempo para ir ahí.
Rosie se gira hacia mí y me pregunta:
—¿Qué tan familiarizado estás con las brochas bronceadoras?
—Eh, ¿qué? —Frunzo el ceño.
Rosie asiente y se gira hacia Ruth, rechazando mi oferta.
—Al menos tienes que dejarme pagar la gasolina o algo así.
Ruth niega con la cabeza.
S.J. TILLY
Dear

—Maddox me sigue diciendo que use a mi chofer más seguido, así que nos detendremos y recogeremos lo que necesites en nuestro camino mañana. Te daré mi número antes de irnos.

Antes de que pueda decir más, suena el teléfono de Ruth y ella contesta.

Mientras habla, Rosie se gira hacia mí y me dice:

—¿Deberíamos ofrecernos a pedir la cena o algo?

Puedo ver lo agotada que está, y estoy seguro de que su batería social está casi muerta, pero todavía está pensando en alimentar a las personas que la ayudaron.

Una jodida maravilla.

Extendiendo la mano, le acaricio la mejilla con el pulgar.

Nunca pensé mucho en la valentía. Todos los ejemplos que me vienen a la mente son de batallas famosas o películas con actores como Drake Daniels haciendo acrobacias salvajes, pero cada día con Rosie aprendo un poco más sobre lo que significa ser valiente.

Ser valiente es ser una niña que enfrenta el día sabiendo que va a doler.

Ser valiente es apostar por ti mismo cuando nadie más lo hará.

Ser valiente es poner tu corazón en acción y hacer cosas que no quieres hacer porque sabes que harán feliz a alguien más.

Ser valiente es ser Rosie.

La miro como si ya la amara.

Porque lo hago.

102

Rosalyn

—¿Qué pasa? —susurro.

Nathan vuelve a pasar su pulgar por mi mejilla y su garganta se prepara para tragar.

Extiendo la mano y agarro su antebrazo.

Su boca se abre.

—Están aquí —declara Ruth, dejando su teléfono sobre la mesa.

Mi atención se dirige de nuevo a Ruth.

—¿Quién está aquí?

—Hannah y Maddox —dice sonriendo—. Trajeron la cena de un restaurante griego cerca de nuestra casa. Te va a encantar.

Parpadeo y la miro.

—¿Aquí?

Ruth se encoge de hombros.

—No sé qué pienses tú, pero yo no tengo muchas ganas de cocinar después de todo eso.

—No, no, pero tienes que dejarme pagar la cena —intento insistir.

—Deja de luchar, hermosa. —Nathan coloca su brazo sobre el respaldo de mi silla—. Además, es el dinero de Maddox. Ese hijo de puta tiene más de lo que necesita.

Me muerdo la mejilla recordando lo que llevo puesto.

Ruth y Chelsea han sido más que relajadas, pero Hannah y Maddox son la definición de una pareja poderosa.

Con la excusa de que necesito ir al baño, dejo que Nathan me lleve por el pasillo hasta el dormitorio en su silla de oficina.

Él coloca la silla frente a la puerta del baño y me entrega mis muletas.

Pero antes de irse, se inclina y presiona sus labios contra los míos.

Son cálidos y suaves, y cierro los ojos para disfrutar del momento.

Cuando se aparta, me da unos golpecitos con el dedo en la punta de la nariz.

—Ellos ya te aman. Así que deja de estresarte.

Ya te aman, así que deja de estresarte.

La palabra con *A* y la exigencia de dejar de estresarme. Dos cosas que están más allá de mi capacidad en este momento.

Levanto el brazo y aplico más desodorante de Nathan.

Por mucho que me doliera pedirle a Ruth que fuera a mi apartamento, la idea de tener que enviar a Nathan ahí sin supervisión me estaba llevando a una espiral.

Entiendo cómo encontró las cartas la primera vez que fue ahí. Necesitaba una bolsa para la ropa… la caja estaba en las bolsas de lona… Pero ahora que tiene olfato para fisgonear… no puedo correr el riesgo.

Y es una verdad simple que Ruth será mejor para empacar las *cosas de chica.*

Vuelvo a colocar la tapa al desodorante y lo guardo en el armario.

Para ser honesta probablemente seguiré usando algunas de las cosas de Nathan mientras esté aquí.

Es agradable estar rodeada de su aroma.

Se escuchan voces a través de la puerta abierta del baño, señalando la llegada de Hannah y Maddox.

Sabiendo que me he quedado sin tiempo, agarro la camisa que saqué del armario de Nathan y me la pongo.

Las mangas son demasiado largas, así que las doblo dos veces, y en lugar de abrochar la camisa, ato los extremos inferiores juntos en mi cintura. Sigue estando abierta, pero el lazo inferior significa que la camisa se mantiene en su lugar y cubre mis pechos sin soporte. También cubre los raspones que todavía se están curando en mis brazos.

Me da un poco de vergüenza pensar en el aspecto que me da la camisa de Nathan de *el día siguiente,* pero es lo mejor que se me ocurrió sin tener que cambiar todo mi atuendo. No creo que Ruth o Chelsea hagan comentarios sobre un cambio de vestuario... solo intento que no sea extraño, y ahora, además de mi tobillera, realmente no se nota que me lastimé.

Al recordarme que ya he conocido a estas personas antes, trato de dejar de preocuparme por mi apariencia.

No es que esté tratando de impresionar o seducir a nadie; solo quiero dar una buena impresión como *novia de Nathan.*

Agarrando mis muletas, respiro profundamente y salgo del baño.

103

Nate

—Ya está aquí. —Extiendo el brazo para señalar la llegada de Rosie mientras escucho que se acercan sus muletas, pero luego me doy la vuelta y se me seca la boca.

Porque Rosie lleva una de mis camisas de trabajo.

Y parece un puto anuncio de sexo nocturno y malas ideas.

—Hola —dice en voz baja, con timidez, y es como una campana que anuncia la cena para mis genitales.

Me aclaro la garganta.

—Hannah, Maddox, ¿se acuerdan de Rosie?

—Ella es la novia de Nate —grita Chelsea.

—Así es, Smidge. —Cierro la distancia con Rosie para poder poner una mano posesiva en su espalda—. Rosie, ya conoces a Hannah y Maddox.

Sus músculos se relajan bajo mi palma y una sensación de orgullo llena mi pecho.

Yo hice eso

La hice sentir cómoda.

—Siéntense, siéntense. —Ruth, siempre mamá, dirige a todos a la mesa después de que la ronda de *saludos* está terminada.

Rosie toma la silla más cercana y yo la ayudo a sentarse.

La silla de la oficina era útil, pero la dejé en el dormitorio, asumiendo que no querría usarla para cenar.

Se reparten los platos y Maddox usa los cubiertos para comenzar a servir la comida.

Chelsea charla sobre toda la comida que prepararon hoy y le cuenta a Hannah cada detalle de cada plato.

Maddox me mira con una ceja enarcada y yo me encojo de hombros. La chica tiene una memoria excelente.

Feliz de escucharla, me meto spanakopita en la boca.

—He tenido intención de preguntarte todo el día. —Ruth se gira hacia Rosie—. ¿Cómo se conocieron?

Rosie me mira, pero tengo la boca demasiado llena para responder.

Ella deja el tenedor y me pregunto si les contará toda la verdad o dirá que nos conocimos en la fiesta.

—En realidad, tenemos una relación muy larga —le dice a Ruth.

Mi corazón da un pequeño apretón.

No sé por qué pensé que ella no querría admitirlo, pero una parte de mí lo hizo.

—¿En serio? —Maddox alarga la palabra, pero me niego a mirarlo.

Le grité tanto por no haberme contado sobre Hannah cuando reapareció en su vida que sé que me espera una buena reprimenda.

Pero en lugar de afrontar la música, simplemente me lleno la boca con más spanakopita.

—¿Ustedes dos salieron antes? —pregunta Hannah.

Rosie niega con la cabeza.

—No, nada de eso. Éramos amigos cuando éramos niños.

—¿En serio? —repite Maddox, un poco más alto esta vez.

Rosie lo mira de reojo, probablemente pensando que tiene problemas con el idioma, lo cual no es del todo incorrecto.

Rosie dirige su atención a Maddox.

—Nathan vivía al otro lado de la calle.

—¿En Ohio? —pregunta Maddox. Sigo evitando su mirada.

—Wisconsin —corrige Rosie.

—¿Wisconsin? —Maddox suena como si estuviera pensando *mucho* y tengo que contenerme para no suspirar.

—No sabía que viviste en Wisconsin —dice Hannah, como si no pudiera creerlo.

—Hace mucho tiempo —razona Rosie, y sus mejillas se sonrojan—. Nathan, Nate, se mudó a Ohio cuando tenía doce años. —Mira a Maddox—. Antes, yo era su mejor amiga.

Mi sonrisa es tan repentina y tan amplia que un trozo de comida se cae de mi boca.

—Qué asco. —Chelsea me mira con cara de pocos amigos.

Abro más la boca, mostrándole el resto de la comida triturada en mi lengua.

Chelsea mira a Rosie.

—¿Él también era así cuando era niño?

Rosie asiente.

—Peor.

Maddox se inclina hacia adelante.

—Está bien, *mejor amiga,* ¿por qué no había oído hablar de ti?

La expresión de Rosie flaquea y nunca he querido golpear a Maddox más en mi vida.

—Perdimos el contacto —digo antes de que Rosie tenga que responder—. Ya sabes cómo es esto. —Le sostengo la mirada mientras lo digo. Maddox debería saber mejor que nadie cómo se siente eso, y mi tono debería decirle que no insista.

Él levanta una ceja pero no indaga.

—Entonces, cuando se vieron en nuestra recepción… —insiste Hannah.

Las mejillas de Rosie se sonrojan aún más.

—Esa fue la primera vez… en mucho tiempo.

Maddox me mira fijamente.

—Interesante.

—Mucho —asiento lentamente—. Ahora, ¿alguien me puede pasar el arroz?

—Dile a Rosie que le enviaré un mensaje por la mañana —me susurra Ruth mientras me saluda con la mano.

—Lo haré —le respondo en un susurro—. Gracias de nuevo por toda la ayuda.

Ruth niega con la cabeza y luego se dirige hacia la puerta donde Chelsea y Hannah se están poniendo los zapatos.

Rosie sin duda se sentirá mal por no despedirse, pero después de escuchar la historia del accidente automovilístico, nadie me dejó despertarla.

Miro a la mujer sentada a mi lado.

Ella está en su lugar habitual al final del sofá, solo que con su espalda apoyada contra el apoyabrazos, su costado contra el respaldo del sofá y sus piernas sobre mi regazo.

Después de cenar, todos nos dirigimos a la sala de estar y, después de que nos obligaran a contar un puñado de historias de la infancia en el bosque, Rosie se quedó dormida.

Fue entonces cuando les conté cómo se lastimó, incluida la parte en la que Rosie empujó a su compañera de trabajo y se sacrificó.

Maddox me estuvo observando todo el tiempo como si supiera que me estaba olvidando de algo, pero no iba a hablar de las cartas delante de toda su familia.

Los amo. Sé que puedo confiar en ellos, pero esa no es una decisión que pueda tomar solo.

Si me salgo con la mía, Rosie también se acercará a ellos, pero quiero que sea ella quien controle cuánto comparte.

Una mano golpea la parte de atrás de mi cabeza, haciéndome encorvar los hombros.

—Hijo de puta —le susurro a Maddox por encima del hombro.

Me señala con el dedo.

—Tienes que darme algunas explicaciones. —Habla en voz baja para no despertar a Rosie, y por mucho que me apetezca darle un puñetazo en las pelotas, agradezco la consideración.

—Después. —Es una promesa y una advertencia.

Maddox baja la barbilla y luego sigue a su mujer hacia la puerta.

Me siento un poco mal porque Tony sabe más de lo que él sabe, ya que él estaba ahí cuando encontré esas cartas y me vio llorando como un bebé.

Pero eso es lo que pasa con Tony. Él sabe que pasó algo raro. Se ofreció a matar a un tipo (estoy bastante seguro), luego aceptó mi respuesta al pie de la letra y no ha vuelto a hacer ninguna pregunta desde entonces.

Maddox, sin embargo, no sería más que una cuestión de preguntas, y en este momento, lo único que quiero es disfrutar de mi tiempo con mi chica.

Porque tengo aproximadamente dos semanas para convencerla de que se quede y nunca se vaya.

104

Rosalyn

—¡Maldita sea! —La exclamación de Nathan me sobresalta y dejo caer mi pendiente sobre el mostrador.

Me pongo una mano sobre el corazón mientras lo levanto.

—Jesús, Nathan.

—Lo siento —silba—. Pero… Dios. Maldita sea.

Lo observo acercarse en el reflejo del espejo del baño.

Sus ojos están por todas partes. De mi cabeza a mis pies y viceversa.

La reacción parece un poco exagerada, pero aún así la disfruto.

Llevo el cabello recogido en un moño bajo, con algunos mechones sueltos rizados en ondas. Tengo el rostro maquillado a conciencia y llevo puesto lo más brillante que tengo.

El tema de color de la recaudación de fondos es el dorado, así que tengo un vestido dorado.

Compré el artículo el año pasado para una fiesta de Año Nuevo en la que debía trabajar. El evento se canceló en el último minuto, por lo que nunca pude usarlo.

—¿De qué está hecho esto? —Nathan se detiene justo detrás de mí, sosteniendo mi cintura con sus manos, ayudándome a mantener el equilibrio sobre mi pie sano.

—Ni idea. —Intento concentrarme en ponerme mi pendiente colgante (también de oro)—. Supongo que te gusta, ¿no?

—¿Que si me gusta? Mujer, quiero quitártelo con los dientes.

Sonrío.

—Eso tendrá que esperar hasta después.

Con los pendientes asegurados, paso mis manos por el frente del vestido.

No tiene mangas y tiene escote en V. El vestido interior es de un dorado más claro y termina justo por encima de las rodillas, y luego hay una capa dorada transparente sobre la parte superior, cubierta con bordados dorados y cristales falsos.

Si fuera a otro lugar, diría que es demasiado elegante, pero creo que esta noche puedo salirme con la mía.

Nathan me agarra para darme la vuelta y ponerme contra el mostrador.

—¿Cómo se supone que voy a ser profesional contigo si estás vestida así?

Le paso las palmas de las manos por el pecho y noto que se ve muy bien con pantalones negros, un cinturón negro y dorado y una camisa blanca parcialmente desabrochada.

—Podrías resolver ese problema si no vas.

Hoy fue otro día en el que Nathan me sorprendió con su amabilidad, pero creo que probablemente dice más sobre mí y mi trauma el hecho de que me permita sorprenderme cuando él simplemente se comporta como siempre.

Nathan pasó toda la tarde ayudándonos a Ruth y a mí en la cocina.

Él trajo todos mis recipientes de viaje desde mi camioneta, que está estacionada abajo. Porque cuando todavía estaba en el hospital, él hizo arreglos para que la trajeran aquí, en lugar de a mi casa, donde supuse que estaba.

Todavía tiene el parachoques golpeado, pero conduce bien.

Luego, hace una hora, Nathan anunció que será mi asistente esta noche.

Traté de luchar contra eso.

Intenté imaginarme *a* Nate Waller actuando como mi asistente de catering.

Pero no importó lo que dije, él insistió. También afirma haberlo aclarado con el organizador del evento.

Así que Nathan y yo estamos a punto de salir, bien vestidos, con él conduciendo mi camioneta de catering.

Aprieto mis labios e inhalo lentamente por la nariz.

El apoyo de Nathan es lo que hace realidad los sueños.

Y antes de despertar de este paraíso, necesito que él lo sepa.

—Gracias —susurro—. Ya has hecho mucho... nunca podré agradecerte lo suficiente.

Nathan coloca sus manos a ambos lados de mi cuello, su piel tan cálida contra la mía.

—No hay nada que no haría por ti, linda Rosie.

Yo trago.

Luego trago de nuevo.

Porque podría estar diciéndome la verdad.

Y eso es tan aterrador como maravilloso.

105

Nate

—Es ella. —Los dedos de Rosie se clavan en mi costado.

—¿Quién? ¿La pintora? —Miro alrededor de la galería de arte casi vacía, aunque no sé a quién estoy buscando.

—La pintora —resopla Rosie—. ¿Te refieres a Savannah Vass, una de las pintoras más talentosas que he seguido?

Reprimo mi sonrisa.

No sé cómo llegué a pensar que Rosie estaba fangirleando conmigo cuando me presenté en casa de Maddox aquel día. Claramente, no tenía ni idea de cómo era Rosie fangirleando.

—Lo siento —digo en tono serio—. ¿Quién es ella?

—Dios, ya viene. Sujétame las muletas. —Rosie, que sigue aferrada a mi costado con una mano, me empuja las muletas.

Intento no reírme.

—Hermosa, aún necesitas mantener el peso fuera del pie.

Ella presiona las muletas contra mi pecho.

—Me sentaré en esa maldita silla toda la noche si me das esto.

En ese caso.

Le quito las muletas y me estiro hacia atrás para apoyarlas contra la pared.

Su reacción ante la silla fue casi tan cómica como su reacción ahora.

Cuando le dije que estuve tratando de hablar con Savannah directamente, parecía que iba a darme una bofetada, así que la concesión de usar la silla vale la pena por su inseguridad durante esta interacción.

—Gracias —dice Rosie en voz baja—. No me dejes caer.

—Nunca. —Coloco la palma de mi mano en su espalda baja, donde la falda de su vestido se ensancha desde su cintura, luego aprieto la tela con la mano y la agarro con fuerza.

Ella deja escapar un resoplido y yo le sonrío.

Entonces susurro:

—*Tú puedes.*

Rosie aprieta los labios y asiente, luego dirige su atención hacia adelante.

Rosie se aclara la garganta en silencio y luego le tiende la mano a la mujer que se acerca.

Permanezco en silencio a su lado mientras las mujeres se presentan una a la otra.

La rubia, la artista, viste un mono dorado brillante y el hielo en su dedo anular parece lo suficientemente grande como para hundir un barco.

Después de unos momentos, Rosie me presenta como su *novio y asistente* y le suelto la falda lo suficiente para estrechar la mano de Savannah.

—Oh, antes de que todo empiece y mi cerebro se convierta en papilla, tengo algo para ti —le dice Savannah a Rosie.

—¿Para mí? —La voz de Rosie está llena de incredulidad.

La rubia asiente y mira a su alrededor antes de señalar a un hombre grande que está al otro lado de la habitación.

El hombre levanta la barbilla y camina hacia nosotros.

Está vestido con un traje completamente negro con una corbata dorada y se ve tan relajado como un charco de lava.

Yo también soy un tipo grande. Sigo en buena forma incluso después de retirarme, así que no hay mucha gente que me intimide, pero mentiría si dijera que este tipo no está haciendo precisamente eso.

Por muy molesto que pueda ser Maddox, no me importaría tenerlo a mi lado en este momento.

El hombre me mira con los ojos entrecerrados y yo modifico mi pensamiento anterior. *Tony Stoleman sería una mejor opción de reserva.*

Tampoco me pierdo el hecho de que este hombre es atractivo, así que agarro la falda de Rosie para sacudirla un poco y recordarle que yo también soy un hombre atractivo.

El tipo corpulento se detiene frente a mí y me sostiene la mirada.

—El futbolista, supongo.

Vuelvo a soltar la falda de Rosie y le extiendo la mano.

—¿Señor Savannah?

El hombre sonríe (no sé si es amable o no) mientras toma mi mano.

—¿Todo a tu gusto? —Inclina la cabeza hacia la silla que está al lado de la mesa de postres detrás de nosotros.

—Lo es. —Asiento.

Savannah rodea a su esposo con el brazo.

—¿Tienes la postal?

Él mete la mano en el saco de su traje y saca un trozo de papel rígido, metido dentro de una especie de envoltorio de plástico transparente.

Savannah lo toma y se lo entrega a Rosie.

—Escuché acerca del accidente y que eres fan, así que quería darte algo. —Rosie toma el pequeño cuadro con dedos temblorosos—. Fue increíble que empujaras a tu compañera de trabajo para que se apartara.

Mis ojos se mueven del pequeño cuadro al esposo, porque no recuerdo haber mencionado ese detalle.

Él levanta un hombro.

—Cámaras de tráfico.

Levanto las cejas. Ni siquiera pensé en hackearlas.

Pero por otra parte, la idea de presenciar a Rosie siendo atropellada por un auto podría detener mi corazón por completo.

—Yo… no puedo aceptar… —La voz sin aliento de Rosie atrae mi atención hacia ella y pongo mi brazo sobre sus hombros, sosteniéndola a mi lado.

Su cuerpo está temblando.

Esta pequeña obra de arte claramente significa mucho para ella.

La abrazo con más fuerza.

—Ella lo aceptará sin duda —le digo a la artista—. Es muy amable de tu parte.

Savannah me sonríe.

—Fue un pequeño proyecto divertido anoche, para distraerme de la recaudación de fondos.

Doblo mis dedos sobre el hombro de Rosie.

—Muéstrame.

Ella lo sostiene en alto.

Savannah lo llamó postal, y eso es lo más grande que es, pero todo el papel está cubierto de tonos de pintura dorada. Las líneas son suaves. El diseño es como circular, y me lleva un momento ver la imagen. Es una rosa, hecha únicamente de oro.

—Wow. —Miro de nuevo a la rubia—. Impresionante.

Ella hace una pequeña reverencia.

—Gracias.

Alguien la llama por su nombre desde el otro lado de la habitación.

—Estoy segura de que te veré durante la noche, pero si no, gracias de nuevo por la deliciosa comida. Ya probé algunas cosas de tus meseras. —Savannah le sonríe a Rosie.

Rosie aprieta el cuadro de rosa contra su pecho.

—Muchas gracias.

—No lo olvides —me dice el señor Savannah mientras dan un paso atrás—. Gasta algunos de esos ceros.

Asiento. Con la reacción de Rosie ante ese pequeño cuadro, nada me impedirá comprarle otro.

106

Rosalyn

Espero hasta que Savannah desaparece por la esquina y luego me dejo caer contra Nathan.

Él me agarra con más fuerza por los hombros.

—Whoa, ahí.

Sostengo la miniatura frente a mí.

—No puedo creer que haya hecho esto —susurro.

Es tan perfecto.

Tan Savannah.

Dejando que Nathan me sostenga, sujeto con cuidado la postal por una esquina y paso la punta de mi dedo sobre el remolino de pétalos.

Todas las pinturas que se exhiben esta noche están realizadas en tonos dorados, con solo algunas manchas de color agregadas para causar impacto, y todos los temas son elementos de la naturaleza.

La recaudación de fondos se realiza para recaudar dinero para proteger los recursos naturales de Minnesota. Por eso, esta rosa no solo tiene un significado especial para mí por su nombre, sino que también encaja con la colección.

—Es bonito. —Nathan apoya su mejilla contra la parte superior de mi cabeza.

Junto los labios, intentando con todas mis fuerzas mantener mis emociones bajo control.

—Nadie me había hecho nada antes.

El cuerpo de Nathan se expande con una inhalación profunda, seguida de una exhalación pesada.

—Eso me pone muy triste, Rosie Posie.

Inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo y que pueda ver que mis ojos están llenos de felicidad, no de tristeza.

—Eso hace que esto sea aún más especial.

Nathan me mira fijamente antes de inclinar la cabeza y darme un beso en la frente.

—¿Quieres que lo meta en la camioneta para que no se arrugue?

Esta vez tengo que clavar los dientes en mi labio inferior para evitar que mis ojos se llenen de lágrimas.

Asiento.

—Luego elige un cuadro que quieras que compre.

Resoplo.

—Tú no…

—Lo haré. —Me besa la frente otra vez—. El esposo que da miedo lo dijo.

Mi mente se remonta al apuesto esposo de Savannah.

—¿Él da miedo, o él...?

Nathan gira y queda frente a mí, con sus manos bajo mis axilas en un instante.

—Mantén tus ojos en las obras de arte, mujer —me levanta—. O te sacaré de este edificio y te pondré sobre mi regazo.

Nathan da unos pasos hacia mi silla y luego me baja con cuidado.

Quiero regañarlo, pero estoy sonriendo demasiado por sus ridículos celos.

—Siéntate —me ordena.

Agarrando sus antebrazos, me siento en la silla.

Él comienza a alejarse.

—¿Nathan?

Él hace una pausa.

Levanto la mano y señalo:

—Creo que a Charles le gustaría ese.

107

Rosalyn

Pequeños pies caminan por mi costado, sacándome de mi sueño, lejos de un Nathan desnudo.

—Pequeño tonto. —Bostezo a través del insulto.

Charles, sin molestarse por los insultos, presiona su nariz contra mi sien.

—Okey, okey, estoy despierta.

Me doy la vuelta y miro al techo parpadeando.

—En serio —le rasco la cabeza a Charles—. ¿Qué tiene que hacer una chica para conseguir una polla por aquí?

El gato maúlla.

—Probablemente tengas razón.

Suspiro.

La falta de sexo es culpa mía. He estado tan cansada las dos últimas noches que apenas recuerdo haberme ido a la cama, pero sí recuerdo la conversación que tuvimos anoche en el camino a casa.

Y la melancolía intenta envolverme mientras lo recuerdo.

Nathan tiene que partir hacia California hoy para asistir a una especie de conferencia tecnológica que durará una semana.

Se disculpó, lo cual es ridículo ya que es por su trabajo, y su trabajo es dirigir una empresa de tecnología.

Pero lo que es aún peor que su partida es que se dirige desde la oficina al aeropuerto.

De nuevo, no puedo reprochárselo, ya que ha estado en casa conmigo desde el accidente.

Obviamente, como responsable puede delegar, pero eso no significa que no se le haya acumulado trabajo.

Por mí.

Charles maúlla de nuevo y yo giro la cabeza hacia la cómoda que está contra la pared y el cuadro que reposa sobre ella.

—¿Te gusta tu cuadro? —Extiendo la mano y dejo que Charles frote su mejilla contra mi palma—. A mí también me gusta.

El gran lienzo cubierto de espadañas doradas es perfecto para Charles. Los tonos anaranjados brillan a la luz de la mañana, imitando su pelaje brillante.

Y las cinco cifras que Nathan pagó por él ayudarán a proteger el hábitat de algunos animales, así que me niego a sentirme culpable por decirle que comprara uno grande.

Las patas del gato presionan mi estómago mientras Charles se sube encima de mí.

Miro el reloj y veo que son poco más de las nueve.

—¿Tienes hambre, muchacho?

Charles amasa su patita en mi vientre.

Antes de irse esta mañana, Nathan me despertó el tiempo suficiente para besarme en la mejilla y recordarme que puedo llamar en cualquier momento si tengo preguntas sobre Charles, pero lo he visto alimentar al felino lo suficiente durante los últimos días y sé que ya pasó su hora de desayunar.

Charles salta de mí y luego se queda de pie en el borde de la cama, mirándome por encima del hombro.

Levanto las manos y digo:

—Mantén tus pantalones peludos puestos. Me estoy levantando.

Hace un ruido que estoy segura que me dice que me apure, luego salta al suelo.

—Tú y tu humano —resoplo—. Siempre tienen hambre.

Estoy tomando mis muletas cuando me detengo y se me ocurre una idea.

108

Nate

Presiono enviar en el correo electrónico que acabo de terminar y mi computadora se actualiza con cinco nuevos.

—Mierda —gimo.

En casa me mantuve al tanto de todo, pero sé por experiencia que terminaré abrumado al final de esta maldita conferencia.

Si no fuera uno de los oradores mañana, no me iría esta noche.

Y si no estuviera en un panel el último día de la conferencia, volvería a casa temprano.

Pero, por desgracia, el universo está decidido a mantenerme separado de Rosie durante demasiados días.

Mi Rosie.

Esta mañana cuando la desperté para despedirme, estaba tan dormida que apenas tenía los ojos abiertos, y era la visión más dulce que jamás pude imaginar.

Quiero despertar con esa vista todos los días.

Quiero tener su calor a mi lado cada noche.

Y tengo que encontrar una manera de pedirle que se quede sin sonar como un acosador obsesionado.

Abro el siguiente correo electrónico y hago todo lo posible por apartar de mi mente los pensamientos sobre Rosie, pero, de alguna manera, ella me distrae aún más cuando no está aquí que cuando sí. Como trabajaba

desde casa, sabía que estaba cerca. No tenía que preocuparme por lo que estaba haciendo ni por dónde estaba.

Rosie tiene su propia carrera, su propio negocio, pero me pregunto si puedo convencerla de que venga a compartir mi oficina.

Podría poner una placa eléctrica en el aparador que está detrás de mí, y hay espacio en el armario de la esquina para una batidora...

Alguien llama a la puerta y estoy tan perdido en mi ensoñación que me sobresalto en el asiento.

Giro mi silla para enfrentar el sonido.

—¿Sí?

Blake abre la puerta.

—¿Eh, señor Waller?

—¿Sí, Blake?

—La recepción me llamó para avisarme que había una mujer esperándolo, pero no tiene cita y no estoy seguro de qué debo hacer.

—Bueno, ¿te dio un nombre o para qué está aquí? —pregunto, un poco exasperado.

No aceptamos solicitantes y no espero a nadie, por lo que me molesta que mis pensamientos sobre Rosie se hayan visto interrumpidos por esto.

—Eh, dijo que es su novia, pero...

—¿Rosie? —Me siento erguido en mi silla.

Blake sacude la cabeza, apagando mi entusiasmo.

—No creo que su nombre fuera Rosie…

—¿Rosalyn?

Blake levanta el dedo índice.

—Ese.

Salgo de la silla de un salto.

—Ella *es* mi novia.

Los ojos de Blake se abren de par en par.

—Oh, mierda.

Casi sonrío cuando Blake finalmente maldice frente a mí, pero estoy demasiado emocionado de que Rosie esté aquí.

Espera, ¿por qué estaría ella aquí?

Corro alrededor de mi escritorio hacia la puerta.

¿Pasó algo?

Blake salta para apartarse de mi camino y yo paso a grandes zancadas junto a él.

Nuestro espacio de oficina no es enorme, pero hay una curva en el pasillo entre aquí y la recepción.

A medida que mi preocupación aumenta, recuerdo sus muletas.

Mis pies se detienen.

¿Debo llevar mi silla de oficina?

Me giro hacia mi oficina.

Pero eso es dar marcha atrás.

Me doy la vuelta.

¿Debería tomar la silla de la oficina de otra persona?

—¿Nathan?

Mi cabeza se levanta de golpe.

De pie ahí, al final del pasillo, con muletas bajo los brazos, se encuentra una impresionante pelirroja.

Su cabello está suelto sobre sus hombros, lleva jeans y una blusa sin mangas, y luce tan impresionante como anoche.

Mejor aún porque ella está aquí.

En mi oficina.

—Rosie —digo y empiezo a trotar.

Su amplia sonrisa calma los nervios que bullen en mi interior, pero no disminuyo el ritmo.

Me detengo cuando solo hay un pie entre nosotros y levanto la mano para ahuecar sus mejillas.

—¿Estás bien? —Busco su mirada.

Su sonrisa desaparece.

—Estoy bien. Lo siento, yo… no quise preocuparte. No estaba pensando.

Exhalo un suspiro.

—No te disculpes. No es tu culpa que aparentemente me esté convirtiendo en mi mamá.

Rosie intenta negar con la cabeza.

—Tu mamá debe ser muy guapa.

Yo sonrío.

Entonces, porque puedo, bajo la cabeza y presiono mis labios contra los suyos.

Siento que su boca se curva hacia arriba y sonríe junto a la mía.

Cuando me alejo, ella chasquea la lengua.

—Qué chico tan malo, besándome en los pasillos de tu lugar de trabajo.

—Detalle clave: *mi* lugar de trabajo. —La miro a los ojos, muy bonitos y azules—. ¿Estás aquí porque me extrañaste o necesitas algo?

Hemos estado juntos todos los días durante una semana, pero la he extrañado toda la mañana, y por mucho que no quiera que sea infeliz, espero que ella también me haya extrañado.

Ella levanta un hombro.

—Te traje el almuerzo.

La miro fijamente. Miro fijamente esos malditos ojos que me han cautivado por completo.

—Me trajiste el almuerzo —repito.

Ella asiente y mis manos todavía sostienen su rostro.

—¿Qué me trajiste? —Noto la bolsa de supermercado reusable sobre su hombro que debe contener dicho almuerzo.

—Un sándwich.

—¿Casero?

Ella levanta una ceja.

—Obviamente.

Tomo una gran inhalación y luego exhalo.

—Mi chica me trajo un sándwich. —Sacudo la cabeza—. Eso es todo. Me quedo contigo.

Dejo caer mis manos de su rostro y deslizo un brazo alrededor de su espalda, engancho mi otro brazo debajo de sus rodillas y la levanto en mis brazos.

Sus muletas caen al suelo con un ruido metálico.

—¡Nathan! —grita, pero aun así me rodea el cuello con el brazo.

—No dejes caer el sándwich —le digo mientras comienzo a caminar de nuevo por el pasillo por donde he venido.

Ella balancea la bolsa sobre su regazo.

—Eres ridículo.

Unas cuantas cabezas aparecen por las puertas de las oficinas mientras avanzamos por el pasillo.

Inclino la barbilla a modo de saludo pero sigo caminando.

Rosie no es empleada aquí. No hay reglas que prohíban lo que hago.

Y aunque las hubiera, yo estoy a cargo, así que podría cambiar las reglas.

Tan pronto como estamos a la vista, Blake salta de su escritorio.

Antes de que pueda decir nada, hago un gesto con la cabeza hacia atrás.

—¿Puedes ir a buscar las muletas de Rosie? Están en el pasillo.

—Oh, okey. —Sus ojos se posan en Rosie y se abren de par en par, y es como si pudiera ver cómo se enciende la bombilla que dice *esa Rosalyn*.

Rosie levanta la mano cuando pasamos junto a él.

—Hola, Blake.

Blake no es lo suficientemente rápido para responder antes de que cruce la puerta de mi oficina.

Hago una pausa.

Si no estoy ocupado trabajando, me gusta caminar, por eso no tengo un sofá ni sillas grandes y cómodas en mi oficina como tienen algunas personas.

Decidiendo que mi silla de escritorio con ruedas es la mejor opción, cruzo la habitación y bajo con cuidado a Rosie a mi asiento.

Ella me mira como si fuera absurdo pero no protesta.

Se oyen pasos fuera de la puerta y me giro a tiempo para ver a Blake aparecer con las muletas de Rosie.

—Gracias —cruzo la habitación y se las quito—. Mi novia me preparó un sándwich para el almuerzo, así que considérame no disponible —miro el reloj y veo que son poco más de las once—, hasta el mediodía —luego cierro la puerta.

—¿Por qué tengo la sensación de que aterrorizas a ese pobre hombre?

Me río, pero me concentro en cosas más importantes.

—Dime que trajiste dos sándwiches y que planeas quedarte y comer el tuyo conmigo.

Rosie asiente mientras usa su pie sano para mover la silla hacia atrás.

—Pero antes de comer, tengo algo que decirte.

Ella deja la bolsa en el suelo y se quita un elástico para el cabello de la muñeca.

Me acerco mientras ella se recoge el cabello en una cola de caballo y tengo que asumir que no está dispuesta a darme malas noticias si ya está preparando su cabello para almorzar.

Aprovecho la abertura que ella me hace, me coloco frente a ella y me apoyo en el borde de mi escritorio.

—¿Qué pasa?

—Es algo que necesito confesarte antes de que te vayas. —Empuja su silla hacia adelante, cerrando el espacio entre nosotros.

—Puedes contarme cualquier cosa…

Ella asiente y luego mete la mano debajo de la silla.

Ella tira de la palanca que no puedo ver y la silla baja.

Hasta que la altura de sus ojos está en mi cintura.

Un cosquilleo comienza a subir por mi columna vertebral.

—¿Qué tienes que confesar, pequeña Rose?

Ella me sostiene la mirada.

—Que tengo *muchas* ganas de chuparte la polla.

—Mierda. —Exhalo la maldición mientras Rosie extiende la mano y me desabrocha el cinturón.

Hace una pausa para llevarse un dedo a los labios.

—Shhh. Estamos almorzando, ¿recuerdas?

Me agarro al borde del escritorio con ambas manos para no agarrarle el cabello.

—¿De verdad me trajiste un sándwich también? ¿O fue todo una artimaña porque mi chica tiene hambre de polla?

—Los sándwiches son de verdad. —Me guiña un ojo y me baja la cremallera.

—La mejor novia del mundo.

Cuando ella baja la parte delantera de mis bóxers, pierdo la batalla contra mi control.

109

Rosalyn

Los dedos de Nathan se hunden en mi cabello, desorganizando la coleta que acabo de hacer, y me encanta.

Libero su pene y mi centro late al tenerlo en mi mano.

Hemos estado tonteando, hemos follado, él se ha corrido sobre mí más de una vez, pero nunca había tenido una vista como esta.

Nunca tuve su polla en mi boca.

Agarro su base con una mano y deslizo la otra a lo largo de su longitud.

—Jesús —sus caderas se contraen—. Te confieso que me voy a correr vergonzosamente rápido.

Sonrío y acerco mi silla.

—Suena como un desafío.

Mantengo mis ojos en los suyos y abro la boca.

Su mirada está entrecerrada y aprieta sus manos en mi cabello.

Luego saco la lengua y le lamo la punta.

Él sisea.

Me río, porque aunque también me estoy torturando con esto, se siente bien provocar esa reacción en él.

Lamo de nuevo, saboreando su excitación mientras acaricio su longitud.

—Suficiente. —Desliza una mano hasta tocarme la nuca—. Es hora de que chupes.

Mis bragas se empapan con su tono mientras arrastra mi boca sobre su longitud.

El gemido que recorre su cuerpo es visceral.

Yo tarareo.

Él me atrae más cerca y se empuja más profundamente.

—Eso es, mujer. —Me agarra la cola de caballo y jala mi cabeza hacia atrás—. Así es como se chupa una polla.

Mis ojos comienzan a cerrarse. Sus palabras de elogio son tan sucias, y me encantan.

Él me empuja hacia adelante.

La punta de su pene choca contra el fondo de mi garganta y mis músculos se contraen.

Me atrae hacia atrás.

—Trabajaremos en eso. —Me arrastra hacia abajo de nuevo—. Trabajaremos en meterte toda mi polla en la garganta.

Tarareo de nuevo.

Quiero eso.

Quiero poder tomarlo todo.

Pero también me alegro de que no vaya a intentar forzarlo.

—¿Te gusta la idea? —Sin sujetar mi cabello con la mano, Nathan se inclina para sujetar la parte delantera de mi garganta—. Te gusta la idea de que mi pene sobresalga de tu garganta.

Santa mierda.

Aparta mi boca de su polla y usa su mano en mi garganta para empujar mi barbilla hacia arriba.

—Dime.

Respiro tan agitadamente que me toma un segundo responder:

—Quiero eso.

Nathan jala mi cabeza aún más hacia atrás, luego se inclina y golpea su boca contra la mía.

Él presiona su lengua entre mis labios.

Lo dejo entrar.

Le dejo probarse a sí mismo.

Devuelvo tanto como recibo.

Él gruñe y se aparta.

—Tócate. Vuelve a meter mi pene en tu boca y luego tócate.

Vine aquí solo con la intención de sacármelo de encima.

Incluso usé jeans en lugar de algo más suelto para no sentirme tentada.

Pero estoy tan excitada que no tengo más opción que hacer lo que él dice.

Cierro mis labios alrededor de su punta, luego suelto su polla con mis manos para poder desabrocharme los pantalones.

Me resulta difícil meter la mano dentro de mis jeans, pero con un poco de inclinación de mis caderas, mis dedos se deslizan dentro de mis bragas.

Tan pronto como mis dedos hacen contacto con mi clítoris empapado, un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Qué buena chica. —Nathan jala mi cabeza hacia adelante—. Mi buena chica. Frotándose su pequeño clítoris. Disfrutando chupándomela.

Me hace trabajar de arriba a abajo, y estoy muy cerca.

El me jala profundo otra vez.

Dando un empujoncito contra mi resistencia.

No sabía que perder el control podía sentirse así.

Que podría ser así de bueno.

—Vas a aprender rápido —dice entre dientes.

Adelante y atrás.

Arriba y abajo.

—A finales de otoño, me tragarás por completo. —Me sostiene en mi lugar—. Y a finales de año, podrás tomarme por completo con ese dulce trasero.

Mi coño se aprieta y gimo a su alrededor.

La idea debería asustarme.

Aterrorizarme.

Pero no puedo pensar en nada más caliente que entregarle mi cuerpo a este hombre.

—Dios, eres jodidamente perfecta —gime—. Hablo de follarte el trasero y tú gimes alrededor de mi polla.

Mis ojos revolotean.

Mi ropa se siente muy apretada.

Mi corazón está acelerado.

—¿Estás cerca, pequeña Rose?

Asiento, llevándolo casi demasiado lejos con el movimiento.

—¿Vas a tragar?

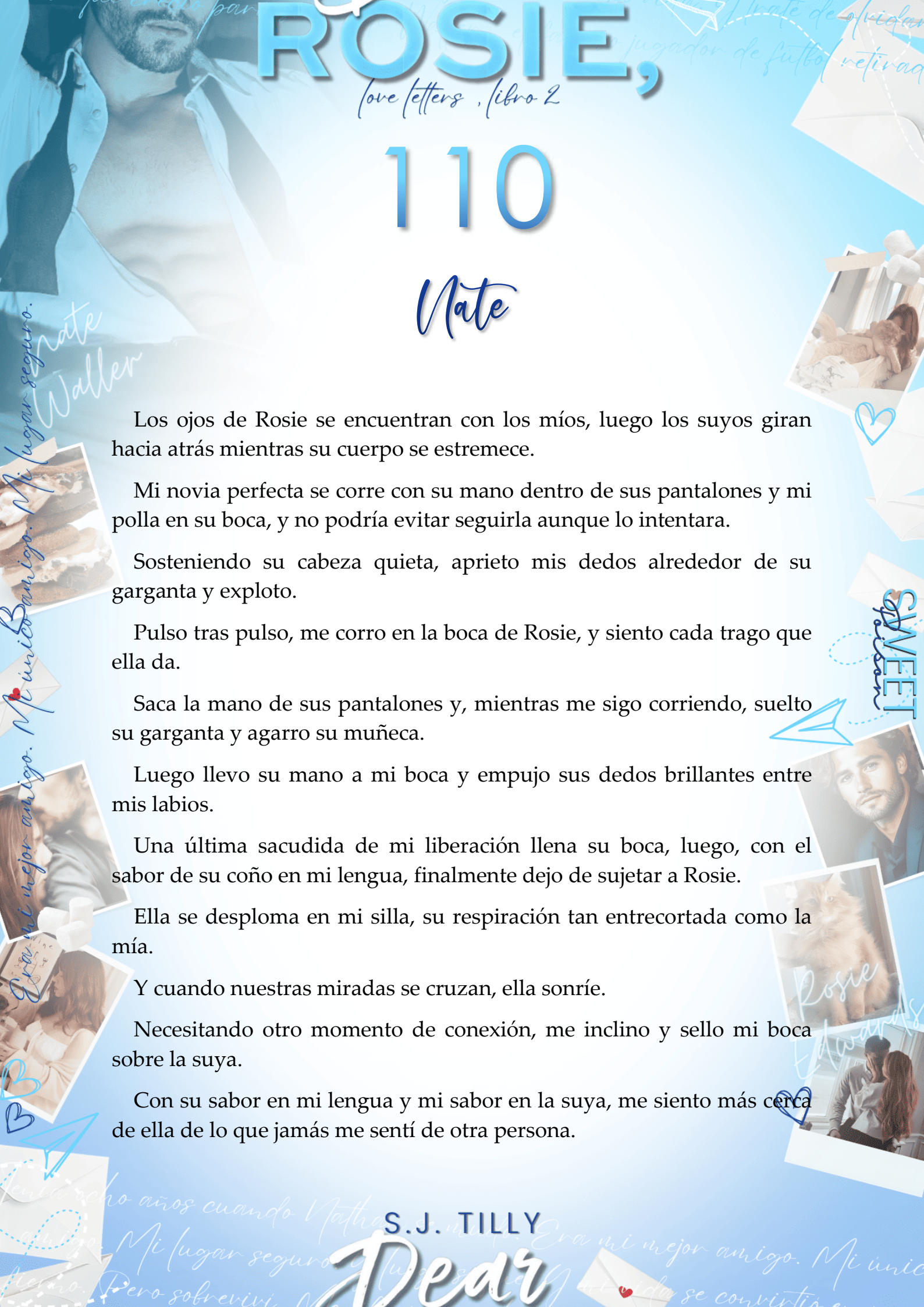
Froto mis dedos más rápido sobre mi clítoris y asiento nuevamente.

Nunca he tragado antes, pero no puedo imaginarme retirándome ahora.

No puedo imaginarme decirle no a este hombre.

Jala mi cola de caballo de modo que solo la punta de su polla está en mi boca.

—Córrete para mí.



110

Nate

Los ojos de Rosie se encuentran con los míos, luego los suyos giran hacia atrás mientras su cuerpo se estremece.

Mi novia perfecta se corre con su mano dentro de sus pantalones y mi polla en su boca, y no podría evitar seguirla aunque lo intentara.

Sosteniendo su cabeza quieta, aprieto mis dedos alrededor de su garganta y exploto.

Pulso tras pulso, me corro en la boca de Rosie, y siento cada trago que ella da.

Saca la mano de sus pantalones y, mientras me sigo corriendo, suelto su garganta y agarro su muñeca.

Luego llevo su mano a mi boca y empujo sus dedos brillantes entre mis labios.

Una última sacudida de mi liberación llena su boca, luego, con el sabor de su coño en mi lengua, finalmente dejo de sujetar a Rosie.

Ella se desploma en mi silla, su respiración tan entrecortada como la mía.

Y cuando nuestras miradas se cruzan, ella sonríe.

Necesitando otro momento de conexión, me inclino y sello mi boca sobre la suya.

Con su sabor en mi lengua y mi sabor en la suya, me siento más cerca de ella de lo que jamás me sentí de otra persona.

111

Rosalyn

Charles se golpea la cabeza contra la esquina de mi computadora portátil.

—Yo tampoco lo sé —resoplo.

El gato me mira. Yo miro al gato, luego vuelvo a centrar mi atención en la pantalla del ordenador.

Ayer, mientras comíamos mis sándwiches rellenos de ensalada de huevo en la oficina de Nathan, él me preguntó si alguna vez pensé en escribir un libro de cocina.

Lo dijo entre bocados gigantes, como si nada, como si la sugerencia en sí no fuera lo más alentador que alguien me hubiera dicho jamás.

Y mientras yo me quedaba sentada, atónita, él siguió adelante. Me sugirió que podía diseñarlo con letra manuscrita en los márgenes, como los viejos libros de cocina que me gustaba comprar. Me dijo que sería más personal y que podría poner un prólogo o un epílogo, explicando sobre ese primer libro de cocina que encontré y cómo empezó todo.

Puede que se haya dado cuenta de mi reacción emocional, pero siguió hablando de cómo podría tener una sección entera sobre malvaviscos y una sección sobre la mejor manera de preparar comida para fiestas grandes.

No es que nunca haya pensado en eso. Como, si nunca hubiera soñado con ver mi nombre en la portada de un libro de cocina, pero eso es todo lo que ha sido.

Un sueño.

Miro la pantalla frente a mí.

Siendo realista, sé que todavía es un sueño y que las posibilidades de que algún día publique uno son mínimas.

Pero escuchar a Nathan hablar de eso con tanto entusiasmo me hizo querer intentarlo.

Charles maúlla una vez y luego salta de la mesa.

Me doy la vuelta para observarlo y me pregunto si habrá una manera de incorporar un gato en las fotos que eventualmente necesitaría tomar para el libro de cocina cuando lo termine.

—¿Qué pasa?

Charles arquea la espalda y baja la cabeza, y con un sonido que puedo sentir en mis huesos, vomita.

—¡Oh, Dios! —Mi estómago se revuelve, al mismo tiempo que la preocupación se apodera de mi garganta.

Charles emite un sonido aterrador y luego vomita por segunda vez.

—No, no, no, no. ¡No puedes estar enfermo! —le suplico al gato que ya ha demostrado estar enfermo.

Me levanto de la silla del comedor. Olvidé las muletas.

De pie, echo un vistazo alrededor del apartamento.

No sé qué estoy buscando, pero entonces algo llama mi atención y me quedo paralizada.

Pollo crudo.

Dejé un paquete de pollo crudo molido en la mesa para que se descongelara porque pensaba usarlo para la cena de esta noche, pero estoy tan acostumbrada a vivir sola que ni siquiera pensé que Charles intentara comérselo.

Me arrastro hacia la isla y puedo ver que la esquina del paquete está masticada, pero no puedo decir si Charles realmente comió algo.

El pollo crudo es malo ¿verdad?

Estoy bastante segura de que es malo.

Quiero decir, es un gato, pero...

Charles camina unos metros y vomita por tercera vez.

¡Ya lo está enfermando!

El pánico me invade.

—Está bien. Está bien —repito—. Te tengo. Está bien.

No está bien. No tengo idea de qué hacer.

Agarro mi teléfono de la mesa.

Son las cuatro de la tarde.

¿Y eso es qué, las dos en California?

No sé cuándo será el discurso de Nathan.

No puedo llamarlo durante ese tiempo. ¿Qué pasa si la vibración del teléfono en su bolsillo lo distrae?

Mi corazón galopa y trato de concentrarme.

¡Piensa!

Necesito ayuda.

Necesito ayuda

Miro mi teléfono.

Necesito *acudir* a alguien que me pueda ayudar.

Abro la aplicación de mapas en mi teléfono y busco veterinarios de urgencias cerca de mí.

Hay uno a cuatro minutos.

Presiono iniciar en las instrucciones y luego guardo mi teléfono en mi bolsillo.

—Ven aquí, Charles. —Doy un paso hacia él, poniendo todo mi peso sobre mi tobillo torcido sin pensar.

Me pica.

Me duele.

Pero no es horrible.

Doy otro paso.

No puedo cargar a Charles y usar muletas.

Y elegiría a Charles todos los días.

Doy otro paso alrededor del pequeño montón de vómito, luego me agacho y lo levanto del suelo.

—Eres un buen chico —le digo mientras lo abrazo fuerte—. Eres un buen chico y todo estará bien.

Acelero el paso y cruzo hacia la puerta principal.

Las llaves de mi camioneta están en un recipiente en una mesa auxiliar al lado de los zapatos.

Me pongo a Charles en un brazo y luego agarro las llaves mientras meto los pies en las sandalias. Mi tobillera encaja perfectamente en el calzado holgado.

Luego hago una pausa por un segundo antes de agarrar también el cuenco.

Estoy bastante segura de que es cristal, pero si Charles tiene que vomitar otra vez, quiero darle un lugar donde pueda hacerlo.

Hago malabarismos con todo en mis brazos y luego me acuerdo de mi bolso.

—Mierda.

Nunca he ido a un veterinario de urgencias antes, pero estoy segura de que no es gratis.

Mi bolso está en la mesa.

Giro demasiado rápido y ese es el movimiento que me lastima el estúpido tobillo.

—Mierda, mierda, mierda. —Atravieso la habitación tan rápido como puedo y, con una sola mano, meto el cuenco y las llaves en mi bolso,

para luego colgarlo sobre mi hombro—. Prometo que nos vamos ahora —le digo a Charles, pero luego vuelvo a mirar las manchas sucias en el suelo.

¿Necesito traer una muestra?

Cuarenta y cinco segundos después, tengo una bolsa de sándwich en mi mano, al revés.

Aguanto la respiración, luego me inclino, girando para mantener mi bolso sobre mi hombro, y recojo el bulto viscoso.

Me dan arcadas.

Esto es tan repugnante, pero no tengo tiempo que perder.

Exhalando un suspiro, abrazo a Charles contra mi pecho y torpemente saco la bolsa de mi mano y la sello.

Me dan arcadas otra vez.

Y siento arcadas una última vez mientras meto la *bolsa de vómito* en mi bolso.

Charles me mira parpadeando como si estuviera loca, pero lo único en lo que puedo pensar es que él necesita estar bien.

Charles tiene que estar bien.

No podría manejarlo si él no estuviera bien.

Y si yo fui la razón por la que le pasó algo…

Abrazando a Charles más fuerte, corro de regreso a través del apartamento y salgo por la puerta.

Su corazón late contra el mío, y así, en este momento, se siente frágil.

Las lágrimas arden mientras llenan mis ojos.

Esta dulce y hermosa criatura está enferma por mi culpa.

Las lágrimas caen mientras entro en el ascensor vacío.

Este no puede ser mi legado.

No quiero ser una asesina.

No puedo ser responsable de herir a un inocente.

Nunca quise causarle dolor a nadie.

Mis lágrimas se convierten en sollozos.

Nunca quise lastimar a nadie.

Charles ronronea y las vibraciones resuenan contra mis costillas.

—Está bien —susurro.

Las puertas se abren hacia el estacionamiento y salgo corriendo del ascensor, casi chocando contra un hombre que espera para subir.

—L-lo siento —mi voz se quiebra.

Él dice algo. Tal vez me grita. Tal vez me pregunta si estoy bien.

Pero no puedo entender sus palabras porque mi corazón late fuerte.

Cuatro minutos.

Lo único que necesito para superar esto son cuatro minutos más.

Cuatro minutos más y estaremos en algún lugar donde podremos ayudar a Charles.

Intento trotar, pero la punzada de dolor que me sube por la pierna casi me hace gritar.

Me ahogo con mi respiración.

Si me lastimo más el tobillo, no podré llevar a Charles al veterinario.

Y esperar un Uber tomaría demasiado tiempo.

Mantengo mi paso lo más firme posible y finalmente llego a la camioneta.

Charles permanece relajado en mis brazos, y cuando lo guío hacia el asiento del copiloto, va voluntariamente.

Me cuesta un poco entrar, pero cuando lo hago y cierro la puerta de un golpe, agradezco que mi pie derecho (con el que conduzco) no sea el que late de dolor.

—Aguanta, amigo —le digo a Charles mientras pongo la reversa y empiezo a salir del lugar de estacionamiento—. Llegaremos pronto.

112

Nate

No reconozco el número de la persona que llama, pero como es de casa, me disculpo y le contesto:

—¿Hola?

—Hola, soy Lindsay de Oak Tree Animal Clinic. ¿Tienes un gato llamado Charles?

Mi maldito corazón se detiene.

—Sí. —Tengo que presionar mi mano contra mi pecho—. ¿Qué pasó?

—Él está perfectamente bien —me tranquiliza inmediatamente.

—Mierda. —Mi cuerpo se hunde en un jodido alivio y casi me desmayo—. Creo que necesito un desfibrilador.

—Lo siento, no quise alarmarte. —Se está disculpando, pero juro que la oigo intentando no reír—. Solo queríamos verificar cierta información, ya que la mujer que trajo a Charles no sabía nada sobre él, y necesitamos saber a qué veterinario llamar para obtener sus registros.

La mujer que lo trajo.

—¿Rosie? —Sacudo la cabeza—. ¿Rosalyn? ¿Lo llevó ella?

La mujer hace un sonido de aprobación:

—Ella está bien ahora.

Eso me pone la columna recta.

—¿Cómo que está *bien ahora?*

—Estaba bastante alterada cuando llegó aquí. Me tomó varios intentos entender lo que había pasado.

—¿Qué *pasó?* —Intento mantener el tono sereno, pero necesito que esta señora empiece a explicarme.

—El gato vomitó varias veces y a la señorita Edwards le preocupaba que pudiera haber comido pollo crudo, así que lo trajo al hospital.

—¿El pollo crudo es malo para los gatos? —pregunto, pensando en todas las cosas que escucho sobre la dieta cruda.

—Puede haber algunas razones para preocuparse, pero en general no, y no pudimos encontrar ningún pollo en la muestra que trajo. Así que existe la posibilidad de que Charles ni siquiera comiera pollo y que su malestar estomacal se debiera a otra cosa.

—¿Muestra?

Ella se aclara la garganta.

—De vómito.

Hago una mueca.

—¿Pero está bien? Quiero decir, a veces vomita, pero siempre parece estar bien después.

La mujer tararea:

—Le dijimos que lo siga vigilando y que nos informe si hay algún cambio, pero no nos preocupa enviarlo a casa. Podría haber sido solo una bola de pelo o algo que comió, pero sus signos vitales están bien y parece alerta y feliz. Solo necesitamos sus registros para poder agregarlos a los nuestros para esta visita. ¿Tiene un veterinario al que podamos llamar?

—Sí, vamos a la clínica veterinaria Nussen —le digo—. Tendría que buscar el número.

—Está bien—me dice—. Estamos familiarizados con ella.

—Okey, bien. ¿Puedo pagar por teléfono? —No quiero que Rosie tenga que pagar la cuenta.

—No hay problema. Te transferiré a la recepción. Normalmente hay un pequeño cargo por el portabebés de cartón que vamos a recomendar, pero no lo cobraremos. Simplemente no queremos que ella lo lleve en brazos sin correa o arnés.

Tengo que pensarlo un segundo.

—Ella… ¿lo cargó? ¿Como, solo en sus brazos?

—Suele pasar.

Mientras saco mi tarjeta para pagar, pienso en mi Rosie y en lo asustada que debe haberse sentido, y me duele el corazón.

113

Rosalyn

—Okey, señorita Edwards —la veterinaria entra en la pequeña habitación—. Está bien para irse.

Coloca una caja de aspecto extraño sobre la mesa de examen. Tiene agujeros en los costados y asas en la parte superior. Mientras la miro, lo entiendo.

La vergüenza inunda mis mejillas y abrazo a Charles más cerca de mi cuerpo.

Es una transportadora para gatos, porque la gente normal no lleva a su gato al veterinario sin más.

Aprieto mis labios.

La cagué otra vez.

¿Qué hubiera pasado si Charles hubiera saltado de mis brazos cuando caminaba desde el auto hacia la clínica?

¿Y si se escapaba?

Tengo ganas de sacar el recipiente para vomitar de mi bolso y usarlo.

Los gatos no vienen cuando se les llama.

Generalmente.

Miro hacia abajo y veo los ojos felinos que me miran fijamente.

No te habrías escapado ¿verdad?

Parpadea y sé que me está diciendo que nunca se le ocurriría hacerlo.

Mi estómago se calma un poco.

La mujer abre la tapa de la caja.

—Esto es para que te lo lleves a casa.

—Gracias —digo en voz baja mientras me levanto.

Mi maldito tobillo me duele en protesta por haberlo usado demasiado hoy, así que cojeo hasta la mesa.

Cambio mi agarre sobre Charles y lo sostengo sobre la caja.

Mientras lo bajo, saca una pata y la golpea contra el borde superior de la caja.

Lo siento, articulo.

Traidora, él protesta de regreso.

La mujer me muestra cómo asegurar la tapa y me disculpo en silencio con Charles una vez más antes de cerrarla.

—Gracias —mantengo la mirada apartada—. ¿Te pago o me voy?

Entré sollozando.

No sabía nada sobre Charles aparte de su nombre.

Lo cargué como si fuera una bolsa de compras y no una criatura viviente.

Y he estado caminando de un lado a otro por la sala de exploración, con mi tobillera de plástico visible sobre mis leggins, esnifando y secándome las mejillas continuamente.

Realmente no quiero ver a nadie más aquí.

—Oh, eh, el señor Waller ya se encargó de eso.

Mi mirada se levanta bruscamente y se encuentra con la suya.

—¿Hablaste con él?

Ella asiente y no puedo decir si la mirada cautelosa que me da es porque en general soy lamentable o si Nathan estaba enojado por teléfono.

Yo fui quien le dio su información, así que no debería sorprenderme que ella lo llamara, pero supongo que pensé que solo la querían para el archivo de Charles. No pensé...

No lo pensé.

Abrazo la caja contra mi pecho.

—En realidad, recomendamos usar las asas —dice la mujer suavemente.

Por supuesto que lo hacen.

Las lágrimas me pinchan los ojos mientras dejo la caja en la mesa y la tomo por el asa.

La mujer me entrega mi bolso.

—Gracias —susurro.

Sosteniendo la transportadora a mi lado, salgo de la habitación y de la clínica.

114

Nate

Observo la ubicación de Rosie, la observo salir de la clínica veterinaria, observo su punto brillante moverse por el estacionamiento.

Observo como se detiene.

Estaba planeando esperar hasta que estuviera en casa para llamarla, pero cuando su punto no se mueve durante treinta segundos, decido no esperar.

115

Rosalyn

Con el aire acondicionado a todo lo que da, verifico tres veces que las puertas de mi camioneta estén cerradas, luego me giro en mi asiento y me coloco de cara la transportadora en el asiento del copiloto.

—Te dejaré salir, pero tienes que prometerme que volverás a entrar cuando lleguemos a tu edificio —le digo a Charles a través de los agujeros en el costado de la caja.

No sé cuáles son las reglas con respecto a los invitados en el edificio de Nathan, pero probablemente sea mejor que no llame mucho la atención.

Como cuando salí corriendo del ascensor esta mañana y casi atropellé a alguien mientras lloraba histéricamente con un gato en mis brazos.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás, apoyada en el reposacabezas, recordando que llamaban a Nathan.

Él no va a estar feliz.

Me imagino su hermoso rostro.

Escucho su suave voz en mi mente.

Y me recuerdo que él no me gritará.

Él no es del tipo que grita cuando está enojado.

Él no me golpeará ni me hará daño.

Lleno mis pulmones.

No hará ninguna de esas cosas horribles, pero aun así estará molesto.

Podría haber matado a Charles.

Charles maúlla.

—Lo siento, hombrecito. —Me paso el dorso de la mano por la mejilla, luego abro la tapa de la caja y separo los lados.

Charles saca la cabeza de la caja pero no salta.

—¿Quieres quedarte ahí? —Extiendo la mano con cautela. Lentamente.

Charles me mira de reojo, pero cuando mis dedos rozan la parte superior de su cabeza, se inclina ante mi toque.

Su ronroneo es tan fuerte, tan feliz, que rompo a llorar de nuevo.

Una parte de mí esperaba que me odiara, pero Charles es demasiado bueno para eso. Demasiado magnánimo.

Meto la mano en la caja, lo saco y lo pongo sobre mi regazo.

—Eres un buen chico —hipeo en su pelaje—. El mejor chico. Te amo tanto.

Él simplemente sigue ronroneando.

Y lo abrazo más fuerte.

Entonces mi teléfono vibra con una llamada entrante.

—¿Y si huimos? —susurro contra Charles, sabiendo quién debe estar llamándome.

Él maúlla de nuevo.

Él lo entiende.

Resignada, saco mi teléfono del bolsillo.

Deslizo mi lengua por mi labio inferior, sintiendo de repente mi boca seca.

Es una videollamada.

No quiero responder.

Pero he pasado gran parte de mi existencia haciendo cosas que no quiero hacer, así que ya me acostumbré a eso.

Tomo otra bocanada de aire y luego acepto la llamada.

Mientras se conecta, inclino la cámara para que apunte a Charles, mostrando que está bien.

—Oh, hola, amigo —saluda Nathan a su gato con un tono amable.

Charles estira el cuello y emite un ronroneo muy fuerte.

Nathan se ríe.

—¿Disfrutaste tu excursión de hoy?

Mantengo mi cara fuera de la vista.

—Le diste un buen susto a nuestra Rosie, ¿eh?

Nuestra Rosie.

Yo inhalo.

—Mi pobre bebé.

Miro por encima de la cabeza de Charles hacia el teléfono y veo el hermoso rostro de Nathan llenando la pantalla.

Pero él no está mirando a Charles; él me está mirando a mí.

—Lo siento mucho —casi me ahogo con las palabras.

—Rosie...

—No estaba pensando, y puse en peligro a Charles, y yo... —Tomo aire entrecortado—. Lo siento tanto, Nathan. —Cierro los ojos con fuerza y aprieto la cara contra la espalda de Charles.

—Rosie. —La voz de Nathan es tan tranquilizadora que hace que las lágrimas broten más rápido.

Sé cuánto ama a este gato.

Y sé que será amable si me pide que me vaya.

Pero ser *amable* de alguna manera lo empeora todo.

Levanto la cabeza y me obligo a afrontar las consecuencias.

—¿Estás bien? —La pregunta de Nathan es tranquila.

Y yo… no lo entiendo.

—¿Yo? —articulo la palabra.

Él asiente.

—Debería haberte advertido que a veces devora su comida demasiado rápido y… hace lo que hizo. Lamento que te haya asustado, e incluso si se comió el pollo, estará bien.

Lo miro fijamente. Este novio mío. No lo merezco.

—No… ¿No quieres que me vaya?

Nathan frunce el ceño.

—¿Qué?

Enrosco mis dedos en el pelaje de Charles.

—Lo entendería si...

—No —niega con la cabeza—. No, Rosie, no quiero que... —Nathan aprieta los labios.

—Lo siento —susurro, sin saber muy bien por qué me estoy disculpando esta vez, pero sintiendo la necesidad de hacerlo.

—Rosie, escúchame, ¿okey?

Me muerdo el labio y asiento.

Nathan respira profundamente.

—Necesito que me escuches de verdad cuando te digo que no quiero que te vayas. Charles no quiere que te vayas. No has hecho nada malo. Lo del pollo fue un accidente y parece que ni siquiera comió eso, pero incluso si lo hizo, fue un accidente, y tú... —Vuelve a sacudir la cabeza—. Llevaste a mi gato en tus malditos brazos directo a la clínica de urgencias.

En ese momento, Charles estira el cuello y me lame la mejilla.

La sonrisa de Nathan es muy suave.

—Ninguno de nosotros quiere que te vayas, Rosie, y si nos salimos con la nuestra, nunca te irás.

Observo sus rasgos. Parece serio.

—¿No estás enojado? —tengo que preguntar. Necesito asegurarme.

Esta vez, sacude la cabeza lentamente.

—No estoy enojado, Rosie. Ni un poco. En absoluto. Estoy agradecido por cómo lo manejaste.

Lo observo, busco pistas que me indiquen que miente, pero no parece ser así.

—¿Cómo está tu tobillo? —Me mira con complicidad—. Sé que no hay forma de que puedas cargarlo y usar tus muletas. Así que dime, linda Rosie, ¿cómo está tu tobillo?

Este hombre.

Este maldito hombre es mejor que cualquier esperanza que haya tenido jamás.

Me froto las mejillas con la palma de la mano y le respondo con sinceridad:

—Me duele.

—Mi pobre niña —me dedica una sonrisa triste.

Antes de que pueda decir más, se oye un ruido fuerte e inconfundible a través del teléfono.

Mis ojos se abren de par en par.

Mi boca se separa.

Y sale una carcajada.

116

Nate

Me doy la vuelta para mirar la pared del cubículo que me separa del hombre que acaba de echarse el gas más fuerte que escuché en mi vida.

—Amigo, ¿estás bien?

—Lo siento —murmura alguien con voz profunda.

Miro de nuevo el teléfono y digo:

—No fui yo.

La consternación que siento por el hombre del baño de al lado se desvanece cuando oigo la risa de Rosie.

—¿Dónde estás? —Ella me sonríe por encima de Charles, y siento el brillo de sus rasgos en mi alma.

Debo haberme movido demasiado porque el inodoro en el que estoy sentado comienza a descargarse, activándose los sensores automáticos.

Me levanto de un salto y maldigo, pues no quiero que el agua del inodoro caiga sobre mis pantalones.

—Solo estaba tratando de encontrar un lugar privado para hablar —explico.

Usando mi pie, pateo las cuatro capas de papel higiénico con las que forré el asiento dentro de la taza.

—¿Estabas…? —Rosie sostiene a Charles más alto para cubrirse la boca.

Levanto el teléfono y lo inclino hacia abajo, mostrando mi cuerpo y el hecho de que tengo los pantalones puestos y asegurados.

—Solo estaba sentado.

—Si tú lo dices.

Abro la puerta del cubículo y salgo a grandes zancadas.

—Lo prometo por Charles. —Me detengo en el lavabo—. Pero, aun así, déjame lavarme las manos. Un segundo.

Deslizo el teléfono en mi bolsillo y rápidamente me enjabono las manos.

Entra alguien a quien reconozco pero no puedo nombrar.

—Hola, Nate —me saluda.

Y mi bolsillo maúlla de vuelta.

Él inclina la cabeza mientras pasa junto a mí.

Charles siempre tiene el peor momento.

Con las manos secas, salgo del baño y saco el teléfono del bolsillo.

Rosie pone su mano sobre la cara de Charles.

—¿Pudiste oír eso?

—Oh, todo el baño escuchó eso —digo con rostro inexpresivo.

Ella se ríe entre dientes.

—Gatito malo.

Un hombre me levanta la mano mientras pasa.

—Waller, ¿cómo estás?

Le inclino la barbilla.

Cuando miro de nuevo el teléfono, la sonrisa de Rosie ha desaparecido.

—Lo siento. Por eso no te llamé. No quería interrumpir tus cosas del trabajo.

—No más disculpas, y no estás interrumpiendo nada. Simplemente no hay privacidad y no quería caminar el maldito kilómetro que hay a través del centro de convenciones para volver a mi habitación. —Doblo una esquina y apoyo mi hombro contra la pared—. Necesito que me prometas algunas cosas antes de colgar.

Rosie asiente.

—Cualquier cosa.

Su aceptación instantánea me tranquiliza aún más.

—Necesito que conduzcas directo a casa. Necesito que camines con mucho cuidado hasta los ascensores, luego necesito que tengas el mismo cuidado al entrar al apartamento.

—Lo prometo.

—Después de que tomes las muletas, necesito que saques una bolsa de hielo del congelador, te sirvas agua y tomes los analgésicos del baño. —Hago una pausa y, cuando ella no dice nada, la presiono—. Di que lo prometes.

—Lo prometo.

Parece como si estuviera luchando contra una sonrisa.

Bien.

—Entonces —levanto un dedo para que lo pueda ver—. Te irás a acostar en nuestra cama. —Su mirada parpadea cuando digo *nuestra...* y siento una sensación de satisfacción cuando ella no discute—. Vas a elevar y poner hielo en tu tobillo, y lo vas a elevar por el resto del día. Pondrás hielo tres veces más.

Esta vez, cuando hago una pausa, ella responde:

—Lo prometo.

—Y lo volverás a hacer mañana. Lo digo en serio, Rosie. Te voy a llamar por FaceTime todos los días que no esté y, si haces algo más que ir de la cama al sofá, me voy a enojar.

117

Rosalyn

—Lo prometo.

Nathan baja la barbilla.

—Esa es mi buena chica.

Sostengo a Charles un poco más alto, cubriendo la mitad inferior de mi rostro mientras admito:

—Me gusta cuando dices eso.

Mi novio me sonríe a través de la pantalla del teléfono.

—Oh, ¿te gusta?

Asiento.

—¿Escuchaste eso, Charles? A nuestra chica le gusta que la elogien.

—Nate. —Una voz femenina suena desde algún lugar del otro lado de la línea de Nathan.

Charles gira la cabeza hacia el teléfono y ambos entrecerramos los ojos.

El gato maúlla.

Estoy de acuerdo.

Sí, Charles, ¿quién demonios es esa?

—Si necesitas irte... —le digo, sintiéndome un poco mezquina después de que él ha sido tan amable conmigo pero sin poder evitarlo.

En lugar de parecer molesto por mi actitud, Nathan sonríe.

—El verde te queda bien, mi linda Rosie.

—¿Nate? —La voz suena de nuevo.

Nathan aparta la mirada de la pantalla y su sonrisa cambia a algo más neutral.

—Estaré contigo en un momento. —Vuelve a mirar la pantalla—. Lo siento, cariño. Creo que una de las planificadoras me está citando para una sesión.

Levanto una ceja.

No creo que eso sea lo que está pasando, pero creo que podría ser su manera de ignorar a la mujer.

—Oh, no soy yo... —interrumpe la mujer, con un tono incómodo, pero no lo suficiente como para alejarse—. Soy yo, Cindy.

Levanto mi cara de detrás de Charles y miro a *Cindy.*

118

Nate

Cindy se acerca, entrometiéndose, aunque puede ver claramente que estoy hablando por teléfono con alguien, y el hecho de que esté en una videollamada debería indicarle que se trata de algo personal, lo que es aún menos motivo para interrumpir.

Mantengo el teléfono frente a mí, pero levanto la mirada para encontrarme con la suya.

—Oh, hola. Enseguida estaré ahí.

Es vago y probablemente molestará a Rosie, haciéndole preguntarse de qué hablaré con Cindy, pero si está molesta, entonces tal vez no esté tan triste. Prefiero su irritación a su culpa.

—Por supuesto —sonríe Cindy—. No quise entrometerme. Pensé que podríamos ponernos al día.

Vuelvo a mirar mi teléfono y veo el ceño fruncido en el rostro de Rosie.

—Te dejaré ir —dice ella rotundamente.

Sus palabras me duelen porque no quiero que Rosie me deje ir nunca, pero sé que no es eso lo que quiere decir, así que le guiño un ojo.

—No olvides tus promesas —le digo.

Rosie sigue mirándome fijamente y Charles aparta la mirada de la pantalla.

—Que tengas una buena charla.

Ella realmente está tan obsesionada conmigo como yo lo estoy con ella.

Y sabiendo eso, decido distraerla aún más.

—Adiós, hermosa. Te amo. —Luego cuelgo.

119

Rosalyn

Se me cae la mandíbula y la pantalla se queda en blanco.

¿Él…?

Miro a Charles, que me mira.

—¿En serio ese hijo de puta acaba de decir que me ama?

Charles ronronea.

Y me echo a llorar.

120

Nate

Deslizo mi teléfono en mi bolsillo y siento una victoria tanto por la expresión en el rostro de Rosie antes de colgar como por la expresión incómoda en el rostro de Cindy ahora.

No quiero hablar con Cindy.

Hemos coqueteado un poco en el pasado (coqueteo con todo el mundo), pero eso es todo lo que ha sido, porque no tengo sexo en el trabajo.

Mi mente se remonta a ayer, cuando estaba follando a Rosie por la boca en mi oficina, y siento calor en el estómago.

Alejo esos recuerdos, no queriendo que la lujuria se refleje en mi rostro, dándole a la mujer frente a mí una idea equivocada.

—¿Esa era tu… novia? —pregunta Cindy, como si la idea en sí fuera absurda.

Dejo que mi cariño por Rosie llene mi sonrisa.

—Sí. Está en casa con nuestro gato enfermo.

Me doy una palmadita mental en la espalda por la imagen hogareña que pinté con esa frase.

—Oh —Cindy se mueve sobre sus pies.

—¿Te diriges al orador de la sala C? —Cambio de tema.

Cindy sacude la cabeza.

—En unos treinta días estaré en un panel en la F.

—Bien. —Es realmente genial. Deberían hablar más mujeres en esta convención, así que, dejando de lado la incomodidad, me alegro de que esté aquí—. ¿Sigues en la misma empresa?

Ella asiente.

—Sí, me ascendieron a directora de proyectos la primavera pasada.

—Eso es genial. Felicidades.

—Gracias —hace una pausa—. Entonces, ¿cómo conociste a tu novia?

Me sorprende un poco que Cindy vuelva a sacar el tema a colación, pero la pregunta me hace recordar el momento en que Rosie y yo nos vimos ya de adultos. Ella parada en la puerta de la casa de Maddox y yo pensando que era una fan.

—Tiene su propia empresa de catering y la contrataron para la boda de mi mejor amigo. Fue amor a primera vista —sonrío—. Al menos para mí. Ella necesitó algo de convencimiento.

Cindy se ríe educadamente.

—Mujer afortunada.

Niego con la cabeza.

—Afortunado yo.

121

Rosalyn

Exhalo un suspiro y luego respondo a la llamada de Nathan.

—Buenos días, Rosie Posie. —Me sonríe, como si supiera que todavía estoy procesando su pequeña declaración de amor de ayer.

Y por supuesto, todavía la estoy procesando.

¿Quién suelta la bomba con *A* de esa manera tan aleatoria?

¿Lo dijo porque realmente cree que me ama? ¿O lo dijo solo para que esa mujer, Cindy, se alejara?

¿Y por qué necesitaría decir algo tan drástico para que ella lo dejara en paz?

¿Qué tipo de historia tienen? Porque tienen que tener algún tipo de historia, de lo contrario, ella no habría dicho "*ponernos al día*" como lo hizo.

—Muéstrame tus pies. —Nathan sigue sonriendo.

Pongo los ojos en blanco y toco la pantalla para encender la cámara frontal.

Estoy en el sofá, con los pies apoyados sobre una almohada encima de la mesa de café.

—Siguiendo las órdenes del médico —le digo secamente, luego hago una panorámica hacia mi regazo, donde Charles está acostado boca arriba, con la cabeza entre mis rodillas y los pies en el aire—. Los dos estamos aquí.

Nathan se ríe y luego susurra:

—Oh, mírense ustedes dos.

Giro la cámara hacia atrás para que quede frente a mí.

Está en su habitación de hotel, vestido, pero los botones superiores de su camisa todavía están abiertos, y está descansando en su cama.

—¿Te has acostado con Cindy? —No puedo contener más la pregunta. Necesito saberlo.

—No, nunca. —Su sonrisa se apaga—. ¿Has estado preocupada por eso toda la noche?

Levanto un hombro.

—Rosie —dice, sosteniéndose una mano en el pecho—. Jamás he besado a esa mujer. Ni a nadie más en esta conferencia.

Me muerdo el labio.

—¿Alguna vez has engañado a alguien?

Sacude la cabeza, pero lo hace lentamente.

—No lo he hecho, pero hubo algunas mujeres en la universidad que pensaron que estábamos saliendo cuando no era así, así que podrían argumentar lo contrario, pero nunca he engañado a una novia.

Arrugo la cara.

—Eso es… muy honesto.

Se ríe, pero le falta humor.

—El precio de la fama. En Internet se pueden encontrar todo tipo de historias, verdaderas y falsas. Así que no tiene sentido mentir.

Algo que no es del todo lástima se instala en mí.

—No pensé en eso. —Mis hombros se desploman—. Lo siento, es solo que… pasó mucho tiempo desde que tuve una relación.

—Yo también, hermosa, pero no voy a arruinar esto. Ni con nadie aquí ni con nadie en ningún lado. —Se sienta más derecho—. Sé que esto es nuevo, tú y yo, pero te demostraré mi valía. Te demostraré que puedes confiar en mí.

Sus palabras hacen que me duela el pecho mientras la culpa me inunda.

—Confío en ti. —Mi voz se quiebra un poco y trago saliva—. Confío en ti más de lo que jamás he confiado en nadie. Es que… es que odié la forma en que esa mujer habló contigo. Como si te conociera —admito, dándole algo de esa confianza—. Nunca había sentido celos como los que sentí ayer por teléfono contigo, y después, bueno… simplemente no pude dejarlo pasar. Lo siento.

Nathan niega con la cabeza.

—No te disculpes. Prometo no darte nunca motivos para estar celosa, pero eso no significa que no me guste.

—¿Te gusta que esté celosa? —Frunzo el ceño.

—Sí, Rosie. Llámame imbécil, pero me gusta que te enojes porque otra mujer intenta hablar conmigo.

—¿Por qué? —pregunto sin entender.

—Porque significa que te importo.

Me dejo caer de hombros.

—Sí que me importas. Me importas mucho, Nathan.

—Lo sé. —Su sonrisa es tan amable, tan indulgente.

Algo empieza a pitar en su habitación.

—Mierda, me tengo que ir. —Mira su reloj—. Dale a ese gato unos cuantos rasguños en la barriga por mí.

Fuerzo una sonrisa en mi cara.

—Lo haré.

—Adiós, hermosa. Te llamaré esta noche. Deja de preocuparte y mantén ese pie en alto.

—Lo prometo —susurro, y luego se va.

Miro fijamente la pantalla, donde solía estar la cara de Nathan, y vuelvo a pensar en esa palabra.

Amor.

Pienso en lo mucho que quiero decírsela.

En cómo me gustaría preguntarle si realmente lo dijo en serio.

Pero la esperanza de eso…

La esperanza del amor…

La esperanza de un futuro. De felicidad.

Dios, jodidamente duele.

Porque eso es todo lo que alguna vez será.

Esperanza.

Porque no se puede construir una vida sobre un secreto.

Porque los secretos son frágiles.

Y al final, se desmoronan.

Llevándose todo lo demás consigo.

Respondo a la llamada de Nathan, con mi cámara ya apuntando a mi pie, apoyado sobre una almohada, mientras estoy acostada en la cama.

Anoche volvimos a hablar. Fue una conversación tranquila, pero un poco apagada, ya que estábamos cansados y era tarde.

Pero quiero mantener el ánimo optimista hoy.

Ya siento que estoy fracasando como novia, que no le provoco más que estrés a Nathan, y no quiero ser esa persona para él. Quiero ser su lugar feliz, como él lo es para mí.

—Normalmente la gente tendría que pagar por todas estas fotos de pies. —Le dejo oír mi sonrisa mientras lo digo.

—Oh, ya lo sé. He estado vendiendo estas capturas de pantalla por mucho dinero en Internet.

Resoplo y giro la cámara hacia mí.

—Espero un porcentaje.

—¿Cincuenta y cincuenta? —me ofrece Nathan.

—Hmm —me toco la barbilla—. Pensaba que más bien serían ochenta - veinte. Ya que son mis pies y todo eso.

Nathan entrecierra los ojos.

—Setenta y treinta.

—Setenta y cinco y tienes un trato.

Extiende su mano hacia la cámara, como si estuviera ofreciéndose a estrecharme la mano.

—Trato hecho.

Yo también extiendo mi mano y hacemos como que nos la estrechamos.

—Dame tus datos y te transferiré setenta y cinco centavos —sonríe.

Me río.

—¿Solo ganaste un dólar? Mis pies deben estar peor de lo que pensaba.

—Tus pies son adorables.

Arrugo la nariz.

—¿Adorables?

—Ajá. Nunca entendí bien todo eso del fetiche de los pies, pero ahora... —me mira pensativo—. Si me lo pidieras, estaría dispuesto a ponerme tu dedo gordo del pie en la boca.

—¡Dios! —Me encojo contra la almohada—. ¿Por qué querría que lo hicieras?

—Dímelo tú. Es tu dedo del pie.

Niego con la cabeza.

—Estás trastornado.

—Tú eres la que me pide que te chupe los dedos de los pies.

—Ciertamente no pedí eso —levanto la mano para poner fin a la conversación—. ¿Cómo va la convención?

Nathan gime.

—Estoy rodeado de malditos nerds.

Me río.

—Odio tener que decírselo, señor director ejecutivo…

—No te atrevas.

Sonrío.

—Solo quedan un par de días, luego podrás salir con Maddox y hablar de fútbol hasta que tengas el pecho cubierto de tanto vello que podamos vender fotos de él por dinero.

—Cierto, cierto —suspira y se pasa una mano por el esternón.

Niego con la cabeza. Este hombre es tan raro.

Nathan inclina la cabeza y me mira fijamente.

—Aún estás pensando en que te chupe los dedos de los pies, ¿no?

—Adiós, Nathan.

—Un segundo. —Respondo la videollamada de Nathan en mi computadora portátil y luego vuelvo a mi documento de Word.

Se queda en silencio unos instantes mientras escribo antes de hablar.

—¿En qué estás trabajando?

Presiono guardar y luego minimizo la pantalla, revelando la cara curiosa de Nathan.

—Cosas —digo, solo para molestar—. ¿Ya terminaron por esta noche? ¿No hay cenas elegantes?

Estoy acostada en la cama, con la espalda apoyada en las almohadas, ya en pijama, y Nathan está acostado boca abajo en su cama, con el

pecho desnudo apoyado en una almohada, el cabello mojado peinado hacia atrás y algunos mechones sueltos alrededor de las sienes.

Y Dios, es guapo.

Sacude la cabeza.

—Les dije a todos los que me invitaron que ya tenía otros planes.

—¿Y tus planes eran quedarte desnudo en tu cama y hablar conmigo?

Él sonríe.

—Tengo puesta mi ropa interior. —Me río cuando la llama ropa interior—. Y tomé un sándwich de abajo mientras subía. Estoy tan harto de la gente que ni siquiera quería pedir el servicio a la habitación.

—No sé cómo lo haces. Un solo día con esa multitud y yo me escondería debajo de mis mantas.

Nathan apoya la barbilla en la mano y me dan ganas de estirarme y rascarle el vello facial con los dedos.

—No es tan malo. Me acostumbré a mucha mierda y a la atención durante mis días de futbolista, pero ahora trato con el público mucho menos y definitivamente tengo la mecha más corta, y la novedad se ha disipado un poco. Prefiero estar en casa.

Bajo su belleza, noto que parece cansado, y eso me hace querer darle un abrazo.

Pero no puedo, así que le doy la segunda mejor opción: la verdad.

—Te extraño.

Su sonrisa es lenta.

—Yo también te extraño. —Mi corazón da un vuelco porque sé que lo dice en serio—. Ahora, dime en qué estás trabajando.

Resoplo.

—Eres muy entrometido.

—Lo sé. Ahora dímelo para no tener que hackear tu computadora.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿De verdad puedes hacer eso? —Entonces recuerdo que sacó mi lista de la compra de mi portátil y decido que probablemente ya lo haya hecho.

Charles elige este momento para subirse a mi pecho, poniéndose entre mi computadora portátil y yo.

—Hola, hombrecito. ¿Cómo te fue hoy? —le pregunta Nathan a su gato.

Charles se gira hacia la pantalla y maúlla fuerte.

—Solo una noche más, amigo —le responde Nathan, recordándome que volverá a casa mañana.

—¿De verdad está bien que te saltes la cena de esta noche? —le pregunto por encima de la espalda de Charles.

—Director ejecutivo, ¿recuerdas? No necesito adular a nadie.

—Es cierto. —Paso una mano por el lomo del gato, luego suspiro—. Estoy trabajando en ese libro de cocina.

Nathan arquea las cejas.

—¿Tu propio libro de cocina?

Aprieto mis labios y asiento.

La imagen en pantalla se eleva hasta el techo de Nathan, gira y vuelve a él, que se sienta derecho en la cama.

—¡Es increíble! Cuéntame qué has hecho hasta ahora.

Su emoción llega directo a mi corazón.

Así que le digo.

Y cuando sigue haciendo preguntas, comparto mi pantalla con él.

Y cuando hago eso, él insiste en cambiar su teléfono a su computadora portátil para poder ver mejor.

Y luego pasamos las siguientes dos horas hablando de mi libro de cocina. Desde los títulos de los capítulos hasta la idea de los acuerdos

con las marcas y los fotógrafos que Nathan cree que serán buenos para las fotografías fijas...

—Todo esto es solo una idea —le recuerdo.

Sacude la cabeza.

—Es más que una idea, Rosie. Ya lo estás haciendo.

Está tan… emocionado.

Y la calidez de su emoción se instala en el centro de mi pecho.

—Gracias —trato de mantener un tono ligero.

—No me agradezcas. Tú estás haciendo todo el trabajo.

—Solo por tu apoyo. —Me obligo a mantener la vista fija en la pantalla. En Nathan—. Nadie ha creído en mí como tú.

Su garganta se mueve al tragar saliva.

—Siempre seré tu persona.

—Lo sé —digo en voz baja.

—Creo que sé qué título deberías ponerle al libro.

Mi boca se curva hacia arriba.

—¿Cuál?

—Rosalyn's Recipes.[1]

Es simple.

Es una imitación de mi empresa de catering.

—Es perfecto.

[1] Recetas de Rosalyn.

122

Rosalyn

Tengo cuidado de colocar mi ropa sucia en el cesto, comprobando que no haya dejado nada fuera de lugar en el mostrador del baño.

Charles da vueltas sobre el cojín del sofá que coloqué en el suelo para él afuera de la ducha y hago nota mental de volver a colocarlo cuando termine de ducharme.

Sé que a Nathan no le importará si el apartamento está limpio o desordenado, pero dejar que llegue a casa y encuentre un espacio ordenado es lo mínimo que puedo hacer.

Desnuda, entro en la ducha y abro el agua.

Nathan no llegará a casa hasta esta noche, pero quiero tomarme mi tiempo para prepararme y mimarme un poco, porque si no tenemos sexo esta noche, voy a ponerme furiosa.

123

Nate

No toco antes de abrir la puerta principal, con la esperanza de sorprender a Rosie con mi llegada anticipada.

Pero no importa si toqué o no, porque ella no está en la sala.

Echo un vistazo alrededor de la gran sala.

Tampoco está en la cocina.

Me quito los zapatos y dejo mi equipaje junto a la puerta.

Mientras paso junto a la isla de la cocina, disminuyo la velocidad.

Los recipientes de vidrio cubren la superficie, todos llenos de pequeñas galletas con forma de pez.

Sonrío y niego con la cabeza.

Rosie me dijo que le había preparado a Charles algunas golosinas caseras como disculpa, pero no me dijo que había hecho mil.

Me desabrocho la camisa mientras camino por el pasillo.

La tiro al suelo mientras entro al dormitorio.

Me desabrocho los pantalones mientras cruzo la habitación.

Me los quito de una patada mientras me detengo en la puerta del baño.

Y cuando veo la silueta de Rosie detrás del cristal esmerilado de la ducha, empujo mis bóxers al suelo.

124

Rosalyn

Sostengo la navaja debajo del chorro de agua para limpiar las hojas.

A Nathan parece gustarle mis… rizos, y voy a dejar el parche por encima de mi *área* como está, pero quiero afeitar el resto. Quiero que el resto esté suave y sedoso para su llegada.

Un lado está listo.

Muevo mi espalda hacia el agua y coloco mi pie izquierdo (sin el aparato ortopédico tendido en el suelo, fuera de la ducha) sobre el taburete.

Con la mano que no sostiene la navaja, aplico una buena cantidad de aceite de afeitar en mi palma.

Cuando Ruth fue a mi apartamento a buscar mi vestido dorado, le pedí que trajera más ropa y todos mis artículos de baño, y mientras aplico el aceite sobre mi piel, me siento agradecida, porque me encanta este producto.

Una ráfaga de aire fresco llena la ducha y miro por encima del hombro.

Entonces dejo escapar un chillido de sorpresa cuando Nathan, completamente desnudo, entra en la ducha.

Tiene los ojos entrecerrados y una mano sobre su polla ya endurecida mientras cierra la puerta detrás de él.

—¿Qué estás haciendo, pequeña Rose?

Me quedo paralizada y lo miro fijamente. Mi pie todavía está sobre el taburete, con la rodilla hacia afuera, lo que me da espacio para trabajar y le permite ver todo.

—¿Puedo ayudar? —Su voz es baja, ronca.

—¿Ayudar con qué? —De repente, siento la boca muy seca.

Él se agacha y toma la navaja de mi mano.

Luego se inclina para que nuestras bocas queden a solo una pulgada de distancia.

—Quiero afeitar este dulce coño, y no aceptaré un no por respuesta.

Él acorta la distancia y presiona sus labios contra los míos por primera vez en casi una semana.

Y sabe a puto paraíso.

Mis ojos se cierran y me acerco a él, agarrando sus costados desnudos, mi mano todavía está resbaladiza por el aceite.

Él pasa su lengua por mis labios y yo me abro para él.

Mientras invade mi boca, bajo mi mano cubierta de aceite y cierro mis dedos alrededor de su longitud.

Él gime y su polla salta en mi mano.

La lubricación hace que sea fácil deslizar mi mano hacia arriba y hacia abajo.

Para sentirlo.

Para apretarlo.

Los dedos de mi otra mano se clavan en su costado.

Él está aquí.

Él está aquí, está desnudo y está conmigo.

Algo que podría ser alegría estalla dentro de mi pecho.

Comienzo a acercarme más a él, a punto de bajar el pie, pero él agarra mi cadera, manteniéndome en mi lugar, mientras se aleja.

—Quédate ahí. —Él empuja sus caderas hacia adelante una vez en mi agarre, luego se baja al suelo, su polla se desliza fuera de mi mano mientras lo hace.

Arrodillado frente a mí, sus ojos están a la altura de mi coño.

—Nunca he hecho esto, pero tengo muchas ganas de hacerlo. —Se pasa la lengua por el labio inferior mientras me mira—. ¿Me dejarás?

¿Dejaré que este dios del sexo me afeite la vagina?

Sí. Sí, lo haré.

Cambio mi peso, girando mis caderas y abriendo mi postura, revelando más de mí a su mirada.

Su boca se curva en una sonrisa maliciosa.

—¿Te he dicho lo jodidamente perfecta que eres?

Me agacho y apoyo una mano en su hombro.

—Hoy no.

Nathan se inclina hacia adelante y me da un beso en la cara interna del muslo.

—Eres jodidamente perfecta. —Sus labios rozan mi piel con cada palabra.

Luego toma el aceite de afeitar que dejé en el taburete al lado de mi pie.

Deja la navaja y usa las dos manos para dispensar aceite en su palma.

El vapor se arremolina a nuestro alrededor, el agua golpea a Nathan en la espalda, pero juro que todavía puedo sentir su exhalación mientras se inclina más cerca.

—Solo este lado izquierdo —se dice a sí mismo mientras toca mi piel con las yemas de los dedos.

No puedo evitar sobresaltarme por el contacto, pero luego aplica un poco más de presión mientras desliza sus dedos por el pliegue donde mi muslo se encuentra con mi centro, sintiendo la suavidad del área que acabo de afeitar.

Mete sus dedos entre mis piernas, deslizándolos hasta que quedan alineados con mi abertura, luego los arrastra hacia adelante.

Incluso con el aceite en mi piel, no hay forma de confundir la nueva humedad que se acumula ahí.

Nathan gime.

—Déjame hacer esto. —Sus dedos se detienen contra mi clítoris y los mantiene ahí—. Déjame hacer esto primero, luego haré que te corras tanto como puedas soportar. —Retira sus dedos de mi clítoris—. Dime que está bien.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

—Sí. Date prisa.

Él se ríe y luego su otra mano está ahí, alisando el aceite sobre mi piel.

Debería estar nerviosa por tener a alguien tan cerca, listo para pasar una navaja afilada sobre la sensible piel de mi coño.

Pero cuando me abre…

Cuando pasa la navaja por mi piel por primera vez…

Todo lo que puedo sentir es placer.

Un placer tener sus manos sobre mí.

Un placer saber que está duro como una roca al hacer esto.

Un placer tener a alguien que me cuide.

Nathan sostiene la navaja bajo el chorro de la ducha y luego comienza de nuevo.

125

Nate

Mi polla está goteando sobre el suelo de la ducha.

No sé si alguna vez me he excitado tanto.

Eso parece ser lo que siento cada vez que estoy con Rosie.

El acto en sí, el deslizamiento de la navaja sobre la piel, no es sexual.

Pero a la mierda si no me deja listo para correrme sobre sus pies.

Mi polla se contrae y alejo de mi mente el pensamiento de sus lindos deditos de los pies.

Hoy solo hay tiempo para un nuevo fetiche.

Uso mis dedos para abrir a Rosie, comprobando si hay algún punto que haya pasado por alto.

Su piel es tan suave, tan rosada y bonita.

Si no estuviera cubierta de este aceite con aroma floral, la devoraría, pero sé que esto no es comestible, así que me conformaré con follarle el agujero en lugar de comérmelo.

Con una última pasada de la navaja, la dejo en el suelo, fuera del camino.

Todavía arrodillado, envuelvo mis dedos alrededor de su tobillo lesionado y la ayudo suavemente a bajarlo al suelo.

Luego tomo el pequeño frasco del taburete y miro la etiqueta mientras me levanto.

—¿Qué es esto?

—No tenemos que… —la voz de Rosie suena entrecortada.

Ella permaneció en silencio mientras la afeitaba, pero la forma en que casi jadea la delata.

A ella le gustó eso tanto como a mí.

—Dime qué hago con esto. —Cambio mi pregunta a exigencia y comienzo a desenroscar la tapa.

Rosie lo toma de mis manos, sosteniéndolo más lejos del rocío mientras quita la parte superior.

La sustancia que hay dentro es rosada, y ella saca una pequeña cantidad, tal vez del tamaño de una uva pequeña, luego vuelve a colocar la tapa.

—Es un exfoliante para mantener la piel suave después del afeitado. —Aplasta el exfoliante entre sus dedos y luego me lo tiende.

Lo tomo de ella.

He usado exfoliantes en mi cara antes, cuando tuve sesiones de fotos, así que estoy familiarizado con la idea.

—Voy a disfrutar esto —le digo con una sonrisa, luego la agarro por la cintura con mi mano vacía y la jalo para que su espalda quede hacia mí.

Mi polla dura se acurruca contra su trasero y ella se arquea.

Luego paso mi otra mano por su frente y froto suavemente el exfoliante sobre sus pliegues.

Extiendo mis dedos, con mi dedo índice en un lado de su coño y mi dedo anular en el otro, luego la acaricio hacia arriba y hacia abajo.

El exfoliante comienza a disolverse bajo mi toque, penetrando en su piel, dejando una capa suave detrás.

Contra mí, puedo sentir el pecho de Rosie subiendo y bajando a medida que su ritmo cardíaco aumenta.

Entonces agrego presión a mi dedo medio, arrastrándolo por su humedad hasta llegar a su clítoris.

—Éste es el primero —digo contra el oído de Rosie—. Quiero al menos dos.

—¿Primero?

Respondo a su pregunta aplanando todos mis dedos sobre su perla de nervios y frotándola en círculos.

—Oh, Dios. —Se aferra a mi brazo atado a su cintura.

—Puedes ser rápida esta vez, linda Rosie. —Dejo que mis dientes rocen la parte inferior de su oreja mientras balanceo mis caderas contra ella—. Pero voy a alargar el siguiente.

Sus dedos se clavan en mí.

—No puedo mantenerme de pie.

La abrazo con más fuerza.

—No te dejaré caer. —Sumerjo mis dedos en su interior y luego vuelvo a centrarme en su clítoris—. Ahora sé mi buena noviecita y córrete.

126

Rosalyn

Mi centro late y mis rodillas tiemblan mientras me deshago en los dedos de Nathan.

Es tan intenso que cierro los ojos y dejo que él tome mi peso, porque si no fuera por su brazo alrededor de mí, me derrumbaría en el suelo.

—Maldita sea, eso es. —El gemido de Nathan es fuerte contra mi espalda y balancea sus caderas contra mí.

Él libera su mano de mi coño y, un momento después, el agua se corta.

Mis ojos se abren de golpe cuando de repente estoy en el aire, en los brazos de Nathan, al estilo nupcial, como cuando me llevó a su oficina.

—No puedo esperar —dice entre dientes, apretando con fuerza sus dedos sobre mi piel húmeda.

Salimos de la ducha, pero Nathan no se detiene a buscar una toalla.

Dejando un rastro de agua, me saca del baño y me deja caer sobre la cama.

Las gotas que se acumulan en mi piel empapan el mullido edredón debajo de mí, y mi cabello es un desastre húmedo alrededor de mi cabeza, pero no puedo fingir que me importa nada de eso, porque Nathan está gateando sobre mí.

Abro las piernas, levantando las rodillas, y Nathan no se detiene hasta que está directamente encima de mi cuerpo.

Con sus ojos fijos en los míos, mete su mano entre nosotros y alinea la punta de su pene con mi entrada.

Te amo.

Las palabras están ahí.

En sus ojos.

Atascadas en mi garganta.

Flotando entre nosotros.

Me acerco a él, engancho mis manos bajo sus brazos y agarro su espalda.

Él se empuja dentro de mí, centímetro a centímetro, con fuerza.

Lo acerco más cerca.

Mi respiración se agita mientras me estiro a su alrededor.

Pasó tanto tiempo.

Demasiado tiempo.

Y lo necesito más cerca.

—Nathan —gimo, estirando mi cuello hacia él.

—Mi Rosie —gime.

Luego empuja sus caderas hacia adelante mientras baja su boca hacia la mía.

Nuestras lenguas se encuentran.

Mis uñas se clavan en su piel.

Su polla se engrosa dentro de mí.

Y nuestras respiraciones son una.

Inhalo su exhalación.

Él llena sus pulmones con los míos.

Nos movemos.

Mis caderas se levantan.

Él se empuja.

Nos saboreamos el uno al otro.

Nos memorizamos el uno al otro.

Y me aferro a este momento entre nosotros.

Lo grabo en mi alma.

Cierro los ojos mientras las lágrimas caen de mis pestañas.

Amo a este hombre jodidamente demasiado.

Y quiero conservarlo.

Nathan gruñe mientras empuja sus caderas.

Sus movimientos son cada vez más bruscos.

Él está penetrando más profundo.

Y sé que está cerca.

Su mano se mueve entre nosotros y sus dedos están nuevamente sobre mi clítoris.

—Dame ese segundo, Rosie. Dámelo ahora. —Sigue embistiendo dentro de mí—. Esta vez no me voy a retirar. Voy a llenar tu coño. Voy a llenar a mi linda pequeña Rose con mi semilla.

Sus sucias palabras son todo lo que se necesita.

Un sollozo sale de mi garganta y lo envuelvo con mis brazos y piernas, sosteniéndolo contra mí mientras me corro sobre su longitud.

Nathan echa la cabeza hacia atrás y emite un sonido gutural mientras su polla late dentro de mí.

Llenándome.

Tal como lo prometió.

127

Nate

Rosie apoya su cabeza en mi pecho y yo envuelvo mi brazo alrededor de su espalda, acercándola más.

Hoy fue… fue todo lo que quiero.

He estado en tantos viajes. He pasado tantas noches fuera de casa. Y Charles ha hecho que volver a casa sea una ocasión feliz, porque antes de él... siempre volvía a una casa vacía.

Pero hoy…

Le doy un beso a Rosie en la parte superior de la cabeza.

No fue solo el sexo.

Bueno, en parte es el sexo, porque mierda, eso fue jodidamente caliente.

Admití que nunca afeité a nadie, pero no admití que nunca me he corrido dentro de una mujer sin protección.

Y por mucho que quiera que Rosie sepa que ella fue la primera, no quiero decir nada que la haga pensar en las otras mujeres con las que he estado.

Yo tampoco quiero pensar en ellas, porque no importan.

Ninguna de las personas a las que toqué antes de Rosie importa, y no habrá nadie después de Rosie.

No hay nadie más para mí, y nadie más para ella.

Le acaricio el hombro con el pulgar.

La mejor parte de hoy fue volver a casa con *mi persona.*

Llegar a casa y tenerla aquí.

Cuando Rosie bosteza, extiendo la mano y apago la lámpara de noche.

Después de limpiarnos y vestirnos con pijamas, cenamos en la isla, con Charles saltando entre sus montones de golosinas.

Fue el final perfecto para un día perfecto.

Vuelvo a frotarle el hombro con el pulgar mientras cierro los ojos y recuerdo una última cosa.

—Casi lo olvido —digo somnoliento—. Mañana por la noche cenaremos con mis papás.

128

Rosalyn

Mi rodilla rebota mientras Nathan detiene su camioneta en el estacionamiento detrás del restaurante donde nos reuniremos con sus papás.

Sus. Papás.

Mi rodilla rebota más rápido.

Nathan intentó dejarme en la puerta principal (ya que decidí dejar mis muletas en casa), pero me negué.

Prefiero caminar descalza por un maratón que correr el riesgo de tener que charlar a solas con sus papás.

No es que espere que los papás de Nathan sean otra cosa que agradables, pero para mí... esta cena va a ser lo suficientemente estresante. No necesito que empiece antes de lo posible.

Nathan apaga el motor y pone la palma de su mano sobre mi rodilla.

—Deja de preocuparte. Saben que vienes. Saben que eres la chica de la calle de abajo. Están emocionados de verte. —Intenta consolarme—. Todo estará bien.

Asiento más rápido de lo que debería.

—Okey.

—Espérame —dice y sale por la puerta.

La orden no es necesaria. Voy a necesitar ayuda para desabrocharme el cinturón de seguridad porque me tiemblan mucho los dedos. Porque

todo lo que acaba de decir Nathan con la esperanza de calmarme es exactamente la razón por la que estoy enloqueciendo.

No quiero que me recuerden de esa maldita calle.

No quiero hablar de que se fueron y me dejaron atrás.

No quiero responder preguntas sobre mi pasado.

Mi puerta se abre y Nathan se acerca para desabrocharme el cinturón.

—Te ves preciosa, hermosa. Ahora, vamos a comer algo.

129

Nate

Caminamos lentamente, Rosie me sostiene del brazo para mantener el equilibrio, ya que ella camina sin ayuda.

Ambos sabemos lo que significa que ya no use sus muletas. Significa que ya no necesita quedarse conmigo por mucho más tiempo, y eso significa que se me está acabando el tiempo para convencerla de que no se vaya.

Tal vez cenar con mis papás no sea la mejor opción teniendo en cuenta lo nerviosa que está, pero no iba a ir sin ella, y mis papás son tranquilos. Así que tal vez si experimenta su aceptación, ese sentimiento de familia podría ayudar a convencerla de que soy tan suyo como ella es mía.

Mantengo abierta la puerta del restaurante y la guío hacia adentro.

Sé que el hecho de que ella se mude de nuevo a su propio apartamento no significaría que nuestra relación terminara. Solo estaba previsto que se quedara tres semanas, pero hay algo... algo que no puedo precisar que hace que todo parezca tan importante. Como si su partida fuera lo peor del mundo.

Como que si la dejo salir por mi puerta, nunca la volveré a ver.

130

Rosalyn

Mis jeans de pierna ancha se mueven alrededor de mis pies, ocultando mi tobillera, mientras entro al restaurante.

Nathan dijo que era un lindo lugar con comida de la granja a la mesa, pero que los jeans eran perfectamente aceptables. Él también llevaba un par, con una camiseta negra, así que le creí, pero aun así hice un rápido recorrido visual por el comedor para confirmar que estaba diciendo la verdad.

El lugar tiene ese ambiente difícil de explicar. Todos parecen ricos, pero todos visten ropa sencilla. De esas que cuestan tanto como las llamativas marcas de diseñador, solo que no se atreven a poner un logotipo en sus bolsos.

Me alegro de haber llevado mi elegante camisa blanca con mangas sueltas, presiono mi bolso de mano de cuero sencillo a mi costado.

Nathan nos lleva a la estación de la anfitriona.

—Estamos aquí para la reservación de los Waller.

La sonrisa que le dedica la joven anfitriona no es nada menos que adoración, y lo entiendo.

Yo también lo miro así.

—El resto de su grupo ya está sentado —le dice, sin siquiera mirarme—. Los acompañaré adentro.

La seguimos por el comedor, que está poco iluminado. Las bombillas Edison encajan con la estética de granja renovada, y estoy demasiado

ocupada mirando la decoración como para darme cuenta de la mesa a la que nos lleva hasta que nos detenemos frente a ella.

Y las *cuatro* personas sentadas ahí.

131

Nate

A mi lado, Rosie se tensa y sus uñas se clavan en mi antebrazo.

Flexiono mi brazo, sujetando su muñeca a mi costado, tratando de brindarle comodidad sin hacerlo obvio.

—¿Les importa si nos unimos a ustedes? —Les sonrío a mis papás.

Mi mamá suelta un chillido de emoción, sin darse cuenta de que nos acercábamos, pero entonces ella y papá empujan sus sillas hacia atrás para ponerse de pie.

La otra pareja, un poco mayor que mis papás, también se levanta. Los reconozco, pero no logro ubicarlos.

Mamá me agarra las mejillas y me veo obligado a soltar a Rosie mientras ella me inclina hasta su estatura mucho más baja.

—Mi bebé —susurra mientras la abrazo.

—Hola, mamá.

Me da una palmadita en la espalda y luego me suelta, solo para apretarme las mejillas otra vez.

—Pasó demasiado tiempo.

—Ya basta, deja ir al chico. —Papá se interpone entre nosotros y me da su característico abrazo de oso.

A diferencia de mi mamá, papá es casi de mi altura, y cuando me da una palmadita en la espalda, me quita parte del aire de los pulmones.

—Hola, papá. —Mantengo mi brazo sobre su hombro mientras me desvío, extendiendo mi otra mano hacia el hombro de Rosie—. Ella es Rosie. Rosie, mis papás.

Rosie se ve un poco pálida y me pregunto si mi idea de afecto familiar tendrá el efecto contrario, pero es demasiado tarde para dar marcha atrás, porque mamá ya está entrando en el espacio personal de Rosie y la abraza.

El movimiento hace que mi mano se desprenda del hombro de Rosie y puedo ver que se tensa, pero aun así hace un esfuerzo para abrazar a mi mamá a cambio, y eso derrite aún más mi corazón.

—Qué bueno conocerte finalmente, cariño. —Mamá retrocede un poco y agarra los brazos de Rosie—. Eres tan bonita.

Rosie suelta una bocanada de aire y sé que tengo que rescatarla.

—Lo sé, mamá, te lo he estado diciendo. —Extiendo la mano y acurruco a Rosie a mi lado.

Mi papá le tiende la mano.

—Encantado de conocerte, señorita.

Rosie pone su palma sobre la de él y papá le da una de sus amplias sonrisas mientras se estrechan la mano.

—Nate no deja de hablar de ti —le dice mientras le suelta la mano.

—Sí, sí. Ella ya sabe que estoy obsesionado con ella. —Sacudo la cabeza—. No tiene sentido que intentes avergonzarme.

Mi mamá le hace un gesto a la otra mujer mientras camina alrededor de la mesa.

—¿Recuerdas al señor y la señora Rooney?

Una vez que mamá dice el nombre, todo encaja.

—Nuestros antiguos vecinos. —Les hago un gesto con la cabeza.

La señora Rooney me sonríe y una vez más suelto a Rosie y me inclino para darle el abrazo que claramente ella quiere.

—Qué lindo de tu parte acordarte de nosotros —dice la mujer mientras abrazo su pequeño cuerpo.

Me enderezo y le tiendo la mano al señor Rooney.

—Es un placer volver a verlo.

Su apretón de manos es firme.

—Nos la pasamos muy bien siguiendo tu carrera. Has hecho que la vieja calle se sienta orgullosa.

—Gracias —le digo, y luego me muevo para que Rosie vuelva a estar a mi lado—. Quizá recuerde a mi novia, Rosie Edwards. Vivía en la misma calle, justo enfrente de la suya, si no recuerdo mal.

132

Rosalyn

Mi corazón late salvajemente detrás de mis costillas.

Él me recuerda correctamente.

Le tiendo la mano a la señora Rooney y, cuando ella toma mis dedos entre los suyos, sus ojos se abren de par en par y, en ese momento, sé que ella también lo recuerda.

Las lágrimas corren por mi rostro mientras salgo corriendo por la puerta principal.

Me duelen los dedos porque mi papá los aplastó con un cajón.

Solo buscaba cinta para un proyecto escolar. No buscaba jodido dinero.

De todas formas, no es que hubiera dinero ahí. No en ese cajón. En ningún lado.

Mis pies descalzos resuenan en silencio sobre los adoquines agrietados y yo aminoro el paso.

Debería haber salido corriendo por la puerta trasera hacia el bosque, pero la puerta principal estaba más cerca y necesitaba salir.

Necesito salir jodidamente de aquí.

Haciendo una pausa cuando llego a la acera, inclino la cabeza hacia atrás y miro las estrellas de arriba, la luz de las farolas las vuelve borrosas.

Manteniendo mi brazo sobre mi pecho, aprieto mis dedos.

Duelen jodidamente demasiado, pero no creo que estén rotos.

Otra ronda de lágrimas brota de mis ojos.

DEAR ROSIE,

love letters , libro 2

Lo odio.

Lo odio jodidamente demasiado.

—¿Estás bien, cariño? —Una voz suave me sobresalta y retrocedo un paso.

Bajo la mirada del cielo. De todas formas, ahí arriba no hay nada para mí.

A unos cuantos metros de distancia se encuentra una mujer.

Ella tiene una sonrisa triste en su cara y un pequeño perro peludo con una correa a sus pies.

Mi corazón todavía late aceleradamente por la adrenalina, la ira y el dolor, y el zumbido en mis oídos me impidió oír su llegada.

Parpadeo, intentando disipar mis lágrimas.

Pero no le contesto.

No puedo.

Porque no estoy bien.

—Puedo llamar a la policía si quieres —susurra.

Me invade la vergüenza y la culpa cuando me doy cuenta de que se trata de nuestra vecina del otro lado de la calle. La casa que dice Los Rooney *en la puerta de entrada.*

Caen más lágrimas. Desearía poder decirle que sí.

Pero niego con la cabeza.

Solo tengo diecisiete años. Si llama a la policía, solo hay dos posibilidades.

Uno, no hacen nada y sigo viviendo con un monstruo. Solo que ahora, ese monstruo se volverá aún más cruel porque fui a las autoridades. Lo único que siempre me advirtió que nunca hiciera, y él estará peor de lo que está ahora... no sé si podré sobrevivir a eso.

O dos, me creen y se lo llevan, y entonces entro en el sistema, arriesgándome con extraños, sin nada ni nadie que me cuide. Podría ser mejor, o podría ser peor de maneras que ni siquiera quiero imaginar.

La mujer permanece en silencio por un momento.

S.J. TILLY

Sé que ella quiere hacer algo, hacer preguntas, pero puedo verlo cuando acepta la verdad de la situación.

Que no hay buen resultado para mí.

Ni hoy ni mañana.

La señora Rooney inclina la cabeza hacia la mano que tengo apretada sobre el pecho.

—¿Quieres un poco de hielo para eso?

El dolor palpita en todos mis dedos y sé que no debería aceptar... pero asiento.

—Toma —me tiende la correa—. Sujeta a Snowball por mí y vuelvo enseguida. Acabamos de salir, así que tal vez tenga que hacer sus necesidades —añade, dando la impresión de que le estoy haciendo un favor en lugar de que ella esté usando al perro como una estrategia para mantenerme en mi sitio.

Pero me gustan los perros, así que extiendo mi mano sana y agarro la correa.

La sostengo tan fuerte como puedo para que el perro no pueda escapar.

La señora Rooney asiente, luego se da la vuelta y se apresura a cruzar la calle hacia su casa.

El perro observa a su dueña alejarse pero no intenta seguirla.

Cuando la mujer entra a su casa, miro al perro.

—Hola, Snowball.

El perro abre su pequeña boca y su pequeña lengua sale.

Me hace sonreír.

Como, sonreír de verdad.

Y se siente… extraño.

No recuerdo la última vez que sonreí así.

Me agacho y extiendo la mano para acariciar a Snowball, olvidándome por completo de mi mano herida hasta que mis dedos entran en contacto con su largo pelaje blanco.

Hago una mueca, pero vuelvo a acariciar su pelaje.

—Si la vida fuera diferente —le digo—, tendría una mascota como tú.

La puerta del otro lado de la calle se abre y miro hacia arriba, observando a la señora Rooney mientras cruza hacia nosotros.

Cuando ella pisa la acera, me paro y le sostengo la correa.

Ella la toma y luego me entrega una bolsa Ziplock llena de hielo y envuelta en una fina toalla de mano bordada con pequeños corazones rosas alrededor del borde.

Intento devolverle la toalla.

Ella sacude la cabeza.

—Puedes quedarte con la toalla. No es nada, pero úsala entre tu mano y el hielo. No debes poner el hielo directamente sobre tu piel.

—Gracias —le digo, pero no me quedaré con la toalla. La devolveré en su buzón antes de irme a dormir.

Sus dedos se retuercen en la correa de Snowball.

—¿Quieres que me quede contigo un ratito?

No tengo que mirar atrás a mi casa para saber que es una mala idea.

Mi papá probablemente esté de nuevo en su silla, pero siempre existe la posibilidad de que aparte las cortinas y mire por la ventana del frente.

Niego con la cabeza y doy un paso atrás.

Ella asiente una vez, aceptando mi respuesta.

—Si necesitas algo…—Mira hacia mi casa, luego a mí—. Siempre puedes llamar a nuestra puerta.

Tampoco lo haré.

Mis problemas son míos, no de ella.

Me coloco el hielo envuelto en la toalla en el dorso de la mano.

—Gracias —le digo de nuevo. Mi voz es tranquila, pero lo suficientemente fuerte en la noche silenciosa. Bajo la mirada hacia el perrito—. Adiós, Snowball.

Luego me doy la vuelta y camino por el pasto con mis pies descalzos, dando un rodeo hacia la parte trasera de mi casa para poder entrar al bosque.

Más tarde, antes de volver a entrar, cruzo la calle y dejo la toalla doblada en el buzón de los Rooney.

Su amabilidad fue agradable, pero no hay lugar para la compasión de los extraños en mi miserable existencia.

No puedo permitir que nadie más quede enredado en la red de mi papá.

Y me prometo que, a partir de hoy, siempre saldré por la puerta trasera.

La señora Rooney agarra mi mano temblorosa entre las suyas.

—Es agradable verla de nuevo —digo en voz baja, esperando que pueda escuchar mi sinceridad y mi súplica de que no mencione esa noche.

Ella asiente. Una vez, luego dos veces.

—Es tan bueno verte. —Le brillan los ojos, pero traga saliva y asiente de nuevo—. Tan bueno.

133

Rosalyn

Dejo que Nathan me ayude a subir a su camioneta y, una vez en mi asiento, me despido de los Waller y los Rooney por centésima vez.

Cuando Nathan cierra mi puerta y la luz del techo del auto se apaga, me desplomo.

La oscuridad del exterior, combinada con las ventanas oscuras, significa que nadie puede verme, y mientras los papás de Nathan lo abrazan, nuevamente, aprovecho el momento a solas para respirar.

Para solo jodidamente respirar.

No sé por qué me estresaba conocer a los papás de Nathan. Si hubieran sido solo ellos, esta noche habría sido pan comido, pero no, sus viejos amigos tenían que sorprenderlos.

Al parecer, los papás de Nathan estarán en la ciudad solo dos noches, esta noche y mañana, para un concierto, y luego regresarán a Ohio, donde aún viven, pero a los Rooney les gusta la misma banda, así que los esposos coordinaron las entradas, sorprendiendo a las esposas.

Es dulce. Para ellos.

Pero una pesadilla total para mí.

Respiro profundamente e inclino la cabeza hacia atrás, apoyándola en el reposacabezas.

Nathan ya sabe que mi papá era horrible, pero ver a la señora Rooney y recordar esa noche... es un duro recordatorio de mi historia.

Un recordatorio de por qué no puedo quedarme con Nathan.

La puerta del conductor se abre y observo la expresión feliz en su rostro.

Su familia es tan maravillosa.

Tan cariñosa.

No es de extrañar que se vea así después de verlos.

Nathan se acerca y me aprieta el muslo antes de abrocharse el cinturón.

Esperaré hasta mañana para decirle que me voy.

134

Nate

Tomo la mano de Rosie durante el camino a casa y noto el momento en que ella se queda dormida, su agarre se afloja sobre mis dedos.

Quiero apretar mi mano alrededor de la suya. Quiero que ella me devuelva el apretón.

Algo pasó esta noche cuando nos acercamos a la mesa.

Algo pasó entre ella y nuestra antigua vecina.

Al principio, lo atribuí al nerviosismo general de Rosie. Estaba estresada incluso antes de que llegáramos, pero a medida que avanzaba la cena, y las preguntas surgían pero nunca se formulaban, pensé en eso. Realmente pensé en eso.

Las historias que Rosie me ha contado.

La violencia dentro de su casa.

El pedazo de mierda con el que vivía…

Los Rooney vivían al otro lado de la calle. *Justo* al otro lado de la calle.

Ellos tenían que saberlo.

Yo no lo sabía.

Pero yo era un niño y el papá de Rosie no empezó a lastimarla hasta años después de que me fui.

Pero los Rooney todavía viven ahí.

Ellos jodidamente tenían que saberlo.

Pero no la ayudaron.

Nadie la ayudó.

Mientras reduzco la velocidad ante un semáforo en rojo, miro el perfil dormido de Rosie y no puedo evitar sentir que todavía me estoy perdiendo algo.

Ella sabe que yo sé sobre el abuso que sufrió.

Pero tengo esta… *sensación* de que hay más.

Que hay algo más que me está ocultando.

Porque incluso con ella dormida a mi lado, puedo sentir los muros que está empezando a reconstruir.

Anoche conectamos de una manera que nunca hice con nadie.

Y esta noche, ella se está escapando.

Trago saliva y quito el pie del freno.

Mañana.

Hablaremos mañana.

135

Nate

Después de mirar fijamente el techo durante cuarenta y cinco minutos, me deslizo con cuidado fuera de la cama.

Rosie emite un pequeño sonido de protesta, pero cuando coloco mi almohada contra su frente, vuelve a dormirse.

Esa mala sensación en el centro de mi estómago simplemente no desaparece.

Rosie es amable y cariñosa y el amor de mi vida, y no sé por qué, pero siento que todo mi futuro depende de mañana.

No puedo dejarla ir.

No puedo dejar que se mude.

Entro sigilosamente en el armario y me pongo unos pantalones deportivos y una camiseta.

Mi plan es, en el mejor de los casos, poco convincente, pero tal vez si puedo traer más cosas suyas aquí, se sentirá como en casa y verá lo en serio que voy.

La sociedad puede pensar que es demasiado pronto, pero no me importa lo que piense nadie más que Rosie.

Charles está de pie en la puerta del armario cuando me doy la vuelta, observándome.

Lo levanto y lo llevo a la cama, colocándolo con cuidado sobre el colchón.

—No la pierdas de vista.

Él se sienta, obedeciendo mi orden y sin levantarse mientras salgo del dormitorio.

Hago una pausa en la cocina y saco una pequeña libreta de un cajón.

Le escribo una breve nota para avisarle que volveré enseguida, por si se despierta mientras estoy fuera, luego busco sus llaves y me voy.

Me siento como un completo pervertido entrando a su apartamento en medio de la noche, pero nadie me ve y nadie me detiene.

Cierro la puerta y comienzo a caminar, preguntándome qué debería llevar conmigo.

No hay casi nada en las paredes.

No hay mucho para decorar en los mostradores.

Me detengo en la cocina y abro la puerta del congelador. Ella mencionó congelar sopas caseras y veo la pila de recipientes. Dejo que mis dedos toquen las tapas y decido llevarme todos los que quepan en el congelador de mi casa.

La comida es obviamente el lenguaje de amor de Rosie, y tal vez llevarle su comida la ayude con esa sensación de estar en casa.

Después de cerrar el congelador, paso al baño.

Ruth ya llevó la mayoría de los artículos de tocador de Rosie, y cuando no encuentro nada más que productos de limpieza debajo del lavabo, decido que puedo saltarme esta habitación.

Luego entro en su dormitorio.

Agarro ambas almohadas y las apilo al pie de la cama.

Hay una manta arrugada en el suelo que sacudo y doblo, luego la coloco al lado de las almohadas.

Me dirijo a las mesitas de noche y encuentro cosas al azar: pinzas para el cabello, cables de carga y limas de uñas en la primera, pero en la segunda encuentro una pequeña bolsa de terciopelo.

Sonrío cuando lo abro y encuentro un delgado vibrador dentro.

Puede que se enoje conmigo por revisar su cajón privado, pero me perdonará cuando lo use con ella.

Lanzo la bolsa sobre la pila de ropa de cama.

Me bajo al suelo y miro debajo de su cama pero no encuentro nada excepto un solo calcetín.

Agarro el calcetín y luego me giro sobre mis rodillas hacia su armario.

Al abrir la puerta, la encuentro mucho más vacía que la última vez que estuve aquí. Ruth sacó la mayor parte de la ropa que todavía estaba colgada, dejando al descubierto una mayor parte del fondo del armario.

Coloco mi mano sobre uno de los contenedores de plástico apilados en el suelo y me empujo hacia arriba.

Y mientras estoy de pie, mis ojos se fijan en algo que no vi antes.

Detrás de los contenedores de plástico hay una delgada caja de metal de color verde oliva.

Una caja de seguridad.

La miro fijamente, sabiendo que es privada.

Pero cuanto más la miro, más fuerte late mi corazón.

Se siente como la última vez, pero es peor.

Y sé que no es mi lugar.

Pero ya no puedo hacer lo correcto.

Cierro mis dedos alrededor del frío metal y lo libero.

Tiene peso, pero creo que es solo por la caja, porque cuando la agito no escucho ningún ruido.

La coloco sobre la cama, dejo caer el calcetín sobre el colchón y trato de abrir la caja.

Bloqueada.

Mis ojos recorren la habitación, pero no tengo idea de dónde buscar la llave, y por lo que sé, ella ni siquiera guarda la llave aquí.

Pero no dejaré que eso me detenga.

Saco mi teléfono del bolsillo y presiono el contacto de Tony, seleccionando una videollamada.

Solo suena dos veces antes de que conteste.

—¿Sabes? Podría estar durmiendo.

Observo las luces brillantes que lo rodean.

—Podrías, pero no lo haces.

Pone los ojos en blanco.

—¿Qué necesitas?

Tomo la caja fuerte y la sostengo para que pueda verla.

—Necesito abrirla.

—¿Dónde estás? —Entrecierra los ojos mirando la pantalla—. ¿Estás en casa de tu chica?

Asiento.

—¿Puedes explicarme cómo abrirla?

Él levanta una ceja.

—No más rápido de lo que yo podría hacerlo.

—Sí, bueno, no tengo tiempo para esperar... —Hago una pausa cuando se pone de pie y observo más el espacio que lo rodea—. ¿Estás en un maldito hangar de aviones?

Él asiente.

—Llegaré en diez minutos. —Luego cuelga.

—¿Qué demonios? —Sacudo la cabeza mientras llevo la caja a la cocina y la coloco en la pequeña isla de Rosie.

Luego camino de un lado a otro.

Hasta que diez minutos más tarde, como prometió, la puerta *cerrada* de Rosie se abre y Tony Stoleman entra en su apartamento.

Observo su ropa negra de pies a cabeza.

—¿Acabas de llegar a la ciudad o ya te vas?

Él inclina la cabeza hacia mí.

—¿Quieres que la abra yo? ¿O quieres pedirle a tu chica que lo haga?

Me paso la lengua por los dientes.

—Nuevo trato, no te preguntaré qué diablos haces en un hangar privado. —Huelo el aire—. Ni por qué hueles a gasolina, y no me darás sermones sobre mujeres.

Tony me sonríe.

—Acepto tus condiciones.

Sin más preguntas, Tony toma la caja y en cuestión de segundos la abre.

La coloca sobre el mostrador.

—Si encuentras algo que necesite atención, házmelo saber. —Tony retrocede hacia la puerta.

—¿Les ofreces eso a todos tus amigos? —Recuerdo la última vez que estuvimos juntos en este apartamento y la oferta que me hizo entonces.

—Solo a mis favoritos —sonríe.

—Lo aprecio. De verdad.

Su gesto de asentimiento me indica que lo entiende y luego abre la puerta principal.

—Tengo que ir a tomar ese vuelo.

La puerta se cierra detrás de él y me giro hacia la caja.

Inhalando lentamente, levanto la tapa.

Y entonces contengo la respiración mientras saco la única hoja de papel rayado, doblada en tercios.

Es igual que las demás.

Hasta que la abro.

Porque esta no está escrita para mí.

DEAR ROSIE,

love letters , libro 2

Estimado _____

En realidad no sé a quién le estoy escribiendo esto.

No queda nadie. Nadie a quien le importe.

Hace tiempo que no aparece nadie.

Honestamente, pensé que escribir esto sería más difícil.

Quizás simplemente estoy demasiado insensible.

Y tal vez ese sea el punto, que ya no hay nada por lo que luchar.

Pero si estás leyendo esto, entonces lamento que hayas tenido que encontrar mi cuerpo.

Doy un paso atrás.

Me siento como si alguien me hubiera golpeado el pecho con un bate de béisbol mientras releo esa última línea.

Su cuerpo.

Encontrar su maldito cuerpo.

Esto es…

Jalo el cuello de mi camisa, sintiendo como si no pudiera respirar.

No quería ser el problema de nadie, pero no puedo ir a prisión. Simplemente no puedo.

Y si estás aquí buscándome, entonces ya sabes que asesiné a mi papá esta noche.

Tuve que hacerlo.

Era él o yo, y solo tenía pastillas para uno de los dos.

Supongo que me atraparán.

No hice nada para encubrirlo.

S.J. TILLY


ROSIE,
love letters , libro 2
No puedo. Estoy muy cansada.
Y ya no quiero estar cansada nunca más.
Era mi mejor amigo. Mi único amigo. Mi lugar seguro.
Sweet Poison
Rosie Edwards
S.J. TILLY
Dear

136

Rosie

19 años

Encorvo los hombros mientras papá grita mi nombre, pero mantengo mis manos firmes.

No puedo dejar esto. Si lo dejo...

Se me cierra la garganta.

No voy a dejar esto.

Manteniendo la mirada baja, me dirijo a la sala de estar y coloco la comida en la pequeña bandeja de TV junto a la silla de mi papá.

—Aquí está la cena.

—Jodidamente ya era hora, y tráeme otra cerveza —espeta papá antes de darse cuenta de que ya tengo una en la bandeja para él—. ¿Qué es eso? —Señala el cuenco.

Ya me estoy alejando, poniéndome fuera de su alcance, antes de responder.

—Sopa de cebolla francesa.

Él gruñe.

Es una de sus favoritas, pero nunca dirá gracias.

No pegarme es lo más parecido a un cumplido que es capaz de hacer.

Siguiendo mi rutina habitual, salgo de la sala de estar, pero en lugar de retirarme a mi dormitorio, entro en silencio a la cocina.

Desde este rincón lejano puedo ver el respaldo de su silla y la parte posterior de su cabeza.

Le costaría mucho darse la vuelta para verme, así que me quedo donde estoy, lista para agacharme detrás del mostrador en forma de U, fuera de la vista.

Es un riesgo quedarme aquí abajo, pero aunque el moretón que tengo alrededor del ojo por fin desapareció de nuestro último encuentro, esta noche vale la pena el riesgo.

Necesito ver.

Necesito mirar.

Necesito que se coma su maldito veneno.

Él se mueve y alcanza el cuenco.

Mi corazón se acelera.

Cómetelo.

Jodidamente solo cómetelo.

El volumen del televisor está alto, pero todavía escucho el tintineo de su cuchara contra el plato de cerámica.

Mi investigación la hice en la biblioteca, y solo cuando tenía momentos libres entre mis trabajos, pero revisé todo dos veces.

Las pastillas que guardé de mis visitas al hospital.

El medicamento adicional para la presión arterial que he estado agregando a su café de la mañana durante toda la semana.

El tiempo extra que dediqué a este lote particular de sopa, asegurándome de que el sabor fuera lo suficientemente intenso como para cubrir el sabor de mis adiciones especiales.

Debería funcionar.

¡Jodidamente tiene que funcionar!

Tengo la garganta seca, pero no me atrevo a levantar mi vaso de agua del mostrador.

No puedo dejarle saber que estoy aquí, observando.

Necesito que esto funcione.

No sé si sobreviviré a esta vida después de que él muera, pero necesito vivir más que él.

Aunque sea solo por horas.

Papá inclina la cabeza hacia atrás y yo me inclino sobre el mostrador, tratando de verlo mejor mientras traga lo que queda de la sopa.

La emoción y el nerviosismo se arremolinan en mi interior.

Esto *tiene* que funcionar.

No pasa nada.

Papá deja su plato en la mesa.

Pasan largos minutos.

¿Qué pasa si esto no funciona?

La cantidad que le di se supone que actuará rápidamente.

Él toma su cerveza.

Agarro el mostrador, pensando en todo lo que investigué.

¿Dónde me equivoqué?

Él inclina la cabeza hacia atrás y bebe la botella de un trago.

Hasta que deja de hacerlo.

Su cuerpo se tambalea.

De su boca salen chorros de líquido.

Entonces él está convulsionando.

Él está haciendo sonidos.

Quizás intentando pedir ayuda.

Pero no me muevo.

Agarro el mostrador con más fuerza y me quedo donde estoy.

Él se agita.

Intenta levantarse.

Gorgotea.

Y luego… se queda quieto.

Mi corazón late fuerte en mis oídos.

Pero él no emite ningún otro sonido.

Miro el reloj encima del microondas y permanezco ahí, en silencio, durante otros diez minutos.

Luego, cuando estoy segura de que no se mueve, aparto la mirada de mi papá y de su silla y subo las escaleras.

Mantengo mi mirada hacia adelante.

Y cuando llego a mi habitación, entro y cierro la puerta detrás de mí.

Imaginé este momento durante tanto tiempo.

Durante años.

Y ahora que está aquí… no siento nada.

Hay demasiada incertidumbre para que pueda sentir alivio.

Pero tal vez haya lugar para la paz.

Me siento en mi escritorio, con vista al bosque.

Abro el cajón de mi escritorio y saco mi bolsa de malvaviscos.

Mientras como uno lentamente, miro fijamente el bosque.

Tomo otro, y otro. Los saboreo todos, por si acaso…

Y cuando termino la bolsa, vuelvo a buscar en mi cajón.

Dejo a un lado el cúter que robé del restaurante en el que trabajo y saco un trozo de papel.

Termino de escribir *"Estimado"* y tengo que hacer una pausa, porque ¿a quién le estoy escribiendo esto?

Treinta minutos después, guardo la carta debajo del colchón y luego bajo las escaleras para llamar al 911.

Le digo a los paramédicos que estaba arriba mientras papá estaba comiendo y que no escuché nada fuera de lo común.

Parecen creerme.

Los médicos del hospital parecen pensar que se trató de una insuficiencia cardíaca natural.

Y parece que me estoy saliendo con la mía después de cometer un asesinato.

Fue entonces cuando vi a Nathan en la televisión, en esa sala de espera fría y antiséptica.

Mi viejo amigo.

Mi confidente.

Y sé… sé que nunca podré arrastrar al verdadero Nathan a mi vida.

No cuando soy una asesina.

No cuando no existe un plazo de prescripción para el homicidio.

No cuando mis decisiones podrían arruinar su vida.

Así que cuando todo está terminado y vuelvo a casa, me siento en mi escritorio y escribo mi segunda carta de la noche, dejando ir a Nathan.

137

Nate

—Rosie, Rosie, Rosie. —Mi visión se nubla cuando choco contra la pared—. ¿Por qué no me lo dijiste?

La agonía irradia a través de mi cuerpo mientras me deslizo por la pared hasta que estoy sentado en el suelo.

Agarro la maldita carta de suicidio de Rosie en una mano y presiono la otra contra mi pecho.

Y luego lloro.

Nunca he llorado tanto en mi vida.

Nunca sentí *tanto* en mi vida.

No hasta Rosie.

No hasta que llegó esta hermosa mujer.

Esta chica solitaria.

Esta versión infantil de *mi persona* que pasó por tanto infierno.

Me encorvo hacia adelante.

Y recuerdo la última carta en la caja.

La última que me escribió.

Aquella en la que dijo que me vio en la televisión en el hospital.

Pienso en cómo se me rompió el corazón al leer eso.

Cómo lo leí... pero cómo jodidamente no lo entendí.

Un sonido sale de mi garganta, y es angustia.

Éste es el secreto.

Éste es el alambre de púas que Rosie mantiene envuelto alrededor de su alma.

Y ella lo llamó asesinato.

No fue un jodido asesinato.

Fue defensa propia.

Aprieto mi mano con más fuerza contra mi pecho, como si pudiera empujar mi corazón hacia atrás en el tiempo.

Como si pudiera ayudarla.

Ella era solo una niña.

A sus diecinueve años, Rosie todavía era una niña que tuvo que matar a su papá en defensa propia.

Era él o yo, y solo tenía pastillas para uno de los dos.

Aprieto los ojos y me concentro en intentar respirar.

Estuve tan cerca de perder a Rosie.

Un sollozo se apodera de mis pulmones.

Estuve tan cerca de no tenerla nunca.

Detrás de mis párpados imagino la vida que quiero que tengamos juntos.

Me la imagino feliz.

Me la imagino a salvo.

Me imagino los hijos que tendremos.

Y lloro aún más por el futuro que casi perdimos.

Y luego pienso en Rosie, en este momento, sola en mi cama.

Me levanto de un empujón y me tambaleo hacia la puerta.

Ella nunca volverá a sentirse sola.

Nunca.

Ni por un momento.

Con la carta en la mano, me olvido de todo lo demás que iba a llevar conmigo y salgo del apartamento de Rosie.

Ella no va a volver aquí.

Ella no me va a dejar.

No la dejaré ir.

No la dejaré ir.

Repito esas palabras en mi cabeza mientras conduzco de regreso.

Al entrar a mi apartamento.

Mientras camino directo a mi dormitorio.

Y cuando la veo.

Cuando veo a mi Rosie.

Dejo caer la carta y me quito la camiseta y los pantalones deportivos.

Necesito estar cerca de ella.

Necesito sentir su calor contra mi piel.

En lugar de ir a mi lado de la cama, me subo detrás de ella y la envuelvo en mis brazos.

La sostengo lo más cerca posible.

La sostengo mientras mis lágrimas empapan la almohada.

La sostengo incluso después de quedarme dormido.

138

Rosalyn

El calor me rodea.

Inhalo el aroma de la ropa y la colonia, que me recuerdan exactamente dónde estoy.

En la cama de Nathan.

El peso en mi espalda y en mi costado me desorienta por un momento y abro los ojos.

La cama delante de mí está vacía.

Estiro mi brazo, incapaz de alcanzar el otro lado.

Nathan estaba en su lugar cuando me quedé dormida, pero ahora está detrás de mí, abrazándome con su calor.

Cierro los ojos y me sumerjo en su sensación.

Quizás se levantó para ir al baño y decidió subirse a mi lado porque está más cerca.

Mis labios se curvan en una pequeña sonrisa mientras imagino su trasero colgando del borde de la cama.

Entonces mis ojos se abren de nuevo.

Pensar en ir al baño me hace darme cuenta de las ganas que tengo de ir.

Bebí nerviosamente unos cinco ginger ale durante la cena, y ahora estoy pagando el precio.

Estirando el cuello miro el reloj.

Las cuatro de la mañana

Si no voy ahora, me despertaré de nuevo en una hora, con tantas ganas de orinar que me dolerá el estómago.

Tratando de mantener el sueño para poder volver a la cama, mantengo mis ojos medio cerrados mientras me libero del agarre de Nathan y me arrastro a través de su lado del colchón.

Oigo el golpe que hace Charles saltando de la cama y luego me sigue al baño.

No enciendo ninguna luz, ya que he aprendido a orientarme, y rasco la parte superior de la cabeza de Charles cuando choca contra mis espinillas mientras estoy sentada en el inodoro.

El gato me sigue mientras me lavo las manos y luego vuelvo al dormitorio, y disfruto de su compañía.

Por costumbre, camino hacia mi lado de la cama, olvidando que está ocupado.

Bostezo cuando algo cruje bajo mi pie.

El instinto de pisar algo extraño me hace apartar el pie bruscamente.

Y casi sigo moviéndome.

Casi lo ignoro y vuelvo a la cama.

Pero Nathan nunca tiene nada en el piso.

Parpadeo en la oscuridad, mis ojos se ajustan lo suficiente para ver la pila de ropa también alrededor de mis pies.

¿Qué…

Mi atención vuelve al papel.

Y cuanto más lo miro, más fuerte late mi corazón.

Inclinándome, me agacho y lo recojo.

El papel está doblado en tres partes, como una carta.

Con Nathan de espaldas a mí, inclino el papel hacia la ventana, por donde se cuelan pequeñas cantidades de luces de la ciudad.

El papel está rayado, con un borde deshilachado, como si hubiera sido arrancado de un cuaderno.

Un escritorio con vistas al bosque detrás de la casa.

Mis pulmones luchan por tomar aire.

Por favor, no.

Mis manos empiezan a temblar.

Por favor, a cualquiera que esté ahí afuera: por favor, que esto no sea lo que yo creo que es.

Tengo la garganta tan apretada que me cuesta tragar.

Por favor.

Abro el papel.

Y todo se detiene.

Es mi carta.

La carta.

La que guarda mi mayor secreto. Mi vergüenza más profunda.

¿Por qué?

¿Por qué tuviste que encontrar esto?

La desesperación, espesa y tóxica, llena mi alma.

No leo las palabras de la hoja

No tengo por qué hacerlo.

Mi mano cae a mi costado y miro a Nathan durmiendo profundamente a unos metros de distancia.

Mi Nathan.

El hombre que volvió a mi vida y lo cambió todo.

La versión adulta del niño que se hizo amigo mío cuando nadie más lo hizo.

No sé cómo la encontró ni por qué fue a mi apartamento.

Pero la encontró, y nada más importa.

Me alejo un paso de la cama.

No hay forma de que pueda quedarme ahora.

No sé cómo pudo regresar aquí y meterse en la cama conmigo después de leer esto.

No sé qué tuvo que decirse a sí mismo para que le pareciera bien dormir al lado de una asesina.

Pero sea lo que sea, no lo dejaré vivir con eso.

Doy otro paso.

Quiero tocarlo.

Solo una vez más.

Una última vez.

Pero no puedo arriesgarme a despertarlo.

Si se despierta, podría intentar decirme que está bien.

Pero no lo está.

Nunca estará bien.

O tal vez me diga que me vaya.

Puede que no me perdone lo que hice, lo que le oculté y que me abrazara en la cama... podría haber sido su despedida.

El calor aumenta en mis ojos.

Aún no.

Dándole la espalda al hombre que amo, atravieso el baño hasta el armario y silenciosamente lleno una de mis bolsas de lona con ropa, guardando la carta en el bolsillo lateral.

No puedo derrumbarme todavía

Con mi bolso al hombro, me detengo un momento, solo uno, para observar la espalda de Nathan subir y bajar con su respiración.

Diciéndome que esto es lo mejor, que él merece algo mejor de lo que yo puedo ofrecerle, me doy la vuelta para irme.

Doy un paso y entonces algo jala mis pantalones.

Miro hacia abajo y veo a Charles. Tiene los dientes clavados en el dobladillo de mis pantalones de dormir, como si estuviera intentando que me quede.

El último poco de control dentro de mí se rompe y mis lágrimas comienzan a caer.

Me agacho y lo levanto en mis brazos, abrazándolo fuertemente.

Su cuerpo vibra con un ronroneo y presiono mi cara contra su costado.

—Te voy a extrañar más que a nadie —susurro.

Charles acaricia su cara contra mi hombro.

Me aparto y le doy un beso en la frente.

—No lo pierdas de vista, ¿okey?

Lo beso una vez más y luego lo coloco al pie de la cama.

Cuando llego a la puerta del dormitorio, giro el pomo y luego la cierro detrás de mí.

No quiero que Nathan se despierte solo.

139

Nate

Algo duro golpea el puente de mi nariz.

—Mierda —gruño y me doy la vuelta sobre mi espalda.

Charles se inclina sobre mi cara y maúlla.

Es tan fuerte que me estremezco.

—Mierda, hombre, dame un momento.

Miro el techo, la luz de la mañana llena la habitación.

Y luego todo se derrumba nuevamente.

La noche anterior.

La carta.

El puto corazón roto.

Charles maúlla de nuevo.

Me acerco a él, sin querer que despierte a Rosie.

Giro la cabeza hacia un lado.

¿Dónde está Rosie?

Me siento.

Charles golpea su cabeza contra mi codo.

Las luces del baño están apagadas.

La puerta del dormitorio está cerrada.

¿Dónde…?

Mis ojos se mueven hacia mi ropa en el suelo.

Solo mi ropa.

Me levanto de la cama.

¿Dónde está la carta?

Dejo mis pantalones y mi camisa a un lado, pero la carta no está debajo de ellos.

Entro al baño a grandes zancadas y lo reviso dos veces.

¿Por qué no quemé esa maldita carta?

Mi corazón empieza a latir con fuerza.

Iba a hablar con ella sobre esto esta mañana.

Iba a abrazarla en la cama y decirle que todo estaría bien.

Iba a hacerle entender que estaríamos bien.

Corro hacia la puerta del dormitorio.

El mango hace clic cuando lo giro.

¿Ella lo cerró?

Abro la puerta de un tirón.

Y de inmediato lo sé…

Ella se fue.

Las paredes me presionan mientras corro por el pasillo.

—¡Rosie!

Pero ella no responde porque no está aquí.

Charles salta a la isla, lo miro y luego vuelvo mi atención al mostrador.

El cuaderno que usé anoche todavía está afuera, pero está en otra hoja. Una nueva, llena de palabras.

No creo que pueda sobrevivir a otra carta de Rosie.

Pero tampoco puedo hacer nada *más* que leerla.

Con la ansiedad aferrada a cada célula de mi cuerpo, tomo el cuaderno.

Querido Nathan:

Lo siento, nunca te lo dije.

No sé cómo ni por qué, pero lamento que te hayas enterado de esta manera, y espero que entiendas por qué no pude decírtelo.

Quería hacerlo.

Quería contártelo todo, pero sabía que una vez que lo hiciera, todo terminaría.

Y aunque sabía que iba a pasar no quería que terminara.

Si sientes que debes llamar a la policía, no te culparé, pero no estaré en mi apartamento.

En aquel entonces estaba dispuesta a morir, pero ya no lo estoy.

Me has dado tanto y nunca podré agradecerte lo suficiente.

Pero me dijiste que no fingiera.

Y eso es todo lo que esto fue.

Siempre fuiste un falso consuelo para mí, y nunca debí haber cruzado esa línea hacia la realidad.

Solo estábamos destinados a ser cartas en una caja.

No dejaré que mi vida arruine la tuya.

Con amor,

Rosalyn.

Rosalyn.

Ella la firmó jodidamente como *Rosalyn.*

Poniendo distancia entre nosotros con cada palabra.

Arranco la hoja del cuaderno y la arrugo en mi puño.

Ella cree que llamaría a la maldita policía.

¿Cómo pudo creer eso?

¿Cómo pudo siquiera pensar eso?

Porque ha tenido una vida de desilusión y aislamiento.

Me doy la vuelta y camino a grandes zancadas hacia mi oficina.

Si cree que la voy a dejar ir, está loca.

Me dejo caer en mi silla y enciendo mi computadora.

No la dejaré ir.

Hoy no.

Nunca.

Mientras mi equipo se activa, inicio una llamada.

Tony responde:

—En serio, ¿alguna vez jodidamente duermes?

—¿Qué sabes sobre los registros médicos?

—Esa es una pregunta interesante —capto su atención—. Y, por suerte para ti, sé bastante.

—Yo puedo manejar lo digital, pero necesito que las copias físicas sean destruidas.

Tararea:

—Eso se puede hacer. ¿Dónde?

Mis dedos se aprietan alrededor del teléfono.

—Mi ciudad natal.

—¿Nombre?

Le digo.

Al colgar, abro el software que me muestra la ubicación de Rosie.

El punto brillante permanece fijo en el mapa.

Hago zoom.

A dos pueblos de distancia, en una cadena hotelera.

Ella no me creyó cuando le dije que podía encontrarla, pero no mentía.

Y yo nunca estuve fingiendo.

Ella lo entenderá pronto.

Solo necesito hacer algunas cosas primero.

140

Rosalyn

Cambio de pestañas en mi computadora portátil, mirando entre mi cuenta bancaria, una lista de apartamentos en alquiler fuera de Chicago y otra lista de lugares en el norte de Minnesota.

Si me quedo en Minnesota, podré mantener mis trámites de licencias comerciales igual, pero si me quedo en Minnesota será fácil encontrarme.

Otro estado. Otro nombre comercial. Esa es la opción más inteligente.

Hago clic en la otra pestaña que tengo abierta para Hawái.

Tal vez debería poner un océano entre Nathan y yo. Si decide buscarme, nunca buscará ahí.

Miro el símbolo de Wi-Fi en la parte superior de mi pantalla y me pregunto si Nathan puede rastrear mi computadora portátil de alguna manera.

Ayer apagué mi teléfono.

Debería haberlo hecho en cuanto salí de su apartamento, pero necesitaba el GPS para llegar a este hotel, y después de registrarme, lloré hasta quedarme dormida y no me desperté hasta el mediodía, momento en el que apagué el teléfono.

Necesito enviarle un correo electrónico a Presley.

Necesito decidir qué hacer con el resto de eventos que he reservado este año.

Pongo mis codos sobre el pequeño escritorio y dejo caer mi cabeza entre mis manos.

Trabajé muy duro para tener independencia, pero fue solo eso: duro.

Y realmente ya no quiero que la vida sea tan dura.

Quizás debería dejar ir Rosalyn's Restaurant.

Puedo conseguir un trabajo en el restaurante de otra persona. Puedo trabajar para sobrevivir hasta que pase este dolor. Entonces podré...

El sonido de algo deslizándose sobre la alfombra áspera hace que mi cabeza se levante bruscamente.

Miro la puerta.

Todavía está cerrada.

Pero se me corta la respiración.

Porque en el suelo, a dos pies de la puerta, hay un trozo de papel doblado.

Una carta.

Me quedo mirándola.

Luego a la puerta.

Él me encontró.

Él vino por mí.

El miedo y la esperanza chocan dentro de mi pecho.

Apoyo mis manos en el escritorio y me empujo para ponerme de pie.

Mis piernas tiemblan con cada paso.

Él me escribió una carta.

La recojo.

El temor de que esté al otro lado de la puerta con un oficial y una orden de arresto se ve superado por la esperanza de que no sea así.

Abro la carta.

DEAR ROSIE,

love letters , libro 2

Querida Rosie:

Me tomó más tiempo del que debía, pero recibí tus cartas.

Desearía haberlas tenido antes.

Desearía haberte encontrado antes.

Y más que nada, desearía haber sido yo quien lo matara.

Lo habría hecho por ti.

Una y otra vez lo habría hecho por ti.

Mereces mucho más de lo que te han dado, e hiciste lo que tenías que hacer.

Estoy muy orgulloso de ti.

No estás rota ni eres mala ni ninguna de las otras cosas que podrías pensar.

Eres esa persona especial que siempre he querido.

Eres mi persona.

Y tus secretos son míos para guardarlos y protegerlos.

Igual que tú, mi linda Rosie. Porque yo también te cuidaré y te protegeré.

Y mis sentimientos nunca han sido fingidos.

Mi amor por ti es real.

Ahora abre la puerta.

Dejando que la esperanza gane, abro la puerta.

S.J. TILLY

141

Nate

La puerta se abre y doy un paso adelante.

Mi cuerpo choca contra el de Rosie.

La levanto en el aire y sus brazos y piernas me envuelven.

Su tacto.

Su peso.

Ella es mía.

Todo lo que ella es… es mío.

—Ya no estás sola. —La abrazo fuerte—. Nunca volverás a estar sola.

Presiona su cara contra mi cuello y puedo sentir su respiración entrecortada mientras la abrazo aún más cerca.

—Lo siento —su voz se quiebra al pronunciar las palabras.

—No. —Entro en su habitación—. No más disculpas. —Aprieto mi rostro contra su cabello—. Pero no más secretos, Rosie. Aunque creas que me estás salvando, no más secretos.

Ella asiente contra mí.

Me siento en la orilla de la cama, con Rosie en mi regazo.

Le paso una mano por la espalda.

—Por favor, deja de llorar. Me rompe el corazón oírte llorar. Todo estará bien.

Ella sorbe por la nariz.

—Pero ¿qué pasa con… —Levanta la cabeza—. ¿Qué pasa con lo que hice?

—Nadie lo sabrá nunca. —Le aparto un mechón de cabello de la cara—. Se fue. Sus cenizas no pueden analizarse. Sus antecedentes han desaparecido. Jodidamente nunca existió. —Le paso una mano por el cabello—. Hubiera venido a buscarte ayer, pero necesitaba solucionar eso primero, lamento haber tardado tanto.

Sus brillantes ojos azules todavía están llenos de lágrimas mientras parpadea hacia mí.

—¿Tú... tú hiciste eso?

Asiento.

—Ya no puede lastimarte, Rosie.

Me abraza y los sollozos que salen de ella están llenos de alivio.

Y mientras la sostengo, puedo sentir el cambio.

Puedo sentir como se le quita el peso de los hombros.

Puedo sentirla exhalar su dolor.

Muevo mi mano arriba y abajo por su espalda, tranquilizándola, prometiéndole que estoy aquí.

—Gracias —susurra.

Una y otra vez, lo susurra.

Juntos, inhalamos.

Esta mujer mía.

Finalmente aflojo mi agarre para que pueda mirarme a los ojos.

—No más secretos —repito.

Sus ojos buscan los míos.

—Solo me queda uno.

Le acaricio la mejilla con la mano.

—Dime.

Coloca sus manos sobre mi pecho y su palma sobre mi corazón.

—Sea lo que sea, hermosa. Nos ocuparemos de eso —la convenzo.

Ella asiente.

—Es que nunca te dije… cuánto te amo.

Yo trago.

Luego trago de nuevo.

Rosie presiona su mano con más fuerza sobre mi corazón.

—Te amo, Nathan. Eres… eres todo lo que quiero, pero eres más que eso. Eres todo lo que necesito.

Acerco mi boca a la suya.

Lágrimas saladas dan sabor a nuestro beso. No sé si son mías o de ella, pero no importa. Ahora somos uno.

Un corazón.

Un alma.

Un futuro.

Mis dedos se enredan en su hermoso cabello rojo y separo nuestras bocas.

—No te irás.

Ella niega con la cabeza.

—No me iré.

Junto nuestras frentes.

—No me refiero solo al estado, Rosie. Me refiero a mi casa. Mi hogar. No te irás. No voy a pasar otra noche de mi vida sin ti a mi lado. No hay tal cosa como ir demasiado rápido. No contigo. No para nosotros. Dime que lo entiendes.

Su exhalación baila sobre mis labios.

—Nunca me iré.

—Bien. —Mi boca se curva en una sonrisa—. Ahora dime que no tienes que hacer el check out pronto.

Rosie se muerde el labio y yo uso mi pulgar para liberarlo.

Trazo su labio.

—Dime.

—No tengo que hacer el check out.

—Bien —repito y luego la hago rodar hasta quedar boca arriba.

142

Rosie

Su ropa desaparece.

La mía es la siguiente en caer.

Nuestras extremidades se enredan.

Nuestras bocas se abren.

Él se mueve entre mis muslos.

Me abro para él.

Y cuando se acerca a mí, me dice que me ama.

Cuando me cubre me dice *cuánto* me ama.

Cuando me toca…

Cuando me sigue…

Siento la verdad de sus palabras.

Siento el "para siempre".

Y me aferro a eso.

Me aferro a él.

Y prometo no dejarlo ir nunca.

143

Nathan

El sol casi se ha puesto cuando salimos de la cama del hotel.

Había planeado llevármela lejos en el mismo momento en que la tuviera en mis manos, pero luego me dijo que me amaba y todos mis planes se fueron al infierno.

Aprieto mis dedos alrededor de los suyos y ella me mira con una expresión tan feliz que no tengo más opción que besarla. Otra vez.

—Okey —digo con autoridad—. Nos vamos ahora y tu camioneta se queda aquí.

Ella me sonríe.

—Está bien.

—E irás a casa conmigo. —Entrecierro los ojos, desafiándola a discutir.

Rosie asiente.

—Iré a casa contigo.

—Pero primero haremos una parada.

144

Rosie

Nathan se detiene y estaciona en un lote de un parque vacío.

—Todo eso solo para que me abandones en un parque —bromeo.

Nathan pone el todoterreno en parking y me mira fijamente.

—Ja, ja, qué chica más graciosa. Ahora sal de aquí.

Estoy sonriendo cuando abro la puerta.

Honestamente, no tengo idea de qué estamos haciendo aquí, pero Nathan podría llevarme a un zoológico de serpientes y yo iría con él.

Lo amo, y confío en él, y siento…

Respiro profundamente el aire fresco.

Me siento como una persona completamente nueva.

El trauma sigue ahí. El dolor. El daño.

Pero se siente como si lo hubieran metido dentro de una caja, y esa caja hubiera sido sellada, por lo que las cosas que están dentro ya no pueden salir. Ya no pueden consumirme.

Nathan abre y cierra la puerta trasera de su vehículo, luego se acerca a mi lado, llevando una mochila grande.

Esta nueva paz que tengo, es toda gracias a él.

Él me encontró.

Me vio.

Y enamorarme de él me está curando.

Nathan me tiende el codo y yo lo tomo.

Caminamos por el césped, el naranja intenso del atardecer ilumina nuestro camino pero nos dice que no tenemos mucho tiempo antes de que oscurezca.

Casi esperaba que Nathan se detuviera en medio del campo abierto y preparara un picnic, aunque nos trajeron comida a la habitación del hotel.

Pero nos dirige hacia uno de los pabellones y se detiene en una de las parrillas independientes.

Parrilla es un término generoso, ya que es poco más que la mitad de una caja de hierro rematada con una rejilla para parrilla encima de un poste en el suelo.

—Me tienes intrigada —le digo mientras deja su bolso en la mesa de picnic cercana.

Él me sonríe por encima del hombro y saca objetos para encender un fuego.

Nathan trabaja en silencio y con rapidez, colocando el ladrillo para encender el fuego en el fondo de la pequeña parrilla y cubriéndolo con pequeños trozos de madera. Usa un encendedor para encender el ladrillo y, mientras el fuego avanza lentamente por la madera, vuelve a concentrarse en la bolsa.

—Si sacas una bolsa de hot dogs de ahí, me quedaré impresionada.

Nathan se ríe y se da la vuelta con los brazos llenos de *no* hot dogs.

Mi sonrisa se tambalea cuando otra ola de afecto por este hombre me invade.

En sus manos hay una caja de galletas graham, dos barras de chocolate y una bolsa de malvaviscos blancos.

—Nathan…

—Rosie Edwards, ¿harías s'mores conmigo?

Asiento y juntos ensartamos los malvaviscos en el extremo de unos palitos para asar que Nathan también sacó de su bolso.

Yo controlo el tostado.

Nathan sostiene las galletas.

Y nos apoyamos el uno en el otro mientras los comemos y el sol desaparece tras el horizonte.

—Gracias —miro hacia arriba y veo los atractivos rasgos de Nathan—. Por todo. Por esto.

Su sonrisa es suave.

—No hemos terminado aquí.

Toma el resto de los trozos de madera apilados sobre la mesa y los pone al fuego.

Las llamas crecen y el resplandor se hace más brillante a nuestro alrededor.

Nathan regresa a la bolsa y lo siguiente que saca es una sudadera.

—Aquí empieza a refrescar.

Le quito la sudadera porque tiene razón, con la puesta del sol ha bajado la temperatura.

Me la pongo y luego miro hacia el frente.

Tiene el logo de la Universidad HOP, la escuela donde jugó fútbol americano universitario.

—Me encanta. —Paso mis manos por el frente.

La expresión en el rostro de Nathan es muy seria mientras me mira.

—Así es como debería haber sido —dice con voz ronca—. Deberíamos haber estado juntos en ese momento. Deberías haberte puesto esto en las gradas mientras yo jugaba —sacude la cabeza—. Tengo mucho que compensar.

—No, no tienes que hacerlo. —Doy un paso adelante y coloco mi mano sobre su pecho—. No tienes que hacerlo.

—Sí, y quiero empezar de nuevo. Desde el principio. —Nathan mete la mano en la mochila y saca el último objeto.

Una caja de zapatos.

Abre la tapa y deja al descubierto la fila de cartas.

—Creo que deberíamos quemarlas juntos.

Las que le escribí y nunca envié.

Las que pretendí que él leía.

Las que encontró.

Mi visión se nubla cuando lo miro.

—Creo que es una buena idea.

Primero saca la última carta, la que le escribí la noche en que murió mi papá.

La noche que lo maté.

Él me la entrega.

Mis dedos tiemblan mientras la tomo.

Luego meto la mano en el bolsillo y saco la otra carta que escribí esa noche.

La doblé unas cuantas veces para que cupiera en mi bolsillo.

Quería destruirla. Quería deshacerme de ella, pero no estaba segura de cómo.

Se la ofrezco a Nathan.

—Creo que tú deberías hacer esto.

Su garganta se mueve mientras la toma y aprieta la mandíbula.

Puedo verlo en su rostro. Veo cómo esa carta lo lastimó.

Me acerco a él y lo abrazo.

—Cuando escribí eso —susurro—, pensé que no quedaba nadie a quien le importara, nadie que se diera cuenta si de repente me iba. —Su cuerpo se enrosca contra el mío mientras me abraza con la misma fuerza—. Gracias por preocuparte, Nathan.

—Siempre —susurra—. Siempre, mi pequeña Rose.

Nathan besa la parte superior de mi cabeza y luego me suelta.

Abre la carta y acerca la esquina de la hoja a la llama.

Se enciende y veo como las palabras de mi confesión se convierten en cenizas.

Mi culpa se desmorona en la nada.

Décadas de miedo flotan en el cielo nocturno.

Cuando solo queda un trozo, Nathan lo arroja al fuego y lo vemos desaparecer.

Y luego, una por una, las quemamos todas.

Los pequeños destellos de luz que cada una capta limpian el pasado.

Hasta que solo queda el sobre.

El sobre que contiene la carta que Nathan me dejó en el bosque.

El sobre con la dirección equivocada en el frente y la carta que intenté enviarle.

El par de cartas que lo iniciaron todo.

Nathan la recoge y luego deja la caja sobre la mesa.

Me la tiende.

—No creo que debamos quemarla.

La tomo de él, la nostalgia brilla a nuestro alrededor.

—Yo… —Le doy la vuelta al sobre en mi mano y…

Y es diferente.

La dirección es diferente.

No hay NO ENTREGADO a través del frente.

Lo abro.

Las dos cartas están ahí.

Pero también hay otro sobre más pequeño.

Lo saco.

Está dirigido a mí. A mi dirección en *esa* calle.

Mis dedos trazan la dirección del remitente, escrita a mano en la esquina.

La dirección corregida de Nathan en Ohio.

Mis ojos se encuentran con los suyos.

Nathan inclina la cabeza hacia el sobre que tengo en la mano.

—Llegó veinticinco años tarde, pero es tuyo.

Con las manos temblorosas, abro el sobre y saco la carta.

Es la respuesta a la primera carta que le escribí.

Como si hubiera sido entregada.

Como si lo hubiera entendido.

Querida Rosie:

Me alegro mucho de que me hayas escrito.

Yo también te extraño, y si me lo hubieras pedido, te habría abrazado.

Haría cualquier cosa por ti.

Eres mi mejor amiga, mi alma gemela y espero que podamos escribirnos cartas de amor por el resto de nuestras vidas.

Y cuando ambos seamos mayores, espero que te cases conmigo.

Tuyo para siempre,

El niño del bosque.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

Por mi yo más joven. Por mi yo actual. Por todas las versiones intermedias.

Nathan se agacha frente a mí, apoyando una rodilla en el pasto.

—Nunca dejaré de amarte. —Levanta un anillo. Un diamante cuadrado gigante en una banda de oro—. Y nunca dejaré de necesitarte. Di que serás mía.

Acorto la distancia que nos separa y me inclino más allá del anillo para sostenerle la cara y asegurarme de que entiende.

—Siempre he sido tuya, Nathan Waller, y siempre lo seré.

ROSIE,

love letters , libro 2

EPÍLOGO 1

Nathan

3 semanas después

El temporizador del horno se apaga.

Miro a mi alrededor, pero no hay señales de Rosie.

Como no quiero ser responsable de que nada se queme, apago el temporizador y, usando las agarraderas, saco la bandeja de mini albóndigas.

Tengo la tentación de meterme una en la boca, pero veo el vapor que sale de ellas, así que me resisto.

La gente vendrá en un par de horas. Mis papás, Maddox y su familia, Tony…

Vendrán a ver el partido de Max por televisión, pero también aprovecharemos la oportunidad para anunciar nuestro compromiso.

De ahí las albóndigas.

Y los bocadillos.

Y los kebabs.

Y tartas.

Y malvaviscos de confeti.

Decir que Rosie está nerviosa es quedarse corto.

Le sigo diciendo que no lo haga, pero si no está en la cocina vigilando su comida, debe estar haciendo otro proyecto.

Quizás debería hacer algo para distraerla de todo…

Sonrío mientras camino por el apartamento buscando a Rosie.

Entonces me detengo en seco, porque la encontré.

Está en nuestro pequeño lavadero, arrodillada en el suelo, con su mitad delantera en la secadora.

Mi polla palpita mientras se endurece dentro de mis pantalones.

—Jesucristo —gruño, acercándome un paso más.

—¿Qué fue eso? —Rosie empieza a decir.

—Detente.

Ella hace una pausa.

—Quédate ahí.

—¿En serio? —pregunta, pero yo ya estoy corriendo.

—¡No te muevas! —grito por encima del hombro mientras corro hacia el baño.

Abro el cajón inferior, saco dos objetos y vuelvo corriendo.

—Nathan, ¿qué demonios pasa?

—Quédate ahí —jadeo.

—El cordón de la sudadera está atrapado en el estúpido agujero de la secadora. —Ella explica por qué sus hombros están dentro de la secadora.

Con una mano, desabrocho la hebilla del cinturón y lo tiro para liberarlo, dejándolo caer al suelo.

Empieza a salir de la secadora otra vez y yo me arrodillo detrás de ella, agarrándola de las caderas.

—Por favor. Por favor, por favor. Finge que estás atascada.

Rosie hace una pausa.

—¿Hablas en serio?

Agarro la cintura de sus leggins y comienzo a bajarlos por sus caderas, bajando también sus bragas al mismo tiempo.

—¡Nathan!

—De todos modos estabas planeando cambiarte, así que está bien si arruinamos esto.

—¿Q-qué estás haciendo? —Ya está respirando con dificultad, así que sé que la tengo.

—Te voy a follar, Rosie. Aquí mismo.

—¿En la secadora? ¿Por qué?

Sonrío.

—Porque te ves como una estrella porno.

Luego le doy una palmada en el trasero desnudo.

Ella chilla, pero arquea la espalda, y sé que le gusta.

—Mi sucia Rose.

Me bajo los pantalones hasta las rodillas y me arrastro hacia adelante, entre las suyas.

—Esto va a ser rápido —le advierto mientras recojo uno de los dos artículos.

—¿Pero qué hora es?

Me río entre dientes.

—No va a ser rápido porque tengo prisa. Va a ser rápido porque voy a meter mi polla en tu trasero. —Me inclino hacia adelante y uso una mano para separar las nalgas de Rosie para poder verter lubricante directamente sobre su agujero—. Y no voy a durar.

—Pero… —jadea—. Viene gente.

Dejo la botella y masajeo el líquido resbaladizo sobre su entrada trasera.

—Sí, y mientras hacemos nuestro pequeño anuncio a todos —introduzco la punta de un dedo—, vas a estar goteando semen por tu trasero.

—Nathan —gime mi nombre mientras muevo la punta de mi dedo hacia adentro y hacia afuera.

—Solo un centímetro. —Agrego un segundo dedo—. Quizá dos centímetros. —Retuerzo los dedos—. Pero para fin de año, me vas a tomar todo. ¿Recuerdas?

Libero mis dedos y agarro la botella para aplicar un poco más de lubricante en su apretado agujero.

—¿Puedes hacer eso por mí, Rosie?

Dejando nuevamente el lubricante, meto la mano debajo de ella y gimo cuando la encuentro goteando.

Froto un círculo alrededor de su clítoris y luego retiro mi mano.

—¿Lista? —pregunto mientras alineo mi pene con su húmedo ano.

Rosie inclina las caderas.

—¿Qué está haciendo ahí atrás, señor Waller?

—Mierda —gruño.

Mi pene palpita y tengo que apretarlo con fuerza para evitar correrme en el acto.

Esta pequeña descarada fingió que no sabía de qué tipo de pornografía estaba hablando.

¡Qué mentirosa!

Agarro su cadera con una mano, manteniéndola quieta.

—Necesito inspeccionar su trabajo, señorita Edwards —le digo, presionándome contra su entrada—. Necesito asegurarme de que está haciendo su trabajo correctamente.

—Pero eso... eso no tiene nada que ver con esto. —Sus palabras son entrecortadas, y sé que está intentando sonar preocupada, pero hay demasiado calor en su voz para que pueda creerle.

Presiono con más fuerza y ella empieza a extenderse a mi alrededor.

—Este será nuestro pequeño secreto. Nadie necesita saberlo.

Ella gime:

—Es demasiado grande.

No creo que ella esté actuando.

He metido mis dedos en su trasero, pero esta es la primera vez con mi polla.

Es la primera vez que la han estirado tanto.

—Relájese, señorita Edwards. —Mi respiración se vuelve entrecortada—. Relájese y déjeme entrar.

Rosie se relaja y empujo la cabeza de mi polla más allá de su resistencia.

—Oh, señor Waller —gime y su cuerpo se desploma en la secadora.

—Respira —nos digo a ambos.

Luego bajo a tomar el segundo objeto.

El que encontré en el apartamento de Rosie.

El artículo que me aseguré de empacar cuando trasladamos sus cosas de ese apartamento al mío.

Mantengo presionado el botón y lo enciendo.

—¿Señor Waller? —Rosie levanta la cabeza, todavía dentro de la secadora.

—Shhh —alargo mi miembro, manteniendo la cabeza de mi polla dentro de su trasero—. Solo necesito que se quede quieta un poco más, señorita Edwards.

Rosie inhala, como si fuera a decir más, pero entonces me inclino debajo de ella y presiono el vibrador entre sus muslos.

No hay ninguna relajación, no hay juegos. Lo sostengo directamente sobre su clítoris.

El sonido que ella hace es gutural y sus músculos se tensan a mi alrededor.

—Mierda. —Empujo hacia adentro otro centímetro y medio—. Mierda. —Empujo otra vez hasta que la cresta alrededor de mi punta encuentra su resistencia.

Entonces me quedo quieto.

Mantengo mi polla justo dentro de ella.

Sostengo el vibrador sobre su clítoris.

Y aprieto mi agarre mientras acaricio la longitud expuesta de mi polla, dejando que mis nudillos choquen contra su piel en cada pasada.

—Oh, mierda, oh, mierda —Rosie empieza a jadear—. Señor Waller, voy a correrme.

—Si te corres, te voy a llenar el trasero. Será tu culpa.

—No puedo… —Sus palabras se interrumpen con un grito mientras el orgasmo toma el control.

El cuerpo de Rosie se tensa y luego tiembla.

Sus músculos se tensan a mi alrededor.

Y sostengo el vibrador ahí por otro segundo antes de dejarlo caer y agarrar sus caderas con ambas manos.

El vibrador rebota ruidosamente en el suelo, pero el sonido queda ahogado por la sangre que ruge en mis oídos.

Mi polla comienza a palpitar, y jalo a Rosie hacia atrás y muevo mis caderas hacia adelante, hundiéndome unos centímetros más dentro de ella mientras la lleno con mi liberación.

Mi visión parpadea y tengo que agarrarme a la secadora cuando mi cuerpo se dobla hacia adelante.

—Santa mierda. —Presiono mi frente contra la espalda de Rosie.

Rosie se ríe entre dientes.

—Eso estuvo caliente.

Niego con la cabeza, pensando en lo afortunado que soy.

—¿Rosie?


ROSIE,
love letters , libro 2
—¿Sí?
—Jodidamente te amo.
Era mi mejor amigo. Mi único amigo. Mi lugar seguro.
Sweet Poison
Rosie Edwards
S.J. TILLY
Dear

ROSIE,

love letters , libro 2

EPÍLOGO 2

Hannah Utley Lovelace

Dejo mi cuchara en el plato y me recuesto en mi asiento.

Maddox pasa el brazo desde el respaldo de mi silla hasta mis hombros.

—¿Llena?

—No sé por qué nunca aprendo —me quejo.

Mi esposo se ríe.

—No aprendemos porque la comida es malditamente buena.

Suspiro.

—Es cierto, y ese postre. —Miro el plato vacío que tengo delante—. Chelsea se ha superado a sí misma con este.

—Ella realmente está en su elemento aquí —coincide Maddox.

Rosie nos sonríe desde el otro lado de la mesa.

—Cuando le dije a ese crítico gastronómico la semana pasada que una joven de dieciséis años había preparado nuestro menú de postres, me pidió que nos reuniéramos con ella.

Arqueo una ceja.

—Chelsea nunca nos dijo eso.

Rosie se ríe.

—Porque le dije que no, le dije que podría conocerla cuando tuviera dieciocho años.

—Sabía que te amaba —le digo mientras mi mamá se acerca para darle una palmadita en el brazo a Rosie.

Miro hacia la cocina abierta y veo a Chelsea mirando hacia nuestra mesa.

¿Estás hablando de mí? Articula.

Asiento con una sonrisa y le hago un gesto para que se acerque.

Sé que todavía tiene que limpiar un poco, pero la cocina del Rosalyn's Restaurant ya está cerrada y estamos aquí celebrando.

Maddox Lovelace

No puedo evitar sonreírle a mi mejor amigo. Está tan jodidamente enamorado. Sería vergonzoso, excepto que sé exactamente cómo se siente.

Ruth se ríe de algo y luego mueve las manos en un gesto salvaje hacia Chelsea.

Chelsea pone los ojos en blanco y luego cambia de dirección hacia el puesto de la anfitriona. Su amiga está trabajando esta noche y, dado que prácticamente vive en nuestra casa cuando las chicas no están trabajando o en la escuela, es lógico que se siente con nosotras también.

—Necesitamos dos sillas. —Ruth mira a su alrededor.

—Aquí hay una —dice Waller mientras saca a Rosie de su silla y la sienta en su regazo.

—Aww —Ruth sonríe radiante.

Pongo los ojos en blanco.

—Tendrás que ayudarme, cariño, pero puedes sentarte en mi regazo —le dice Willard, el cumpleañero, a mi suegra.

Ella se sonroja, pero se levanta de su silla y se sienta en su regazo.

Hannah gruñe de buen humor y yo me río.

Willard se jubiló de mi empresa el año pasado, y a las 5:01 de su último día, pidió permiso para invitar a Ruth a salir.

Siempre pensé que estaba casado, pero resulta que era viudo, como Ruth, y simplemente conservaba su anillo puesto.

Les costó un poco acostumbrarse, igual que me costó un poco acostumbrarme a llamarlo Willard y no Donut Guy, pero están felices y es un tipo divertido con quien estar.

Y según Ruth, si todavía son pareja cuando Chelsea se mude a la universidad, ella se mudará con él.

No estoy seguro de cómo será de repente que la mitad de la familia se haya ido, pero sé que no me aburriré.

No con Hannah a mi lado.

Nate Waller

—Buenas noches, Rosie —grita Hannah mientras caminan en sentido contrario por la acera, y no puedo evitar amar que ahora todos la llamen Rosie.

Acerco a mi esposa a mi costado y le doy un beso en la cabeza.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Ella suspira.

—Estoy orgullosa de todos nosotros.

Tarareo en acuerdo.

Rosalyn's Restaurant, el verdadero restaurante, lleva abierto un año y no solo ha sobrevivido, sino que ha prosperado.

DEAR ROSIE,

love letters , libro 2

Presley es la jefe de cocina. Chelsea está en camino de conseguir el trabajo que quiera, si lo desea, y Rosie ha encontrado un personal confiable para la parte de catering del negocio.

Ella lo hizo todo.

Yo solo estaba ahí para estar a su lado para apoyarla, para demostrarle que ella era importante, para demostrarle que la amaban.

Y amar a Rosie es la cosa más fácil que he hecho jamás.

Nuestros pasos se hacen más lentos a medida que llegamos a nuestro vehículo.

Mi esposa inclina la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Llévame a casa, esposo.

Rosie Waller

Nathan me entrega mi taza de té de menta, luego toma su botella de cerveza y juntos caminamos por la casa.

La cocina tiene dos islas y una despensa el doble de grande que la de la casa de Hannah y Maddox, y aunque ya no me encargo de preparar la comida, seguimos aprovechando bien el espacio.

Pasamos por la sala y giramos hacia el estudio.

Nathan pasa a mi lado para abrir la puerta de la terraza trasera y me detengo para mirar las estanterías a lo largo de la pared lateral.

Junto a la pintura de una rosa enmarcada del tamaño de una postal se encuentra uno de mis logros de los que más orgullosa estoy.

La primera copia de *Rosalyn's Recipes.*

Nathan mantiene la puerta abierta y yo entro.

Planeo hacer un segundo libro.

Quizás más, pero no hay prisa.

Dejo mi té y luego me siento en la silla mirando hacia el patio trasero.

Nathan se sienta en su silla junto a la mía.

Es nuestro ritual.

Salir aquí por la noche.

Sentarnos en el patio de la casa que construimos juntos.

Nathan se acerca y apoya su mano sobre mi vientre.

Yo coloco mi mano sobre la suya.

Todo va a cambiar de nuevo.

En tres meses nuestra familia crecerá en un miembro.

Y mientras me siento aquí, mirando el bosque detrás de nuestra casa, no puedo evitar desear que nuestros hijos quieran jugar en el bosque.

Fin.

ROSIE,

love letters , libro 2

Fin de la serie Love Letters.



S.J. TILLY

Dear

ROSIE,

love letters , libro 2

















Sweet poison

S.J. TILLY

Dear